

La puerta del Cielo

Robert James Lees

(Recibido por el célebre médium,
Robert James Lees [1849-1931],
a principios del siglo XX.

Título original: *The Gate of Heaven*

Autor: *Fred*, también llamado *Aphraar*;

Fred es una persona que pasó al mundo espiritual en el siglo XIX.)

—

Versión 1.01 - “unplandivino.net” (1 abril, 2025)

Ver más información en la web:

unplandivino.net/transicion/

(o alternativamente, si esa web es censurada o hay algún problema:

serdelespacio.wordpress.com/)

—

(Traducción realizada con deepl, google, ayudada por diccionarios como wordreference, luego retocada y revisada) (No coloqué *numeración* de las páginas para no aumentar la cantidad de éstas)

Índice

Introducción del traductor-revisor.....	2
La puerta del Cielo.....	3
Prólogo del receptor.....	3
Diagrama del Cielo y la Tierra, por secciones.....	5
Capítulo 1 Un despertar.....	6
Capítulo 2 El ojo de la fe.....	12
Capítulo 3 Veo la puerta.....	18
Capítulo 4 Omra explica mi posición.....	24
Capítulo 5 Una visión y su secuela.....	29
Capítulo 6 Un veredicto de revelación.....	35
Capítulo 7 La primera lección de Omra.....	40
Capítulo 8 Me encuentro con Walloo-Malie.....	46
Capítulo 9 La prueba suprema de la fe.....	51
Capítulo 10 El templo viviente.....	57
Capítulo 11 Más nuevos amigos.....	62
Capítulo 12 ¿Responde Dios a la oración?.....	68
Capítulo 13 El cielo y la tierra.....	73
Capítulo 14 Unas palabras de precaución y esperanza.....	82
Capítulo 15 Sobre la interrelación espiritual.....	87
Capítulo 16 La cuarta dimensión: "Ahí" ["Thereth"].....	94
Capítulo 17 Un despertar temeroso.....	98
Capítulo 18 Cruzando el puente.....	107
Capítulo 19 En el jardín de la puerta.....	113
Capítulo 20 Omnipotencia insignificante.....	117
Capítulo 21 Clarice.....	123
Capítulo 22 Una charla con Eilele.....	131
Capítulo 23 El héroe de Bosrá.....	137

Introducción del traductor-revisor

Este es el tercer libro de la trilogía de Robert James Lees, tras *A través de las nieblas* y *La vida elísea*. Para ver algunos comentarios se puede leer la introducción al primer libro y se pueden escuchar los audios, encontrables a través de la web enlazada arriba, ya que tras la lectura de cada capítulo hago algún comentario (vemos por ejemplo algunas citas ampliadas... quizá a veces resolviendo cosas que podrían no estar claras, etc.).

En el texto hay algunas referencias para las que el mismo autor pone explícitamente (entre paréntesis) el pasaje concreto de la Biblia donde se hallan (ver aclaración en el anterior volumen sobre por qué tantas citas). Pero la mayoría de referencias son simplemente citadas por el autor entre comillas (‘’) o bien implícitamente mentadas. Para muchas de las entrecomilladas yo coloqué la referencia, poniendo el enlace con este aspecto “[[ref.](#)]”, al ser tan fácilmente encontrables hoy día.

A veces añadido otras cosas entre corchetes (palabras en inglés, como posible ayuda, etc.).

La puerta del Cielo

[A continuación va una dedicatoria inicial de la hija de Robert James Lees.]

A

ZISVENE

en agradecido reconocimiento de
muchos espontáneos y valiosos servicios
prestados a mi ministerio en
SU VIDA EN EL SUEÑO [*SLEEP LIFE*],
algunos de los cuales se mencionan aquí.
Este volumen está apropiada y agradecidamente
dedicado por
el leal y fiel colaborador de ella,
APHRAAR.

Con profunda gratitud a Dios, que me ha dado un padre así,
deseo dedicar afectuosamente los tres Registros de Aphraar al

PROPIO RECEPTOR

como recuerdo perpetuo de su vida y obra al servicio de su Maestro,
y en nombre de los miles de lectores de todo el mundo
que han recibido consuelo de ellos.

Que el mensaje que ahora se da sea de igual valor para la humanidad en llevar
a todos y cada uno a su deseado cielo «Adentro de la Puerta».

EVA LEES

LEICESTER, noviembre de 1931.

Prólogo del receptor

Es con sentimientos de profunda gratitud que ahora puedo dar al mundo esta tercera serie de *Hojas de la Autobiografía de Aphraar*. Hace ya más de treinta años que *A través de las nieblas* emprendió su misión, que es hoy mucho más popular que cuando comenzó. Siete años más tarde le siguió *La vida elísea*; y ahora se me ha pedido que registre su llegada a *La puerta del cielo*.

Al entregar el presente volumen a mi editor, soy profunda y agradecidamente consciente del cumplimiento de una garantía dada por el Maestro, cuando dijo: '*Todo escriba instruido en el reino de los cielos es semejante a un padre de familia que saca de su tesoro cosas nuevas y viejas*' [[ref.](#)]. En las presentes páginas, el lector será invitado a visitar viejas escenas de la peregrinación de Aphraar, pero lo hará con nuevos y mayores poderes de visión, con una revelación más profunda y una comprensión mucho más clara. Aphraar, al avanzar, se encuentra con nuevos maestros, que le exponen las viejas verdades a la luz más completa de nuevas interpretaciones, no incompatibles, sino más bien con una ampliación más ancha de lo que hasta ahora había sido capaz de captar, de modo que comienza a comprender la relación de parte a parte en el esquema expansivo de la

existencia, y comprende el uso, el significado y el propósito de los detalles que hasta entonces habían resultado ser misteriosos escollos en el camino.

Permitidme señalar una sugerencia ilustrativa de lo que quiero decir. Sus nuevos maestros, Omra y Rael, llevan a Aphraar al teatro de la Alegoría, donde se le permite observar el progreso del gran drama de la vida. En la luz sin sombras en la que observa ahora el verdadero desarrollo, es capaz de rastrear el punto exacto en el que los correctores teológicos han hecho escisiones o introducido tales confusiones que hacen necesaria la existencia de un culto sacerdotal para el sometimiento de la humanidad, y la perversión de la verdad tal como es en Jesús.

La primera parte de este drama de la existencia, según la enseñanza del Cristo, se le muestra a Aphraar que consiste en tres actos, más allá de los cuales él no tiene todavía poder para penetrar su misterio:

ACTO I. - *La etapa mortal o infantil del ser*. El niño, que aún no es capaz de distinguir entre el mal y el bien, es en sí mismo impecable: '*De los tales es el reino de los cielos*' [[ref.](#)]. Sin embargo, inmediatamente es capaz de entender los: '*Haz esto*' o '*No hagas aquello*', y es hasta cierto punto responsable de la desobediencia y, en consecuencia, está sujeto a castigo y corrección. La caída del telón, llamada Muerte, no es el final, sino simplemente un cambio de escena que introduce:

ACTO II - *El Período Escolar o la Juventud de la Existencia*. (Esta es la gran región de la niebla teológica, la controversia y la confusión, diversamente llamada el Estado Intermedio, el Purgatorio o las Siete Esferas). Es en realidad el Aula Escolar en la que el alma es educada y preparada para tomar su posición en la vida como Hija de Dios. En otra alegoría del Maestro, esto es representado como campo de la siega, donde se hace que el alma recoja la cosecha de sus acciones infantiles; o en una tercera, es el tiempo de auditoría, donde se hace que el alma informe y haga balance de su cuenta de responsabilidad por el uso de sus oportunidades en obediencia o en lo contrario, y se someta al elogio o castigo que muestre el balance. Pero en la dispensación de la justicia, un Padre infalible y totalmente amoroso, '*que quiere que todos los hombres se salven*', hace la asignación.

ACTO III - *La madurez del alma*. Pasada la etapa educativa necesaria, y habiendo sido purificada el alma de las debilidades de la carne, entra en su herencia como Hijo de Dios, una condición tan marcadamente diferente de lo que ha sido antes, que se presenta en dos alegorías extrañamente diversas: '*Es necesario nacer de nuevo*' y '*desposarse con Cristo*', o, también, el Maestro lo describe como la llegada a casa del Hijo Pródigo y la entrega del anillo, la túnica, el beso y el gran regocijo.

A entretejer esta enseñanza alegórica con la realidad de la experiencia de Aphraar se dedica la mayor parte de este volumen, y la figura coherente adoptada es la del segundo nacimiento, tal como se presentó a Nicodemo. Aquí me atrevo a sugerir que tanto si Rael como Omra toman la parábola para instruir a su alumno, el lector encontrará que cada uno de ellos es interesante y coherente a la hora de seguir los pasos del Maestro a cuyo servicio están trabajando.

Por supuesto, estoy preparado para que algunos de mis lectores se encojan con algo parecido al horror ante la idea de que el segundo nacimiento de Aphraar tenga lugar más de cuarenta años después de haberse despojado del cuerpo mortal, pero este no es el primer soplo de herejía teológica que se ha levantado a través de nuestros registros desde las llanuras del cielo, ni se exige en ninguna parte de la Biblia que la transición deba obtenerse durante la etapa terrestre del ser, y sin embargo Pablo estaba autorizado a declarar que '*así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados*' [[ref.](#)]. Por lo tanto, es obvio que si la regeneración necesaria no se recibe aquí, debe adquirirse allí.

Habiendo tenido el privilegio de escribir los siguientes registros bajo la dirección de Aphraar, y por lo tanto conociendo algo de las dificultades que encontró al dar el paso, sería un asunto fácil para mí decir aquí cuál sería su consejo a todos y cada uno de sus lectores al respecto, pero no me anticiparé. Es mejor que él despliegue su propia historia, y a su manera muestre cuán inexpugnables son las defensas que aseguran el reino para que *'no entre en él nada que contamine, ni nada que haga abominación o mentira'* [[ref.](#)].

ROBT. JAS. LEES.

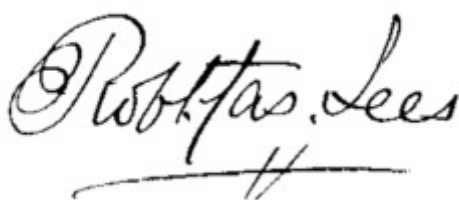
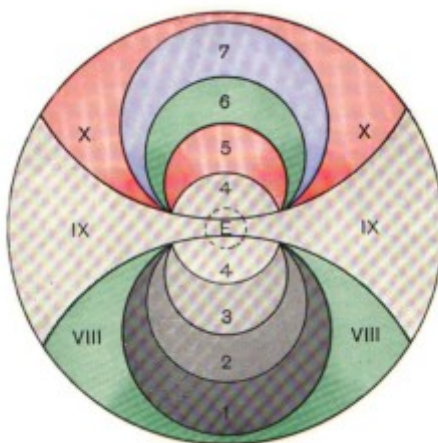


Diagrama del Cielo y la Tierra, por secciones



EXPLICACIÓN DEL DIAGRAMA

El círculo exterior indica la posición de la Esfera Psíquica. El “firmamento” o cielo de [Génesis 1:8](#). Éste, como se describe en las páginas siguientes, abarca todas las disposiciones necesarias para la recepción y maduración del alma recién nacida hasta que alcanza la condición Espiritual de un hijo de Dios.

E. La Tierra. Su posición en lo Físico se indica mediante el círculo punteado.

I-VII. Las Siete Esferas, o Estado Intermedio. El Aula donde transcurre la juventud del alma en preparación Espiritual.

VIII. La ubicación de los incultos, o *'naciones que olvidan a Dios'* [[ref.](#)], en la que son adecuadamente instruidos y preparados.

IX. El Estado de Sueño, donde toda la humanidad pasa la vida de sueño en comunión con los difuntos ([Job 33:14-18](#)).

X. La Gran Guardería, donde se desarrollan y educan los niños que mueren antes de nacer, o bien, antes de '*saber rechazar el mal y escoger el bien*' ([Isaías 7:16](#)).

Todos estos estados son Psíquicos o Intermedios entre el Físico y el Espiritual, como el crepúsculo separa la luz de la oscuridad en el mundo natural. La primera Esfera Espiritual se encuentra más allá de este círculo y se alcanza mediante '*el Segundo Nacimiento*' ([Juan 3:3](#)), como se expone en las páginas siguientes.

[Nota (descripción de los colores en la imagen, para posibles impresiones en papel en blanco y negro): La parte VIII tiene un color como verde botella; esa parte VIII es lo que rodea a las esferas 1, 2, 3, 4, que vemos en la parte de abajo. Esas esferas 1, 2, 3, 4 van en un gradiente de grises desde el gris oscuro de la 1 al más claro de la 4. La esfera 4 y la parte IX están en ese mismo gris más claro. La esfera 5 y la parte X que rodea a las esferas 4, 5, 6 y 7, están en un color rosado nada chillón. La esfera 6 está en un verde diferente a aquel verde botella, creo, y la esfera 7 como en un azulado suave. Como explica el texto, más allá del círculo total comienzan las esferas verdaderamente espirituales, pues, como sabemos por las revelaciones del mismo Jesús en la "segunda venida", las esferas superiores a la 7 son donde propiamente nos sentiremos eternos, estando en comunión de amor con Dios (lo que Robert acaba de llamar más o menos como "alcanzar la verdadera condición de Hijos de Dios"). Ellas (la 8, etc.) siguen en un progreso infinito hacia "arriba" en poderes creativos, "dimensionalidad", etc. (Nota: Quizá a lo largo del libro podamos entender por qué da una numeración correlativa (pero en números romanos a partir del VIII) a esas partes que de cierto modo son paralelas a las esferas "normales", en vez de por ejemplo llamarlas con letras "A, B, C")]

Capítulo 1

Un despertar

De nuevo pido a mi Receptor que tome su pluma para que pueda hablar una vez más a mis hermanos en la carne desde la plenitud del deseo de mi alma.

En su respuesta instantánea, él me llama la atención sobre una gran cantidad de correspondencia que contiene preguntas a las que se me pide que responda; pero, por el momento, debo limitar mi atención a un punto que me presiona particularmente, en cuya consideración, incidentalmente, podré tratar muchos de los problemas planteados, mientras que trataré de revelar uno de los profundos misterios de la experiencia espiritual —tal como lo he encontrado— que le da un mayor significado y la coloca en una nueva luz respecto a la que la teología, ciertamente en estos últimos días, ha tenido la costumbre de considerarla.

Me refiero a aquella enigmática declaración de Cristo a Nicodemo en la que dijo: '*De cierto, de cierto te digo, que el que no nazca de nuevo, no puede ver el reino de Dios*' [[ref.](#)]. El maestro de Israel no logró entenderle; los escolásticos de las edades intermedias han tenido poco éxito, si es que lo han tenido, y, ciego guiando a ciego, tanto el profeta como el pueblo han tropezado para dar en el foso de la duda, porque la luz que había en ellos era tinieblas.

Una vez estuve ciego —ciego como cualquiera cuyo pie resbala sobre la línea que divide lo mortal de lo inmortal—, pero por la gracia de Dios una mano guía me ha conducido a la luz por la que veo, y, de pie en esa luz, mi alma anhela más que nunca contar lo que me ha sido revelado. Quiero que otros vean y aprendan las indecibles bellezas de la luz de la verdad. Quiero que cada alma que cruza el escenario de la Tierra conozca, como yo he llegado a conocer, algo de la irresistible fascinación

de la música celestial que suena en esa declaración del Maestro: '*Tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en Él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna*' ([Juan 3:16](#)).

Por eso no puedo entretenerme ahora en responder a todas estas preguntas. Todo lo que venga en el camino directo que tengo que recorrer será tratado plenamente, pero todo lo demás debe quedar a un lado como de importancia secundaria para el único gran problema. '*¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo? ¿Puede acaso entrar por segunda vez en el vientre de su madre y nacer?*'» ([Juan 3:4](#)).

Hay, sin embargo, una de estas preguntas a la que debo referirme brevemente, antes de continuar: "¿Muestran, los registros hechos, el curso completo de instrucción al que un alma semejante a la de Aphraar es sometida al entrar en la otra vida, o son sólo indicaciones esquemáticas de algún plan más elaborado?".

Son apuntes indicativos, sin ninguna referencia a un orden consecutivo, de incidentes que se extienden a lo largo de una experiencia de casi treinta años. Hago este cálculo del período cubierto, con la esperanza de que sea útilmente sugestivo. Además, en el tratamiento de un alma individual, no se da un currículo técnico rígido y estricto, o un procedimiento mecánico, en la gran universidad de Dios. Cada alma entra con sus propias características especiales, necesidades, entorno y requisitos. Todas las causas que han contribuido a su condición actual son tomadas en cuenta analíticamente.

Los pecados que se deben al padre se llevan a la cuenta del padre, y reciben una consideración correspondiente en relación con el hijo. No se encuentra en el alma mancha o mácula alguna que no sea escrupulosamente rastreada hasta su origen, en cumplimiento de la ley de que '*todo lo que el hombre siembre, eso también segará*', y cuando se determina el resultado justo, entonces se trata con el alma, con miras a asegurar su expiación final ante Dios.

Es en un arreglo tan adaptable como este que el Salmista descubre que '*la ley del Señor es perfecta: convierte al alma*' ([Salmos 9:7](#)). Nosotros, que aún no hemos sido perfeccionados, no estamos en condiciones de saber todo lo que esto implica; pero esto sí lo sé, esto es algo que ya he visto y de lo que ya he hablado más de una vez, y lo recomiendo encarecidamente a la atención de toda alma que lea estos registros: En el juicio emitido sobre el alma cuando entra en la inmortalidad, la justicia de Dios se destaca como una sorprendente indulgencia [*leniency*], descubrimos que la Justicia es una divinidad compasiva, y no una furia vengadora.

Si hay un hecho más profundamente grabado en mi consciencia que otro por las revelaciones de esta vida superior, es este: que Dios tiene en su mente un solo propósito con respecto a toda la familia del hombre: amarlo con amor eterno, y con amorosa bondad atraerlo de nuevo a la herencia que ha abandonado por las maquinaciones del pecado. ¿Puede haber una declaración más patética y anhelante de esto, que la que se oye en la invitación del Cristo, que habla como la voz del Padre: '*Venid a mí todos los que estáis fatigados y cargados, y yo os haré descansar*' ([Mateo 11:28](#)).

De qué babel de confusión escaparía el mundo, qué concepción más clara de Dios amanecería si, dejando a un lado nuestros dogmas teológicos e interpretaciones no autorizadas, el alma errante aceptara la sencilla invitación del mediador designado por Dios, y aprendiendo de Aquel que es manso y humilde de corazón, encontrara el descanso necesario. '*Los caminantes, aunque necios, no errarán por él [por ese camino]*' ([Isaías 35:8](#)).

Sé de qué hablo cuando hago esta sugerencia. Cuántas veces he anhelado la oportunidad de apartarme, para poder meditar sobre las sorpresas cada vez mayores que encuentro, mientras observo esta ley de Dios en funcionamiento a mi alrededor. Por fin he alcanzado esta meta de mi deseo, he probado las dulces aguas que puedo extraer del pozo de la meditación, he abierto los ojos para contemplar las vistas de la revelación que se despliegan ante mí, mientras Él me proporciona el descanso prometido; he encontrado allí una puerta de oportunidad que se abre a un ministerio insospechado que no había soñado, un servicio que podría prestar al Maestro, al cual Él se ha complacido en llamarme: un servicio de siembra, para el que no tuve que esperar mucho antes de recoger una rica cosecha de más del ciento por uno.

Me había retirado a un lugar sagrado por el recuerdo de meditaciones anteriores, y me había perdido de nuevo en el reino celeste, cuando una mano tierna se posó en mi hombro. Vaone estaba detrás de mí.

«Aphraar, espero no haberte molestado, pero me gustaría tanto que me respondas a una pregunta», dijo disculpándose.

«No una, sino cien, querida, si deseas hacer tantas. ¿Qué deseas saber?».

«¿Has encontrado en el cielo todo lo que esperabas?».

Había una sospecha de ansiosa indecisión en su nerviosa pregunta, y la naturaleza de la misma parecía tan extraordinaria, viniendo a mí tan repentinamente y en un momento así, que, por el momento, dudé qué o cómo responder.

«Cielo... ¿todo lo que esperaba? -repetí- ¿Qué quieres decir?»

«Perdóname si me he expresado vagamente -contestó ella, mientras tomaba asiento a mi lado-, pero me acaba de venir a la mente la idea de lo muy diferente que es esta vida de lo que nos enseñaron que sería. Y al darme cuenta del contraste, te vi a ti, y vine a preguntarte si tú también la habías encontrado así».

La confusión que la pregunta provocó en mi mente no tuvo tanto que ver con su forma, como con el descubrimiento de que Vaone se había despertado lo suficiente como para instituir una comparación. No la había conocido en la carne, pero sabía que su historial era el de una ortodoxia leal e incuestionable. Mi experiencia acerca de las influencias desencarnadas me había demostrado que tendían más a la fijeza de ideas que a otra cosa; y yo había encontrado a Vaone casi indolentemente inclinada, hasta entonces, a contentarse con aceptarlo todo tal como lo encontraba. Ahora ella había sentido el estímulo de una nueva idea y, bajo su insólito estímulo, estaba pidiendo información.

Por el momento no sabía cómo responderle. Cómo deseaba estar dotado del tacto y la habilidad de Myhanene para tratar un caso así. Por primera vez me di cuenta de la tremenda responsabilidad que recae sobre los hombros de cualquier hombre que intente desempeñar el papel de maestro, pero cuando ese cargo se ejerce en relación con las cosas espirituales, la responsabilidad añadida es, o debería ser, tan grande, que hace que uno se detenga seriamente antes de asumirla.

'He aquí un sembrador que salió a sembrar': ese es el bosquejo que Cristo hizo de un maestro que va a su trabajo. *'Todo lo que el hombre siembre, eso también segará'*. Después de muchos días: *'Algunos treinta, otros sesenta, y otros ciento por uno'*, ya sea de trigo o de cizaña. ¿Cuál sería la

cosecha si me atreviera a responder a la pregunta de Vaone sin que Myhanene o alguno de los otros estuviera presente para corregir cualquier error que yo pudiera cometer?

Fue en ese momento cuando me di cuenta de lo acertado de que Myhanene no me permitiera utilizar a mi receptor si no era en presencia de algún miembro responsable de su banda.

Cómo nos inquietamos y nos preocupamos mientras esperamos impacientes la llegada de alguna oportunidad deseada, pero si se presenta vestida de una guisa insospechada, no la reconocemos y dejamos que pase desapercibida. Hablo ahora por experiencia. ¿Cuántas veces anhelé poder contar todas las cosas buenas que mis maestros me habían dado a conocer? Casi temo que en esas ocasiones me habría enamorado demasiado de la posición de maestro como para darme cuenta del peso de la responsabilidad que conllevaba. Cuando esto último me fue revelado, me encogí y llamé a Myhanene para que viniera a responder a Vaone.

«Esta es tu oportunidad -respondió-, cuéntale, a tu manera, lo que has visto y oído».

No había escapatoria. Era mi primera verdadera llamada al deber. Vaone estaba esperando, preguntándose por mi retraso.

Justo en ese momento, tuve una experiencia extraña y curiosa. Un rayo de luz atravesó mi consciencia, vívido y breve como un relámpago, pero a su paso dejó tras de sí tres revelaciones diferentes e inconexas: el despiadado sistema de dominación —social y espiritual— bajo el cual Vaone había pasado su vida terrenal; la verdadera naturaleza de la emancipación asegurada por el ministerio de la Coral Magnética; pero la más impresionante, con mucho, fue el descubrimiento de una nueva facultad en mí mismo que parecía romper con todas las limitaciones a las que había estado sujeto hasta entonces, e impartir un poder de comprensión bajo cuya influencia me enfrenté con valentía al deber al que había sido llamado.

«Sí, es diferente, es extrañamente, incomparablemente diferente de todo lo que había concebido que sería -respondí, preguntándome adónde me llevaría mi recién encontrada inspiración-, pero la diferencia, tal como yo la veo, parece estar en la dirección opuesta a la que tú has descubierto. Si comprendo bien el tono en que haces tu pregunta, esta vida no está a la altura de tus expectativas; para mí, se requiere más de todo el poder del que dispongo para poder expresar hasta qué punto supera mis mayores expectativas. Permíteme explicarte lo mejor que pueda en qué consiste esta diferencia».

«Sí, ayúdame, Aphraar».

«Por supuesto que te ayudaré, aunque me temo que no seré más que un pobre e incierto apoyo en el que puedas reclinarte. Pero haré lo que pueda, de acuerdo con lo que he aprendido».

«Confiaré en ti», respondió ella, tal vez con más confianza de la que mi autoridad justificaba.

«Entonces debo empezar por explicarte algo que me sorprende que no hayas sabido antes».

«¿Y eso es...?».

«Que ni tú ni yo estamos en condiciones de expresar ninguna opinión respecto al cielo en este momento».

«¿Qué quieres decir? ¿Por qué no podemos hablar del cielo? ¿Quieres que piense que esta vida, en la que se nos han concedido tantos deseos de nuestra alma, no es más que un largo sueño, del que pronto despertaremos: yo para volver a tomar la cruz de mi esclavitud a la tiranía de otro, y tú para

reanudar la angustia de la que este sueño sagrado te ha aliviado temporalmente? ¿Es acaso cierto que quieres que anticipe la revelación que con tanta frecuencia dices que aún se nos ha de hacer? ¡Que Dios me libre de semejante blasfemia de muerte!».

Vaone se había puesto en pie al primer impulso de su protesta. El resentimiento que se despertó fue tan opuesto a su disposición habitualmente complaciente como para hacer que ella se asombrara de sí misma. Yo, no menos asombrado por el inesperado arrebato, al principio me sentí inclinado a sonreír, pero al ver lo profundamente que la idea la había conmovido, me dispuse de inmediato a tranquilizarla.

«No, puedes descartar de inmediato esa posibilidad. Por mucho que lo deseemos en determinadas circunstancias, el dormir [*sleep*] es impotente para devolvernos al ayer de la vida; siempre nos lleva hacia el mañana. No podemos despertar de nuevo en las limitaciones y la servidumbre de la carne; el sueño de la muerte no tiene poder ni alternativa más que para llevarnos hacia adelante al amanecer del espíritu. No hay motivo para alarmarse. Si me hubiera tomado más tiempo para reflexionar sobre mi respuesta a tu pregunta, la habría formulado de forma menos abrupta, evitando así el malentendido que he creado. Permíteme tratar de expresar lo que quiero decir de otra forma».

«¿Quieres decir que aún no hemos llegado al cielo, sino que estamos en un estado intermedio?».

«Eso es exactamente lo que quiero decir».

«Pero yo no creo...».

«Mi querida Vaone, la altitud de nuestra creencia no afecta en absoluto a la validez de un hecho. Los sabios de la antigüedad afirmaban que la Tierra era plana, con cuatro esquinas, pero todas las creencias de filósofos, científicos y eclesiásticos a ese respecto eran erróneas. Las creencias siempre están sujetas a revisión cuando se descubren hechos, y ahora nos encontramos frente a un hecho que nos demuestra que los eclesiásticos modernos no son más infalibles que sus predecesores. La dificultad a la que te enfrentas no es que la vida en la que has entrado ahora sea errónea, sino más bien que la concepción que te formaste de ella —bajo la dirección de aquellos que no sabían más de sus realidades que tú misma— es errónea. Pero no has perdido nada con el descubrimiento. Si no has entrado en las recompensas inmediatas que predijeron y prometieron a cambio de tu creencia, tampoco han recaído sobre ti los castigos con los que ellos amenazaban a la incredulidad. Aparte de esto, ¿hay alguna otra desilusión que esta vida te haya ocasionado?».

Ella vaciló antes de aventurar su respuesta.

«No, tal vez no. Pero supongamos que ellos hubieran tenido razón y yo no les hubiera creído».

«Eso representa exactamente la posición que yo ocupaba. Sinceramente, no podía aceptar las pretensiones de la Iglesia y, aceptando la regla de oro como ley de mi vida, me esforcé —de forma muy imperfecta, pero no por ello menos esforzada— en seguirla. ¿Cuál es el resultado? ¿Me encuentro de alguna manera penalizado en comparación contigo? ¿No eres más bien alguien que viene a mí expresando una decepción, mientras que yo me veo obligado a admitir que, hasta ahora, esta vida es una revelación más gloriosa de la bondad amorosa y la tierna misericordia de Dios de lo que jamás se me ocurrió concebir? Por supuesto, echamos de menos los accesorios teatrales que la Iglesia emplea tan maravillosamente para adornar tentadoramente su escenario.

»No encontramos transformaciones del tipo "¡Ya! En mi nombre, ¡cambio!", por medio de las cuales un alma leprosa es transferida a la primera fila de los santos al recibir la llamada "extrema

unción"; o una oración que apenas termina antes de que la carne sea descartada. Por otro lado, encontramos ley, orden, belleza, previsión y un ministerio adaptado a cada posible demanda que los estragos del pecado y de la rebelión hayan creado. En todo el amplio reino de lo posible no se puede encontrar ningún mal para cuya corrección no se haya provisto aquí un antídoto, fuera del alcance y de la influencia del enemigo; pero todas y cada una de estas benditas disposiciones de Dios operan de acuerdo con la ley establecida, y nunca en respuesta a ninguna orden errática.

»Siendo esto así, ¿no ves —especialmente con la gran ventaja que poseemos ahora de tener la evidencia circunstancial de la vida superior para guiarnos en nuestras conclusiones— que es exactamente tan imposible para cualquier alma pasar en un solo paso del estado de pecado a la rectitud [*righteousness*], como lo sería para un infante alcanzar el estado de hombre mediante un proceso similar? Entre la infancia y la madurez se encuentran las etapas intermedias de la niñez y la juventud que son absolutamente necesarias para asegurar el vigor físico y mental, y por paridad de razonamiento es igualmente esencial que se permita un intervalo similar de transformación para la conversión de un pecador en santo.

»Si se necesitara algo más para probar la necesidad de un estado intermedio, yo podría proporcionarlo fácilmente preguntándote si alguna vez has pensado en celebrar una recepción sin ofrecer un guardarropa para la comodidad de tus visitantes. Es casi imperdonable sugerir la posibilidad de que se produzca un contratiempo semejante, pero si esto es así en la vida social ordinaria, ¿por qué debería considerarse un ultraje afirmar que existe una disposición correspondiente, donde los peregrinos manchados por el viaje pueden prepararse adecuadamente para ser conducidos a la presencia del Rey de Reyes?

»Por lo tanto, no hay razón para que te sientas desanimada o decepcionada, como tampoco yo tengo motivos para alegrarme de la posición en que nos encontramos actualmente. Tú aún no has alcanzado la altura de tu gran ideal, mientras que yo, en muchos aspectos, he superado mis expectativas más optimistas; pero aún no estamos en el cielo.

»Nuestros ojos aún no han contemplado la visión de la puerta nacarada y la calle dorada que le fue concedida a Juan en Patmos; pero nos hemos despojado de la carga de la carne, y en el vestíbulo del cielo estamos descansando nuestros cansados pies, tomando refrigerio, y siendo instruidos en referencia a lo que se requerirá cuando seamos llamados al lugar más santo [*"holy of holies"; sanctasantórum*]. La existencia inesperada de lo que podríamos considerar como un vestuario contiguo a la cámara de audiencias no debe causar alarma. Es simplemente el resultado de confiar en indicaciones y promesas no autorizadas; no pone en peligro, sino que sólo retrasa temporalmente la realización, en lo que a ti respecta; por mi parte, me he visto más que satisfecho al encontrar lo que ya he alcanzado, y espero con ilusión, como a ti te aconsejaría que hicieras, lo que aún está por revelar».

Vaone escuchó con nerviosa paciencia todo lo que yo tenía que decir, alternándose visiblemente en su rostro la sonrisa de la esperanza y la sombra de la duda. En ese momento descubrí que una sospecha de animación se imponía a su habitual compostura, y me maravillé del éxito que estaba logrando mi ministerio. Y, sin embargo, eso no era yo. Era algo más allá de mí mismo, algo que había quedado atrás y que había evolucionado a partir de aquel misterioso rayo de iluminación que recibí al principio de su consulta, un impulso guía que me había llevado adelante, proporcionándome todo lo que decía y utilizándome para hablar de cosas que nunca antes había

considerado ni soñado, con una seguridad tan ajena a mí mismo como lo era el papel de profesor que me había visto obligado a asumir.

«¿Has terminado?», preguntó, tras una breve pausa.

«Creo que he dicho todo lo que era necesario por el momento, a menos que quieras preguntarme algo más», respondí.

«Estoy empezando a darme cuenta de lo mucho que ignoro, y la sensación que me produce es de confusión. Lo siento, pero no sé cómo expresarlo. Es algo que, cuando vine a verte, lo tenía ante mí, como una incertidumbre inquieta, y que sólo podría describir como una sensación de decepción que contravenía todas mis ideas del cielo. Por eso he venido. Mientras hablabas, todo parecía cambiar: la decepción se transformó en el misterio que lo llena todo, todo. Pasado, presente, futuro, todo es misterio, y quiero que sigas hablando de ello. Dime qué es».

«Puedo decírtelo con una sola palabra -respondí, más agradecido por su confesión de lo que puedo expresar, ya que me abrió los ojos claramente a lo que realmente estaba ocurriendo en ella-; Es tu propio despertar a la Vida. La Vida es misterio, un misterio tan profundo, tan vasto, tan glorioso, que es un problema si algún ojo, excepto el de la Deidad, será capaz de penetrarlo. Nosotros mismos tenemos que esperar su revelación. Su brillante rayo naciente apenas comienza a tocar tu alma, Vaone. Debes sentirlo, verlo, conocerlo por ti misma. Nadie puede decirte lo que es, de dónde procede o adónde va, excepto Dios. Anímate a conocerlo. Con todo tu corazón, alma, mente y fuerza busca y encuentra, sigue a Aquel que es el único capaz de conducirte a la verdadera luz de la Vida».

No volvió a responderme, sino que dio media vuelta y se alejó, como yo me había alejado más de una vez de Myhanene cuando él me había llevado cara a cara frente a una de sus grandes revelaciones.

No intenté seguirla. Sabía que todo iba bien, y en aquel momento yo ya tenía bastante con tomar conocimiento de mi recién encontrado yo.

Capítulo 2

El ojo de la fe

«Mi recién encontrado yo» expresa significativamente mi condición y perspectiva en el momento en que Vaone me dejó. En la revelación que Jesucristo hizo a Juan en Patmos, Aquel que estaba sentado en el trono y al que se oye declarar *'he aquí: Yo hago nuevas todas las cosas'* ([Ap. 21:5](#)); y Pablo, escribiendo a los Corintios, nos asegura que *'si alguien está en Cristo, ya es nueva criatura'* ([2 Corintios 5:17](#)); pero la nebulosa incertidumbre que existe en cuanto a cuándo ha de alcanzarse la realización de esta condición, unida al íntimo conocimiento de mis propias imperfecciones, me impide aventurarme a esperar que tal culminación haya sido hasta ahora alcanzada siquiera aproximadamente en mi propio caso.

Y, sin embargo, aquel curioso rayo de iluminación, que atravesó mi consciencia mientras Vaone trataba de explicarse, me había dejado notablemente distinto de como me había encontrado. El soplo genial de la primavera había, por así decirlo, tocado la esterilidad del invierno, y la Naturaleza, sensible al cortejo, había saltado ofreciendo sus innumerables yemas sonrojadas en respuesta a la llamada del amor. O, dejando a un lado todas las figuras retóricas, ¿no podría decir que las misteriosas influencias y operaciones a las que he estado sometido desde que crucé el

místico Jordán, han obrado secretamente en el desarrollo de nuevas facultades, capacidades y poderes, que me están llevando hacia unas condiciones de ser tan nuevas que apenas soy capaz de reconocer a mi antiguo yo?

No me malinterpretéis. Me encuentro ante un problema que aún no ha sido resuelto, y deseo abordarlo con reverencia. La producción más singular que contiene la Tierra es el Hombre: un conglomerado de misterios aparentemente insolubles. Una criatura formada de arcilla, pero que lleva la imagen del Dios invisible. Un curioso compuesto de animal y ángel, con un pie a cada lado de la línea que divide las dos dimensiones del espacio, la parte física operando en la tercera, y la espiritual trabajando en la cuarta. Durante el día se emplea en someter y repoblar la Tierra, y en el sueño de sus noches es llamado a estudiar y graduarse en la universidad del cielo.

En esta cualificación y adaptación para ocupar una posición de ciudadanía en dos mundos, podemos ver a la vez la sublimidad y la dignidad del hombre, tal como fue diseñado y previsto por la incomparable sabiduría del Creador. En este gran logro, la consciencia, a través de la agencia de la comunión en la vida del estado de sueño, da testimonio de que somos hijos de Dios, y nos entremezcla con el cielo, como la urdimbre y la trama de un tejido se entretajan en una sola cosa. Ya he hablado de una revelación que recibí de los archivos de este mismo canal, cuando, en compañía de Cushna, toqué "el punto del recuerdo" (*A través de las nieblas*, [cap. 15](#)) y me quedé asombrado ante los misterios que ello entonces aclaró. El segundo rayo de iluminación había llevado esa revelación una etapa más adelante, desplegando más y más sorpresas en mi experiencia pasada, hasta que me he visto obligado a decir que "apenas soy capaz de reconocermelo a mí mismo". Pero no debo temer, la trama de la consciencia permanece como garante de mi identidad. Antes soñaba, pero ahora estoy despierto, y encuentro disponibles todos los tesoros oníricos que recogí del otro lado en aquellas transitorias visitas. Era el plan de Dios que hubieran estado disponibles para el servicio en la vida inferior, y así prepararnos para una mejor entrada en esta. Pero tal ayuda habría destruido cualquier pretensión de un culto sacerdotal, y así "la superstición" de la validez de los sueños tuvo que desaparecer. Tal fue la razón que llevó a que este corredor de comunión fuera cerrado "por la autoridad", y pocos son los que lo encuentran en la época actual. Sin embargo, sigue existiendo, porque *'todo lo que el Señor haga será para siempre'* [[ref.](#)], y quienes lo encuentran mediante una búsqueda paciente, descubren un tesoro de valor incomparable. Cuán diferente habría sido mi situación si hubiera tenido esa suerte, y sin embargo, lo tenía a mano, pero en mi ceguera lo perdía, al pasar al otro lado.

Así fue como la llegada de Vaone interrumpió mis meditaciones y abrió la puerta de la oportunidad a un ministerio de lo más inesperado. Había hecho más que eso. Mientras repasaba en silencio el incidente, empecé a examinarme ansiosamente sobre la manera en que había cumplido con el inesperado deber que se me había exigido. ¿Había estado a la altura de las circunstancias y sembrado con consideración la semilla en el terreno preparado para producir la cosecha necesaria, o me había encontrado en desventaja, dormido en mi puesto, o lejos de mi puesto de guardia, y por lo tanto no había hecho lo que debía haber hecho? El resultado de la investigación no fue tan tranquilizador como hubiera deseado. Había hecho algo, pero mi reflexión más madura me mostró cuánto podría haber dicho que no se me ocurrió en ese momento.

Qué diferente habría sido mi respuesta a su pregunta si me hubiera detenido a reflexionar antes de seguir el impulso de aquel rayo de luz. ¿Había actuado sabiamente al tomar el camino que tomé? ¿Le habría ayudado más si le hubiera contado la historia de mi propia experiencia desde el momento en que me desperté y me encontré tendido en la ladera donde Helen vino en mi ayuda? Si

lo hubiera hecho, habría contado que esta nueva vida no sólo había estado libre de cualquier sombra de duda o pesar [*regret*], sino que, más allá de ese resultado negativo, había ido mucho más allá de todo lo que yo me había atrevido a soñar o había imaginado posible que pudiera llegar a ser, porque me había negado a creer en las ideas ilógicas que propugnaban las Iglesias.

Mi negativa a conformarme a las observancias religiosas habituales no se debía a que yo careciera de sentido de la reverencia o a que no me preocupara ninguna consideración sobre un posible más allá. Me mantenía a distancia por la ausencia demasiado segura, en la práctica —dentro del límite de los elegidos—, de las virtudes fundamentales que la Iglesia exigía en precepto. Por eso me mantuve al margen y me aventuré a seguir los dictados de mi propio corazón para trazar una ley de vida. Con el resultado, descubrí que no había errado mucho en mi decisión. En mi corazón sentía un anhelo inconquistable de encontrar un amor que nunca había conocido, aunque estaba seguro de que existía en alguna parte; lo busqué, pero no pude encontrarlo. La experiencia me decía que yo no era singular en mi búsqueda, ni estaba solo en el fracaso de alcanzar mi fin. Entonces, sintiendo ese toque de la naturaleza que hace que todos los hombres sean afines, intenté aliviar mi propia sensación de pérdida tendiendo una mano de ayuda a quienes pudiera encontrar en una situación aún más lamentable. Fue en la búsqueda de tal campo de ministerio que descubrí la pequeña Bethel en Whitechapel [área de Londres, al [este](#); *Bethel debe de ser una parroquia y/o barrio humilde en esa área*], donde encontré lo que el mundo tenía para ofrecirme en la práctica de la regla de oro.

Como recompensa, recibí la marca de hereje de la Iglesia; un alejamiento de mi familia escrupulosamente ortodoxa; una comunión de simpatía y afecto con los desvalidos; y cuando hube pasado más allá del alcance de teologías y ortodoxias, encontré una bienvenida esperándome que era más que una recompensa por todo lo que había experimentado.

Este es un esbozo de un recital alternativo que podría haber dado a Vaone si no hubiera seguido el impulso nacido de aquel rayo iluminador; entonces podría haber terminado con la declaración con la que le respondí por primera vez: "y sin embargo no estoy en condiciones de hablar del cielo".

¿Cómo es posible que uno hable con autoridad de lo que no ha visto, cómo puede hablar de lo que no conoce? Hasta entonces, sólo me había entretenido en la antecámara, donde mis sentidos habían quedado tan aturdidos por su abundancia de tesoros que no lograba captar sus bellezas; ¿cómo podría describir la sala de audiencias del salón del trono?

Llegué a la conclusión de que había tomado el mejor camino al seguir la dirección de aquel rayo de iluminación. Pudo haber sido —probablemente lo fue— que yo no estuviera a la altura de todo lo que se exigía de mí en aquella ocasión; que no llegara a hacer todo lo que la revelación pretendía lograr. Sin embargo, aunque no había conseguido una victoria, podía consolarme pensando que no había cerrado los ojos a la visión ni me había resistido a la llamada que se me había hecho. Con esto tenía que contentarme. Desde mi llegada me habían conducido a ciegas y, sin embargo, todo estaba saliendo bien. Me habían tapado los ojos, en gran medida, pero empezaba a ver que había salido ganando con la guía a la que me había sometido. ¿No fue Salomón quien dijo: '*Los pasos del hombre los dirige el Señor; ¿cómo puede, pues, entender el hombre su propio camino?*' ([Proverbios 20:24](#)).

El intelecto puede resentirse y rebelarse contra la exigencia del espíritu de '*caminamos (guiados) por la fe, no por vista*' [[ref.](#)]. Pero el intelecto no es supremo en el reino del espíritu, del mismo modo que las leyes de una democracia no serían válidas en un imperio autocrático. Cuando Dios, insuflando al hombre [*breathing into man*], hizo de él un alma viviente, el Intelecto quedó

subordinado a la Moral, y la fidelidad de la moral se prueba por la obediencia, no por la razón. Más adelante volveré largamente sobre esto; mientras tanto, permítaseme afirmar que, en la dirección en que nos movemos, la fe asegura una bendición que el intelecto nunca podría adquirir. La razón puede extender su mano, las yemas de sus dedos pueden llegar a tocar los flecos de seda, pero no puede hacer más; mas la fe agarrará el manto del espíritu y reclamará la bendición vivificante que sólo se concede a la obediencia.

Hablo de lo que sé, de lo que he aprendido de forma fiable en la escuela de la experiencia.

Ya había llegado a Vaone antes de que el primer presagio de esta gran verdad comenzara a irrumpir en mi verdadera comprensión. Desde entonces la revelación ha continuado hasta que soy capaz de discernir que las apariencias externas son siempre transitorias, mientras que las que están ocultas —las que actualmente no se ven— son las verdaderamente sustanciales y eternas.

Mirando hacia atrás desde la luz en la que me encontraba entonces, pude ver que, desde el momento en que Helen me descubrió tendido en una vaga incertidumbre en la ladera, yo había estado —mientras estaba exteriormente ocupado con Myhanene, Cushna, o algún otro de sus compañeros de ministerio— en cierto sentido misterioso y desatendido [*unrealized*], en comunión con un extraño invisible y desconocido, mientras recorríamos otro camino que conducía de Jerusalén a Emaús, con ocasionales vislumbres de Su muy amada Galilea, conforme Él hacía arder mi corazón dentro de mí.

Hasta qué punto, tan completamente, logró ocultarse Él bajo la apariencia de Helen, Arvez, Siamedes, Cushna, Myhanene o Eilele... hasta que llegó el momento de revelarse... Mi corazón se había conmovido hasta lo más profundo con la declaración de Helen, cuando exclamó: "Dios es amor, Fred". El latido de esperanza que ella provocó con aquella inspiradora declaración nunca volvió a abandonarme, sino que cada conductor o experiencia sucesivos lo avivaba, alimentaba y alentaba a aumentar, y sin embargo yo continuaba la comunión sin sospechar quién había sido mi verdadero Instructor.

No creo que las edades eternas basten para oscurecer en mi memoria los vívidos detalles de aquella visión caleidoscópica de la fe.

¿Qué es la fe?

Tal vez nos ayude anticiparnos un poco en este punto para tener una idea más clara de esta gran facultad del alma. Más adelante trataré el tema con más detenimiento, pero una sugerencia aquí nos ayudará a hacernos una idea. El alma, como ya he indicado, trabaja siempre en la cuarta dimensión, de lo físico a lo espiritual, de lo visible a lo invisible. La fe es lo que podría llamarse una facultad telemicroscópica que el alma descubre en la profundidad del ser y que, puesta en servicio, penetra e ilumina las tinieblas interiores y le permite vivir en el futuro como si ese futuro fuera ya presente.

Si este poder de penetración inherente al alma se puede concebir y comprender claramente, ya no habrá el menor fundamento para dudar de que *'la fe es la sustancia de las cosas que se esperan, la demostración de las cosas que no se ven'* ([Hebreos 11:1](#)). La transformación que la exaltación [*relevation*] de ello produjo en mí será la medida del efecto que producirá en ti, lector mío, y entonces empezarás a comprender algo de lo que se entiende por un segundo nacimiento.

Bajo el inexpresable encanto de su descanso y satisfacción, no quise perturbar la soledad de la comunión que ello evocaba. Sentí lo que debió sentir el querido Dr. Watts cuando cantaba:

Mi dispuesta alma se quedaría
en un marco como este,
y se sentaría a cantar
a la dicha eterna. [[ref.](#)]

Y, sin embargo, eso apenas transmite lo que deseo expresar, pues ¿acaso no había alcanzado ya esa dicha eterna? Me parecía como si ya hubiera alcanzado el éxtasis de esa ocupación celestial, y todo lo que necesitaba era que no me molestaran, para deleitarme y alimentarme de las muchas revelaciones ocultas que estaban enterradas bajo la superficie de cada una de las escenas e incidentes que había presenciado desde mi llegada.

¿Quieres que te explique brevemente a qué me refiero?

Acababa de despertarme de mi ¿sueño? en las pendientes aquellas [*la interrogación la pone él, como diciendo "¿yo lo llamaría sueño?"*; la palabra usada es "sleep"]. Mi pequeño protegido, casi irreconocible, se deleitaba en la transformación de cuento de hadas que había tenido lugar. En mi asombro, oí la voz de Helen. Entonces, todo cambió: estaba tumbado en la ladera de otra montaña, escuchando la música de un Gran Maestro, que hablaba como ningún hombre había hablado antes, en el ensayo de una serie de bienaventuranzas que parecían mantener embelesada a su vasta audiencia. Tocó un acorde que despertó una armonía desde algún lugar más allá de todas las eternidades y sólo pareció encontrar un débil eco en el cielo desde el que hablaba, cuando dijo: *'Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados'* [[ref.](#)]. Era sólo una frase breve, un acorde bajo y dulce, pero contenía y sonaba con una melodía que introdujo un cambio de escena.

Era el banquete de unas Bodas, junto al río, y bajo las ramas del árbol de la vida. El predicador de todos los tiempos ya no enunciaba las leyes de un reino que se esforzaba por establecer; sino que, vestido de novia, daba la bienvenida a sus invitados a las nupcias en el reino que había logrado, donde todas Sus promesas serían plenamente satisfechas, y concluía con la seguridad de que *'ya no tendrán hambre, ni sed; ni les dará el sol, ni calor alguno; porque el Cordero que está en medio del trono los apacentará y los conducirá a fuentes de aguas vivas; y Dios enjugará toda lágrima de sus ojos'* ([Ap. 7:16-17](#)).

La visión se desvanece, y vuelvo a escuchar el himno conmovedor de la Coral Magnética, mientras Siamedes utiliza las corrientes vitales aportadas por la multitud para bañar las almas de los oprimidos y devolverles la libertad y la belleza, anticipando la llegada de Myhanene para dar el beso de compensación que despertará a los durmientes a una verdadera frescura de vida. Mientras observo el sagrado ministerio, la fe me transporta de nuevo, y me encuentro con el heroico e intrépido Elías cuando, sin ayuda de nadie, desafía y reta a todo el culto de Baal, para demostrar cuál dios es Dios.

Un hombre frente a ochocientos cincuenta, con el patrocinio de un rey y una reina. Un hombre, solo; y el jurado de una nación llena de prejuicios para dar el veredicto. ¡Qué prueba de fe! ¡Qué lente tan perfecta había descubierto Elías! ¡Cuán impecablemente pura, cuán bellamente la había enfocado! No es de extrañar que los carros y los caballos del cielo le acompañaran. ¡Oh, la ironía del sarcasmo con que se burla y anima a los sacerdotes! Pero Elías ya sabía que quien está solo con Dios contra un mundo, está con la verdadera Mayoría. Así que ganó su veredicto, al igual que Siamedes aseguró su victoria.

Mientras yo observaba, esperando que el fuego cayera y consumiera el sacrificio de Elías, levanté los ojos y contemplé el manto sombrío que vestía, y los relámpagos que azotaban el Sinaí, más allá del desierto del Pecado. *'Hubo truenos y relámpagos, y una nube espesa sobre el monte, y la voz de la trompeta muy fuerte; de modo que todo el pueblo que estaba en el campamento tembló'* ([Éxodo 19:16](#)). No es de extrañar que *'cuando el pueblo lo vio, se retiró y se puso en pie, alejado'* ([Éxodo 20:18](#)). Yo también temblé al contemplar la visión, y recordé la advertencia: *'Temible cosa es caer en manos del Dios vivo'* ([Hebreos 10:31](#)). Pero de la oscuridad, por encima del terror del trueno, me llegaron los suaves acordes, como de un arpa, y oí la dulce voz de una cantante que proclamaba: *'El Señor es clemente y misericordioso, lento a la cólera y generoso en misericordia'*. ([Salmos 103:8](#)).

En la relajante cadencia de aquel evangelio perdí el monte, y me encontré de nuevo en compañía de aquel Predicador de la ladera de la montaña, que me invitó a volver a visitar la región en la que Ladas ejerce su ministerio. Una sombra recorrió el rostro de mi conductor al leer la pesimista leyenda de Dante escrita sobre el portal: "Abandonad la esperanza todos los que entréis aquí" [[ref.](#)]. Frunció las cejas en señal de desaprobación, pero no pronunció palabra. Con un movimiento de la mano borró semejante calumnia sobre el amor eterno e inmutable:

'¿Quién es este que oscurece el consejo con palabras sin conocimiento?' ([Job 38:2](#)), preguntó apenado. *'¿No está escrito: "Si hago mi cama en el infierno, he aquí que tú estás allí"?''*. ([Salmos 139:8](#)). Y resplandeciendo en letras de fuego vivo, puestas en lo más profundo del seno de aquel oscuro dominio, borró el dogma e inscribió el canto, para que incluso los que vagaban por la región de "los confines" pudieran captar el eco de la invitación: *'Venid ahora y discutamos juntos, dice el Señor: aunque vuestros pecados sean como la grana, quedarán blancos como la nieve; aunque sean rojos como el carmesí, quedarán como la lana'* ([Isaías 1:18](#)). Un evangelio así, en un lugar así, no necesitaba predicación adicional para proclamar el amor eterno de un Dios como ese, como tan únicamente se esbozaba. Transfigura el alma conforme ella bebe de su atractivo encanto. Despierta en el pródigo la consciencia de lo que ha perdido y le obliga a decir: *'Me levantaré e iré a mi Padre'*.

La visión se demoró —se desplegó—, me llevó lejos. Estaba escuchando a mi Guía en otras escenas, rodeado de publicanos, pecadores, escribas y fariseos, mientras contaba aquella gráfica historia del muchacho descarriado. ¿Acaso yo no había tenido hambre, con él, del amor de un padre? ¿No eran la anhelante simpatía, la tierna indulgencia, la atractiva solicitud y la piedad redentora del orador demasiado irresistibles para ser rechazadas? Ningún hombre me había proporcionado nada... mas su voz, su mirada, su actitud, su mano me ofrecieron la única copa de la que tenía sed. Comí, bebí, me sentí refrescado, fortalecido, ¡redimido! Por supuesto, el muchacho volvió a casa. Una historia así, contada así, vaciaría el infierno. Era esta historia, contada más brevemente, la que había escrito en una sola frase sobre aquel portal sombrío donde ministra Ladas. ¿Cuál sería su cosecha?

Podría continuar y recorrer paso a paso toda mi experiencia, a medida que se presentaba ante mí, conforme la fe la revelaba en mi meditación, y al paso de cada incidente podría haber ilustrado a Vaone sus aspectos manifiestos y ocultos, a medida que la visión me llevaba de aquí para allá, para que ella viera cómo se disciernen cuidadosamente las necesidades de cada alma y se las atiende en preparación de su mejor progreso.

Me complace, sin embargo, pensar que actué sabiamente en el curso que tomé. Si mi experiencia hubiera sido mejor que las ilustraciones que utilicé, se la habría compartido desde el principio. Con eso me di la esperanza de que mi imperfecto ministerio pudiera ser en alguna medida utilizado en beneficio de Vaone. Y al registrar los dos cursos que se me abrieron, confío en haber dicho lo

suficiente para asegurar a mis lectores que, al tratar con las almas en el más allá, hay una sorprendente consideración mostrada a los requisitos individuales, prescrita por un Padre cuya actitud hacia todos y cada uno es: '*Con amor eterno te he amado; por tanto, con amorosa bondad te he atraído*'. ([Jeremías 31:3](#)).

Capítulo 3

Veo la puerta

Permíteme aquí llamar la atención sobre uno de los agradables contrastes que la vida espiritual ofrece a la física. La probabilidad de fracaso que ensombrece incluso el esfuerzo más noble en la vida inferior, aumenta considerablemente la carga de la existencia. Por el contrario, en la vida superior, la nobleza de los objetivos y de los propósitos impone invariablemente el éxito. Es una ley fundamental del reino, declarada por Cristo, que '*todo el que pide, recibe; y el que busca, encuentra; y al que llama se le abrirá*' ([Mateo 7:8](#)). ¿Por qué, aunque éste —uno de los menores atractivos que puede ofrecer— fuera el único aliciente que ofrece el cielo, no bastaría para atraer a todas las almas aplastadas, magulladas, decepcionadas y derrotadas? ¿Puede uno asombrarse del atormentado Hamlet reflexionando:

Morir... dormir...
y ya está; y, por un sueño,
poder decir que terminamos con el dolor del corazón,
y con las mil conmociones naturales
de que la carne es heredera:
es una consumación devotamente deseable. [[ref.](#) [2](#)]

pero no es la totalidad del don del cielo a los '*cansados y agobiados*' que responden a la invitación de '*entrar y descansar*'. No es más que la fragmentaria señal [*fragmental earnest*] de las cosas buenas que están por venir, que se dan a todos generosamente: '*medida buena, apretada y rebosante*'.

Es esta superabundante efusión de descanso, alegría, paz, simpatía, compasión y amor, lo que hace que el cielo sea la atracción suprema de toda alma oprimida y solitaria. En la época de que hablo, yo apenas empezaba a sentir su fascinación. Había oído hablar del amor, había sentido un anhelo que no comprendía, pero no había probado su dulzura, ignoraba el verdadero alimento que ansiaba. Entonces Vaone se convirtió en el ángel de mi resurrección, llamándome a una nueva vida con su pregunta; ese rayo misterioso abrió mis ojos para contemplar esa visión que trajo lo invisible a la vista y me hizo ver al Dios inherente en la criatura ejercitándose en el gran enigma de la redención.

Mirando hacia atrás, desde la luz que se reveló después, y a cuya comprensión deseo limitarme enteramente hasta el final de este volumen, incluso entonces no habré indicado más que vagamente todo lo que mi alma declararía. Mirando hacia atrás, digo, desde la visión más clara de la mañana sin sombras, puedo ver que cuando Vaone acudió a mí con su consulta, el resultado inmediato a alcanzar me concernía mucho más de lo que yo preveía. Ella se beneficiaría, pero la semilla del ministerio que yo estaba llamado a desempeñar tenía que sembrarse, germinar, echar raíces, crecer y madurar antes de que pudiera recogerse la cosecha. En mí había estado madurando otra cosecha casi inconscientemente, mientras mis intereses activos habían estado más enérgicamente ocupados en otras direcciones. O mejor, acaso debería decir que mis ojos habían estado clavados en las cosas más superficiales, descuidando las cosas ocultas que estaban '*produciendo un peso de gloria mucho mayor y eterno*' [[ref.](#)]. Resultó ser así. El momento en que se planteó la pregunta de Vaone, la forma

precisa en que había sido formulada y la minuciosidad de los detalles con que estaba equilibrada, hicieron que tuviera éxito en su doble propósito, dejando muy inesperadamente la ventaja inmediata para mí.

Afortunadamente, ella me había dejado, y yo quedé libre de nuevo para proseguir mi deseada meditación, a la que la interrupción —de no haber servido para otra cosa— tenía ciertamente la ventaja de orientarla en una dirección definida. Prometía proporcionarme carne y bebida, de las que había estado hambriento sin poder descubrir la fuente de su suministro. Así que, para escapar de cualquier otro obstáculo a mi deseo, abandoné mi retiro y me alejé sin otro objetivo que deleitarme con la meditación a la que había sido tan auspiciosamente dirigido.

Era muy inusual para mí codiciar un estado de seria abstracción [*brown stude*] cuando me empleaba en un ejercicio; era igualmente una novedad encontrarme abandonando la ley y asumiendo el oficio de crítico y expositor del evangelio; pero, con mucho, lo más sorprendente, era encontrar mi mente sobria y judicial extraviándose en los campos del romance, en su ansiosa determinación de alcanzar la meta de un ideal nebuloso. Sin embargo, así fue.

Me sentía como quien despierta de un sueño inquieto y evasivo antes del amanecer. Había estado buscando en la oscuridad una túnica que anhelaba poseer. Una y otra vez, mis dedos nerviosos y extendidos habían tocado sus flecos de seda, pero no conseguí hacerme con el premio. Desilusionado, me desperté confuso. A través de la oscuridad temblaba un místico resplandor de la mañana, y por un instante contemplé el objeto de mi búsqueda. Gracias a Dios, no era un fantasma de mis sueños. Era real. Estaba amaneciendo. Saldría y lo encontraría, confiando en la voz interior que oía clamar: '*Este es el camino*' [[ref.](#)], para que me condujera a mi meta.

Tal vez, parafraseando un pensamiento de uno de los poemas de Eilele que ya he citado:

Quando mis ojos puedan soportar la gloria
que mi victoria reveló,

cuando el estallido de júbilo se haya apaciguado, y esté en condiciones de repasar la experiencia, como ahora estoy en condiciones de recordar mi progreso previo hasta el final de mi volumen anterior, sabré el camino que tomé, y con qué aventura me topé al llegar al lugar donde me encontraba a continuación.

Me encontraba ante lo que creo que es el fenómeno botánico más sorprendente que he contemplado y probablemente contemplaré jamás. Era a la vez un bosquecillo de árboles gigantescos y una vasta nave de catedral exquisitamente proporcionada, con un pasillo a cada lado que contribuía en no poca medida a completar el diseño arquitectónico. Su longitud podía ser de trescientos metros o más, con lo que su anchura y altura se correspondían proporcionalmente. Había doce árboles a cada lado, dispuestos en líneas bien alineadas y equidistantes; no eran simples tallos redondeados, como toscas columnas normandas, ni con deformidades nudosas que introdujeran discordancia en el esquema, sino que sus troncos macizos, al crecer, se habían moldeado en pilares robustos y bien formados de los que brotaban arcos y espigones para llevar a cabo su majestuoso plan gótico.

Los extremos estaban libres y abiertos; los lados estaban tapiados por el denso follaje de algún arbusto gigante en flor, y el techo estaba perfectamente cubierto por el frondoso follaje de los árboles. El suelo estaba alfombrado con una gruesa y corta capa aterciopelada en la que los pies se acurrucaban como en el abrazo de las más seductoras alfombras.

En la base de cada árbol se había dispuesto una acogedora tumbona, densamente cubierta de musgos aromáticos, suaves como el plumón, mientras que otras comodidades para el reposo o la conversación estaban situadas aquí y allá, tanto en la nave como en los pasillos.

El elemento central del diseño era una fuente ligeramente hundida, situada en una artística pila de coral rosa que, al elevarse por encima del césped, formaba una delicadísima tracería por la que se deslizaban los delgados zarcillos de las plantas acuáticas con un efecto encantador, mientras que los finos hilos de agua danzante daban a la escena un aire de cuento de hadas.

Al otro lado de la fuente, desde donde yo me encontraba, el suelo se elevaba muy ligeramente, casi imperceptiblemente, lo suficiente para romper la idea de un nivel totalmente plano, una característica que continuaba hasta una pequeña distancia más allá del final del patio [*"court" que tiene este sentido de jardín, pero también tribunal o corte*]. Al seguir la extensión de esta trivialidad, hice un descubrimiento que me sorprendió por no haberme dado cuenta antes.

Justo sobre el terreno elevado, pero directamente frente a mí, había dos torres redondas y abiertas conectadas por un delicado puente de material y construcción a juego con la pila de la fuente, y revestido con una enredadera igualmente atractiva. Debajo del puente, desde cada torre, se abrían dos puertas gemelas, que me parecieron de ópalo o nácar, así de hermosas ante la suave y simpática luz.

Mirando de la puerta a la fuente, y luego de nuevo a la puerta y sus alrededores, me pregunté si no había alguna conexión estrecha entre las dos, y, de ser así, cuál era su naturaleza e importancia.

Era vano preguntarlo. No estaba en condiciones de responder.

Esto me devolvió de nuevo a la consciencia de mi propia incapacidad para valirme por mí mismo. Cómo, entonces, podía esperar encontrar mi camino a través de los miles de problemas por los que me sentía rodeado, sin la ayuda de una mano que me guiara, sin otro rayo iluminador o voz que susurrara: *'Este es el camino'*.

Por primera vez desde mi llegada tuve la sensación de estar eclipsado, envuelto en una nube de soledad e indecisión, a solas con una presencia invisible e indefinible que me sobrecogía y que, poco a poco, iba ganando un mayor control sobre mí. Vacilaba en el equilibrio de alguna crisis portentosa, como quien se mantiene en el momento de suspense que precede a una sentencia falsa. *'Miré, y no había quien me ayudara, y me extrañé de que no hubiera quien me sostuviera'* ([Isaías 63:5](#)).

Bajo la presión de la situación, volví los ojos para ver si, entre los grupos que ocupaban el Patio, podía discernir a alguien a quien pudiera pedir ayuda y alivio, pues, aunque no lo he mencionado, este patio no estaba en absoluto desierto. El esfuerzo logró reducir la tensión. Resultó ser la nimiedad que atrae la atención y distrae la mente en el instante fatídico. El suspense se relajó y empecé a notar cuántos colores variados y desconocidos hasta entonces se encontraban entre las túnicas que llevaban los diferentes miembros de los distintos grupos. Mi curiosidad despertó mi interés, y pronto me encontré intentando encontrar nombres y clasificar todas las novedades de color que tenía ante mí.

Mientras estaba así ocupado en una tarea imposible, mi atención se vio captada por alguien que se acercaba desde el lado opuesto del Patio. Despertó mi interés el hecho de que, a excepción de mí, era la única persona solitaria que se veía, y el número era reducido en comparación con el área ocupada.

Desde el instante en que lo vi, tuve la certeza de que su venida iba a proporcionarme la ayuda y la orientación que tan ansiosamente buscaba. Que ya me había identificado fue igualmente cierto desde el primer momento, ya que recorrió toda la longitud del Patio directamente hacia mí, limitándose a hacer una señal de reconocimiento al pasar junto a uno u otro, pero sin detenerse en ningún momento. Se acercó con esa serena tranquilidad que se hace tan natural en esta vida superior, dándome amplia oportunidad de observar y sentirme seguro de que encontraría en él otro amigo tal como Myhanene ya había demostrado ser.

«Soy Rael, amigo tanto de Omra como de Myhanene -dijo acercándose-, en cuyo nombre vengo a prestarte toda la ayuda que te pueda dar».

Con esto hizo un gesto hacia un asiento.

«Conozco bien a Myhanene, y he llegado a considerarlo casi como un hermano -respondí, tomando asiento-, pero soy casi un extraño para Omra y en estos momentos le tengo cierto temor».

«Eso no me resulta difícil de entender, ya que conozco las circunstancias en las que lo viste. Tendrías la misma sensación cuando viste por primera vez a Myhanene, pero ahora has aprendido a quererle, y estoy igualmente seguro de que estimarás así a Omra cuando lo conozcas mejor. En cuanto al hecho de que seas forastero, para mí es un gran elogio -prosiguió, con un toque de la chispeante complacencia cortés de Myhanene centelleando en sus ojos-. Tenemos una exhortación al respecto, que consideramos un mandato regio imperativo, que dice: *'No os olvidéis de hospedar a los forasteros, porque algunos hospedaron ángeles sin saberlo'* ([Hebreos 13:2](#))».

«Me temo que no experimentarás tal descubrimiento en relación conmigo -respondí, ya cautivado por el espíritu fraternal que manifestaba-; Pero, ¿cómo ha sabido Omra de mi presencia? Me he tropezado con este lugar mientras me perdía en el laberinto de un ensueño».

«¿Has viajado tanto a través de la frontera sin hacer el descubrimiento de que tenemos muchos medios de comunicación que son desconocidos para la Tierra?».

«No, me habría quedado ciego si no hubiera conocido al menos uno o dos de esos maravillosos métodos. Sin embargo, no conozco ninguno por el que Omra pudiera enterarse de mi llegada. No se lo había dicho a nadie; de hecho, como digo, estaba perdido en un ensueño, y no tenía idea de nada exterior hasta que me desperté admirado por las bellezas de este patio».

«Entonces todavía tienes que hacer uno o dos descubrimientos más sobre nosotros. Espero poder ayudarte en este sentido. Pero, volviendo a nuestra otra referencia: los ángeles no son visitantes infrecuentes aquí, y Omra siempre está atento para ser avisado de todos los que pasan».

«Espero que su recompensa sea mayor de lo que me temo que él encontrará en el presente caso».

«¿Por qué?», preguntó lacónicamente, en un tono que sugería una posible diferencia de opinión.

«Porque... bueno, simplemente porque soy uno de los últimos que podría reclamar tal título».

«Puede que sea así o puede que no -replicó-, debería leerte un poco mejor antes de aventurar ninguna opinión al respecto».

«Pero creo que puedo reclamar ese mejor conocimiento en este caso», aventuré.

«Sí, es posible; y sin embargo, incluso en ese punto necesitaría conocerte mejor antes de comprometerme a dar una opinión. Las limitaciones y puntos de vista terrestres sugieren con

frecuencia conclusiones erróneas e injustas, y es más que posible que no estés, en la actualidad, tan lejos de ellas como para poder hacerte justicia incluso a ti mismo».

«¿Eres tan caritativo como para imaginar que debo dejar que me influyan para mi propia perdición?».

«Si insistes en hacer deducciones... -respondió con una sonrisa indulgente-; supón que acordamos dejarlo así por un tiempo».

«Tu referencia a las limitaciones de la Tierra, y los probables errores que pueden surgir de ellas, me impulsa a hacer una pregunta en la que me estaba empleando en el momento de tu llegada, si me lo permites».

«Estoy aquí con el propósito de ayudarte, y estoy enteramente a tu disposición para darte la ayuda y orientación que pueda», respondió.

«Apenas sé cómo explicarme», empecé a disculparme, pero él se apresuró a socorrerme.

«Dejémonos de explicaciones -sugirió-, y vayamos de una vez a la cuestión. La explicación puede ser más natural y fácil más tarde».

«No veo cómo».

«Tal vez no. Me sorprendería que lo hicieras -intervino con una sonrisa amable y tranquilizadora-; Creo que comprendo esta situación más claramente de lo que prevés. La experiencia me ha familiarizado con la confusión que sientes, y quiero que me permitas tomar mi propio camino para afrontarla. Igual que con los israelitas cuando cruzaron el Jordán para entrar en Canaán, tú necesitas que te recuerden que *'nunca antes habías pasado por este camino'* y que necesitas una voz que te dirija y una mano que te guíe; pronto descubrirás cuán absolutamente necesario es esto. Se me ha pedido que te acompañe, porque se me ha considerado el más adaptado a tus exigencias particulares, y espero verte pasar triunfalmente la puerta».

«¿Sólo hasta la puerta? ¿Vamos a separarnos allí?», pregunté, sorprendido por su sugerencia.

«Sólo hasta la puerta -repitió con un sereno sentido-; Pero supongamos que el viaje es más largo de lo que parece indicar la distancia. ¿Y si resulta ser un caso de "tan cerca, pero tan lejos"? ¿No has descubierto ya lo llena de sorpresas que está esta vida?».

«En efecto; pero no puede haber mucha sorpresa escondida en lo que es tan obviamente transparente», me aventuré a sugerir.

«Uno difícilmente pensaría que fuera posible -respondió, como si debatiera tranquilamente la proposición; y luego, con más animación y confianza-; Permíteme sugerirte que sería más interesante mantener esa idea bien presente en tu mente a medida que avanzamos. Es posible que queramos volver a referirnos a ella más adelante; pero ahora mismo tienes otras cuestiones de importancia más inmediata».

«Las tengo, desde luego; pero me encuentro en un estado de ánimo tan confuso que no sé cómo plantearlas».

«Lo comprendo y simpatizo plenamente contigo. ¿Te las expongo yo, omitiendo el preámbulo?».

«Me harías un gran servicio si lo hicieras».

«Lo haré; y al hacerlo seguiré el consejo que te di, y omitiré explicaciones innecesarias. Si hay algo de tu pasado que yo no conozca en este momento... y esta es otra sorpresa para la que no estabas preparado -añadió en tono jocoso-, será de fácil acceso cuando se necesite, de modo que podremos llegar de inmediato a tus dos sencillas preguntas: Dónde estoy, y cómo he llegado aquí».

«Sí, eso es lo que quería preguntar; pero, ¿cómo lo has sabido?».

«Por el ejercicio de una facultad de que goza toda alma que llega a nuestro estado, una facultad que adivinaste cuando Vaone te hizo la pregunta de si el cielo había resultado ser todo lo que esperabas. Ah, ¡empiezas de nuevo! Pronto aceptarás estas sorpresas como algo natural. Son las experiencias habituales de una condición de ser en la que todos '*conocemos como somos conocidos*' [[ref.](#)], una condición a través de cuya frontera estás a punto de pasar. Este Patio de las Voces es una antesala o vestíbulo a la puerta, cuyo traspaso es el paso más trascendental en el gran peregrinaje del alma: estoy hablando de ese segundo nacimiento místico que el Cristo discutió con Nicodemo. Es un cambio de mucha mayor magnitud que el despojarse de la carne, y se pretendía que se alcanzara —pero muy raramente se alcanza— antes de descartar el cuerpo.

»Todas tus experiencias y la enseñanza que has recibido desde que llegaste aquí, han tenido como único objeto prepararte para esto, y el motivo subyacente de todo lo que has pasado ha sido estimular y desplegar las misteriosas facultades y poderes que estás empezando a notar y emplear con tanto asombro. Estás en la posición de un niño que lucha en las convulsiones del nacimiento: todas las energías que posees están siendo ejercidas para liberarte de tus limitaciones actuales y ganar la libertad ilimitada de la inmortalidad que intuitivamente impulsa al alma».

«¿Sugieres, entonces, que estoy obligado a seguir adelante, que no tengo elección, ni libre albedrío en el asunto?».

«El libre albedrío, como todas las demás condiciones terrestres, tiene sus límites y acotaciones naturales. Apenas se pensaría en él en el trance de un clímax como el que menciono: la Naturaleza simplemente se impondría y llevaría a cabo el proceso. Pero, deseando evitar una digresión hablando del libre albedrío y sus limitaciones, permíteme responder a tu pregunta diciendo: "No iré tan lejos como para decir que *debas* seguir adelante, pero sí digo que *lo harás*"».

«¿Estás seguro de ello? No te lo pregunto capciosamente, sino porque me gustaría notar tu seguridad».

«Te comprendo perfectamente -respondió-, y me complace mucho concederte tu deseo. Si ahora pudieras elegir entre quedarte aquí o volver a la Tierra, ¿qué elegirías?».

Me reí de la facilidad con que me había atrapado.

«¿Puede haber la menor duda al respecto?».

«Permíteme que te lo asegure doblemente -prosiguió-; Ahora, en tu segunda elección, ¿preferirías quedarte aquí, donde estamos descansando, o avanzar hasta la puerta?».

«Ir hasta la puerta, por supuesto», respondí, mientras me levantaba dispuesto a hacerlo.

«No tan apresuradamente -me amonestó suavemente-; Supe cuál sería tu elección, porque con nosotros las atracciones que tenemos por delante son siempre mayores que las que ya hemos pasado. Por eso estoy seguro de que seguirás adelante. La fuerza atractiva del futuro es irresistible. Lo expresa muy bellamente Isaías, donde pone en boca de Dios estas palabras: '*Con amor eterno te*

he amado, por eso con bondad amorosa te he atraído' [\[ref.\]](#). ¿Quién se apartaría del amor eterno y omnipotente después de sentir una vez sus dulces influencias? Vamos a ver a Omra -dijo levantándose-, tal vez él tenga algo que decir, que te ayude a alcanzar la verdadera libertad».

Con esto, avanzamos hacia la puerta.

Capítulo 4

Omra explica mi posición

Rael ya estaba demostrando ser un profesor provocadoramente fascinante. Tenía la rara habilidad de crear sed de conocimiento esbozando contornos desnudos de unos temas dibujados con formas y colores atractivos que excitaban el interés, la expectación y el deseo, para luego apartarse tranquilamente, durante un tiempo, sin satisfacer el apetito que él había creado. En esto residía la gran belleza y fertilidad de su diseño. Un tesoro codiciado, descubierto, fuera de nuestro alcance, perdido, buscado y finalmente encontrado, es mucho más precioso que si hubiera sido un juguete en nuestra guardería.

Me habían dicho que me acercaba al paso más trascendental en la peregrinación del alma. Con cuánta calma, incluso superficialmente, Rael había tratado el tema. Sólo una referencia de pasada, luego pasó bruscamente a otro tema igualmente absorbente, que desechó con similar brevedad, luego se cerró la puerta de la oportunidad, y tuve que sofocar el torrente de preguntas que se elevaba hasta mis labios y esperar a una ocasión más conveniente —si es que la encontraba— ante la sugerencia de Rael de que avanzáramos al encuentro de Omra.

Tal fue mi introducción al método que mi recién descubierto instructor pretendía seguir.

Mi compañero parecía poco dispuesto a seguir conversando mientras avanzábamos tranquilamente por el Patio, y no lamenté encontrarlo así. Ya me había dicho lo suficiente para hacerme reflexionar, y mi activa mente no tardó en aceptar la oportunidad de digerirlo. No podía esperar resolver clara y definitivamente el misterioso problema del segundo nacimiento al que tan crípticamente se había referido, pero al tratar de revisar la declaración de Rael a la luz de mis experiencias y logros anteriores, ¿no podría prepararme en cierta medida para anticipar algo que estaba en proceso de revelación?

Todo el ambiente sugería contemplación. La atmósfera estaba perfumada por la paz; el silencio, musical por el descanso; la suave luz, líquida por una fluida sensación de comunión, demasiado profunda para encontrar expresión en el lenguaje. ¿Por qué perturbarla intentando continuar nuestra conversación?

Mi mente volvió a pensar en el estado en que había encontrado y dejado a Vaone: la languidez y desgana que experimentan los que, como ella, llegan al Valle del Contento tras luchar y esforzarse en las condiciones de la Tierra, y el deseo que sienten de descansar sus almas agotadas. Por alguna razón que yo no podía explicar, en la misericordia y por la gracia de Dios, yo había escapado a esta influencia retentiva, en apariencia, y al llegar a eso que he descrito como las aguas tranquilas entre el flujo y reflujo de la vida, alguna corriente benigna me había llevado a través del estancamiento hacia el creciente fluir de la corriente eterna.

Dudé, casi temblé, al encontrarme llegando a tal conclusión, que parecía ser la única interpretación lógica de mi condición a la luz de lo que Rael había dicho. Si hubiera sido más explícito sobre el segundo nacimiento, habría tenido más confianza; pero, ¿no se justificaba mi conjetura por la

referencia que él hizo a su naturaleza crucial? ¿Acaso no era yo consciente de un despliegue en mí de nuevas facultades, capacidades y poderes que parecían llevarme a cierta encantada tierra del ser, que ya me estremecía con una hipersusceptibilidad a la que hasta entonces había sido absolutamente ajeno?

Cómo deseaba estar solo.

Rael captó mi pensamiento casi antes de que yo mismo fuera consciente de ello. «Puede ser -dijo con tranquilizadora grandeza- que en tu peregrinaje a través de los tiempos no encuentres otro lugar que te cause una impresión tan imborrable como este sagrado Patio de las Voces. Sería inútil que intentara explicar ahora todo lo que quiero decir con esto, pues aún no estás en condiciones de comprender lo que te digo. Fíjate, por ejemplo, en la variedad de colores y adornos de las túnicas que llevan los que nos rodean. Cuando seas capaz de comprender el sentido y la significación de esta variedad, podrás apreciar la atracción de gran alcance que se arraigará en tu propia alma en tu presente paso. Nunca se perderá —nunca perderá la frescura de su primer encanto—. Es tu inconsciente alcance [*outreach*], tras esta bendición, lo que te hace desear estar solo, y ahora debo dejarte por un rato, para que puedas experimentar su sagrado bautismo, para que puedas oír las voces en las que este santuario hablará contigo a través de cada avenida de tu ser, de modo que los ojos de tu entendimiento puedan abrirse y captar algunos destellos de la infinitud en la que estás a punto de entrar; para que puedas hacer tu primera zambullida en el rapto de la gran e indecible gloria de la vida. Volveré pronto, pero mientras escuchas los primeros acordes de esta música eterna, mientras respiras el primer soplo de su fragante atmósfera espiritual, iré a reunirme con Omra».

Al terminar, se dio la vuelta y se cumplió mi deseo.

Fue un golpe maestro por su parte seleccionar la evidente lección de los estilos y colores de las túnicas que nos rodeaban, como ilustración de la incapacidad para comprender el desarrollo que yo estaba experimentando. Era esta una de las primeras explicaciones que había recibido tras mi llegada: que cada color tiene su propio significado; en su simplicidad, el más oscuro denota las condiciones inferiores y el más claro las superiores; pero aún no había sido iniciado en el significado de las combinaciones y múltiples variaciones que se representaban a mi alrededor. Denotaban misterios más allá de mi habilidad para desentrañarlos, hablaban de rangos y condiciones del ser, de los cuales mi comprensión no había oído hablar por el momento, ni el corazón de mi imaginación había soñado. Eran sugerencias de mundos de revelación que yacían en lo profundo de mundos aún insospechados para mí, cuyas bellezas y glorias habrían cegado mi visión con su resplandor si mis ojos no hubieran sido misericordiosamente retenidos para evitar que su luz cayera como oscuridad sobre mi virgen ignorancia.

Pero aunque mis facultades inexpertas no eran capaces de apreciar todas las sutilezas de la majestuosa música desplegada a mi alrededor, se me permitió participar de ella hasta desbordar el contenido de mi alma. Era consciente de las dulces y fortalecedoras influencias que jugaban a mi alrededor; en los tranquilos fondos [*depths*] de mi ser había ecos de música —si no voces reales—, sonidos rítmicos y cautivadores que ansiaba escuchar más plenamente; desde profundidades ocultas dentro de mí surgían formas angelicales imprecisas [*shadowy*], coronadas con una aureola de promesas, que me hacían señas para que las siguiera, y yo estaba saturado de una sensación de vida a la que no era capaz de encontrar ninguna analogía satisfactoria.

Cuánto anhelaba captar y comprender cada detalle y elemento de aquella experiencia sobrecogedora, dominar cada rasgo por separado en un análisis persistente hasta que hubiera hecho de todo ello parte de mí mismo. ¡Vano y codicioso deseo! Igual de bien podría haber intentado destacar una voz solitaria en aquel gran coro de la Coral Magnética y armonizar su efecto. Las partes estaban tan bellamente ajustadas y compenetradas con el todo, que se convirtió en una unidad absoluta, ante la cual incliné la cabeza en reverente adoración, mientras el silencio exhalaba su bendición de paz.

Después del silencio, me llegó '*una vocecita apacible*', un eco del pasado lejano, que me devolvió a aquella "Sala de la Misión de la Pequeña Sión" [*Little Zion Mission Room*: congregación religiosa], donde conocí a Helen y a otras almas agobiadas. Me hizo volver los ojos hacia la puerta y escuché una vez más la patética pregunta de uno de sus himnos favoritos:

Quando haya dicho mi último adiós al mundo,
y con gusto me acueste a descansar;
cuando suavemente los veladores digan: «ha muerto»,
y junten mis pálidas manos sobre mi pecho;
y cuando, con mi visión glorificada,
vea al fin los muros de '*Aquella Ciudad*',
¿alguien entonces, en la hermosa puerta,
me estará esperando y custodiando? [[ref.](#)]

No podía ver ninguna ciudad, ninguna muralla, pero la puerta estaba a poca distancia y mis pies se dirigían hacia ella. ¿Eran, las influencias y armonías que me cautivaban y envolvían, parte de los accesorios del "Bienvenido a casa" que aquellos marginados creían tan confiadamente que nos esperaba allí? ¿Se cumplirían sus expectativas después de todo? La posibilidad no parecía ahora tan incongruente como antes. ¿Encontraría allí a alguien "esperándome y custodiándome"? Vaya pregunta. ¿Cómo podía esperarlo? Había sido recibido, o más bien encontrado, en la ladera por Helen, pero mi madre no estaba allí; y, a su vez, yo me había alejado y la había dejado en algún lugar detrás de mí, y probablemente no sabría cuándo ella llegaría a la puerta, y era posible que yo no acudiera a su encuentro. ¿Qué había hecho yo en ningún momento —en ningún lugar— para asegurarme tal reconocimiento? Y sin embargo, ¿no me había dicho Rael que incluso un ser más grande que Myhanene —Omra— estaba en camino para encontrarse conmigo? ¿No se había marchado Rael para encontrarse con él?

No sólo encontraría a alguien esperándome en la puerta —era evidente que no se contentaban con aguardar mi llegada hasta que llegara al portal—, sino que otros, además de los que había conocido en la carne, ¡ya estaban en camino para darme la bienvenida! Podía haber un reajuste en algunos detalles de la perspectiva —no había encontrado la puerta a la orilla del río, como me habían prometido—, pero era evidente que no había perdido nada en el reajuste. Cuántas veces había descubierto ya que Dios sólo se demora para aumentar Sus bendiciones.

Justo en ese momento noté que Rael y Omra se acercaban, no desde la dirección de la puerta, sino desde el lado opuesto del Patio. Di un paso en mi deseo de reunirme con ellos, cuando un susurro musical me aconsejó:

«Espérole pacientemente».

Me quedé inmóvil. «¿Quién era el que me hablaba?». Desde lo alto de mí llegó otra campanada plateada:

¡Oh vida! ¡Qué bendita! ¡Qué divina!
¡Vida elevada, la solemnidad de algo más alto! [[ref.](#)]

Seguramente debía de ser una vibración desde el almacén de mi memoria. Pero no pude localizarla. Entonces recordé el nombre con el que Rael había hablado del lugar y, atónito, me maravillé ante la idea de lo que podría tener ante mí.

Ni Rael ni Omra mostraban el menor indicio de haberme visto aún, mientras cruzaban tranquilamente el Patio. Me sentí algo aliviado al comprobarlo, ya que me brindaba la oportunidad de prepararme para encontrarme con alguien de quien, como le había dicho a Rael, sentía cierto temor, pues sólo le había visto en calidad oficial en aquel bautizo en el Santuario del Silencio. Mi inquietud, sin embargo, resultó infundada, como Rael me había predicho. Omra era otro ejemplo de una condescendencia [*condescension*] por la que se pierde la grandeza [*greatness*] en el servicio. No tuve más que verle para desear su amistad, para reconocer en él a otro Myhanene, a cuyos pies estaría encantado de sentarme. En su figura y sus movimientos se parecía maravillosamente a mi amigo más conocido, pero su sencilla túnica rosa hablaba de otra condición, como su tez de bronce claro proclamaba otra nacionalidad.

Se acercaban, y aún no había señales visibles de que supieran de mi presencia, mientras yo deseaba haber dispuesto de más tiempo para estudiar a alguien hacia quien sentía una atracción adicional a cada paso que daba hacia mí; pero esa oportunidad ya había pasado.

Recordando la única ocasión en que había visto a Omra, y uniendo a ello lo que Rael había dicho sobre la importancia del paso que yo estaba a punto de dar, había asociado naturalmente la idea de nuestro presente encuentro con algún tipo de formalidad. Creo que fue esa idea la que perturbaba nerviosamente mi expectación. Qué error. Ni siquiera hubo formalidad alguna en nuestro encuentro. Rael retenía la atención de su amigo con alguna explicación que estaba haciendo, en la que Omra estaba profundamente interesado, mientras se iban deteniendo, y entonces, los ojos risueños y líquidos se volvieron hacia mí, una mano amistosa me agarró del hombro y fui saludado con:

«¡Ah, hermano mío Aphraar, permíteme darte mil bienvenidas al llegar a semejante etapa de tu viaje!».

«Te agradezco la generosidad de tu bienvenida -respondí-; Puedo comprenderlo y apreciarlo, pero me temo que mi ignorancia sobre dónde me encuentro me impide entender el resto de tu saludo».

«Podemos disculparte fácilmente en ese sentido. Que te satisfaga saber que no esperamos —incluso cuando la presencia del genio está asegurada— encontrar precisión científica en el infante durante sus convulsiones de nacimiento», Omra volvió juguetonamente con la mística referencia al segundo nacimiento del que ya había hablado Rael.

«Tu velado símil pica mi curiosidad -repliqué-, pero puesto que soy capaz de detectar la naturaleza mística de tu alusión, ¿estaría fuera de lugar pedir alguna explicación más clara?».

«En absoluto. Es una de las peticiones más naturales que podrías hacer en este momento. Es la anticipada respuesta que esperamos que produzca la ocasión. Es la declaración de tu disposición para seguir adelante. Todo lo que pidas para esclarecer este misterio —pues lo es, incluso más allá de tus expectativas— te será concedido, como en el caso de cualquier otro don de Dios. Pero permíteme asegurarte que encontrarás que es un tema de más profunda importancia, mayor complejidad y más amplio estudio de lo que aún se te ha dado a entender, y se te presentará en sus

variados aspectos y etapas mediante ilustraciones demostrativas que confirmarán lo que se explicará verbalmente».

Aquí Omra hizo una pausa deliberada sobre la cual yo estaba a punto de interrogarle más, cuando reanudó, como bajo la influencia de una acotación tardía [*afterthought*].

«El hombre, culmen y corona de la creación en cuanto a su naturaleza física, es un miembro del reino animal. *'El Señor Dios lo formó del polvo de la tierra'* ([Génesis 2:7](#)), como un alfarero forma su vasija del barro, y de esta parte física Dios declaró después *'polvo eres y en polvo te convertirás'* ([Génesis 3:19](#)). Pero nuestra existencia continuada, después de que nuestro polvo ha vuelto a aquello de donde fue tomado, forma una lección básica [*object lesson*] en cuanto a la incapacidad de lo físico para decidir [*adjudicate*] en el dominio del espíritu. Es cuando el alfarero ha formado su vasija que la emplea como receptáculo. Así, Dios, después de haber formado al hombre, dijo: *'Hagamos de él el receptáculo de nuestra propia imagen'* [[ref.](#)], y *'sopló en su nariz aliento de vida, y el hombre se convirtió en un alma viviente'* ([Génesis 2:7](#)). A partir de entonces, el hombre es un recipiente físico lleno de un contenido espiritual: *'hay un cuerpo natural y hay un cuerpo espiritual'* [[ref.](#)]. Ahora bien, mientras que la base del vaso es el polvo, que ha de ser moldeado por la mano y el artificio del alfarero antes de que esté disponible para el servicio, el germen del alma es el aliento—invisible e intangible— que está enclaustrado [*enshrined*] en el lugar secreto de lo físico, para germinar y ser llevado al nacimiento en la plenitud del tiempo señalado.

»El soporte físico, que no posee ninguno de los atributos del contenido que ha protegido temporalmente, se rompe y vuelve al polvo cuando el alma rompe su prisión y entra en su gran emancipación. *'La carne y la sangre no pueden heredar el Reino de Dios'* [[ref.](#)], que es espíritu, un hecho que Cristo proclamó cuando dijo: *'El que no nazca de nuevo no puede ver el Reino de Dios'* [[ref.](#)]. Para dar a esta ilustración una aplicación personal, el cántaro se ha roto, o, quizás mejor aún, la [crisálida](#) ha escapado del capullo, y, desconcertada ante su recién descubierto ser, procede instintivamente a adaptarse a su nuevo entorno, facultades y deberes que no están sino en proceso de desplegarse. Tú has estado sujeto a esta adaptación desde tu encarnación, siendo preparado para —y estando a punto de— sacudirte el último rastro del polvo de lo físico y entrar en la vida espiritual activa».

«Por supuesto, no me es desconocida la idea de un segundo nacimiento, pero para mí nunca había consistido más que en un asentimiento verbal, como a cualquier otro dogma teológico», repliqué, con la esperanza de obtener una exposición aún más amplia.

«No tienes nada de particular en ese sentido -respondió Omra-; Bien habló el Maestro cuando dijo: *'El reino de los cielos es semejante a un tesoro escondido en un campo'* [[ref.](#)]. Es la misma figura de la que he hablado: el tesoro espiritual en el vaso de barro, y todo el artificio y la perspicacia de la Tierra están dirigidos a sostener la autoridad de la carne como maestra, y no como sierva, del espíritu. Esto hace necesario todo el sistema de corrección que has visto establecido aquí, puesto que es una ley inmutable del reino que *'no entrará en él cosa alguna que contamine, ni cosa alguna que haga abominación, o mentira; sino los que están inscritos en el Libro de la Vida del Cordero'* ([Ap. 21:27](#))».

«Perdona mi insistencia -pregunté con cierta vacilación, al darme cuenta del deliberado énfasis con que pronunció esta réplica-; No lo pregunto por ningún motivo capcioso, pero ¿cómo se determina la cuestión de la elegibilidad?».

«Absoluta y enteramente por el hecho de si un hombre ha experimentado el segundo nacimiento -dijo esto con un énfasis añadido; luego hizo una pausa antes de decir-: estas son las palabras del Maestro sobre el punto: *'A menos que un hombre nazca del agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios. Lo que nace de la carne es carne, y lo que nace del Espíritu es espíritu'* ([Juan 3:5-6](#)). En otras palabras, lo físico es una procreación del hombre animal, lo espiritual es una germinación del soplo de Dios. Son tan distintos el uno del otro como el agua del cántaro. Ya eres consciente de esto de varias maneras, pero no podrás apreciar toda su belleza y alcance hasta que se haya completado el cambio que estás experimentando ahora. El alma es incapaz de sentarse y deleitarse con el banquete de los frutos del Paraíso antes de haber cruzado la puerta».

Tuve que contentarme con dejar pasar el misticismo de sus observaciones finales, y pasó algún tiempo antes de que pudiera rastrear en ellas un ejemplo de la paciente libertad que están dispuestos a permitir en la aceptación de una verdad no aprehendida. Omra estaba abriendo nuevos caminos para mí, y la fuerza con que lo hizo me trajo a la memoria las palabras de Pablo: *'La palabra de Dios es viva y poderosa, y más cortante que espada de doble filo; y penetra hasta partir el alma y el espíritu'* ([Hebreos 4:12](#)); y, como Moisés en el monte, cuando vio el relámpago y oyó el trueno y las trompetas, dije: *'Temo y tiemblo en gran manera'* ([Hebreos 12:21](#)).

«¿Cómo sabré que llegaré a tal consumación?», pregunté.

«No tienes por qué temer -respondió al instante-; Tienes la seguridad de ello en tu presencia aquí. Dios no lleva a sus hijos al nacimiento y luego les niega la fortaleza para el parto».

«¿Y puedo seguir conociendo y comprendiendo este maravilloso misterio?», pregunté devolviéndole la confianza.

«Ahora no es tanto una cuestión de "puedes" como de "debes", y eso, no porque se interfiera con tu libre albedrío, sino porque el tiempo y las circunstancias te han llevado a un conocimiento más claro de Dios, cuyo amor eterno e inmutable ha adquirido un dominio tan irresistible sobre ti que debes ceder a sus influencias y seguir adonde te conduzca. Tus ojos espirituales se están abriendo para ver la belleza de la verdadera luz; la oscuridad causada por el espejismo de la razón está siendo reemplazada por la gloria de la revelación, que brillará más y más hasta el día perfecto, donde tus pies no tropezarán ni se desviarán. Con la ayuda de esa luz serás guiado a toda verdad, todos los misterios te serán dados a conocer, hasta que conozcas tal como eres conocido. Las voces de este Patio te invitan a emprender este curso aquí y ahora, y nos ponemos a tu disposición para prestarte la ayuda que puedas necesitar en esa dirección».

Había estado tan absorto con la conversación de Omra que no me había dado cuenta de que Rael nos había dejado, hasta que Omra indicó su deseo de que tomáramos asiento, y nos echamos sobre uno de los perfumados divanes cercanos.

Capítulo 5

Una visión y su secuela

Las sutiles distinciones de la individualidad constituyen un estudio maravillosamente interesante. Ya he dicho que, cuando Omra se acercó a mí por primera vez, vi en él a otro Myhanene. No necesité conocerlo mucho para descubrir que cumplía con todas mis expectativas en ese aspecto, con una variación que fue muy bienvenida dadas las circunstancias en las que me encontraba en ese momento. Myhanene es un maestro infatigable al compartir la riqueza de sus tesoros; Omra, en cambio, es esencialmente un estudiante. Siembra ideas más que definiciones verbales, y luego las

deja desarrollarse como puedan, según la peculiar capacidad fructífera del alma en la que ha caído la semilla. Por lo tanto, tras señalar que existe un tesoro incomparable escondido en vasijas de barro, se satisface añadiendo una o dos frases místicas sobre ciertas cualidades que dicho tesoro podría poseer, y luego se contenta con permitir que el investigador haga el descubrimiento que pueda hacer por sí mismo.

Cuántas veces había deseado la invitación de Omra a meditar cuando Myhanene y otros me hablaban; cuánto deseaba las lúcidas explicaciones de Myhanene ahora que Omra sugería la reflexión. Sin embargo, cada uno, en su momento y lugar, estaba igualmente deseoso de darme lo mejor. ¿Dónde radicaba, entonces, la diferencia de trato? ¿Residía en esa "sutil distinción de individualidad" o se trataba de una adaptación a algún cambio gradual y, por lo tanto, no reconocido, que se estaba produciendo en mí?

En el desenlace, resultó ser una combinación de ambas. La experiencia que se desarrollaba habría de ser una ilustración del peculiar cuidado que la vida espiritual ejerce al adaptar el más mínimo detalle a las exigencias de las circunstancias y la ocasión, para producir el efecto más enriquecedor en el individuo. Nada podría estar organizado con mayor cuidado para demostrar cuán separados están los caminos de Dios de los caminos de los hombres. Myhanene y Omra ocupaban cada uno su lugar divinamente designado, y la providencia me guió a cada uno en el momento preciso.

Apenas me había sentado en el lujoso diván al que Omra me había invitado, cuando me sentí sumergido en el abrazo de... ¿cómo describirlo? Era una especie de semisomnolencia en la que todas mis facultades y poderes se agudizaron hasta tal punto que me dejó sin aliento. Como en un sueño, todo mi entorno cambió, y la visión que contemplé fue mucho más extática que las escenas que había estado atravesando recientemente; pero ¿escuché o fue solo mi memoria la que me recordó la voz de Próspero declarando [\[ref.\]](#):

Estos nuestros actores,
como les predije, eran todos espíritus, y
se han derretido en el aire, en el aire tenue.
Y, como la trama infundada de esta visión,
las torres coronadas de nubes, los magníficos palacios,
los templos solemnes, el gran globo mismo,
sí, todo lo que de ahí se hereda, se disolverá,
y, conforme este desfile insustancial se desvanezca,
no dejará rastro alguno.

¿Qué significaba? ¿Había estado soñando, y al despertar pronto descubriría que esta gloriosa otra vida, en la que había sido tan trascendentalmente feliz, donde había descubierto y me había sentido atraído a seguir un amor que estaba por encima de todos los demás amores que la mente había concebido hasta entonces, donde había contemplado el reino de un Dios más grande y perfecto de lo que la lengua de un profeta jamás se había atrevido a declarar, que el cielo ideal era solo el producto de un sueño de medianoche, y que con la mañana tenía que cargar de nuevo con mi pesada cruz para continuar la agotadora ronda de soledad, angustia y tristeza?

Fue una maravillosa sacudida de experiencia, pero, afortunadamente, fue tan breve como nítida, y así, la infundada trama de la visión se desvaneció cuando una mano se extendió para guiarme hacia una visión interior.

Pasé a una escena más profunda, más intensamente onírica, un verdadero país de las hadas de belleza ideal: un teatro al aire libre, cuyos contornos estaban definidos por columnas ornamentadas de un material semitransparente alrededor del cual se enroscaban enredaderas de fragantes flores, que luego se entrelazaban para formar paredes de indescriptible belleza. Era un espacioso emparrado, alfombrado con un suave y exuberante césped esmeralda, en el que la delicada tracería de flores infinitesimales producía un efecto novedoso y encantador. El auditorio era de tamaño limitado, contando únicamente con un solo asiento en el que ya me encontraba —el solitario ocupante del apartado santuario—. A poca distancia frente a mí, tres escalones, que recorrían todo el ancho del recinto, conducían a una plataforma que ocupaba al menos dos tercios del espacio disponible. No había mobiliario de ningún tipo, salvo tres pedestales bajos, que se alzaban como si insinuaran un arco más allá de la mitad de la plataforma, y detrás de éstos se alzaba un cuarto pedestal de dimensiones bastante mayores, como si estuviera construido para recibir a una figura más importante.

La luz no era más brillante que la visión que había dejado atrás, pero era potente, con una claridad y un poder revelador que me impactó con singular fuerza al entrar. Sin embargo, mientras miraba y me preguntaba qué estaba a punto de suceder, película tras película de velos invisibles parecían retirarse, intensificando la claridad de la visión hasta que pareció que lo invisible mismo se había traído a la vista.

Pero a medida que mi visión se aclaraba, mi perplejidad se profundizaba. ¿A qué misterio me introduciría este singular prelude? Miré a mi alrededor; pero no había nadie que me ayudara, ninguna mano que me guiara, ninguna voz acogedora que me aconsejara o explicara. Estaba equivocado. Había una voz de algún orador invisible, suave y musical, que me animaba amablemente:

"Contempla y ve".

Esa voz tuvo el efecto del golpe de batuta de un director llamando a su orquesta a la atención. La visión se convirtió instantáneamente en una escena animada. Sobre el pedestal más grande apareció una nube luminosa del tamaño de un puño humano, que se expandió; luego la nube se rasgó y desapareció, dejando a un niño, apenas capaz de mantener el equilibrio, de pie sobre el fuste, y en el plinto a sus pies, en letras de luz, estaba inscrita la leyenda:

ASÍ CREÓ DIOS AL HOMBRE A SU IMAGEN:
A IMAGEN DE DIOS LO CREÓ.

No necesitaba intérprete para explicarme el significado y la trascendencia de la presentación. Era evidente, con la irresistible fuerza de una revelación, que estaba contemplando el verdadero estandarte de la humanidad tal como surgió de la mano de Dios en el principio. Mientras lo contemplaba con admiración, aquella voz volvió a hablar desde el silencio, diciendo:

“En él habita toda la plenitud corporal de la Deidad [*Godhead*]” [[ref.](#)].

¡Qué declaración tan insospechada! Marca la imponente, casi increíble altura en la que los pies del hombre recién creado descansaron por primera vez. Piénsalo: '*A imagen de Dios lo creó*'. ¿Pueden tus ojos soportar y tu mente comprender la dignidad, la gloria y la sublimidad de la situación? Si no, estúdiala con paciencia. ¡Espera! No perderás nada, sino que ahorrarás tiempo, trabajo y la agonía del remordimiento, si te rehúas a dar un paso más en la peregrinación de la vida antes de que tus

ojos se abran para contemplar, y tu mente para comprender, con inteligencia, el verdadero lugar donde Dios puso los pies del hombre al ser creado.

Entonces, habiendo aprendido este solemne hecho —suplicándole que te tome de la mano—, acércate y escudriña las profundidades del oscuro abismo en el que la humanidad se revuelca hoy, en el desenfreno de la carne, alborotando [*rioting*] con máscaras, subterfugios, engaños e hipocresías; entonces podrás medir y tratar de estimar cuán grande ha sido la caída; algo de la naturaleza del esfuerzo necesario para restaurar la raza a su estado original. Considera esto. Dedícate a ello con una contemplación paciente y sobria, hasta que la revelación de su veracidad penetre hasta la médula de tu consciencia moral; y entonces, solo entonces, comenzarás a comprender el significado de la redención por medio de Jesucristo.

No anhele asumir el papel de predicador. No tengo ningún interés teológico en ello. Iglesias y sistemas, credos y dogmas, formas y ceremonias, teologías y filosofías, y las mil facciones y contiendas que destruyen la paz de la hermandad, son cosas del pasado para mí, abandonadas como contrabando en la aduana fronteriza.

Pero desde que he sido llamado al ministerio de la comunicación transfronteriza, siento empatía por vosotros, los que se quedaron atrás, y os transmitiré fielmente mis hallazgos a la luz de los principios de la regla de oro. Al hacer esto, no me equivocaré si sigo los pasos del Maestro. Y justo aquí recuerdo cómo, en la parábola del Rico y Lázaro, el otrora rico, estando en tormento y al no haber conseguido el alivio que buscaba, pensó en los que aún vivían en la carne y exclamó:

'Te ruego, padre, que envíes a Lázaro a casa de mi padre, pues tengo cinco hermanos, para que les dé testimonio, para que no caigan también ellos en este lugar de tormento' [[ref.](#)].

Si en la agonía de la purgación semejante pensamiento pudo cruzar un alma torturada, ¿es de extrañar que alguien, que se encuentra en una situación más feliz, se sienta movido por una consideración igual y desee tender una mano para guiarte hacia arriba?

Un momento más. Alguien querrá preguntarme qué quiero decir con "redención por medio de Jesucristo". No puedo hacer nada mejor, ni ser más breve en mi respuesta, que considerar la respuesta del Maestro a alguien que le hizo la misma pregunta ([Lucas 10:25-28](#)): *'Amarás a Dios y a tu prójimo como a ti mismo. Haz esto y vivirás'*. Porque el amor es la plenitud, es la satisfacción de la ley si se observa en la práctica. Sólo creer en ella no servirá de nada. *'Los demonios creen y tiemblan'* [[ref.](#)].

Sin embargo, era consciente de que había algo más, quizás mucho más, en la visión de lo que había descubierto hasta entonces. La idea surgió cuando mi mirada se posó en los tres pedestales vacíos. Que no fueran más que accesorios que sugerían un arco estaba descartado. Pero ¿cómo iba a resolver el problema? ¡Oh, si la presencia de Omra o Rael me iluminara! Y por un momento, la sensación de soledad e impotencia me abrumaba. La presión del silencio, la vaga incertidumbre que me envolvía, la indefinible sensación de presencias invisibles arremolinándose a mi alrededor me llenaron de una reverencia temblorosa, preguntándome qué sería revelado a continuación. ¿Cuánto duraría la tensión? Mis ojos anhelantes corrían devotamente, con curiosidad, de pedestal en pedestal, dando vueltas y vueltas buscando una solución, hasta que una voz suave y compasiva me susurró al oído:

'Descansa en el Señor; espéralo pacientemente' [[ref.](#)].

Esa voz hizo más que romper la tensión. Inmediatamente me aseguré de que el período de espera había sido una parte necesaria del proceso; el difícil interludio no fue accidental, sino cuidadosamente planeado. Todavía estaba en el Patio de las Voces, y sin duda me preparaba para recibir instrucciones claras y precisas provenientes de las profundidades de ese misterioso abismo, con mayor extensión de lo que hasta entonces me había permitido escuchar. Ninguna frase aislada podía transmitirme la explicación que buscaba, y que ahora sentía que me aguardaba cuando estuviera en condiciones de recibirla. Pues ahora estaba convencido de que la razón de mi espera residía únicamente en mí. Sin embargo, no tenía motivos para temer; dado que había llegado tan lejos, tenía la seguridad de que aquello que había recorrido se completaría. Solo necesitaba que mi anhelante aspiración alcanzara la altura necesaria de un deseo intenso, entonces la respuesta llegaría y yo quedaría satisfecho.

Y así resultó ser.

Dios nunca deja de responder al alma que espera con sinceridad y paciencia. Esa es una de las cosas que Dios no puede hacer. Puede llevar mucho tiempo poner el alma en una sintonía tan delicada con lo Divino que pueda captar las dulces modulaciones de la Voz sagrada, pero con seguridad se oirá cuando la sintonización se complete. Aléjate de la tumultuosa discordia exterior; encuentra el camino hacia el santuario silencioso de tu propia alma; espera; escúchalo a Él en la quietud sagrada, y pronto Lo oirás, así como Él me habló.

La Voz llegó suave y tranquilizadora como un céfiro murmurante, más dulce que una canción de amor, clara y musical como el tañido de una campana de plata. Quizás nunca sepa de dónde vino; parecía estar dentro, fuera, alrededor; llenándolo todo hasta un desbordamiento inconmensurable. Era como el himno de los siglos interpretado en música, que necesita ser ambientado con todos los accesorios del cielo para ser comprendido y apreciado. No puedo recordar su poesía. Sería vano intentarlo, y sin embargo es esencial que anote, según mi memoria, algo de la indicación que me dio para mi dirección:

«Al llegar a la posición en la que ahora te encuentras, ya has pasado dos etapas en la peregrinación de la vida: un curso eterno, y por lo tanto, un viaje sin meta, cuya etapa final la mente puede concebir [*comprehend*] que es Dios. Aquí nos encontramos con lo inescrutable y... detente, hasta que una visión más fuerte y clara te permita explorar una etapa más. Que te baste por ahora con que has asegurado tu liberación de lo físico. Has dicho adiós al sueño y a otros medios psíquicos para recuperarte del cansancio, y ahora te encuentras al final de tu tercera etapa, en la que debes separarte de la duda y la incertidumbre.

»La tercera etapa -aquí la Voz pareció adoptar un tono reflexivo, como si hiciera un comentario aparte-. Esto plantea el problema del círculo y toda la interpretación mística de los números -siguió un intervalo de silencio; luego, como bajo la influencia de otra inspiración, la Voz asumió su tono original-; Aquí nos encontramos cara a cara con otro más de los veinte [*score*] problemas que convergen en este centro. Problemas que aún no estás preparado para afrontar, pero que te serán explicados por separado y con claridad antes de que puedas cruzar la puerta. En la medida en que este número tres implica la reinterpretación de tu idea de la Trinidad, debemos prescindir de su consideración por el momento. Basta, por ahora, con que te obliguen a prestar atención a esto, las tres reproducciones pictóricas del niño que tienes ante ti como modelo ilustrativo, en el análisis de ti mismo que estás a punto de presenciar. Permítenos explicarlo:

»*'Dios creó al hombre a su imagen'*: una trinidad de cuerpo, alma y espíritu. Arriba, ves al niño en su forma física: una trinidad fusionada en una sola. Abajo, en los tres pedestales inferiores, ves al mismo niño presentado en segregación, para que, al pasar a juicio, toda influencia en la vida, ya sea buena o mala, pueda rastrearse cuidadosamente hasta su verdadera fuente y ser recompensada o penalizada según lo exija la justicia. A la izquierda, se registrará y desarrollará todo lo relativo a lo físico, comenzando con un registro preciso de cada inhabilitación o impedimento con el que nazca el niño. Por todos estos defectos, se compensará debidamente en el fallo [award].

»A la derecha se registrará el registro del alma: las cualidades mentales, morales y temperamentales con las que el niño comienza y evoluciona. Aquí observarás que el análisis de responsabilidad será rigurosamente preciso, al equilibrar el peso de la influencia externa y la fuerza de resistencia, para que se haga justicia. En el lienzo central, el espíritu se presentará ante ti desnudo como un gladiador para la arena, un atleta listo para la contienda, un luchador para la lucha. Allí verás y conocerás tu verdadero ser —no el maniquí vestido y ataviado que se pavoneaba como tú— en cada paso de tu camino. Tu deseo, tu motivación, tu objetivo, tu aspiración y tu propósito quedarán al descubierto ante tu inspección a la luz plena de Dios.

»Pero buscarás en vano ver el logro representado allí. Puede que reconozcas el fracaso, pero no permitas que tal descubrimiento te desanime. Las cosas no siempre son lo que parecen. Quien persevere hasta el final resultará vencedor; muchos se lanzan, caen y se pierden de vista en el camino. No consideres la soledad, los obstáculos, las dificultades y las tortuosas curvas del camino como descalificaciones o evidencias de derrota. El más brillante Vencedor que se alzó con el premio fue proclamado así tras atravesar las zarzas de Getsemaní, esforzándose arduamente en la cima del Calvario y luego muriendo con el corazón roto mientras exclamaba: *'Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?'*. Así que vigila con diligencia y espera con paciencia la declaración con la esperanza de oír el fallo, la sentencia: *'¡Bien hecho!'*».

Esa voz extrañamente recóndita, y esa visión igualmente extraña, no eran más que el prefacio y el prólogo del místico volumen que aún no había estudiado. Muy apropiadamente lleva el título de "El Asiento del Tribunal" [*The Judgment Seat*]. No es un registro. No puede transcribirse ni traducirse a un lenguaje. Es una experiencia real que toda alma debe experimentar, tan ineludible como el nacimiento o la muerte.

La escena y el discurso introductorios me permitieron comprender la visión con claridad desde el principio. El hombre, a imagen de Dios, fue creado con cuerpo, alma y espíritu perfeccionados, equilibrados, adaptados para trabajar en armonía, cada uno en su propia esfera, carácter y administración, mediante la obediencia, hasta la consumación de la filiación. Pero la idea de servir era irritante para la carne. El cerebro concibió y planeó un golpe [*coup*] que fracasó, y resultó en la tragedia del pecado.

Para el comienzo del espectáculo, el escenario permaneció intacto, con esta excepción: me vi a mí mismo, un niño de tierna edad, de pie en el pedestal mayor, pero ¡oh!, el cambio espantoso que vi en la representación del menor. Supe de inmediato por qué me habían llamado misántropo. Comprendí, como ni la explicación de Myhanene ni mi propia experiencia me habían hecho comprender, la providencia incomparable que se había dispuesto en las ministraciones de la Coral Magnética.

Observé el pecado en su concepción, siembra, cultivo y cosecha, operando con todas sus horribles sutilezas, evasiones, engaños e hipocresías, mientras luchaba por alcanzar su dominio. Pero el

análisis era inviolable. Por una ley tan implacable como la muerte, no solo cada semilla, sino cada fracción de la cosecha que producía era depositada a los pies, para ser recogida por quien la hubiera sembrado.

Al contemplarlo, suspiré y me pregunté: "¿Quién, entonces, podrá salvarse?". Y al instante, un susurro surgió del tenso silencio:

"La justicia lleva la llave de la puerta de la salvación".

Debe ser así, porque así resultó ser al final; pero debo decir de nuevo: *'Tal conocimiento es demasiado maravilloso para mí'* [[ref.](#)]. Observé cómo el registro de mi vida se desplegaba, se analizaba, se diseccionaba, se criticaba y se dejaba al descubierto, con toda la ansiedad de un criminal ante el tribunal. Desde la primera escena, mi conciencia [*conscience*] y mi memoria parecían alzarse en mi contra, citando una y otra advertencia: *'No hay nada encubierto que no haya de ser revelado; ni oculto que no haya de saberse'* ([Mateo 10:26](#)); o incluso: *'Átenlo de pies y manos, llévenlo y arrójenlo a las tinieblas de afuera'* ([Mateo 22:13](#)). Pero en respuesta a estas, otras voces susurraban con tonos mucho más esperanzadores: *'Mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos'* ([Isaías 55:8](#)).

Así prosiguió el interrogatorio. No puedo decir cuánto duró, pues el día y la noche ya no existen en esas latitudes.

Por fin llegamos al lugar donde corrí al rescate del niño en [Whitechapel](#). Lo alcancé, lo levanté. Un vapor cubrió la escena. Se disipó. ¡Todo cambió! Estaba tumbado en la ladera, y en mis brazos sostenía al niño que había ocupado el pedestal más alto.

Capítulo 6

Un veredicto de revelación

«¿Pensamos ya en movernos?».

La voz de Omra es tan suave, persuasiva y simpática como la de Myhanene; pero, al llegar inesperadamente después de la vibración musical que había estado escuchando desde el misterioso alrededor, me despertó con algo de sobresalto a un reconocimiento de la presencia de él. Todavía me hallaba en un estado de incertidumbre onírica como resultado de la visión, cuya última escena me había transportado a través de las nieblas, y me encontraba en una condición de desconcierto en cuanto a dónde y en qué circunstancias me hallaba por el momento: si estaba realmente tumbado en las laderas, como me encontraba originalmente, o en uno de los divanes del Patio de las Voces.

Sin embargo, la voz de Omra me devolvió rápidamente a una consciencia real de mi entorno.

«Si lo crees conveniente, sí -respondí-, pero apenas tengo claro quién soy y dónde estoy por el momento».

«No tienes por qué disculparte por ello -me aseguró con una sonrisa indulgente-, un poco de acción te ayudará pronto a recuperarte».

«Eso es lo que necesito, recuperarme -respondí-; casi me pregunto cuánto me queda de mi antiguo yo por recuperar».

«Déjate en mis manos, y pronto determinaremos ese punto».

«Me gustaría hacerte una pregunta, si me lo permites», me aventuré.

«¿Sólo tienes una? -preguntó alentador-; preveo que tienes muchas, y estaré encantado de ayudarte en todo lo que esté en mi mano».

«Si intentara hacer sólo una fracción de las preguntas que la visión ha suscitado, me temo que te mantendría ocupado durante un tiempo muy considerable».

«No tengo ninguna duda de eso -respondió-; Y cuando yo hubiera llegado al final de tus indagaciones, ni siquiera entonces habrían ocupado un solo latido de la eternidad. Por lo tanto, no hay necesidad de que reduzcas tus investigaciones. ¿Por dónde empezamos?».

Tan franca generosidad me situó de inmediato en mi caso. Era otro ejemplo del mismo ministerio espontáneo que había experimentado en todas partes. En todo caso, salía con una libertad más fluida desde los labios de Omra que de los demás. Sin embargo, yo me había quedado admirado al conocerle. Qué exposición me ofrecía de las palabras del Maestro: *'El que sea el mayor entre vosotros, será el servidor de todos'*.

Con este estímulo, no tardé en exponerle mi primera dificultad.

«Estoy más que sorprendido de que al final no se haya llegado a un fallo, un veredicto [*"decision" en inglés, tomado aquí en el sentido de fallo, como en un juzgado*], por así decirlo».

Hubo una pausa sugestiva y luego preguntó,

«¿Dónde te dejó la última escena?».

«Tumbado en la ladera, donde Helen me encontró, con el niño en brazos».

Otro breve silencio.

«Eso parece sugerir otro comienzo más que un final -respondió reflexivamente-; estaría un poco fuera de lugar escuchar un veredicto en cuanto a tal conexión, ¿no es así?».

«¿Pero qué necesidad había de introducir la escena final? Esa es mi dificultad».

«Toda necesidad -respondió lacónicamente-; ¿No era tu despertar en las laderas la secuencia natural a tu caer, dormido, bajo los pies de los caballos en la calle?».

«¡Claro que sí! Pero...», no sabía cómo continuar.

En ese momento saludó de pasada a un amigo, y preguntó rápidamente: «¿Sí? Pero...».

«¿No comprendes mi dificultad?», le pregunté.

«Por supuesto. Sólo quiero que la reconozcas tan claramente como yo mismo, si es posible; entonces te mostraré dónde está el error», dijo con simpatía.

«Me parece que el accidente introdujo una ruptura perfectamente natural en el curso de los acontecimientos», me aventuré a sugerir.

«¿Dónde encuentras la necesidad de cualquier ruptura? -preguntó, mientras me pasaba la mano por el brazo y me acercaba a él con una suave presión fraternal-; las rupturas siempre deben evitarse más que fomentarse. Los propósitos eternos de Dios son testimonios monumentales de esta gran verdad: *'Sin mudanza ni sombra de variación'* [[ref.](#)]. ¿Dónde puedes encontrar lugar para la sugerencia de una ruptura? Repasemos el accidente y veamos si podemos descubrir alguna razón para ello. Te apresuraste a socorrer a un niño indefenso —que fue atropellado—. La providencia de Dios de inmediato salta automáticamente en ayuda y reconocimiento de tu ministerio, y mediante la

anestesia de un desmayo te salva tanto a ti como al niño del sufrimiento. El período de inconsciencia pasa, abres los ojos, la escena ha cambiado y, en lugar de encontrarte en un hospital, donde habrías estado en otras circunstancias, te despiertas y descubres que todavía tienes al niño en tus brazos, no sólo ileso, sino considerablemente beneficiado por lo que ha sucedido. Ha habido una ruptura, sin duda, pero es la separación de un prisionero de su prisión hacia la libertad de la vida. No albergas ninguna duda acerca de que tú eres el amigo que corrió en ayuda del niño».

«¡Claro que no!».

«Hasta aquí, entonces, estamos de acuerdo. Ahora permíteme pedirte que intentes seguirme, mientras me anticipo un poco. Aprecio la sensación de incertidumbre en la que te encuentras, tal vez incluso más de lo que tú mismo eres capaz de darte cuenta. La corriente de los acontecimientos es, en este momento, tan fuerte que apenas puedes mantenerte en pie. Tampoco espero que lo hagas. Si se me permite utilizar un anacronismo alegórico, difícilmente esperarías que un niño, durante la violencia de su parto, analizara científicamente el proceso. Esto podrás hacerlo en breve. Mientras tanto, permíteme indicarte lo que está ocurriendo realmente, visto desde la posición que ocuparás cuando llegues a la puerta. Para ello no necesito trazar la génesis de la vida antes de su fase humana, momento en el que entra en una combinación significativa que marca un punto de partida legítimo.

»El único punto que te pido que tengas en cuenta es que no partimos del origen de la vida, sino de un sitio en el que dos arroyos se encuentran y, uniéndose, se convierten en un río que se vaciará en el océano. Ahora bien, tal como lo vemos, el primer tramo de este río es la medida del curso terrestre, o, para dejar caer la figura, la vida física no es más que la etapa infantil de la existencia del alma. Las escrituras utilizan siempre los términos característicos de la infancia —inocencia, ignorancia e incompetencia— para referirse a esta condición, y nunca emplean los términos de la madurez. Se les enseña como en una guardería por medio de cuentos ilustrados, parábolas y alegorías, y la única lección que se espera que aprendan es: "Los niños pequeños se aman unos a otros". Toda la extensión de la vida mortal transcurre en la clase de párvulos de la escuela de las eternidades.

»Al final del plazo, el alma pasa a ocupar el lugar que el examen elemental de la clase demuestre que le corresponde por su aplicación práctica de la lección de amor. La libertad [*liberty*] concedida a los niños en la clase inferior permite la libre expresión de la individualidad, dirigida por el consejo de los maestros iniciales; pero en la escuela superior prevalece un sistema más riguroso: la ley y el orden prevalecen, y el niño mayor es sometido a la disciplina de la obediencia.

»Se te ha permitido observar esto bajo la dirección de Myhanene y sus amigos, y espero que el breve bosquejo que te he dado te haya permitido comprender mejor tu posición».

«Sí, en cierta medida -respondí con cierta vacilación-; pero ¿de dónde viene en mi caso el examen elemental del que hablas?».

«Eso introduce otro pensamiento, cuya explicación no carecerá de interés para ti. Cuando dije que la ley y el orden se observaban en la esfera por la que hemos pasado con Myhanene, no me refería a una ley mecánica o férrea, que tratara a todos por igual sin referencia a circunstancia o condición. La justicia exige que cada caso sea considerado con ese cuidado e imparcialidad que acabas de observar en el tuyo propio. En muchos casos —el tuyo, por ejemplo— las pruebas son tan evidentes que el examen se pospone hasta llegar a este punto de tu progreso. En estos casos se permite una especie de comisión itinerante bajo la orientación que has recibido. En esta búsqueda has visto

mucho, has oído mucho, has aprendido mucho; tu alma ávida e inquisitiva ha sido alimentada abundantemente. Tu hambre de amor maternal te ha llevado a indagaciones que te han revelado un amor aún mayor del que te habías propuesto encontrar, uno que te ha obligado a dejar por un momento el amor menor, y a seguir adelante con la esperanza segura y cierta de alcanzar el único ideal que aún se encuentra más allá. ¿No es así?».

«No sólo es así, sino que es mucho más que eso. Al dejar de lado lo físico, he perdido algo, pero sigo siendo la misma entidad viviente personal, y en lugar de lo que he perdido, he recibido mucho más que una compensación. Todo esto estoy obligado y dispuesto a reconocerlo, pero sigo sin respuesta a mi pregunta: ¿Por qué no se ha emitido ningún veredicto con respecto al análisis de mi vida?».

Aquellos ojos líquidos, suavemente penetrantes, se clavaron compasivamente en los míos cuando insistí en mi argumento, y sus labios silenciosos se convirtieron en una sonrisa paciente y persistente.

«¿Te pesaban los oídos y se te tapaban los ojos para no oír y ver el veredicto? -preguntó casi en un susurro-; ¿O es que tal juicio era demasiado divinamente dulce para ser confiado a los sentidos externos? Ya te he dicho que nuestros procedimientos no están marcados por una formalidad mecánica, esperando que, al actuar sobre esa sugerencia, mires a tu alrededor y admitas el glorioso reconocimiento que recibiste cuando se pronunció el veredicto».

«Cuando se pronunció el veredicto», repetí, sin aliento.

«Sí -y sonrió con indulgencia-; pero tal vez me inclino a esperar demasiado en un momento en que las convulsiones del parto te reclaman tanto».

«¿Por qué envuelves tu discurso en misticismo? -le supliqué- ¿No vas a hablar sin rodeos?».

«Me esforzaré por hablar claro -respondió con tranquila deliberación después de un breve silencio-, pero permíteme responder a tu primera pregunta con una breve explicación. Lo que te complaces en llamar misticismo es el lenguaje nativo del alma. El hecho de que no lo comprendas se debe a que, hasta ahora, no te has liberado de las últimas influencias de la Tierra, no has entrado todavía en la plena libertad del espíritu. Menciono esto porque pronto vas a estar mirando hacia atrás en un esfuerzo por descubrir y trazar el progreso gradual por el cual te separaste de esta esclavitud a la carne, y los efectos de largo alcance en el alma, que hacen que se dirija hacia su nueva morada. Mi objetivo a este respecto no ha sido desconcertarte, sino más bien instruirte.

»Ahora permíteme explicarte cuándo y cómo se dio el veredicto que buscas. Para comprender esto tan claramente como quisiera que lo hagas, debo pedirte que tengas en cuenta tres puntos que ya he explicado. La vida es esencialmente eterna, variando en su modo y escenas de manifestación, pero en su continuidad es indestructible: en cuanto a su expresión humana, la revelación la ha clasificado alegóricamente como la etapa de la infancia; y, compatible con esta condición, la única ley que el individuo es responsable de observar es la más natural a esta etapa: '*amarás*'. ¿Me entiendes hasta aquí?».

«Perfectamente», respondí.

«Siendo así -continuó Omra con mesurada deliberación-, todo el misticismo de la alegoría de la visión se desvanece de tu entendimiento, y ahora podrás recoger tus conclusiones y verlas a la luz en que me aparecen a mí. La visión no cesó en el instante en que te lanzaste a rescatar al niño.

Llevó la acción hasta el final. Salvaste al niño, y recobraste el conocimiento para encontrarlo en tus brazos en la ladera. Una ilustración del hecho —afirmo— de la continuidad de la vida. No has experimentado una ruptura, sino que simplemente has cambiado tu escenario de operación. La idea de la muerte queda totalmente descartada. Creo que esto te explicará por qué la visión se prolongó».

«Sí, ahora puedo empezar a ver su propósito y significado».

«Si es así, poco más me queda por decir antes de que *'la luz que brilla en las tinieblas'* te revele el verdadero hallazgo de esa visión analítica. Te recordaré de nuevo los dos últimos puntos que mencioné en referencia a la vida terrestre: su etapa infantil, y la sencilla lección que se esperaba que instruya y sea aplicada. Estoy bien dispuesto a compartir tu opinión de que, cuando se introdujo en la visión aquella escena de Whitechapel, el análisis pudo haber mostrado que debías algo. Si el veredicto se hubiera dado entonces, podría haber sido como en el caso del monarca de Babilonia: *'Pesado eres en balanza, y fuiste hallado falto'* [[ref.](#)]. Pero siendo Dios justo y misericordioso, no es de extrañar que conceda lo que un mortal permitiría, y que permita que un acto que estaba en curso cuando se emitió el [fiat](#), sea considerado en el premio [[award](#)]. ¿Cuál fue el valor de ese último esfuerzo que hiciste? Al parecer perdiste el análisis del mismo tal como se presentaba en la visión.

»Déjame decirte cuál fue el registro. ¡Viste el peligro del niño! Instintivamente te apresuraste a salvarlo; fuiste pisoteado, y, junto al niño, fuiste aplastado. ¿Qué impulsó el instinto de salvar? ¿El hábito humanitario cuidadosamente alimentado de tu vida? Era tan fuerte en ti que, en tu deseo de salvar al niño, nunca se te pasó por la cabeza pensar en tu propia seguridad. En otras palabras, habías aprendido tanto la lección de tu norma que se había convertido en parte de tu vida, obligándote a obedecer el mandato de Cristo: *'Sígueme'*. *'Él se entregó por nosotros'*, tú hiciste lo mismo cuando no ofreciste lo tuyo, sino a ti mismo, sobre el altar del sacrificio, en tu deseo de salvar a ese niño. Así, al perder tu vida, la encontraste, y el desenlace de la visión —tu despertar como lo hiciste con el niño aún en tus brazos— es el premio: *'¡Bien hecho!'* [[ref.](#)].»

«Pero tu explicación me deja aún más perplejo que el propio misterio -dije sin aliento, en un abandono de sorpresa-; ¿Quieres que entienda que por un solo acto no premeditado como ese, es posible revertir el efecto de una vida de, digamos, indulgencia descuidada?».

«No me asombra tu sorpresa -respondió Omra-, aunque debo recordarte que no es la primera que has tenido desde tu llegada. Las sorpresas han sido tus compañeras constantes desde que te encontraste con tu vieja amiga Helen, y ahora estás entrando en un nuevo ambiente —tomando tu lugar en una clase algo más avanzada en el aula de la vida—, y aquí, las encontrarás agolpándose aún más densamente a tu alrededor, hasta que seas capaz de utilizar las nuevas facultades y poderes con los que te encontrarás dotado.

»Debo, sin embargo, decir una palabra en referencia a lo que llamas "un solo acto no premeditado" y su efecto. Todavía tienes que reconocer y tener en cuenta que la marca de la herejía no es necesariamente una garantía infalible de impiedad. El nazareno es el mariscal de campo del ejército que lleva esa marca de herejía de la libertad [*liberty*]. Ese único "acto no premeditado" no era algo tan ajeno a tu naturaleza y a tu vida cotidiana como podrías pensar; fue más bien la cosecha bien madurada de una simpatía cuidadosamente cultivada que tú habías fomentado por aquellos que, como tú, habían experimentado el hambre de un afecto y una compañía que estaban fuera de su alcance.

»Extender una mano amiga, dar una mirada comprensiva, pronunciar una palabra compasiva, ayudar a soportar una carga que aplasta el alma, te resultaba más natural de lo que estarías inclinado

a admitir, pero estas naderías de la Tierra, que pasan desapercibidas, se guardan cuidadosamente y se acumulan aquí, para el día en que el Señor componga sus joyas: ¡son bienes preciosos que se guardan donde la polilla y el óxido no corrompen! Semillas de mostaza sembradas al borde del camino, vasos de agua suministrados al desfallecido y al cansado, granos de bondad arrojados compasivamente al desconocido y al marginado, lágrimas de simpatía derramadas en secreto que el Señor ha conservado en Su frasco para reconocimiento y recompensa en el día de Su ajuste de cuentas [*reckoning*]. En la masa de misceláneas heterogéneas esparcidas a lo largo de la carretera de la vida por herejes que no fueron considerados dignos de ser reconocidos por la llamada Iglesia, se encontrará preservado tu "único acto no premeditado", y el valor en que los expertos del cielo lo estimarán ya ha sido indicado, cuando te diga algo que no reconociste».

«¿Qué es? -le interrumpí para preguntar, con el alma encendida de asombro ante la locuacidad de sus hallazgos de tesoros ocultos en los campos aparentemente estériles de la vida- ¡Seguramente no ha de haber nada más que tengas por revelar, nada más que quede por decir!».

«Hasta ahora sólo he hablado de las semillas sembradas por aquellos trabajadores '*que el mundo no se merecía*' [[ref.](#)]. No he hecho ningún intento de calcular el valor de la cosecha que recogerán a su debido tiempo, ya sea treinta, sesenta o cien veces mayor. Lo que me interesa ahora es señalarte cómo la justicia valora ese "acto impremeditado" por el cual te despojaste de lo físico y fuiste admitido en la vida superior. Este fue un caso en el que, al perder tu vida, la encontraste, y el niño que trajiste contigo era...».

«Era... sí», dije sin aliento, cuando hizo una pausa momentánea.

«El niño que estaba en el pedestal mayor en el prólogo de tu visión, a quien imaginaste como el niño Cristo. '*A mí me lo hicisteis*'».

El anuncio me llenó de asombro sin palabras, y el silencio prorrumpió en una bendición de revelación.

Capítulo 7

La primera lección de Omra

Habíamos estado yendo y viniendo tranquilamente por el Patio y sus alrededores mientras Omra discurría. El hermoso equilibrio de armonía que existía entre la escena, la compañía y nuestra comunión, me fascinaba tanto que más de una vez me encontré preguntándome si el cielo mismo podría poseer una paz más reparadora que la que yo estaba disfrutando entonces. Recordé que Rael me había asegurado que el sutil encanto del Patio permanecería y me atraería una y otra vez, incluso desde épocas lejanas. Entonces no aprecié lo que quiso decir, ya que sentía la relajante influencia de su caricia inicial, pero ahora empezaba a comprender mejor lo que quería decir. Dios no exhibe sus galas en los escaparates desprotegidos del mercado terrenal para atraer la codicia de los aventureros de paso. Las esconde en lo más profundo del secreto de Su presencia, donde los ladrones no pueden entrar a robar.

Omra sabía muy bien dónde se encontraban las atracciones, y las íbamos hallando una a una justo cuando sus luces eran necesarias para ilustrar algún punto concreto que él deseaba exponer.

Y al igual que con el Patio, lo mismo ocurría con mi compañero. Era necesario conocerlo para poder apreciar su valor. En las primeras impresiones, hablé de él como de otro Myhanene. Ese era mi ideal de ángel hasta donde mi experiencia me había llevado en aquel momento; tampoco diría

que la comparación me fallaría incluso ahora, si el ministerio de Myhanene hubiera continuado a través de las escenas a las que Omra me condujo.

Tal vez me sea útil señalar aquí en qué se diferenciaba el ministerio de Myhanene y sus amigos del que ejercía Omra, y no creo que pueda hacerlo mejor que exponiendo mi posición mediante la conocida alegoría de Pablo:

'Sabemos que si nuestra casa terrenal de este tabernáculo fuera disuelta, tenemos un edificio de Dios, una casa no hecha por manos humanas, eterna en los cielos. porque en esto gemimos, deseando ardientemente ser vestidos con nuestra casa que es del cielo: pues estando vestidos no seremos hallados desnudos. Porque los que estamos en este tabernáculo gemimos, agobiados; no porque queramos ser desvestidos, sino revestidos, para que lo mortal sea absorbido por la vida' ([2 Corintios 5:1-4](#)).

El grupo de ministros de Myhanene me descubrió justo cuando el viejo [inquilinato](#) [edificio] se había derrumbado. Con maravillosa bondad e infinita paciencia, se pusieron a trabajar para limpiar el lugar de todos los escombros innecesarios, indeseables y extraños, en previsión del nuevo tabernáculo que iba a ser erigido bajo la supervisión de Omra. Muchos de los antiguos cimientos tuvieron que ser removidos, las falsas limitaciones barridas, los límites ampliados tuvieron que ser establecidos, las condiciones descalificadoras revisadas, y la nueva perspectiva determinada de acuerdo con las verdaderas leyes de la vida.

El ministerio de Omra comenzó por comprobar hasta qué punto se habían cumplido estos drásticos requisitos, declarándose el resultado de acuerdo con la decisión crítica de la visión que acababa de ofrecerme. El hecho de que el resultado fuera tan satisfactorio como para permitir a Omra continuar, apenas necesita ser mencionado aquí.

Rael, el pionero de mis maestros avanzados, me había encontrado de pie, con un asombro incierto, en el umbral del Patio, y con fraternal bienvenida me condujo a esperar la llegada de su jefe. Omra, de inmediato —incluso en su aproximación— me inspiró una sensación de hogar, superior a la que experimenté cuando me encontré con Vaone. Él me condujo de inmediato a su rico tesoro de conocimientos, y procedió a ofrecerme un refrescante festín de cosas buenas que yo ansiaba desde hacía mucho tiempo. ¿Alguna vez olvidaré o dejaré de apreciar la delicada cautela con la que comenzó su ministerio? Con cuán poca ostentación rompía un sello aquí, desvelaba un misterio allá o, mediante una sutil magia, despejaba alguna nube lejana, mientras deseaba que yo vislumbrara los problemas que tenía que resolver bajo su guía, cada vez que se presentaba la ocasión.

A cada paso él me acercaba más y más a sí mismo, mientras me conducía por el corredor transformador del alma de las revelaciones que tenía que hacerme. Como un supermédico, preveía una necesidad incipiente, despertaba el apetito por el remedio y luego proporcionaba un festín superabundante.

Me resulta imposible hablar del placer con el que esperaba pasar este período bajo su codiciada tutela.

Pero por grandes que fuesen las bellezas cada vez mayores del Patio, por encantadoras que fuesen las perspectivas de mi asociación con Omra y sus amigos, tenía ante mí la promesa creciente de algo que superaría con mucho a cualquiera de las dos cosas juntas, si tan sólo la promesa llegase a fructificar.

Esta consciencia de la esperanza surgió en mí durante la observación de una coincidencia muy curiosa y misteriosa. Normalmente, es necesaria la concentración del pensamiento para trazar una secuencia lógica o llegar a una comprensión clara de un asunto como el que Omra había estado exponiendo; pero mientras él había estado tan ocupado, yo no sólo había podido seguirle con gran atención, sino al mismo tiempo observar críticamente, admirar y apreciar las numerosas y sorprendentes bellezas de nuestro entorno.

Y aún más.

Bajo el horizonte de esta consciencia dividida, aunque extrañamente completa, la luz superior de otro amanecer de mayor alcance daba señales de alzarse. Otro, un ojo interior, despertaba por primera vez para descubrir que un universo nuevo y aún desconocido existía hacia el este, en la ilimitada extensión del dominio del alma. Todavía no podía ver el orbe, ni la nueva creación que estaba destinada a iluminar, pero el ojo que se abría podía captar los rayos heráldicos que se lanzaban en creciente resplandor para romper la larga y persistente penumbra de la región que aún está por ser. Un poco más, y esos rayos de gloria formarían un camino regio por el que mi alma pasaría y alcanzaría su legítima herencia como hija de Dios.

Yo lo sabía. No necesitaba que Omra me lo dijera. Aquel órgano despierto de la visión era más que un ojo —era más que todas las rudimentarias facultades de los sentidos combinadas—, era el verdadero espejo de la revelación que iba a permitir que la unicidad con el Cristo, que acababa de nacer en mí, captara y reflejara la imagen de nuestro Padre-Dios. Un poco de tiempo, un breve período de instrucciones de Omra sobre cómo utilizar mi facultad recién descubierta (pues de ahí en adelante todos los sentidos se funden y comprenden en uno), un período de supervisión mientras me deshago de los obstáculos que incluso ahora me acosan —mientras se borran las cicatrices que he sufrido en mis batallas y luchas— mientras me preparo para el puesto que tengo que ocupar, y entonces podré desempeñar mi papel en la gran orquesta de la vida, y glorificar así al Dios que me creó y me llamó a la existencia.

«Omra -dije sin aliento-, ¿eres consciente? ¿lo entiendes?».

«Sí -respondió rápidamente, acercándome un poco más a él-; no tengas miedo. Todo va bien».

«No tengo miedo, salvo que en mi ignorancia pueda ser culpable de alguna inadvertencia».

«Incluso eso es excusable hasta que el crepúsculo haya pasado, y la luz despejada bañe tu alma en su maravillosa plenitud».

Su presencia serena y comprensiva, pero discreta, fue como una montaña de reposo sobre la que descansé en aquella crisis llena de acontecimientos.

Nos sentamos en la pila de la fuente, y mientras yo me sumía en un ensueño sobre los lirios, Omra comulgaba con uno y otro de los amigos que allí le encontraban. Pronto se hizo evidente que yo no era el único que apreciaba su compañía. ¿Quién, habiendo comido una vez en la mesa de su angelical generosidad, como ahora se me permitía hacer, desearía a la ligera pasar de largo sin una mirada, una sonrisa, una palabra, una bendición? ¡Ah! ¡feliz estado, en verdad, donde los cielos azules del amor nunca son ensombrecidos por una nube pasajera de duda, y el sol de la bondad amorosa marca el mediodía eterno de la verdad que es incorruptible!

Anímate, pobre alma cansada, desfalleciente, luchadora, tentada, desterrada. Hay un remanso de descanso esperándote. Con los ojos cegados por las lágrimas, puede que ahora no seas capaz de

contemplantarlo; con el corazón encallecido por las tormentas de engaño y traición a través de las cuales has luchado, puede que te cueste creerlo; con el alma enferma y desfallecida por el desvanecimiento de mil esperanzas —no siendo cada una más que la risa burlona de un espejismo— puede que sientas que no tienes fuerzas para seguir viajando; pero ánimo y haz otro esfuerzo.

He viajado por el mismo desierto, he pasado hambre y sed, he cojeado, sin amigos, con los pies sangrantes, me he desmayado y he caído por el camino, he sido objeto de la crueldad burlona, la broma de bufones sin corazón y la pelota [*shuttlecock*] distraída del destino, pero la noche para mí ha terminado. Amanece. El desierto negro y oscuro queda atrás, y delante veo la tierra que mana leche y miel, la patria, la casa del Padre, el anillo, el manto, la bienvenida que te espera a ti también —sólo un poco más adelante—. Ánimo, seca tus lágrimas, sólo un esfuerzo más. ¡Ánimo!

En el curso de mi ensoñación me encontré preguntándome cuál sería el siguiente paso en mi carrera. No soy consciente de que fuera más que un pensamiento que pasaba por mi mente, y sin embargo mis labios pueden haber respondido a mi pensamiento y haber pronunciado involuntariamente las palabras, ya que Omra se volvió inmediatamente para responder.

«Cuando estés *bien* preparado -dijo con un significativo gesto de pausada consideración, como si quisiera no molestarme innecesariamente-; cuando estés bien preparado, estoy a tu entera disposición para ayudarte a adaptarte a tu nueva vocación».

En mi afán por averiguar cuáles eran mis nuevas obligaciones, me puse en pie antes de que Omra terminara de hablar.

«¿Procedemos de inmediato?», pregunté.

Omra sonrió con indulgencia.

«Sí, no hay razón para que no lo hagamos», pero la deliberación con que manifestó su aquiescencia contrastaba notablemente con el vigoroso brío de mi sugerencia. No contenía ningún rastro de reproche —el humor medio velado que capté en su mirada inquisitiva me lo aseguró—, era más bien un experimento para comprobar hasta qué punto yo era capaz de utilizar uno de mis recién adquiridos poderes leyendo su mente, como él me había dado tan recientemente un ejemplo de lectura de la mía. En circunstancias similares, Myhanene me habría puesto una mano suavemente restrictiva en el brazo y me habría dicho: "Hermano mío, Dios nunca se precipita". Omra dio la misma insinuación mediante su propio código de significado.

Era mi primer intento de descifrar semejante mensaje, pero evidentemente lo logré con cierto grado de éxito.

«Ahora nos volveremos de cara hacia la puerta», sugirió, y en un instante mi impulsividad habría gritado: "¿Y pasaremos?", pero pude reprimir la pregunta justo a tiempo.

«Podemos acercarnos, pero te darás cuenta de que aún no puedes atravesarla».

«¿Puedo saber dónde está la incapacidad? -pregunté-; el camino está abierto y sin obstáculos, ¿no es así?».

«Sí, el camino está abierto y sin obstáculos, pero descubrirás que, por el momento, te faltarán el poder y la confianza para caminar por él. Aún no dominas los nuevos poderes que has recibido. Aún no estás habituado a su naturaleza, su significado y sus posibilidades. ¿Cómo puede esperarse,

entonces, que los utilices con esa familiaridad consciente que se exige a todos los que cruzan esa puerta?».

«¿Quieres que entienda que el cielo no es tan accesible como me han hecho creer?», pregunté, tal vez con un atisbo de ansiedad.

Omra me respondió con una mirada de elocuente seguridad, incluso antes de que yo terminara de hablar.

«No es inaccesible, la Patria nunca puede ser inaccesible -replicó-, pero está inviolablemente protegida contra la admisión de todo lo que sea indigno o no esté preparado. Tan absolutamente se impone esto, que aunque se te haya considerado digno de ser admitido, debes esperar mientras adquieres tal dominio de tus recién adquiridas facultades que te permita hacer la entrada. Por eso, cuando me preguntaste si íbamos a cruzar la puerta...».

«La idea simplemente pasó por mi mente cuando sugeriste volvernos hacia esa dirección», me aventuré a sugerir.

«Soy plenamente consciente de ello, hermano -y el tono y la mirada con que respondió me aseguraron que mi interrupción le había agradado más que otra cosa-; soy plenamente consciente de ello, pero ahora tienes que descubrir que en adelante el pensamiento y la palabra son igualmente audibles; es una de las múltiples revelaciones de las que ahora tienes que volverte consciente y aprender a emplear eficazmente en la nueva esfera de vida a la que estás a punto de ser introducido.

»Cuando planteaste la cuestión de la puerta, se hizo necesario que yo indicara la existencia de razones para un cierto retraso en alcanzar la consumación de tu esperanza. Al hacerlo, no tenía el propósito de excitar la duda tan natural que experimentaste, pero puedo fácilmente hacer de mi respuesta a ella el punto desde el cual puedo proceder a introducirte en los estudios que ahora tienes que emprender a fin de equiparte para tu nueva misión».

«Para mi nueva misión», pregunté.

«Sí. Ya has elegido asociarte a la misión de Myhanene para la Tierra. Hasta ahora lo has hecho bajo ciertas restricciones debido a tu falta de ciertos conocimientos que ahora estarás en condiciones de adquirir, ampliando así la esfera de tu influencia. Es con este fin que espero serte de ayuda. Fue en relación con este trabajo donde surgió la duda en tu mente mientras te hablaba del escrutinio indagador que tienes ante ti, antes de pasar la puerta. Comenzaremos, pues, con la consideración de la cuestión de la accesibilidad del cielo.

»Teniendo en cuenta el objeto que Myhanene tiene en vista en su ministerio, sería bueno echar un breve vistazo hacia atrás para recoger y conectar la idea de la continuidad de la vida. La aproximación al cielo se hace a través del vestíbulo de la mortalidad. *'Hay un cuerpo natural, y hay un cuerpo espiritual Pero primero no fue lo espiritual, sino lo natural, y después lo espiritual'* [ref.]. La comparación entre la etapa mortal y la perpetuidad de la vida se hace bíblicamente (y cuando se interpreta por su propia clave, la Biblia es la única autoridad por la que podemos proceder con seguridad): el lapso mortal es comparado con la etapa infantil de la existencia, y los símiles utilizados para indicar su duración son como el de un "vapor"; la entrada y salida del hombre se hacen asemejar al brote *'como de una flor... que se desvanece como una sombra'* [ref.]; la única lección que se espera que aprenda y aplique durante el período mortal es la que es peculiarmente natural de la infancia: "Amarás"; y cuando tiene edad suficiente para entrar en la

escuela y comenzar a estudiar el alfabeto del ser, el plan de estudios se limita estrictamente a alegorías y parábolas».

«No deseo romper el hilo de tu discurso -me aventuré a decir-, pero, si me lo permites, me gustaría hacer una pregunta en relación con las alegorías a las que te has referido varias veces».

«Comprendo perfectamente las mil preguntas que bullen en tu activa mente -respondió Omra con un toque muy agradable de simpática indulgencia-; Eres como un niño inquisitivo, recién salido de la sala de juegos, que ve por primera vez una colmena manufacturera: quieres preguntar de una vez cómo, por qué, dónde y qué, acerca de todo. Pero si queremos entender algo, debemos limitar nuestra atención a una cosa cada vez e ir despacio. Se llegará a las alegorías dentro de poco, y entonces serán explicadas e interpretadas de modo que su propósito y alcance sean claramente comprendidos, pero por el momento tengo otra referencia que hacer a la etapa infantil de la existencia.

»Hasta ahora he hablado de la extensión de la existencia mortal —la vida en lo físico— en su contraste comparativo con la inmortalidad. Ahora tengo que insinuar —es imposible hacer más que ofrecer una mera sugerencia— la naturaleza del entorno [*surroundings*] en que transcurre esa etapa infantil de la existencia.

»En su aspecto físico, el hombre es la piedra angular y la corona de la creación, un animal pensante y razonador; el instinto del bruto ha evolucionado hacia una consciencia moral. Pero aun así, el hombre físico formado del polvo de la tierra, es de la tierra, terrenal [[ref.](#)]. '*Polvo eres y en polvo te convertirás*', porque '*la carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios*'. Pero antes de prescindir de este soberbio organismo, tan temible [*fearfully*] y maravillosamente hecho, el omnisciente Creador tenía para él otro propósito más elevado que cumplir. Las fuerzas invisibles, complejas y misteriosas que se habían desplegado en —y operaban a través de— esta gloria suprema de la creación, iban a mezclarse con el aliento, el espíritu de la Divinidad; el ataúd mortal iba a convertirse en la matriz en la que se moldearía una nueva raza de hijos de Dios; y en el hombre mortal se enclaustró un alma eterna viviente.

»Para la producción, nutrición y protección de esta raza de inmortales a través de la etapa primaria de su existencia, Dios, en Su presciencia, ya había formado y llamado a la existencia una tierra y un cielo circundante, equipados y en todos los aspectos dispuestos para satisfacer y suministrar todos los requisitos para asegurar el propósito que Él tenía en mente. La tierra y el cielo circundante fueron provistos de todas las necesidades y calificaciones para producir y conducir a través de su fase inicial una raza de seres que serán dignos de su alto llamado.

»Es imposible para mí, aquí y ahora, hacer algo más que echar una ojeada superficial a la forma en que has llegado a la etapa de la vida en la que estás a punto de entrar. Pronto dispondrás de amplios medios y tiempo para hacer un estudio exhaustivo de todo el tema, cuando te hayas desprendido definitivamente de los últimos efectos e influencias de la condición física».

«¡Los últimos efectos de la condición física!- dije sin aliento, con total asombro-; seguramente, eso ya lo hice hace mucho, mucho tiempo».

«No, ahí es donde se cometen algunos de los mayores errores en cuanto a la naturaleza de la vida espiritual -respondió Omra-, y el gran objetivo que he tenido al adoptar esta visión retrospectiva ha sido eliminar este concepto erróneo».

«Permíteme ahora, en la medida de lo posible, abandonar el uso de la metáfora y tratar de hacerte comprender algo de la posición en la que estás actualmente. Pero al intentar hacerlo, me veré obligado a recurrir a la ilustración para que puedas comprender lo que quiero decir. Tomaré un caso común que reducirá mi dificultad al mínimo. En lo físico, una persona que sufre de una enfermedad zimótica [*"enfermedad infecciosa aguda"; término antiguo "zymotic"*], después de que el mal ha sido combatido y vencido, el paciente tiene que ser aislado con sumo cuidado para evitar la propagación del contagio».

«Eso lo comprendo perfectamente», respondí, mientras Omra hacía una pausa significativa.

«El pecado, la desobediencia y las malas acciones se cuentan entre lo que puedo llamar las enfermedades zimóticas del alma, y si la humanidad, que en el mejor de los casos sólo se encuentra en una etapa infantil del ser, encuentra la necesidad del aislamiento en tales casos, ¿debería sorprenderte que se establezca aquí un estado de cuarentena?

»Esa precaución se toma rigurosamente donde tú te encuentras ahora. Los convalecientes de la carne pueden llegar hasta aquí; luego viene el examen analítico al que has sido sometido. Allí está la puerta que da acceso a los confines de la ciudad de la vida eterna; pero -y aquí Omra habló con un énfasis deliberado y medido-, *'no entrará en ella nada que contamine, ni todo lo que sea abominación o mentira, sino los que están inscritos en el libro de la vida del Cordero'* ([Apoc. 21:27](#)). *'Bienaventurados los que guardan sus mandamientos, para que tengan derecho al árbol de la vida, y entren por las puertas en la ciudad; porque fuera están los perros, los hechiceros, los fornicarios, los homicidas, los idólatras y todos los que aman y mienten'* ([Apoc. 22:14-15](#)). La gran línea de demarcación no se traza en la entrega del cuerpo físico, en esa barrera más allá de la cual ni el médico ni el teólogo pueden servir de nada. Mas la bondad amorosa y la tierna misericordia de Dios todavía están disponibles a través del régimen —de corrección, puede ser dicho—, en el que, ciertamente, las ministraciones más eficaces de los ayudantes verdaderamente ordenados por Dios están disponibles a través de la convalecencia y la cuarentena, como tú mismo has experimentado para guiarte y dirigirte hasta aquí.

»Hasta aquí, pero no más. Aquí todo lo que es de la Tierra debe ser depuesto: *'carne y sangre no pueden heredar el reino de Dios'*. Ahora, para poder pasar, *'debes nacer de nuevo'*. El Dios insuflado [*in-breathed God*] ya no puede yacer oculto en su ataúd — el ángel debe divorciarse del humano—, y entonces, sólo entonces, cuando tu nombre haya sido registrado en el libro de la vida del Cordero tendrás el derecho —el poder— de atravesar la puerta hacia el reino.

»El período que ahora estás cerrando, con todas sus fastidiosas limitaciones, futilidades, misterios e incapacidades, no ha sido la vida tal como la imaginabas; fue sólo el período de gestación de la vida eterna en la que ahora estás a punto de entrar al llegar a los recintos de la puerta».

Capítulo 8

Me encuentro con Walloo-Malie

De lo que Omra había estado diciendo surgieron cincuenta preguntas que yo deseaba hacer, pero como él me había dicho que sólo estaba echando un vistazo al camino por el que yo había llegado hasta allí, y también me aseguró que llegaría la oportunidad de estudiar todo el curso en detalle, contuve mi deseo hasta que llegara esa época más conveniente. Mucho de lo que dijo ya lo había oído de otros, pero cada uno tenía su propia manera de exponer las cosas, y cada uno, según su propio punto de vista, daba más o menos colorido o énfasis a uno u otro detalle, a fin de dar frescura

y valor a todas y cada una de las exposiciones. Sin embargo, estas variaciones nunca sugerían contradicción. En ningún sentido eran opuestas. Si no estaban al unísono, eran perfectamente armoniosas, y cada nueva nota sólo añadía más volumen al efecto coral. Más notable fue la declaración profunda, clara, resonante, pero no apasionada que acababa de escuchar de Omra.

El único tema al que él había limitado estrechamente sus observaciones, otros lo habían tratado de una manera un tanto superficial, pero ahora se había presentado ante mí como un hecho fundamental sobre el que descansaba toda la superestructura de la vida eterna. Y aunque se negó a apartarse de su tema, en todo lo que había dicho nunca profesó estar haciendo más que echar un vistazo a un esbozo de su tema. ¿Qué significaría, entonces, una discusión completa y explícita de la cuestión? Yo tenía muchas ganas de preguntarle sobre dos pensamientos muy importantes relacionados con esto, pero él puso fin a sus observaciones de una manera un tanto brusca y la consciencia de ello me llevó a refrenar mi deseo, en deferencia a lo que yo sentía que era su deseo.

En nuestra comunión nos habíamos acercado al extremo superior del Patio, desde donde contemplábamos un paisaje de lo más fascinante en dirección a la puerta, que se hallaba quizás a media milla de distancia. Atmósfera, luz, color, perfume, todo se combinaba para formar una perspectiva ideal en la que, por una vez, la presencia de los visitantes parecía añadir un toque final de perfección.

Puedo imaginarme muy bien que podría haber sido alguna de estas escenas sobre la que se posó el ojo de Baxter [[ref \(?\)](#). [2]], dándole a él la primera sugerencia de las Llanuras del Cielo, y en su sueño el genio de los sueños completó los maravillosos detalles.

Pero esto no era un sueño. Hacía tiempo que me había despedido del sueño [*en el sentido del dormir*]. ¿No me había dicho Omra con toda seguridad que aquella puerta era la entrada a la Patria [*Homeland*]? ¿Acaso no era éste el lugar sagradamente designado para la cita, hacia el cual los ojos ensombrecidos por las lágrimas habían mirado inciertamente, y donde los corazones rotos habían pactado encontrarse? Sí, ¡este era el lugar de la gran reunión! No es de extrañar que fuera brillante y alegre, y vibrante con una música que era más que sagrada: ¡divina! Todo el entorno era paz; la atmósfera, instinto con fuerza. La libertad poco convencional que se podía observar por doquier entre la compañía que tenía ante mí era elocuente de fraternidad; la edad, la preocupación, la pena, la duda, la enfermedad, la debilidad y todos los indeseables habituales de la carne brillaban por su ausencia, pues cada alma mostraba todo el vigor y la belleza de la madurez naciente.

Fue al observar este hecho cuando descubrí otra maravilla. Siempre había estado más o menos familiarizado con la idea de los tipos de belleza, y aunque la posibilidad de su variedad casi infinita nunca me había sido siquiera sugerida antes, ahora la veía y la comprendía, y ¿por qué no habría de ser que la belleza es tan capaz de diversidad como la fealdad?

La comparación me fue sugerida por la presencia de alguien que primero atrajo mi atención por la peculiaridad de la túnica que vestía. No es que fuera firmemente distintivo; por el contrario, sus delicados tonos eran como si rehuyera modestamente la observación; pero al reconocerlo por primera vez, mi memoria recordó lo que se había escrito de Uno que una vez se había humillado y no había obtenido renombre, pero '*no pudo ser ocultado*' ([Marcos 7:24](#)).

La historia se repite en este caso. A primera vista, la vestimenta estaba algo así como teselada, con un color perlado intenso, pero un examen más detenido reveló su carácter sorprendentemente único. Palpitaba con una brillante iridiscencia de colores de los que yo no conocía ni el nombre ni la descripción, pero la delicada modestia con que manifestaban su existencia combinaba

exquisitamente con la condescendiente gracia de su principesco portador. No había peligro de que se perdiera entre la multitud, su exaltado rango no necesitaba de un frígido aislamiento ni de la elegancia para proclamarlo, podía permitirse el lujo de serlo y era realmente generoso en su sofisticada compañía. Sin embargo, era esencialmente un príncipe entre sus iguales, incluso en aquella exclusiva reunión.

Al contemplar los diversos aspectos de la escena que tenía ante mí, me pareció tan maravillosamente idealista, tan perfecta en todos sus rasgos y detalles, tan superior a cualquier realización que hubiera conocido, que estuve tentado de dudar de su realidad; me pregunté si no sería una visión que me había asaltado, una que desaparecería igual de repentinamente.

La duda se apoderó de mí hasta tal punto que decidí consultársela a Omra, que evidentemente no deseaba perturbar ni interrumpir mis cavilaciones.

«Estoy en un dilema -le dije, sin saber cómo decirle cuál era mi dificultad-; ¿Me ayudarías a aclarar una duda?».

Dirigió hacia mí sus grandes ojos castaños con una sonrisa benévola.

«Lo sé, lo comprendo -respondió alentador-, pero te ayudará más si te dejo plantear la dificultad a tu manera».

«Es algo así como un alivio saber que lo ves como una dificultad -le contesté-; pero... bueno, para decirlo brevemente, ¿es todo esto una realidad o sólo una visión que se desvanecerá en breve?».

«¿Qué te hace dudar de su realidad?».

«Bueno, porque... ojalá pudiera encontrar las palabras para expresar lo que siento. Podría entenderlo si simplemente me impresionara con un sentimiento de hogar y reencuentro, y me dejara entrar en el pleno disfrute como miembro de una familia tan favorecida. Pero no se detiene ahí. Es demasiado. Es todo lo que podría desear que fuera, y mil veces más, hasta que la plenitud de ello viene sobre mí con toda la fuerza de un maremoto y me lleva, no sé adónde. Por eso pregunto si es realidad o sueño».

«Te has expresado espléndidamente -declaró Omra mientras me tomaba del brazo y me llevaba hacia la llanura ligeramente ondulada-; La superabundante sensación de familiaridad que mencionas es la gran atracción de la que ya he hablado, que hace de este lugar un punto de encuentro donde almas de todos los rangos de la jerarquía celestial se encuentran y comulgan continuamente. Pero más allá de esta estupenda ventaja, hay también un asunto personal de importancia que no debemos pasar por alto, ya que constituye la característica principal del incidente. En la transición del segundo nacimiento, debes naturalmente entrar en posesión de facultades superiores adaptadas a las exigencias de la condición eterna. Por ejemplo, la duda que sientes en cuanto a la realidad de esta experiencia se debe al hecho de que has llegado a una conclusión sin verte obligado a razonar el proceso; o, como deberíamos decirlo, la Revelación ha asumido la autoridad y la Razón ocupa en adelante la posición subordinada. Capta esa interpretación y acostúmbrate a obedecer al poder superior, entonces ya no habrá lugar a dudas».

«¡Oh, así me fuera revelada ahora la manera de actuar según tu consejo!», exclamé con ardiente anhelo.

«Ten un poco de paciencia. Cuando el rayo de vanguardia atraviese la oscuridad, la gloria de la mañana no estará lejos», respondió Omra.

«Has mencionado la venida aquí de miembros de la jerarquía superior. He observado a un personaje muy atractivo y dominante, vestido con una túnica de los tintes más inusuales, que se mueve entre los diversos grupos. ¿Es posible que sea uno de ellos?».

«Sí, es Walloo-Malie. Hay dos círculos entre este y el suyo. Su carrera ha sido muy notable. En su vida terrenal sondeó las profundidades del dolor con una pesada plomada, lo que le ha capacitado de un modo especial para atender a las almas que se encuentran en una situación extrema».

«Acaso él es...», y entonces me detuve, asombrado por la audacia de la pregunta que estaba a punto de formular.

Omra me dedicó una sonrisa humorística pero alentadora.

«¿Sí?... ¿Acaso él es...», inquirió.

«La idea de mi presunción me detuvo, o es que iba a preguntar si era difícil acercarse a él».

«A partir de tu observación de sus movimientos, ¿podrías imaginarte que es difícil?».

«En absoluto. En mi impaciencia quizás estaba...».

«...esperando intercambiar unas palabras con él -sugirió Omra para aliviarme-; Bueno, eso puede lograrse fácilmente».

Y lo fue, más fácilmente de lo que imaginaba, porque Omra apenas había pronunciado esas palabras cuando me saludó una mano amable que me tocaba el hombro desde atrás, y una voz muy musical que decía:

«Así que nos encontramos de nuevo, Aphraar; y, espero, bajo circunstancias más felices que antes».

«¿De nuevo?», pregunté con el mayor asombro.

Pero antes de que yo hablara, antes de que tuviera tiempo de mirarle, se había apartado y hablaba con alguien que pasaba por el otro lado.

«Ah, mi hermano Cresvone, así que has encontrado tu camino, tan lejos de la medianoche de tu Getsemaní, para ver salir el sol sobre la colina de Sión. Hablaré contigo enseguida. Estoy muy ansioso de que oigas y aprecies la dulzura de la música que respiran esos cipreses, tal como la disfrutarías ahora que el sollozo de tu agonía ha terminado».

«¿Te espero?», preguntó el amigo.

«Sí, hazlo».

Entonces Walloo-Malie se volvió hacia mí con una mirada tan tranquila como si hubiera estado todo el rato atento a mi respuesta.

«¡Por supuesto que he dicho "de nuevo"! ¿Te has olvidado de Peter Stone, el barquero de Putney? ¿Acaso el recuerdo de Clarice se ha desvanecido en el olvido?».

La pregunta, bastante deliberada, fue formulada con una mirada muy escrutadora, pero estaba marcada más por una simpatía persuasiva que por la acusación.

«¿Buscas abrir de nuevo esa vieja herida?», pregunté, extrañado por el sentido de aquel extraño interrogatorio.

«¿Sigue siendo una herida? -preguntó con una curiosa sonrisa, como de asombro-; si es así, apenas puedo entender tu presencia aquí. Y, aunque así fuera, solo la volvería a abrir para verter aceite y vino. ¿No oíste lo que le dije a nuestro hermano Cresvone sobre la música de los cipreses? Si encontrara en ti siquiera la cicatriz de esa herida, te pediría que vinieras con nosotros allí y escucharas cómo ese canto de agonía se ha convertido ahora en una canción de acción de gracias que inspira el alma. Pero ya has oído el estremecedor éxtasis de sus acordes».

Evitó cualquier dificultad en cuanto a mi respuesta dirigiéndose instantánea y hábilmente a Omra.

«Aphraar, o Frederic —como se llamaba entonces—, acababa de descubrir el abandono despiadado por parte de quien era más para él entonces que la vida misma, y llegó a la conclusión de que la cruz era demasiado pesada para él. Se tambaleó bajo ella hasta la orilla del río. Pero yo estaba de servicio allí aquel día; tuvimos una charla durante la cual la carga se hizo tanto más liviana que él prometió intentar llevarla, y creo que lo ha conseguido valientemente».

Luego, volviéndose hacia mí, continuó,

«Creo que fue unos dos meses después de esto cuando conociste al pobre Philip Ranger, tristemente necesitado de un amigo, en Whitechapel, y al ayudarlo te introdujiste en la Pequeña Betel [*la congregación cristiana humilde de ese nombre: Little Bethel*], donde encontraste una agradable esfera de trabajo entre los desvalidos, descarriados y caídos».

«¿Fue tanto como dos meses después? -pregunté-; creí que no había pasado ni la mitad».

«¡Ah! -respondió, con una sonrisa que encerraba un mundo de simpatía-, la cruz debe haberse hecho más liviana para permitir que el tiempo pasara tan rápidamente. Sí; fue pasado un día o dos más de los dos meses, antes de nuestro segundo encuentro».

«¿Nuestro segundo encuentro? -volví a exclamar con incrédulo asombro-; ¿Qué quieres decir? Seguramente no insinuarías...».

«No, hermano mío, no necesito insinuar nada. Ha llegado el momento en que puedo hacer una declaración audaz... cuando el velo puede ser levantado de modo que tú, al mirar hacia atrás, puedes ser capaz de comprender algunos de los misterios en los que tu peregrinación terrenal estuvo ocasionalmente envuelta, y reconocer ahora, todo desconocida e insospechadamente, que '*Dios ha ordenado a sus ángeles que te protejan por donde vayas*' [[ref.](#)] para mantener —y guiarte por— el camino de regreso a casa. Lees, pero crees que tal ministerio estaba en operación en los días patriarcales; profesas creer en un Dios inmutable, que es '*el mismo ayer, hoy y siempre*', y sin embargo tus maestros te dicen que este ministerio tan importante ha cesado hace mucho tiempo. No es de extrañar que las misteriosas cargas de la vida se vuelvan demasiado penosas [*grievous*] para soportarlas. La necesidad de nuestro ministerio, dadas las circunstancias, es mayor ahora que nunca, y sigue estando tan disponible como siempre.

»Que te abandonara Clarice no se debió a ningún pecado o defecto tuyo. A los ojos del cielo la estimabas por encima de tu propia vida, que habrías entregado con gusto, en tu lealtad, cuando la perdiste a ella. Semejante fidelidad es demasiado rara para prescindir de ella a la ligera entre los hijos de los hombres; por eso, cuando fuiste a poner tu sacrificio sobre el altar, el ministerio salvador de Moriah —donde Abraham hubiera ofrecido a Isaac [[ref.](#)]— se puso en marcha, y yo fui el barquero enviado a tu liberación. Pero la obra estaba sólo a medias cuando te despedí en Putney con un "ve con Dios" [*Godspeed*]. El obrero así preservado de la destrucción aún tenía que ser dirigido a un campo de trabajo donde su talento y fidelidad pudieran ser empleados en la viña del Maestro, y

cuando la oportunidad se ofreció de nuevo, siguiendo los pasos del Maestro, tomé '*otra forma*' [\[ref.\]](#), de modo que bajo la apariencia de Philip Ranger pude introducirte en un campo donde los obreros eran pocos y muy necesarios. En esa esfera has sido tan fiel a Dios y a tus semejantes como lo habrías sido a Clarice.

«Eres otro sello añadido a mi ministerio para el Maestro; por eso estoy aquí para saludarte ahora. El fruto de tu propia labor y el ramillete de almas que has recogido de esa misión como ofrenda a los pies del querido Maestro, te serán mostrados dentro de poco. Pero incluso ahora tu trabajo no está completo. Te has asociado voluntariamente a la misión de Myhanene, y vuelves a la Tierra con el deseo de hacer por los demás lo que a mí se me ha confiado realizar por ti. Que Dios, nuestro Padre, te conceda el mismo éxito. Sólo sé tan fiel en esto como en tu esfera anterior, y entonces grande será tu recompensa. Pero tengo aquí un caso especial en el que me gustaría pedir tu simpatía y ayuda, si me lo permites. Hablo de la pobre Clarice».

Me sobresalté, pero él no se dio por aludido y siguió adelante con seriedad.

«No era más que una polilla, e incluso no una rara. Vio a un compañero con un colorido brillante, que deseaba hacer suyo. Se quemó terriblemente; cayó en un laberinto de problemas del que no encuentra salida. ¿Quieres ir a verla? Podrás hacer por ella, con tu perdón y simpatía a cambio de su perfidia, mucho más hacia la redención que cualquier otra alma que yo conozca. ¿Irás?».

«Si me crees capaz de ayudarla, no hay servicio que prefiriera más que se me confiara», respondí, pero me sentía dudoso, muy dudoso de mi éxito.

«Todo lo que necesito es saber de tu voluntad de ir. Dios se encargará del resto con un ministro así».

Con esto se volvió, se alejó para unirse a Cresvone, y se fue.

Capítulo 9

La prueba suprema de la fe

Mis ojos seguían a Walloo-Malie con anhelo, casi con envidia, mientras él seguía su camino; y, sin embargo, ¿por qué deseaba que se hubiera quedado? ¿No me había nutrido abundantemente, no me había dado alimento para el pensamiento y la meditación, como el efecto abrumador de la escena de la que formaba parte, que me había obligado a apelar a Omra en cuanto a su realidad, debido a su desbordante plenitud? Si se hubiera quedado tocando otras cuerdas en el arpa de la memoria, confiándome otros encargos al servicio del Maestro, ¿no me habría sobrecargado, con el resultado de que algo se perdería? Cuán reflexivamente considerado fue; qué superlativamente amable al considerar así mi capacidad.

Me había mostrado un solo caso de intervención divina en mi propio favor, obrando por medio de su ministerio personal, con una sugerencia del resultado que yo en seguida debía contemplar. Para sus ilustraciones, había tomado el desastre más oscuro de mi vida y, rasgando el misterioso velo que lo había envuelto, había dejado claro que la mano divina había dominado la catástrofe hasta el punto de convertirla en la progenitora de la bendición suprema de la vida. Había tomado la insignificante semilla de mostaza de un encuentro aparentemente casual, y demostrado cómo, en la providencia de Dios, había florecido hasta convertirse en un arca de salvación que había llevado mi propia alma a las alturas celestiales del Ararat, donde él me había encontrado. Entonces, oh, fidelísimo y amoroso discípulo de Aquel que era '*el Camino, la Verdad y la Vida*' [\[ref.\]](#), con inigualable habilidad y fuerza divina, señaló la aplicación: '*¡Ve tú, y haz lo mismo!*' [\[ref.\]](#).

Hasta aquí, el milagro de la gracia sólo se había realizado a medias. ¿No había dos almas implicadas en el naufragio del que me había rescatado él? La otra, cuya perfidia había sido la causa del desastre, seguía luchando contra la furia de la tormenta, ¡indefensa, magullada, desesperada! ¿No tenía su alma el mismo valor que la mía, para el Dios que me había dado la mía propia? Abandonarla a su suerte sería hacerme partícipe de su pecado. Ella me había hecho mal, pero Dios había intervenido para mi salvación; ¿no debía yo ofrecerme ahora como el agente de la gracia salvadora de Dios para ella, y en la extensión perdonadora de mi mano realizar mi parte en la consumación del milagro como una manifestación del amor que nunca se agota?

Así meditaba mientras veía a Walloo-Malie y Cresvone pasar tranquilamente en la distancia. Con el reconocimiento de su marcha, casi podía oír al infatigable ángel mientras arrojaba la semilla vivificadora de algún germen apropiado en aquel otro suelo, y pensé cuán semejante a Dios es el método y la fascinación de su enseñanza. Entonces recordé un pasaje favorito de Shakespeare sobre el que había reflexionado a menudo, bello en su sentimiento, aunque irritante para mí en su interpretación teológica, pero a la luz de lo que acababa de oír, volvió a mí en un aspecto mejor y mucho más aceptable:

Mira, todas las almas que estaban perdidas una vez;
y Aquel, que se podría haber aprovechado,
encontró el remedio. ¿Cómo estarías tú,
si Él, que es la cima del juicio,
te juzgara simplemente por cómo eres? Oh, piensa en eso;
y la misericordia entonces respirará dentro de tus labios,
cual un hombre hecho nuevo. [[ref.](#) [2]]

No es una de las menores ventajas de esta vida más amplia que, cuando uno desea retirarse dentro de sí mismo, para una meditación como la que yo había estado disfrutando ahora, siempre es percibido el estado de ánimo y nunca es perturbado. En la posición superior de Omra, por supuesto, mi deseo sería más claramente conocido que por mí mismo, de modo que dejó que mis pensamientos siguieran su curso, y sólo cuando fue evidente que habían tomado un giro se aventuró a hablar.

«Bueno, ¿y has podido decidir la cuestión por ti mismo?», preguntó agradablemente.

«¿Cuál era la pregunta?», dije, no muy seguro de a qué se refería.

«Si Walloo-Malie es accesible», respondió, dejando la pregunta significativamente incompleta.

«Debes perdonarme -contesté disculpándome-, podría... debería haber sabido, por la experiencia que ya he acumulado, que en estas latitudes no se puede encontrar a nadie inaccesible».

«No hay nada que perdonar, mi querido Aphraar. Todos los que ves a tu alrededor; todos los que encontrarás a tu paso, han viajado por el mismo camino que tú has recorrido; han aprendido lo que tú estás aprendiendo; han preguntado lo que tú estás preguntando. La huella de nuestra propia ignorancia está claramente grabada en la memoria de cada uno de nosotros, y recordarla nos ayuda a ser considerados con aquellos a los que se nos permite ayudar».

«*Se nos permite ayudar*»; Ahí se respira de nuevo ese espíritu de generosidad ilimitada que encuentro en profusión casi pródiga a cada paso que doy. Lo he visto, lo he observado y me he quedado perplejo ante él desde el primer instante consciente de mi llegada; y la pregunta que me he hecho una y otra vez es si no es posible llevar esta práctica de la generosidad más allá de todos los

límites razonables. Hablo únicamente desde el punto de vista de las obligaciones recíprocas. Tomemos mi propio caso, por ejemplo. Fíjate en todas las atenciones, ventajas y consideraciones que he recibido, no sólo desde mi llegada a este lado, sino que Walloo-Malie ha empezado a hacer la cuenta desde los días de la carne; y mientras me pregunto hasta qué punto continuará, casi tiemblo al preguntarme cómo se va a saldar mi obligación. ¿Entiendes lo que quiero decir?».

«Perfectamente, y me gustaría responderte citando una de las analogías usadas por el Maestro para ilustrar el caso; pero por el momento no he podido explicar el uso, el propósito y el alcance que deben tener las analogías, por lo tanto responderé a tu pregunta con una ilustración más personal proporcionada por Walloo-Malie. En el extremo de tu propia necesidad, Walloo-Malie recibió el encargo de asumir un cuerpo mortal de resurrección para salvarte del resultado de la aberración de la desesperación. Tuvo éxito. ¿Cuál ha sido el resultado? Me limitaré al caso que ya conoces: el de Helen. Tu ministerio con ella la salvó de un destino mucho peor que una muerte por ahogamiento, cuando llegas a recordar el valor que el querido Maestro atribuye al alma: '*¿Qué dará un hombre a cambio de su alma?*' [ref.]. Ten en cuenta que no estoy tomando en consideración ninguna otra obra que puedas haber hecho después del rescate del que te he hablado —esa obra aún no se te ha manifestado—, pero cuando el caso de Helen se coloca en la contrapartida de tu propio endeudamiento, ¿cuánto tienes aún que pagar para saldar la balanza?».

«Eso aclara en gran medida mi dificultad, pero al mismo tiempo sugiere otra que me gustaría que me explicarás».

«¿Y cuál es...?», preguntó.

«¿No fomentaría tal interpretación en la Tierra la idea de que cada hombre es su propio Salvador?».

Omra me miró con una sonrisa de lo más indulgente.

«Qué triunfo sería para la verdad si el mundo pudiera atravesar el polvo y los escombros de la invención teológica y llegar al lecho de roca nativo de la verdad revelada -respondió más en tono meditativo que como si estuviera deseoso de destruir una falacia-; Está tristemente necesitado de ser conducido de vuelta a la roca original de la que fuimos tallados —y esa roca era Cristo—. Él es '*el camino, la verdad y la vida*': el camino que todos deben recorrer, la verdad que todos deben seguir, la vida que todos deben vivir, el gran Ejemplo que todos deben imitar y copiar. No basta con creer —'*los demonios creen y tiemblan*' [ref.]—, sino que los que se salvan '*obran (su) propia salvación con temor y temblor*' [ref.].

»Cuando la carne les falla en el momento del gran despojo, descubren que sólo '*sus obras les siguen [van con ellos]*' [ref.]; entonces '*todo lo que el hombre siembra, eso también segará; el que siembra para la carne, de la carne segará corrupción; pero el que siembra para el espíritu, del espíritu segará vida eterna*' [ref.]. Trabajo, fatiga, dolor, ansiedad, duda, casi desesperación a veces, luchando contra las innumerables fuerzas y enemigos peculiares de la vida agrícola. Trabajo, trabajo, trabajo: arar y sembrar en primavera; vigilar y cuidar con expectación durante el verano; recoger la cosecha en otoño, '*unos treinta, otros sesenta y otros cien veces más*' [ref.]. Pero, ¿qué hay del hombre que siguió a los maestros que se erigen a sí mismos como tales [*self elected teachers*], y creyó simplemente en ellos? Lo encontrarás afuera, con el avaro precavido que escondió su talento en el campo, lamentando su suerte.

»Así lo vio el amado Juan: '*Y vi a los muertos, pequeños y grandes, de pie ante Dios; y los libros fueron abiertos... y los muertos fueron juzgados por las cosas que estaban escritas en los libros,*

según sus obras' ([Apoc. 20:12](#)) -luego, animándose a reconocer mi presencia, por así decirlo, concluyó-; Siendo así, cuidémonos a nosotros mismos, como '*colaboradores de Dios*', para que no permitamos que se nos escape ninguna oportunidad; que ninguna puerta abierta se cierre; que ninguna alma hambrienta se aleje hasta que hayamos cumplido fielmente la obligación que se nos ha asignado. Esa es la gran lección que tienes que aprender aquí en la puerta».

«¿Aquí en la puerta?», repetí, como un eco, casi olvidando el valor de su exposición, en el misticismo ya familiar con el que cerraba un tema y abría la puerta de la investigación a otro.

«Sí -respondió, todavía con su sonrisa indulgente, que parecía ser casi un rasgo residente de su rostro plácido y aceitunado-, tengo que insistir más de lo que querría, porque hay tanto que podría decirse, tanto que uno en su posición desea saber en relación con todo lo que nos encontramos, mientras que también hay tantas cosas que es absolutamente esencial que logres para pasar la puerta, que debo pasar por las no esenciales sólo con una atención superficial para que las necesarios obtengan la atención que exigen; es sólo por esta razón. Te recuerdo de este modo que debemos seguir adelante».

«Y me temo que soy un compañero muy rezagado, cuando me siento tentado por semejante plétora de tesoros».

«Pero aun así debo considerarme responsable de aconsejarte», insistió.

«¿Me explicarás entonces el significado y la importancia que concedes a la puerta?», le pregunté.

«Ya he mencionado cómo marca una línea de demarcación más allá de la cual no se permite el paso a nada indigno. Esta disposición se cumple rigurosamente mediante un sistema de defensa que, aunque aún no lo has descubierto, se encuentra entre nosotros y la puerta, por la que es absolutamente imposible que pase un inelegible».

«Eso parece casi increíble», respondí mientras escudriñaba críticamente cada metro de terreno que podía ver entre nosotros y la puerta.

«Lo verás dentro de poco, y cuando llegues a ella comprenderás cuán incomparablemente protege Dios los límites de sus dominios de la invasión de los desprevenidos. En relación con la salvaguardia del dominio espiritual, los recintos de la puerta están disponibles para la guía y asistencia de todos los que quieran entrar legítimamente, e igualmente son una salvaguardia contra todos los que no tienen derecho, al carecer de las calificaciones necesarias para pasar».

«¿Me disculpas? -apelé a mi compañero mientras, en la intensidad de mi deseo de saber, me incorporaba y ponía mi mano sobre su brazo-; Esta oleada de revelación —a veces visible para mi entendimiento, pero a menudo mucho más allá de mi comprensión— se está volviendo demasiado abrumadora para que pueda sostenerla. Me siento tan completamente insuficiente para ello, que quiero retraerme en algún retiro, donde pueda intentar recuperarme antes de que me lleve a un vórtice de confusión del que siento que no habrá escapatoria».

De nuevo Omra se enfrentó a mi turbación con su sonrisa tranquila y complaciente.

«No hay necesidad de que temas ningún resultado adverso derivado de las experiencias que necesariamente vas a encontrar aquí mismo, ni de que cedas a la duda porque no comprendas plenamente los preliminares a los que tu atención puede verse dirigida en primer lugar. La prueba a la que te acercas es la prueba de tu fe, o confianza [*confidence*], que existe en ti hacia la perfección inviolable de Dios. Te pido que recuerdes la definición de fe de Pablo, y luego, mediante una

aceptación clara y serena de la norma erigida, te endereces y toques la altura victoriosamente: '*La fe es la sustancia de las cosas que se esperan, la evidencia de las cosas que no se ven*'. Los caminos de Dios no son del todo como los caminos del hombre, pero si tan sólo recuerdas la visión del Patio, verás que los misterios son revelados después.

»Walloo-Malie también te ha dado un ejemplo de la misma certeza, y no se te pedirá que esperes mucho, antes de que se te ponga en posesión de la solución de este misterio presente, en cuanto a cómo los indignos encuentran imposible pasar esa puerta aparentemente desprotegida. Comprendo y simpatizo ardientemente con el sentimiento de perturbación del que hablas. Pero durante el breve tiempo que tengas que soportarlo, puedes consolarte en alguna medida sabiendo que no es algo que te afecte a ti de manera peculiar, sino que es la experiencia común de todas las almas que pasan por este camino. No es natural, ni se pretende que sea así; se debe enteramente a las falsas credenciales, instrucciones y consejos que son llevados hasta aquí por agentes no autorizados, por viajeros demasiado confiados. Cada pasaporte tiene que ser presentado, examinado y visado antes de que el portador cruce esta frontera; el por qué, el para qué y la elegibilidad de cada persona que busca ser admitida tienen que ser cuidadosamente determinados; los modales, costumbres y leyes que gobiernan el reino tienen que ser declarados y suscritos; la ausencia de mancha y contagio, o enfermedad, tiene que ser satisfactoriamente establecida en todos y cada uno de los casos antes de que a alguien se le permita pasar.

»Este examen circunstancial es ignorado, incluso negado, por los proveedores de certificados denominacionales en la Tierra [*haciendo alusión, parece, a las denominaciones religiosas, las muchas variantes que existen por ejemplo de cristianismo*], que aseguran a sus clientes que la pertenencia a su fraternidad evita cualquier otro problema y proporciona una entrada inmediata y abundante en el reino. Y aunque, en tu propio caso, con tus escrúpulos, no podías aceptar tales garantías, habías absorbido en gran medida el espíritu de tal idea, e incluso ahora la mancha de la misma persiste sobre ti, creando la confusión de la que hablas. Tan poderosa y profundamente arraigadas se descubren —con los poderes reveladores de la luz de la tierra fronteriza— que están las insospechadas ideas heredadas, que ni siquiera las influencias del período de prueba que has pasado desde que te despojaste de lo físico han sido suficientes para erradicar la mancha final, sin lo cual, te sigue siendo imposible alcanzar la puerta».

«Entendí que decías que el veredicto del análisis de la visión indicaba que podría hacerlo».

«Y me entendiste correctamente. Tienes derecho a entrar en cuanto hayas perdido la mancha de la duda que en este momento te impediría llevar a efecto el derecho. Así de sensiblemente está equilibrada la entrada a nuestra herencia».

«Apenas puedo comprender la distinción que haces. Casi parece sacada del hilo de una nimiedad», repliqué.

«Pero puedo asegurarte que es una realidad muy sólida y severa. Avancemos y pongámosla a prueba».

Aceleramos el paso y giramos directamente hacia la puerta. He dicho que el terreno tenía una superficie ligeramente ondulada, y en nuestro rumbo había una subida casi imperceptible. Fue al llegar a la cima de esta ondulación cuando empecé a comprender toda la fuerza de la afirmación de Omra.

Entre nosotros y la puerta se abría un enorme abismo, cuya profundidad se perdía en una profunda oscuridad, y cuyos inequívocos bordes eran tan escarpados como un muro. Su anchura podría ser de unos cien metros —lo que sugiero simplemente para dar una idea de sus dimensiones— y en ningún lugar pude discernir puente o medio alguno para cruzarlo. Me tambaleé de consternación al verlo por primera vez, y sólo después de un intervalo, en el que Omra se adelantó audazmente y se plantó de pie en su borde, pude aceptar su invitación, y el firme apoyo de su mano, para avanzar y mirar dentro del lúgubre vacío.

Contemplé con asombro y perplejidad el espantoso abismo, y luego dirigí una mirada interrogante a mi guía. Su rostro había perdido su sonrisa habitual. En presencia de aquel horrible baluarte de protección contra la invasión, su alma magnánima era demasiado sensible a la ocasión para soñar con la aplastante victoria que él había logrado. En aquel lugar, en aquellas circunstancias, cualquier pensamiento de júbilo habría sido una blasfemia. Era un pensamiento contrario el que sostenía su mente: el sentido de la catástrofe que aplastaría cualquier intento de invasión. Y, al escrutar su rostro, pude leer un indicio de las profundidades en las que se movía su generosa simpatía.

Sin embargo, me había traído al lugar para mostrarme la realidad de la distinción que él había trazado, y era demasiado fiel a su deber como para dejarlo sin cumplir. Cumplió su propósito con un tacto maravillosamente inofensivo. Me concedió un amplio margen de tiempo para investigar cada aspecto antes de aventurarse a dirigirme una palabra respecto a lo que yo pensaba, y cuando por fin se aventuró a hacer un comentario, fue para darme una información de lo más sorprendente.

«Estamos aquí, en los confines de un mundo, mirando a través del abismo que nos separa de otro. Están relacionados entre sí como planeta a planeta, pero tan separados como lo están los planetas. Ahora bien, si tuvieras que pasar de uno a otro, ¿cómo te propondrías hacerlo?».

Fue al plantear este problema que se acercó a dar esa explicación que yo buscaba.

«¿Hay que cruzarlo?», pregunté, sin poder hacer ninguna sugerencia.

«Es la única manera de llegar a la puerta», respondió.

«La única manera que se me ocurre sería que alguien me llevara, como Myhanene me llevó una vez a su casa».

«Eso no estaría permitido -respondió-; Quien atravesase aquella puerta, deberá llegar a ella cruzando el abismo a pie».

«¿Pero dónde está la ventaja de hacerlo así?», pregunté.

Entonces la sonrisa familiar se apoderó de nuevo de su rostro.

«Ya está ahí: un puente sobre el abismo que une los dos mundos, pero ahora tus ojos están cerrados para que no puedas verlo. Ahí es donde reside la falta de preparación de la que hablé. Tienes derecho a pasar y entrar, pero esperas la vista que te permita cruzar. Permíteme intentar ayudarte a distinguir algo de la conexión entre los dos lados».

Al decir esto, puso sus manos sobre mis ojos durante unos segundos, y cuando las retiró pude distinguir el contorno sombrío de un puente, como si estuviera construido con las sutiles fibras de una escarcha invernal, y parecía muy peligrosamente inestable.

«¿Ahora puedes ver el camino?», preguntó.

«¿Te atreverías a ir por ahí?».

«Desde luego, lo he cruzado a menudo. Mira, ¡hay varios amigos a punto de venir hacia nosotros desde el otro lado! No muestran ningún signo de miedo o inquietud. El gozo sagrado que encuentran en su comunión no se ve perturbado cuando ponen sus pies sobre lo que tú imaginas que es una estructura insustancial. Su calzada podría ser la de un sólido hombro de una montaña de granito. Incluso se atreven a detenerse a mitad de camino, perdidos en el dulce disfrute del tema que discuten. No tienen más consciencia del abismo que se abre bajo ellos que la que tenías tú cuando Walloo-Malie te hechizaba con su discurso. Ahora avanzan de nuevo, pero no con prisa, como si quisieran escapar; es más bien el paso renuente de los amantes que no están ansiosos por llegar al final de su travesía».

Observé la llegada de aquel grupo de felicidad sin paliativos con un sentimiento peligrosamente cercano a la envidia. Era muy evidente que se movían bajo el impulso indolente de una felicidad dichosa que se negaba a ser perturbada. En su amplio y brillante horizonte no había ni una pizca de duda, sospecha, preocupación o riesgo que causara siquiera una ondulación en el seno de su complacencia; ni había necesidad de la apariencia de autoridad para controlar su acción.

«Dime, mi mejor amigo -supliqué, en mi intenso anhelo de adquirir aquello que me separaba de las envidiables ventajas que poseían estos gloriosos inmortales-, ¿qué es lo que me retiene y me mantiene fuera de la herencia que ellos disfrutaban?».

«Confianza, fe que esté firmemente asentada en el amor -respondió Omra en voz baja-; El paso de este abismo es la prueba suprema de la fe. Como ya te he dicho —y el abismo confirma mis palabras—, al proceder más allá de este punto, rompes con el último hilo de influencia que la carne y la tierra tienen sobre ti. Hasta ahora los hábitos mentales, morales e incluso físicos de la tierra han podido seguirte e influenciarte, como por ejemplo, la duda de tu capacidad para cruzar por este puente. Esto debe ser eliminado aquí y la fe ocupará su lugar. Aquí tienes que aprender cuán rigurosa y absolutamente se cumple la sentencia de Job: *'Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo volveré'* ([1:21](#)). El último argumento que tenemos que combatir aquí es uno que no presentarás, porque nunca has aprendido a sancionar a ninguna de las diversas sectas religiosas ortodoxas [*Aphraar no les daba autoridad, en ese sentido de sancionar: "autorizar"*]. Pero cada adherente formal a estas instituciones toma una posición firme para llevar adelante sus principios hasta que les recordamos que: *'si hay profecías, fallarán; si hay lenguas, cesarán; si hay conocimiento, desaparecerá'* ([1 Corintios 13:8](#)), *'porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros [no es algo que ustedes hayan conseguido], pues es don de Dios'* ([Efesios 2:8](#)). Es por este don por lo que estás esperando. Tus pies están aquí antes de que estés verdaderamente preparado para recibirlo, y eso porque hay algo más que debes aprender antes de que se pueda escuchar la llamada a cruzar el puente.

Capítulo 10

El templo viviente

La mano de Omra se retiró casi imperceptiblemente de mi brazo, rodeándome la cintura con una suave insinuación de que debíamos marcharnos, pero cada impulso de mi alma me urgía a encontrar la manera de alcanzar esa otra orilla. Nunca antes había sentido un deseo tan intenso como el de alcanzar esa puerta que se alzaba tan cerca y, a la vez, tan lejos.

De nuevo, la suave presión de la insinuación de Omra sugirió nuestra partida, pero mi obediencia seguía paralizada por la fuerza de esa irresistible atracción.

Mi compañero me esperaba con paciencia. No habló. El único argumento que empleó para convencerme de ceder a su sugerencia fue la silenciosa presión de su compasiva empatía. Él mismo había pasado por allí antes y lo sabía —lo recordaba—, y conmovido por la misma sensación de debilidad ante semejante ocasión, su alma se adhirió a la mía en su renuencia a partir, a pesar de que él conocía la mejor manera de alcanzar la meta.

Nos quedamos un buen rato observando a muchos pasar de un lado a otro por el puente ahora invisible —pues el poder que Omra me había otorgado me había sido retirado—, pero yo estaba clavado en el sitio como si fuera parte de la roca que cercaba el abismo.

En ese momento, Omra me habló, no con la voz de quien se enorgullece de la demostración de una victoria argumentativa, sino como un profesor comprensivo que felicita a un alumno por la solución de un problema algo abstruso.

«Ahora podrás comprender algo de la naturaleza inexpugnable de los baluartes del reino», dijo. «Entiendo», respondí lacónicamente.

Me hubiera gustado añadir mucho más, pero algo me insinuaba que no sería aconsejable hacerlo en ese momento. Al instante, mi memoria me recordó aquella impactante escena que tanto me interesó [\[ref.\]](#), cuando estaba en el Monte en compañía de Eusemos, y de nuevo observé los intentos infructuosos de aquella mujer decidida a recorrer uno de esos caminos invisiblemente inaccesibles, hasta que finalmente la perdí en una de esas lúgubres cuevas que ella tanto ansiaba evitar. De nuevo escuché la explicación de Eusemos sobre la restrictiva causa de su fracaso: debía necesariamente estar a solas.

A la luz de lo que había visto y oído desde aquel incidente, ahora comprendía su significado con un sentido más nuevo, claro y contundente del que entonces podía apreciar. Había puntos de semejanza, así como diferencias, en la comparación de su caso con mi situación actual. Pero la ventaja parecía ser mía, y sobre todo cuando recordé que, entre todos los que pasaban junto a ella mientras realizaba su vano esfuerzo, no había nadie que se ofreciera a aconsejarla ni a orientarla, mientras que yo estaba favorecido, no solo por el consejo y la guía de alguien superior a Eusemos, sino por su compañía para guiarme en el camino que debía seguir.

¿Cómo podría equivocarme o cometer un error? ¿Por qué dudar en seguirlo adonde él se proponía guiarme? Le respondí: "Lo entiendo"; pero ¿cuánto más comprendía yo el siguiente paso que debían dar mis pies de lo que ella comprendía cada paso que se sentía obligada a dar por sí misma?

Omra volvió, para mi alivio, con toda la tierna consideración de un hermano mayor, y al hacerlo recibí otro recordatorio incidental del conocimiento preciso que él tenía de todo lo que pasaba por mi mente.

«Al intentar establecer una analogía -dijo, como si ya hubiéramos estado discutiendo el tema-, debes tener mucho cuidado de no intentar llevar la ilustración más allá del punto de semejanza particularmente obvio. Hablaré de esto directamente con más detalle, porque el no observar esta necesaria regla es una de las grandes fuentes de ignorancia y error que tendrás que combatir en tu misión con nuestros hermanos en la carne. Por el momento, deseo hacer una aplicación personal de la regla. En la comparación que haces entre la mujer en la que piensas y tú mismo, hay ciertos puntos de semejanza, pero son muy superficiales y no se pueden argumentar razonablemente.

»Por ejemplo, ambos sois incapaces de seguir una ruta elegida para llegar a una meta que deseáis alcanzar. Hasta aquí, los dos casos son paralelos; pero al preguntarte “¿por qué no podéis avanzar, cada uno de vosotros dos?”, descubres que estáis tan completamente separados como la noche y el día. Ella, por faltas que primero debe expiar; tú, porque al ser hallado digno, te has situado en la disposición, pero tu alma ansiosa ha sido llamada a cumplir un deber preliminar antes de cruzar, al aprender que “*¡también sirven quienes solo esperan!*” [ref.]. La respuesta pronta, la obediencia a la orden, es la primera señal de fidelidad, ya sea que esa orden sea “adelante” o “quedarse quieto”, y benditos sean aquellos que se mantienen en una relación tan comprensiva mediante el amor, de modo que la orden y la respuesta funcionan en sintonía automática, dejando el “¿por qué?” para que el futuro lo revele. Incluso el ángel que está en la misma presencia de Dios sólo conoce en parte, pues se le ordena ‘*Vé!*’. Al llegar a su destino, puede que le esperen más instrucciones, pero solo a su regreso puede esperar conocer los frutos que su comisión haya dado.

»En cuanto a ti, te aconsejo que descanses en la seguridad del ‘*bien hecho*’ que ya has recibido, y que intentes esperar con paciencia y satisfacción cualquier comisión que se te encomiende. Te basta con saber que el Gran Arquitecto del universo te ha llamado a la existencia y te ha traído hasta aquí para tener un lugar, en Su soberbio diseño, que ninguna otra alma puede ocupar en toda Su vasta creación».

«¿No es eso fatalismo? -interrumpí, pero al instante añadí-; perdóname; no pretendo refutar tu afirmación, pero me encantaría saber cómo este propósito predestinado puede armonizarse con la declaración opuesta del libre albedrío humano».

«No hay necesidad de disculpas, mi querido Aphraar -respondió Omra con su característica urbanidad-; Basta con que parezca haber una inconsistencia en algún lugar para que deba ser aclarada en tu camino. Para lograr esta aclaración, recordaremos lo que ya he afirmado acerca del punto de partida de la existencia eterna consciente del hombre; y al hacerlo, deseo hablar como hombre, porque será necesario presentártelo desde esa perspectiva. Tenemos la autoridad de Cristo para hablar de la etapa física de la existencia como un estado de infancia. Añadamos ahora a esto el recordatorio de que Dios es ‘*nuestro Padre*’; entonces podemos preguntarnos cuál es la actitud de un padre hacia un hijo que aún no es capaz de discernir entre el mal y el bien. ¿Es una actitud de disciplina arbitraria o de tolerancia compasiva, siempre que el niño respete la autoridad del «sí» y el «no»? Aquí se te presenta la esfera de acción, el alcance y la limitación del libre albedrío.

»Incluso podríamos llevar la figura a una ilustración más madura, si se quiere, y decir que el labrador en invierno puede determinar y organizar la siembra de su terreno en vista de la próxima cosecha, pero una vez plantada la semilla, ha renunciado a su libre albedrío y está obligado a cosechar lo sembrado. El niño, igualmente, una vez pasada la infancia, inicia una etapa escolar, donde la indulgencia anterior da paso a la disciplina, de modo que esté preparado para ocupar el lugar que le corresponde entre los hombres. Así, al comparar el régimen imperfecto de los hombres con la ley perfecta de Dios, el primero guarda una vaga semejanza con el segundo. No hay conflicto: el ascenso al éxito se logra a través de tres etapas: poder, deber y voluntad [*may, must, and will*]. En la carne, tienes libre albedrío y puedes hacer lo que quieras dentro de ciertos límites.

»Cuando te deshaces de la carne, puedes entrar en el curso de disciplina que es el exigido por el uso que has hecho de tu libre albedrío; esta disciplina continuará hasta que toda la escoria, la mancha y la contaminación sean purificadas; hasta que toda rebeldía obstinada sea quebrantada; hasta que el remordimiento [*remorse*] dé origen al arrepentimiento [*repentance*] y el alma se someta y clame por

misericordia. Entonces, purificada por la aflicción, se someterá a la guía del Padre y pronto llegará a este lugar sagrado, y pasará por la puerta.

»Si me he hecho entender, creo que verás a tu ogro del fatalismo despojarse de su sombría vestimenta y revelar al bienvenido Mensajero del Amor del Padre».

«Sí. Así es. Siempre me sonrojo ante mi audacia al aventurarme a hacer una pregunta como la que condujo a esto, pero al final siempre estoy más que contento al ver cómo las respuestas despejan las dificultades».

«Entonces, permíteme aconsejarte que no te sonrojes más; aunque, déjame decirte, el sonrojo es solo una sensación terrenal. Aún no se ha abandonado. No puedes sonrojarte aquí -dijo con una mirada humorística-. Pero aunque no te sonrojes, sigue preguntando cuando necesites información. Cuando yo mismo soy llamado a los círculos superiores, descubro que tengo más y más preguntas de las que necesito hacer».

«Ojalá supiera cómo podría hacer algo para corresponder a tu asombrosa generosidad. Me desconcierta sumamente cuando pienso por qué debería recibir tanta atención».

Omra rió a carcajadas al ver mi desconcierto.

«No permitas que eso te perturbe, mi querido hermano. Por grande que sea tu obligación pasada, siempre queda plenamente saldada al hacer la siguiente pregunta. Apenas podrás comprender esto ahora, porque es una de las reglas de la escuela a la que estás a punto de ingresar, donde se estipula que cada alma se alimente de la esencia de aquello que le proporciona a otra. Si reflexionas sobre ello, verás cómo eso garantiza que te demos lo mejor de nosotros, y también cómo cada pregunta que haces nos brinda la oportunidad de alcanzar algo mejor».

«Eso me supera. No intentaré responderlo», respondí, pues tal argumento estaba muy por encima de mi alcance.

«Entonces puedo volver a lo que te decía y que despertó la idea del fatalismo en tu mente. Te aseguraba que el Gran Arquitecto del universo te ha llamado a la existencia y te ha traído tan lejos en tu camino porque tiene un lugar específico en su edificio que tú, y solo tú, puedes llenar. Siendo así, no hay razón para que temas si podrás alcanzarlo. Dios *'quiere que todos los hombres se salven'* ([1 Timoteo 2:4](#)), y Él, siendo omnipotente, es capaz de llevar a cabo su voluntad. La rebelión puede demorar, pero no puede frustrar el plan del Todopoderoso; así, a su debido tiempo, la redención será tan universal como la caída, y *'en Cristo todos serán vivificados'* ([1 Corintios 15:22](#)).

»Ahora, en este hogar superior del alma en el que esperas ser recibido, Dios está erigiendo para sí un glorioso templo de la Iglesia de Cristo, del cual el Maestro mismo será la piedra angular. ¡Piénsalo! Aquel a quien los maestros, predicadores y sacerdotes de la Tierra consideraron indigno de vivir, será aclamado aquí cual Dios [*acclaimed of God*], y entre los aplausos del cielo será establecido como la cúspide del séptuple santuario del Altísimo. Comprenderás cómo una tal iglesia debe ser *'gloriosa, sin mancha ni arruga ni cosa semejante, sino santa e intachable'* ([Efesios 5:27](#)). Edificada sobre el cimiento de los profetas y apóstoles, toda la estructura se levantó con piedras vivas extraídas de oriente y occidente, de norte y sur, de *'toda tribu, lengua, pueblo y nación'* [[ref.](#)]. ¿Quién puede anticipar la grandeza de su magnificencia?

»¡Oh, quién puede imaginar la belleza y el esplendor de ese edificio cuando esté terminado! ¡O quién, por otro lado, puede estimar la resistencia de la agonía que esas piedras vivas han padecido

en la formación, el acondicionamiento y el embellecimiento necesarios para calificarlas para las posiciones que ocupan! Fueron apedreados, aserrados, tentados, muertos a espada; vagaron con pieles de oveja y de cabra, pobres, afligidos y atormentados. Otros sufrieron crueles burlas y azotes, cadenas y prisiones. Otros fueron rescatados de campos de tortura inhumanos: el potro de tortura, el fuego, los leones y cualquier otro artificio diabólico que una Iglesia falsa pudiera inventar, mediante los cuales estos héroes de la fe siguieron a su Señor con valentía y triunfo, y ahora son glorificados junto con Él en la ciudad del Gran Rey».

«Y todos los que lo sigan a Él, ¿serán añadidos a ese maravilloso templo?», pregunté.

«No todos. ¡No! Solo aquellos que sean hallados dignos del honor supremo. Pero aun así, habrá instalaciones [*facilities*] casi ilimitadas para que otros sean empleados en el mobiliario y la decoración del templo, y después de eso, para todos los miembros de los coros y entre las grandes multitudes que lo adorarán allí. A veces, el pensamiento acerca de ese incomparable entramado se apodera de mí, y me retiro para poder contemplar con deleite cómo será cuando el Maestro le haya dado los toques finales, y la luz gloriosa que brilla alrededor del trono lo ilumine. Intento evocar la visión hasta que la pierdo en el resplandor de luz que irradia desde su pureza. Imagino sus innumerables joyas: almas de héroes, vencedores, santos, que han desafiado con determinación todos los poderes malignos del infierno; la lucha terminada, la victoria obtenida, colocada como una aureola alrededor de la Estrella Brillante y Ardiente, absorbiendo y reflejando Su gloria eterna por los siglos de los siglos.

»Alrededor de los muros palpitan mosaicos vivientes de escenas por las que Él se movió sembrando las semillas de Su reino mientras buscaba a las ovejas perdidas y descarriadas, o a los desafortunados que habían caído en manos de ladrones en el camino. En todas estas obras maestras de amor y perdón pude ver una mística amalgama de quienes habían elegido seguirlo por estos senderos escarpados y sembrados de zarzas. Me he sentado y he observado con asombro extasiado cómo Él reproduciría allí Su Getsemaní.

»Reflejará la oscuridad y la agonía con colores más ricos y sugestivos, en los que el amanecer lejano proyectará un matiz profético de una esperanza que el corazón del hombre aún no ha soñado. Él tampoco estará allí solo. Puedo ver desde el fondo vago y sombrío una vasta procesión marchando hacia Él para compartir y ayudarlo a soportar su agonía. Oigo su oración de consagración, como la música de un mar de verano rompiendo en la orilla al rítmico latido, latido, latido del sudor sangriento: '*¡Padre, hágase tu voluntad!*'. Y así, a través de los siglos, resuena el gran panegírico: Belén, Nazaret, Jordán, Getsemaní, el Calvario del que mucho tiempo ha que fue arrebatado, unidos y entrelazados con la Nueva Jerusalén, donde '*la piedra que desecharon los constructores... se ha convertido en piedra angular*' [[ref.](#)]».

«Cuando te oigo hablar con tanto sentimiento y entusiasmo de lo que nos espera -dije con cierta vacilación, mientras Omra terminaba lo que parecía más una meditación que una respuesta, pero que, sin embargo, respondía admirablemente a todo lo que necesitaba-, entiendo perfectamente que solo unos pocos, muy pocos, pueden aspirar a ser incluidos en una combinación tan sagrada. Pocos, en efecto, pueden aspirar a ser considerados dignos, pero benditos serán aquellos a quienes se les permita entrar en esa ciudad y contemplar la gloriosa visión».

«Me alegra oírte decir eso, porque te ayudará a comprender lo absolutamente imposible que es que la más mínima mancha o impureza de tierra cruce el abismo divisorio».

«Eso me sugiere otra reflexión que me gustaría mencionar».

«¿Te preguntas si el abismo habría existido si el pecado no se hubiera introducido en el mundo?».

«¡Sí!».

«Sí. La brecha no existe por el pecado; es la división natural que existe entre la carne, la materia y el espíritu. Estos dos son tan distintos como la luz y la oscuridad, y no pueden combinarse. Pueden conectarse mediante el puente, como la luz y la oscuridad se unen mediante el crepúsculo. Si el hombre no hubiera caído de su estado original, el acceso al puente habría sido por una ruta mucho más atractiva, que incluso está todavía disponible, pero ¡ay!, nunca se utiliza».

«¿Podría todavía utilizarse?», pregunté.

«Claro. Pero las circunstancias actuales lo hacen casi imposible. Sin embargo, podría hacerse disponible para ayudar».

«¿Podrías contármelo?».

«Sí. Si me acompañas, te lo señalaré y explicaré con más detalle de lo que por ahora has podido entender».

Capítulo 11

Más nuevos amigos

Evidentemente, el propósito de Omra no se cumpliría tan pronto como él pretendía. Levanté la vista para echar otra mirada anhelante al otro lado del puente, cuando vi a Eilele, Myhanene y un grupo de amigos, conocidos y desconocidos, que venían a nuestro encuentro.

Eilele y la hermana con la que conversaba se acercaron de inmediato a mi encuentro, mientras yo, a regañadientes, tuve que esperar su llegada.

«¿Estoy en lo cierto si digo que Dracine y yo somos las primeras en darte la bienvenida al llegar a este lugar privilegiado?», preguntó, presentando así a su acompañante.

«Ni hablar de las primeras -respondí-; tanto Omra como Rael ya han pasado un tiempo conmigo, y también he tenido una entrevista con Walloo-Malie, que jamás olvidaré».

«Entonces, ciertamente has tenido mucha suerte al encontrar a Walloo-Malie aquí a tu llegada».

Fue Dracine quien me respondió, tomándome las manos en un arrebato impulsivo de bienvenida, en marcado contraste con el saludo tranquilo y reservado de Eilele. Luego, tras expresarse así, se dirigió a otra persona del grupo, aún desconocida para mí, y continuó.

«¡Tasha! Aphraar ha estado hablando con Walloo-Malie». Y luego, dirigiéndose a mí: «¿no te pareció que él es el reflejo más perfecto del amor divino que has conocido hasta ahora?».

«No hace falta que preguntes eso -se apresuró a responder Tasha-; ¿Alguna vez has conocido a alguien que, habiendo estado en su compañía, lo haya dudado?».

«Sin duda, él conmovió profundamente mi corazón, como nunca antes, y atrajo mi alma hacia él con un vínculo más estrecho y sagrado que con Myhanene», respondí.

«Puedo entender eso -dijo Tasha-, quizás mejor que la mayoría de quienes lo conocen, ya que tuve la fortuna de estar con él, de cuidarlo en vida, y los lazos de afecto que nos unían entonces no se han visto perturbados ni debilitados a lo largo de los siglos».

«¿Eras su hermana?».

«¡No! Fui esclava de su madre, un hecho que en sí mismo revela la magnanimidad innata de su alma, que se manifestaba con tanta nobleza que otorgaba a su naturaleza bárbara casi una aureola de santidad».

«¿Se encontraba toda la excelencia en Walloo-Malie? -pregunté- ¿o captó algo de su belleza por reflejo de Tasha?».

«No eres el primero en hacer esa pregunta -Dracine fue impulsada rápidamente a intervenir agradablemente-, y como conoces mejor a Tasha, no te sorprenderá ver los hijos que una madre adoptiva como ella puede dar al mundo».

«Pero debes remontarte más atrás si deseas descubrir su origen -sugirió Tasha con modestia-; De no haber sido por el trato que recibí de la madre de La-yong-la, no habría sido la niñera que fui. Así que, al final, la luminosidad de mi vida no fue más que el reflejo de lo que vi en mi reina-señora, mientras que toda la belleza del carácter de La-yong-la le llegó por la sangre».

«¿Por qué lo llamas La-yong-la?», pregunté.

«Porque hablaba de Walloo-Malie en su etapa terrenal, cuando ese era su nombre».

«¿No resulta un tanto confuso usar diferentes nombres para la misma persona?».

Myhanene, quien había estado hablando con Omra, se unió a nosotros cuando hice esa pregunta.

«En absoluto, mi querido Aphraar -respondió-; Por otro lado, a menudo se ahorra mucha explicación cuando nos referimos a una etapa particular de la vida personal. Incluso en la Tierra se adoptan títulos para marcar el progreso social o político; ¿por qué, entonces, debería ser confuso para nosotros usar un cambio de nombre para designar las etapas que hemos superado? Aquí nunca encontrarás dos personas con el mismo nombre, y sin embargo, todos somos de una misma familia, y es posible que cualquiera de nosotros posea al menos diez nombres en diferentes etapas de nuestro ascenso; y, sin embargo, en toda la asamblea de la familia universal en el cielo no habrá dos almas, en ninguna condición, que hayan llevado el mismo nombre.

»Se te dio uno al llegar aquí; cuando cruces el puente sobre la gran divisoria lo cambiarás por otro; pero en las épocas venideras, cuando se haga referencia a tus experiencias en esta temprana etapa escolar, siempre se te llamará Aphraar. Lo mismo ocurrirá con Walloo-Malie. En su vida terrenal fue La-Yong-la, pero en las etapas que ha recorrido aquí ha llevado los nombres de Areta, Caerell, Walloo-Malie, por los que siempre nos referimos a él aquí. Sin embargo, tiene otro nombre relacionado con una posición aún más elevada, nombre que nunca se usa excepto en lo que podría llamarse una función oficial».

«¿Podría saber quién era y cuánto tiempo ha estado aquí?».

«Las naciones, como los individuos, nacen, maduran y mueren, y Walloo-Malie es hijo de una nación que desapareció y se perdió antes de que se establecieran los cimientos de Babilonia y Caldea. Una tribu nómada de pastores había encontrado un hogar fructífero y acogedor en un valle elevado entre las montañas de Altai, donde descubrieron oro y piedras que aportaron a la pequeña comunidad una riqueza casi incalculable. Su hogar se encontraba en un valle apartado, donde podían defenderse y ocultarse fácilmente de cualquiera que intentara descubrir su refugio o explotar sus tesoros. Bajo el control sucesivo de una línea de reinas madres, la pequeña comunidad se

convirtió en una noble raza de fraternidad bárbara, hasta que el reptil de la envidia se coló en el círculo real, trayendo ruina y devastación.

«Walloo-Malie era el único hijo de la última reina madre, y la historia de sus sufrimientos bajo las diabólicas maquinaciones de su pariente traidora se ha convertido en uno de los clásicos más preciados del cielo. Te aconsejo que le pidas a Tasha, en algún momento oportuno, que te cuente la historia, pues ella conoce mejor todos los detalles que el propio Walloo-Malie o su hermana Vedrona. Sí, pide a Tasha que te cuente esta epopeya incomparable, y comprenderás enseguida la sagrada veneración que tenemos por Walloo-Malie -luego, volviéndose hacia Tasha, continuó-; ¿Entiendes el ministerio que te estoy esbozando, Tasha? Sé que será de amor, ¡y no tengo ninguna duda de que lo cumplirás con generosidad!».

«No es la primera vez que me lo pides, ni me sorprende -respondió con su vivaz sonrisa encantadora-, así que, por tu bien, y por el de mi chico, encontraré la oportunidad de hacer lo que deseas».

«Sabía que lo harías -respondió-, y casi envidio a Aphraar al poder escuchar la historia por primera vez de parte de una autoridad como ella».

«¿Qué se siente, Aphraar, al ser arrebatado y absorbido por semejante círculo familiar sin consentimiento ni permiso?», requirió Dracine, mientras me agarraba del brazo y me apartaba.

«No estoy en absoluto dispuesto a oponerme violentamente -respondí- ¿todos los recién llegados reciben una recepción así?».

«Ya lo creo. Sería absolutamente imposible para alguien llegar al Patio y cruzar las llanuras sin compañía. Y cada uno de nosotros tiene tantos compañeros que no es difícil reunir un grupo para darle la bienvenida. Myhanene nos dijo, en casa de Eilele, que él venía a verte, y todos sugerimos de inmediato hacerle compañía».

«Pero no me conocíais».

«Con mayor razón venimos a encontrarnos contigo, ya que venías a unirte a nosotros. Ya no somos extraños ni forasteros entre nosotros, ni siquiera conciudadanos, sino miembros de la misma familia. Si por nuestras errancias, malentendidos o incluso por un registro de muerte [*reported death: en el sentido de que nos den por muertos, en la vida física, cuando en realidad no habríamos muerto —parece—*] hemos sido aislados u olvidados, ¿no es eso un motivo aún más emotivo para nuestro regocijo ante el anunciado regreso? Cada nueva adición a la familia aumenta el volumen de su felicidad y hace que la gloria del cielo sea un grado más radiante. Por eso, desde sus almenas, sus baluartes y sus torres, la innumerable multitud de la familia que ha llegado a la Patria clamaría, hasta que el eco de la invitación reverberara hasta el rincón más oscuro del infierno: "¡Esperamos tu llegada para que nuestra alegría sea completa!". No te conocíamos, pero ahora te conocemos, y en ese conocimiento cada uno de nosotros ha descubierto que el cielo tenía una cierta dulzura que no habíamos probado antes. ¡Ven! Regresemos al Patio y recordemos de nuevo los tesoros que nuestro Padre nos ha prodigado».

No intentaré registrar lo ocurrido en aquella memorable reunión. Tales festividades sagradas escapan a los límites de la elocuencia, tienen un horizonte más amplio de lo que la imaginación pueda abarcar, requieren el empleo de figuras más cautivadoras que las que la poesía pueda concebir y el uso de colores más cálidos que los que el amor jamás haya soñado antes de que uno se

atreva, incluso con los pies descalzos, a intentar contar la historia del pan de vida que se partió en aquella comunión.

El registro está inmortalmente escrito en las paredes del sanctasanctórum: el santuario secreto de mi alma, donde solo Dios y yo podemos verlo para leerlo. Así se escribirá para ti, hermano mío, hermana mía, el relato de tal comunión cuando tus pies lleguen a esos sacrosantos recintos, cuando estés listo para despedirte definitivamente de las últimas influencias de la tierra, cuando junto a la puerta puedas encontrar a tu querida parentela y recibir su bienvenida a casa. No desesperes. Ese momento debe llegar para ti como lo hizo para mí, ya que *'Dios no hace acepción de personas'* y *'quiere que todos los hombres se salven'*, para que *'así como en Adán todos mueren, así también en Cristo todos sean vivificados'*.

Al llegar al Patio, nos despedimos con un simple abandono arcadiano [[Arcadian](#)], y mi entrevista con Walloo-Malie marcó la pauta de la comunión en la que nos entregamos con tanto entusiasmo, acompañados por una profunda melodía de agradecimiento. Casi todos tenían algún recuerdo de reminiscencias que insertar en relación con ese probado ministerio que no necesita rasgar, sino simplemente separar, los zarcillos del velo que se extiende entre el dominio del espíritu y la carne, como lo hace la pantalla de follaje que colgaba entre los compartimentos del Patio en el que estábamos reunidos. El universo de Dios no es un concurso de naciones rivales y antagónicas, sometidas por la conquista al imperio de un cetro victorioso.

Es el palacio de un Rey en verdad, pero cada alma que cruza su umbral es hijo o hija natural del Monarca que se sienta en el trono. Es la residencia de una sola familia, no el lugar de encuentro de una turba aglomerada. En la perfección de sus disposiciones, ha provisto, necesariamente, para todas y cada una de las demandas que se presenten, para garantizar la seguridad de la vida familiar que ha sido ordenada por el Rey. Pero desde la torre más alta hasta el sótano más bajo, desde el salón de banquetes hasta la guardería, desde la sala de audiencias hasta la celda correccional, no existe barrera para una comunicación libre y abierta en función de la dirección del Padre.

Aún hay muchos hijos descarriados, pródigos, obstinados y rebeldes que, aprovechándose de la gran bondad y tierna misericordia de su Padre, se han adentrado en relaciones prohibidas y desafiantes. El Corazón inmutable los persigue con ansias, y desde el palacio, mensajeros de la familia han partido —y siguen yendo— hacia el oeste, el norte y el sur, gritando: *'¡Vuelve a casa! ¡Vuelve a casa!'*. Y desde la montaña, el mar, la llanura y la ciudad regresan constantemente, trayendo a los arrepentidos, uno tras otro. El anhelo de ese Padre no cesará hasta que el último muchacho desaparecido o la última niña descarriada haya sido devuelto a su pecho ansioso.

Esta fue una de las visiones que desfilaron por mi mente mientras escuchaba el relato de las providenciales intervenciones de quienes me rodeaban. Intercesiones como aquella que recibí, la cual me salvó del suicidio en Putney y me llevó a un nuevo camino y ministerio en Whitechapel. Intercesiones de gratitud, obedeciendo al impulso de la regla de oro, como la que me impulsó a romper el silencio de la tumba y regresar corriendo a la Tierra para proclamar el bendito evangelio: *'No hay muerte'*; y contar cuánto mejores eran incluso los meros accesos al palacio del Rey, de lo que el corazón humano hubiera podido concebir.

¡Oh! Ojalá tuviera mil voces que clamaran con un eco incesante contra la blasfemia de quienes mienten a los hombres, ignorando la inmutabilidad de Dios en su trato con los hombres como Padre, tal como lo representan en su condición de juez. ¿Acaso no envió de regreso a la Tierra alguna vez a un ángel, bajo cualquier circunstancia, con alguna misión, sin importar cuándo, dónde

o cómo —ya fuera para salvar al hijo de Agar o para remover la piedra de la resurrección; ya fuera para comer las chuletas de Abraham en Mamré o para destruir las ciudades de la llanura [[ref.](#)]—? Sólo pregunto si alguna vez regresó un ángel a la Tierra con una comisión del más allá. Responde. Y si es así: '*Lo que fue, eso será; y lo hecho, eso se hará; y nada hay nuevo bajo el sol*' ([Eclesiastés 1:9](#)). Si respondes que no crees que un ángel haya regresado, te ruego que seas honesto y dejes de parlotear sobre la resurrección. Mucho mejor ser un agnóstico declarado que un hipócrita voluntariamente ciego.

Así iban mis pensamientos, en su doble acción, mientras contrastaba la seguridad de los '*ciegos guiando a ciegos*' con los testimonios de quienes me rodeaban. Apenas había llegado a mi algo indignante conclusión, cuando Eilele comenzó a disertar sobre el tema que tanto me había conmovido, pero con una indagación mucho más concisa y mordaz que la mía:

¿Conocemos el himno celestial
en cuanto el órgano pone en marcha
el preludio sinfónico
que conmueve lo más íntimo de nuestras almas?

¿Conocemos la gloria del mediodía
cuando se abre el primer ojo del día,
tras el sueño profundo de la noche,
besado por el rayo de vanguardia?

¿Permitirías que el novato,
que no encuentra su camino
de Alfa a Omega,
despotricara sobre los clásicos griegos?
El campesino, que está haciendo
su nauseabundo viaje de prueba,
dime, ¿confiarías en su conocimiento
para gobernar la nave?

Y así, los poderosos gigantes de la tierra
del intelecto y de la mente
son estudiantes de primer año en el aula
que el Dios de antaño diseñó:
sólo dominan imperfectamente
las dos primeras letras
—Filosofía y Ciencia—
de Su gran alfabeto.

¿Cómo, sin conocer dos letras,
pueden leer el volumen,
o descifrar los jeroglíficos
sin una clave que los guíe?
Y, si el libro te desafía,
¿cómo puedes comprender
las fuentes de esa sabiduría
que el volumen de la Naturaleza encerró?

La contribución de Eilele a los testimonios anteriores solo sirvió para cambiar el tono de mi meditación. O, quizás, sería más correcto decir que pareció ampliar la brecha de mi consciencia, de modo que pude seguir dos corrientes de pensamiento claramente separadas, cada una con una atención crítica adicional. No me atreví a analizar el extraño fenómeno. Tenía suficiente con escuchar el acompañamiento de ella, la visión que inundaba mi alma con una luz que disipaba las sombras que hasta entonces se habían negado a desaparecer.

Hasta entonces, a pesar de todo lo que me habían dicho, persistía una duda, una incompreensión de la drástica, casi vengativa, prohibición con la que se defendía cualquier intento de cruzar la puerta. Ya me habían recordado varias veces que *'no entrará en ella nada que contamine, ni haga abominación ni mentira'*. Cada vez que había escuchado eso, me parecía como una búsqueda innecesaria de una causa de objeción que en realidad no existía, pero que en ciertas curiosas circunstancias poco probables podría surgir; y la idea me producía una sensación de injusticia que en vano intentaba disipar. Me recordaba la incontrolable aversión que siempre había sentido hacia Dios al leer el mandato que Samuel dio a Saúl: *'Ve y ataca a Amalec, destruye todo lo que tiene y no les perdones; mata a hombres y mujeres, niños y lactantes, bueyes y ovejas, camellos y asnos'* ([1 Samuel 15:3](#)). ¿Dónde estaba la justicia de un mandato así, que fuera compatible con la bondad eterna?

La respuesta se encontraba en lo más profundo del meollo, no en la cáscara exterior, de ese mandato del profeta. Dios no es solo el único Rey que escribe sus mensajes en clave para que sus enemigos no los entiendan. Porque para quienes tienen ojos para ver y oídos para oír —equipamiento otorgado por lealtad, fidelidad y valor—, son como una lámpara para los pies y una guía infalible a través de la oscuridad egipcia, mientras que para el enemigo son trampas y dificultades que inducen a la destrucción

Al separarse esa corriente de consciencia, fui llevado por el amplio canal de la revelación donde la luz de Dios brilla para eliminar la última sombra de duda. En esa alegoría de Saúl y Samuel yacía el misterio para el enemigo de la justicia: la solución clara para los herederos del reino. Allí la luz brilló sobre mi oscuridad, permitiéndome leer y comprender. Los amalecitas eran una raza que surgió de la seducción que experimentaron los hijos de Dios por las hijas de los hombres, y que, en sus expediciones de saqueo, entraron y permanecieron en la tierra prometida a aquellos sobre quienes Saúl había sido hecho rey. Habían introducido sus impurezas en una tierra que debía ser santa para el Dios de Israel, y de ahí el mandamiento. La tierra debe ser purificada, su atmósfera debe ser limpiada de la mancha de la lepra, el último rastro de contagio debe ser eliminado, las raíces de la epidemia deben ser arrancadas y destruidas, ni un rastro de contaminación debe quedar dentro de sus fronteras.

La Canaán terrenal era el antitipo de la celestial, de ahí la drástica orden dada por la intachable sabiduría del Rey: *'No entrará en ella nada'* que sea capaz de producir o tentar a la contaminación [*defilement*].

Reflexionaba sobre la revelación en un sueño de profunda gratitud cuando Dracine me despertó preguntándome:

«¿Han sido demasiado para ti las influencias del Patio?».

«No me gustaría decirlo así -respondí, haciendo un inútil esfuerzo por recuperarme-; más bien sugeriría que en este momento apenas tengo la fuerza suficiente para soportar tal peso de gloria, como lo expresa Pablo».

«Quizás sería bueno que tú y yo hiciéramos el viaje que planeamos mientras te recuperas», sugirió Omra.

«No tengo ningunas ganas de interrumpir esta reunión, te lo aseguro», respondí.

«No tienes que pensar en eso -me aseguró Dracine-; Nuestras reuniones no se alteran tan fácilmente. Estamos esperando a Avita, y cuando llegue estaremos bien provistos hasta tu regreso, si piensas volver».

«Entonces nos reuniremos contigo para que podamos cruzar el puente juntos», Omra hizo una pausa, y, no sin cierta reticencia por mi parte, dejamos esa primera comunión en la que había tenido el privilegio de participar.

Capítulo 12

¿Responde Dios a la oración?

Nos acercábamos al final del Patio. Ni Omra ni yo habíamos hablado desde que nos separamos de nuestros amigos. ¿Cómo íbamos a hablar? Todo el lugar parecía envuelto en el abrazo de un "¡silencio!", bajo el cual parecía un sacrilegio intentar hablar, incluso en el cumplimiento de un deber. Miré a mi compañero bajo el impulso creciente de un miedo sobrecogedor, pero él sólo levantó la mano con un gesto de silencio, mientras reducía su paso deliberado a una mera sospecha de movimiento. Entonces un soplo de perfume a coral estremeció la quietud [*coral perfume*]: *como queriendo decir, parece, que la música lejana venía con sensaciones también de perfume*], como el eco de una melodía tan lejana que vibraba en las profundidades de la cognición con el dulce arrebató de un sueño de hadas. Bajo la influencia de su fuerza hipnótica permanecimos de pie, escuchando el crescendo apenas perceptible que se elevaba con el movimiento perfecto de un amanecer sin nubes, hasta que los elementos vocales e instrumentales pudieron distinguirse a medida que se acercaba una procesión aún invisible, y las palabras del gran himno rodaban en volúmenes a través del Patio con la proclamación de que *'El camino del justo es como una luz resplandeciente, que brilla más y más hasta el día perfecto'* [[ref.](#)].

Cuando terminó la recesión, y se liberaron mis facultades detenidas, mi mente volvió a la música que una vez me había hechizado en aquella primera [Coral](#). Qué revelación se me hizo en aquel entonces de los poderes, influencias y posibilidades restauradoras de la música, en comparación con las ideas elementales de la misma, con las que la Tierra está familiarizada. Mas ahora había descubierto que, en la Coral, no había hecho más que contemplar los fenómenos de la música: y sólo al haber entrado en *'la asamblea general y la iglesia de los primogénitos'* [[ref.](#)] —en el umbral del cielo— es que tenía reservado poder descubrir y conocer las armonías que están preparadas para el regreso a casa de los hijos de Dios, en el sagrado santuario del alma de la música, donde todos y cada uno de los elementos separados de la creación se reúnen, purifican, afinan, ajustan, entretejen y mezclan de acuerdo con el tema del Gran Compositor, y luego se enhebran a tono de concierto para hacer sonar un sólo acorde de revelación, en el que la Trinidad del Cielo: Padre, Amor y Hogar, se unificará en Dios.

Cuando salimos del Patio, Omra giró en dirección oblicua a través de la llanura hacia el abismo, lo que nos permitió llegar a un delicioso terreno salvaje de arbustos en flor, por el que paseamos tranquilamente, vislumbrando de vez en cuando el precipicio que quedaba a nuestra izquierda.

«¿Qué te pareció la profética bendición que acompañó nuestra partida?».

«Casi me da miedo aventurar una opinión -respondí vacilante-; una revelación rueda sobre otra, y con un desconcierto tan abrumador, que se requiere más esfuerzo del que parezco poseer para poder formarme una concepción real de algo. Soy algo así como un hombre surfeando en un mar que te desafía a mantenerte sobre los pies: debo dejar mis opiniones para cuando tenga más libertad para repasar tranquilamente mis experiencias».

«Y cuando seas capaz de revisar así lo que ahora parece un caos de confusión -respondió con una tranquila pero resuelta confianza-, verás que esta aparente confusión ha sido gobernada hasta en sus más mínimos detalles por una marcada y bellísima precisión».

«Estoy, en cierto modo, preparado para ello, pero ¿no es extraño que la confianza que siento en que así será, sólo contribuya a aumentar mi perplejidad?».

«No. Más bien me resultaría extraño que fuera de otro modo -respondió con tranquilo ánimo-; te encuentras en cierto modo en la situación de un alumno sensible que se enfrenta a su primera lección de órgano: la serie de tecnicismos que tiene que dominar, la imposibilidad de que alcance tal eficiencia de modo que ojos, dedos y pies puedan actuar en conjunción automática para sacar cada nota del “Aleluya” de Händel que se abre ante él, le horroriza y le hace temblar sólo de pensarlo. Pero si al muchacho se le permitiera de una vez escuchar la música que el espíritu que habita en el órgano canta al alma que ella ama [*como si la música amara al muchacho*], entonces el dominio de los tecnicismos se olvidaría, las imposibilidades ya no existirían, las dificultades tomarían alas y volarían lejos, sus ojos, sus dedos y sus pies ya no dudarían de sus capacidades, y cortejaría al ángel invisible hasta que el órgano correspondiera a la devoción de su alma y le cantara canciones más dulces que las que Mendelssohn jamás escuchó o Händel compuso en sus sueños de éxtasis. Así será contigo. Pero ahora simplemente te encuentras en una etapa de transición. Las cosas viejas están pasando —todas las cosas se están volviendo nuevas—. Hasta ahora has estado soñando; ahora estás despertando a lo que será la vida real, y no sólo estás perplejo, sino absolutamente asombrado al descubrir que en tu nueva vida los elementos esenciales fundamentales de tu pasado no son sólo innecesarios, sino que en realidad no existen aquí. Como teoría, has estado familiarizado con la fórmula de que *'la carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios'*, pero la fórmula no era más que una frase teológica para beneficio de los expertos, y un sin sentido para el hombre ordinario del mundo. Cuando el sol naciente de la eternidad destierra el vapor de la mortalidad, el alma se sobresalta al descubrir que con el descarte de la carne y la sangre, toda la equipación filosófica de los sabios ha sido arrojada a un lado con los escombros inesenciales; que el espíritu trabaja por medio de una facultad superior a la del cerebro: un espejo reflector por el cual toda la verdad es transmitida heliográficamente desde el sol central y no necesita intermediarios para interpretarla o traducirla [ver "[heliógrafo](#)" (ver imagen - wikipedia)].

»¿Puedes seguir la analogía que quise establecer, entre tú y el chico frente al órgano? Mas en ese caso tuve que introducir un "si", y al hacerlo, hice que la figura dejara de servir a mi propósito. Por lo tanto, debo



Un heliógrafo (wikipedia) - Autora: M^a Victoria Fernández Arboleya (vfarboleya)

cambiarla a fin de transmitir la lección que deseo que aprendas. Dije: "Si al muchacho se le hubiera permitido alguna una vez escuchar la música", pero esa cualidad de incertidumbre ya no se aplica a ti. Como los reyes magos de otra parábola, has visto la luz, has seguido la estrella y, viniendo a adorar, has traído oro, incienso y mirra para ponerlos a los pies del Salvador, y la ofrenda ha sido aceptada y reconocida. Por lo demás, ya no necesitas preocuparte más. Ese recelo no surge de tu falta de preparación para cruzar el puente y entrar, sino más bien de la abrumadora sensación de la magnitud de la herencia en la que estás entrando. Tan pronto como seas capaz de darte cuenta de tu condición de coheredero con Cristo en el reino, y sientas que en Él *'todas las cosas son tuyas'* [[ref.](#)], tendrás confianza para cruzar el puente y entrar en la tuya propia [*condición*].».

Mientras Omra hablaba así, nosotros deambulábamos entre un despliegue floral indeciblemente cautivador, con esa perfecta idoneidad que caracteriza cada detalle de esta vida superior. Esta sensación de plenitud te encuentra a cada paso: nada faltante o fuera de lugar; nada que desees que no esté inmediatamente disponible; nada disponible de lo que desees prescindir o que quieras cambiar de sitio o reorganizar. En esto, como en todos los aspectos de la existencia donde el diseño del Creador no ha sido perturbado, uno siempre puede repetir la afirmación del Salmista: *'La ley del Señor es perfecta, convierte el alma'* [[ref.](#)]. No era que por primera vez en mi experiencia lo encontrara así mientras escuchaba las tranquilizadoras seguridades de Omra, pero cuando cesó de hablar, me quedé inmóvil, con un sentimiento de gratitud que no sabía cómo expresar, y tomando sus dos manos en un apretón que espero expresara más que mis palabras, dije:

«Y permíteme decirte que espero que una de esas realizaciones sea la de poder expresar lo mucho que estoy en deuda contigo por toda tu paciente tolerancia en mi debilidad».

«No digas nada más de eso, hermano mío -y en el tono y la presión que devolvió fue mucho más elocuente que en sus palabras-; siempre es agradable ver que los servicios de uno son apreciados, pero no digamos nada más al respecto. En lo que he hecho y dicho he sido lo que soy: soy lo que Dios ha hecho de mí; y si algo de lo que he hecho ha sido útil en algún sentido, es un testimonio de que Dios no ha trabajado en mí en vano. A él sea todo el honor y la gloria».

«No voy a tratar de discutir el punto, por mucho que casi me gustaría poder hacerlo -respondí a su autorrepudio en la materia-; pero sólo a título informativo me gustaría preguntarte si no es este un caso en el que podría decirse que eres un *'obrero junto con Dios'*» [[ref.](#): *"worker together with God"*].

«¡En absoluto! -fue la pronta y definitiva respuesta-; Cuando la ocasión lo permita, al repasar mi pasado, podré convencerte de que cuando me desprendí de lo físico no llevaba la aureola de un santo. Mi libre albedrío se había ejercido considerablemente en la dirección equivocada, puedo asegurártelo».

«¿Pero olvidas que la vida terrestre no es más que la etapa infantil de la existencia?», pregunté, alertado.

«... en comparación con su eternidad -añadió completando la frase que yo había dejado inacabada; y ahora, volviendo sus ojos hacia mí con un brillo de autoaprobación al hacer la corrección-; Me he anticipado y he esperado atentamente a que cometieras ese desliz. Sabía que ocurriría y no quería que pasara cuando estuviéramos tratando otro tema. Naturalmente ello plantea la cuestión de hasta qué punto las parábolas, analogías y alegorías deben ser limitadas o apretadas en su empleo ilustrativo, pues de la falta de discreción en esta dirección surgen muchos de los errores y malentendidos de nuestros amigos en la Tierra.

»En comparación con la interminable duración de la vida, estamos bastante justificados al utilizar la figura empleada por Santiago (4:14) y preguntar: '*¿Qué es vuestra vida? Es como un vapor que aparece por poco tiempo y luego se desvanece*'. O podemos usar una ilustración más amplia, y decir que es la etapa infantil del ser, cuando relacionamos con la duración la cantidad comparativa de conocimientos que podemos adquirir. En este aspecto de la vida, el hombre mortal está tan circunscrito en su conocimiento real que el mayor de todos los misterios que le rodean es él mismo. Nada muestra más vívidamente la impotencia del intelecto humano que este hecho incontrovertible, pues si es imposible que un hombre se conozca a sí mismo, ¿cómo puede ser lógico el predicado que pretende comprender lo que está más allá de él? Es a partir de cierto punto de reconocimiento de esta gran verdad que Dios considera la etapa infantil de la raza; es aquí donde Él se revela por primera vez en el carácter de Padre. '*Él conoce nuestra condición; Él recuerda que somos polvo*' [ref.], y en su inviolable sabiduría y justicia adapta sus exigencias al hombre, a la debilidad de la situación y dice: '*¡Amaos los unos a los otros! Haced esto y viviréis*'.

»La etapa mortal de la existencia, vista desde tal posición, en comparación con la extensión y duración que ha de seguir, está muy apropiadamente simbolizada por la figura de un "vapor" o una sombra.

»Pero en ese mandato paternal —'*Amaos los unos a los otros*'— está el germen de otro aspecto de la existencia respecto al cual tenemos que instituir una comparación muy diferente. Aquí la escala de comparación y contraste no es lo finito con lo infinito, como en el caso anterior —no es lo mortal con lo inmortal, la infancia con la madurez, o la ignorancia con la sabiduría—. En este aspecto más amplio, tenemos una familia que vive bajo un Padre sabio y amoroso, cuya sabiduría, justicia y consideración pueden trasladarse más allá de la ilustración anterior. La regla de vida Parental es muy natural: '*Amaos los unos a los otros*', a lo que se añade una promesa alentadora con la sombra de un siniestro resultado negativo en caso de desobediencia: '*Haced esto y viviréis*'. Ahora bien, al observar la vida cotidiana de la guardería, el observador juicioso debe estar preparado para ver la manifestación de todos los matices de la idiosincrasia infantil, cuyos resultados inmediatos, en muchos casos, son conmovedores, aplastantes, terribles; pero con la amable atención de la nodriza y un beso paternal, la tempestad pasa pronto y el incidente es olvidado por el que sufre. Pero no así por el Padre, cuya regla de vida ha sido desobedecida, y que tiene que considerar la futura carrera del pecador y su propia autoridad que mantener. Puede que el que sufre no se entere, puede que los residentes de la guardería no sean testigos, pero el infractor ha tenido que recoger la cosecha de la vileza que sembró y, al hacerlo, ha aprendido que no puede quebrantar impunemente ni una sola ley de su Padre, y el recuerdo de la penalización no sólo le salvará de nuevas desobediencias, sino que también le inspirará un amor filial que será más fuerte que la aplicación de cualquier ley moral.

»En mi referencia a esta fase particular de la vida me he limitado a propósito al uso del término "guardería" [*nursery*], aunque deseaba que recordases que abarca no sólo el período natural de los años terrestres de la vida, sino también el período de corrección que sigue al desprendimiento de lo físico. He adoptado este curso de acción porque, por una parte, sirve para mostrar que desde el punto de vista inferior, en comparación con el lento caminar en la tristeza [*sorrow: "ambling gait of sorrow"*], la duración parece ser casi una eternidad [*la duración de esa vida preparatoria que incluye la corrección*]; por otra parte, enfatiza el punto de vista que tenemos de ella, y pone en gloriosa prominencia la inmutable bondad amorosa y la tierna misericordia del Gran Padre de todos nosotros.

»Si he tenido la mitad de éxito en mi explicación de lo que he deseado, ahora podrás comprender lo muy prudente que es no apretar las figuras retóricas más allá del límite obvio para el que han sido legítimamente empleadas».

«Puedo apreciar claramente la necesidad de la distinción que señalas, y puedo ver de inmediato dónde el descuido de la misma puede ser —y a menudo es— una fuente engañosa y fructífera de error. Sin embargo, te estoy especialmente agradecido por la útil luz que has arrojado sobre la Paternidad de Dios al mantener la figura de la guardería en la última parte de tus observaciones».

«Eso debe llamarte la atención con más fuerza que de costumbre, porque es el punto de vista desde el que lo considerarás ahora. Ello tendrá toda la fuerza de una nueva revelación irrumpiendo sobre ti».

«Justo así es como lo siento. Sin embargo, hay un punto que no tengo claro en relación con esto. Se trata de la eficacia de la oración. Vamos a mantener la figura que has estado utilizando, y supongamos que un niño ha sido desobediente. Cuando el Padre está a punto de administrar la corrección —o anticipando que lo tendrá que hacer— supongamos que una cuidadora intercede en favor del niño. Cristo promete que *'si pedís algo en mi nombre, yo lo haré'* ([Juan 14:14](#))».

«Sí -respondió él, con marcada deliberación-, pero hay un mundo de significado y efecto en el "si" con el que se antepone la promesa. Es una condición que con demasiada frecuencia se ignora hasta el punto de omitirse por completo en relación con los pactos de Dios y, sin embargo, es la única llave que abrirá la puerta que conduce al deseado cumplimiento de la oración. En este caso se plantea la cuestión de la fidelidad de la cuidadora. Permíteme que te repita la misma promesa en su forma más completa: *'Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid lo que queráis, y os será hecho'* ([Juan 15:7](#)). Pedir en su nombre equivale a permanecer en Él y a que sus palabras permanezcan en nosotros. ¿Puedes imaginarte a alguien que está en esta relación con Él, pidiéndole que abrogue o suspenda Su propia ley para salvar a un niño contumaz de la corrección? ¿Alguien que conozca personalmente a un juez terrenal se atrevería a hacerlo para frustrar los fines de la justicia? La dificultad en tu mente se debe a otra confusión de la figura, que en este caso está fuera de lugar en la guardería, porque ninguna verdadera cuidadora sentiría la necesidad de suplicar [*plead with*] al Padre a cuenta de un niño [*como por ejemplo intentando exculpar al niño ante Dios como juez*], viendo que Él estaría mejor informado y mucho más dispuesto a perdonar que la cuidadora. No hay necesidad de intercesión a menos que una ley haya sido violada voluntaria y deliberadamente, y que el acto haya sido cometido sabiendo bien el castigo que conllevaba; o, por decirlo de otra manera, no sirve de nada que un labrador, después de haber sembrado avena, ruegue para poder cosechar trigo».

Tenía la esperanza de que, al comenzar con este tema tan importante y controvertido, él hubiera continuado con una exposición completa del mismo, un deseo que, evidentemente, estaba destinado a no ver satisfecho en ese momento. No es que yo dudara seriamente de la eficacia de la oración; nunca me había enfrentado seriamente a la cuestión en mi vida terrenal con la intención de intentar zanjarla en un sentido o en otro. Más por costumbre que por convicción, me arrodillaba y rezaba mis oraciones —de vez en cuando, cuando pensaba en ello y tenía tiempo—, pero ahora asumía un aspecto algo diferente, y quería oír el método de Omra para tratar con alguien que tenía dudas sobre el tema.

«Tu respuesta está llena de sugerencias -repliqué-, pero esperaba que te llevara a dar una respuesta a la tan repetida pregunta: ¿Responde Dios realmente a la oración?».

La respuesta inmediata de Omra fue una de esas sonrisas juguetonamente maliciosas que había visto con tanta frecuencia en el rostro de Myhanene.

«Por supuesto que una pregunta así sólo se plantearía del lado de la Tierra -comentó-, y si me la plantearan a mí, respondería haciendo una pregunta a su vez: "Si al entrar en una habitación pulsaras la palanca eléctrica, ¿obtendrías luz?"».

«Por supuesto que sí, si la instalación estuviera completa y los accesorios en orden -respondí-; ¿cómo podría ser de otro modo?».

«¡Exactamente! Como ves, todo depende del condicional "si" que ya he señalado. Permíteme repetir la promesa: '*Si permanecéis en mí y mis palabras permanecen en vosotros, pedid lo que queráis y os será hecho*'. ¿Podría haber algo más claramente expresado?».

«Pero es muy raro que se pueda rastrear una respuesta directa», insistí.

«Lo sé, aun así, no hay duda alguna sobre *Por Qué* es así: no hay luz en una bombilla eléctrica desconectada; no hay fruto en una rama que se desprende de la vid; no hay respuesta de Dios al clamor de un alma que no permanece en Él. Pero no tiene por qué ser así. Busca un alma consagrada y pregúntale si Dios responde a sus oraciones. Entonces, que la Tierra reflexione sobre su respuesta hasta que aprenda el sentido y el significado de la misma».

No había hecho falta una larga argumentación, Omra era irrefutable [*unanswerable*].

Capítulo 13

El cielo y la tierra

No es el menor de los consuelos que disfrutamos en esta vida superior el de la perfecta liberación de las limitaciones del tiempo en que entramos. Oh, la libertad, el alivio, el descanso, la arrebatadora satisfacción de su realización. Eliminado todo lo que sea dolor, pena, problema, cansancio o aflicción; y alcanzado todo ideal por el que el oprimido haya suspirado, ¿qué mayor consumación podría desearse que prescindir del tiempo y que el liberado entre en el pleno disfrute del descanso que permanece?

Piensa en ello, sueña con ello, pobre alma desconsolada y sobrecargada, la plena comprensión de todo lo que significó para la pobre y cansada campesina que le dijo a su amiga que su idea del cielo era poder ponerse un delantal limpio y sentarse, sin que nadie pudiera decirle que se levantara e hiciera nada hasta que ella se cansara de descansar.

Fue con una sensación de gratificación semejante como deambulé entre las inmarchitables flores de aquel Paraíso mientras conversaba con Omra. El corazón del tiempo había dejado de latir; yo me hallaba al otro lado de la frontera, en el eterno Ahora. El "Entonces" del ayer era un "recuerdo-sueño", del que había despertado; y el "Allá" del mañana era una imposibilidad no descubierta, porque el día eterno llega más allá del hogar del ocaso, de modo que la noche del Pesar [*Regret*] nunca podría volver de nuevo.

Bajo la fragante bendición de tal consuelo, ¿qué necesidad teníamos de apresurarnos?

«¿Haremos el cruce por algún otro puente?», pregunté a mi conductor.

Omra negó lentamente con la cabeza.

«No, sólo hay un camino para llegar al otro lado», respondió.

«No lo lamento. Para nada deseo darle la espalda a un retiro tan atractivo».

Durante un breve intervalo no hubo respuesta a mi observación, pues mi acompañante tal vez no la oyó, ya que parecía especialmente absorto en el examen de una bellísima flor que acababa de descubrir, y su rostro mostraba una sonrisa de lo más complaciente. Levantándose, dijo:

«Ahora empezamos a sentir el estimulante aire que sopla desde el otro lado. Pronto sentirás los beneficios de sus efectos estimulantes».

«¿Crees que deberíamos volver?», pregunté, con la impresión de que podía haber un indicio de tal sugerencia en el comentario.

«De momento no. Antes de hacerlo, quiero que eches un vistazo al gran círculo terrestre, para que puedas comprender algo de las diversas atmósferas e influencias que lo rodean, y te ayuden a comprender mejor lo que te ha ocurrido en tu camino hasta aquí. ¿Quieres venir?».

«No tengo otro deseo -respondí- que ponerme a tu entera disposición. Haz conmigo lo que quieras. Tú sabes el camino que debo tomar, las cosas que necesito saber, los misterios que me gustaría resolver, la meta que deseo alcanzar. Guíame por el camino que debo seguir, y entonces estaré contento».

Nos detuvimos un instante, no al borde del abismo donde yo había estado antes, sino en lo que parecía ser el borde exterior de todo, con el vacío ilimitado del espacio extendiéndose hacia el infinito. Entonces Omra me tomó de la mano. En un instante nos encontrábamos suspendidos en algún lugar de la inmensidad profunda, y ante nosotros se extendía un majestuoso orbe, como una luna tricolor, que me recordó de inmediato el paisaje prismático que había contemplado anteriormente cuando estaba con Eusemos en el [Monte de Dios](#).

Apenas se me había ocurrido la conexión, Omra procedió a confirmarla.

«Ya te he insinuado -comenzó- que hasta ahora tu atención se había dedicado casi exclusivamente a la observación de lo externo. Todos tus intereses, estudios y ocupaciones se han referido naturalmente a los cambios y apariencias variables que se han presentado en la superficie del gran océano de la vida; no has tenido poder para penetrar en sus profundidades, explorar sus secretos, examinar sus fuerzas misteriosas, resolver el problema de su origen y naturaleza. A los niños siempre les interesan más la arena, las conchas y los remos en la orilla del mar que los problemas de las mareas y las corrientes, y los vientos y la navegación. Tales cuestiones son para cabezas mayores, para mentes más maduras, para quienes han sido educados y formados, y están cualificados para tratar tales temas. La infancia es la época en que se permite que la vida que se abre se expanda libre y alegremente, y la responsabilidad conjunta [*joint*] de la forma que asume recae sobre los hombros de los padres y tutores.

»No se encuentran diamantes ya tallados, pulidos y montados, esparcidos por la sabana africana; ni filósofos profundos y científicos expertos, en la forma más baja de la escuela elemental; ni teólogos aceptados en los catres de una guardería de niños expósitos; ni santos de túnica blanca en carne y hueso. *'No hay nadie bueno, ni uno solo'* [[ref.](#)].

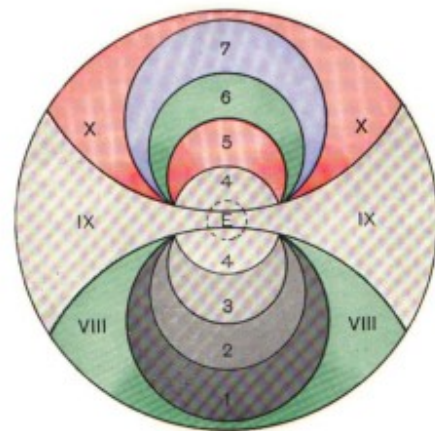
»Multiplico estas ilustraciones y reitero la misma idea, porque ha llegado el momento de que captes permanentemente el hecho esencial de que el lapso mortal de la vida no es más que la etapa infantil de la existencia, y es importante que reconozcas la transición que estás haciendo.

»Cuando viste por primera vez el [paisaje prismático](#), te atrajo por su atractiva agrupación de colores, pero fuiste ciego al significado místico de su disposición; tampoco Eusemos hizo ningún intento de explicarlo. Incluso ahora —después de todo lo que has visto y aprendido a través del ministerio de Myhanene y sus amigos— la idea que te sugiere la visión del orbe que tenemos ante nosotros es la de una inmensa bola tricolor —verde, gris y rosa— parecida, pero más grande que una pelota que los niños lanzan en sus juegos. No tienes ni idea del mundo de revelación que se oculta bajo su superficie.

»Permíteme romper los sellos, levantar el velo y ayudarte a comprender algo de la belleza, la perfección y la adaptación con que Dios lleva a cabo sus grandes designios».

Omra puso de nuevo su mano sobre mi brazo, y al instante nos encontramos en el taller del Infinito, donde un gigantesco diagrama coloreado de una sección vertical de la creación, que comprendía 'el cielo y la tierra' ([Génesis 1:1](#)), yacía desenrollado ante nosotros.

He incluido un diagrama coloreado, más o menos al principio del libro [y *ver indicaciones en una nota, ahí, sobre los colores —si esto se ve en versión anillada, en blanco y negro—*], para que mi lector pueda seguir más fácilmente mi interpretación, y sólo lamento que no sea posible reproducirlo en los variados tonos de color en que yo lo vi. Una explicación aclarará el porqué. El color, la sombra o el tono no es una disposición artificial o arbitraria, sino una atmósfera exhalada por la condición. Que tal atmósfera u olor es exhalado por el cuerpo físico es un punto que no necesita argumento, pero mientras que en lo físico su presencia es ocasionalmente evidente para los nervios olfativos, en el estado desencarnado se hace igualmente evidente para el miembro visual, distinguiéndose su cualidad por el color. Esta emanación del ser real [*real self*] se adhiere alrededor del alma y forma su vestidura, por cuyo color es '*conocida y leída de todos los hombres*' ([2 Corintios 3:2](#)). '*Esto es obra del Señor*' [*ref.*], y en el gran esquema de la creación, veremos que en Su inescrutable sabiduría se ha dispuesto que no sólo el traidor Judas ([Hechos 1:25](#)), sino cada alma que atraviesa el portal de la muerte, pueda encontrar su propio lugar preparado para ella.



Tal esquema perfectamente adaptado —no principalmente para el castigo, sino más bien para la administración de justicia y la eliminación de todo resentimiento, de toda ansia de venganza [*vindictiveness*]

— es la declaración, silenciosa pero elocuente, que hace la creación, de que su Arquitecto y Constructor es un Dios de amor. Su propósito al llamar a un mundo a la existencia no era consignar a su gran mayoría de hombres a las agonías del infierno, sino que, conociendo las ineludibles debilidades y flaquezas de la carne por las que su nueva raza de hijos debe pasar para alcanzar la perfección, planeó y dispuso de tal manera que aunque el hombre, en la ceguera de su locura, decidiera voluntariamente hacer su cama en el infierno, en la negrura de sus tinieblas encontraría una mano guía que finalmente llevaría al pródigo a casa.

Sé que soy herético en mis conclusiones, pero soy un humilde seguidor de uno que fue crucificado por el mismo delito, por aquellos que eran ortodoxos, y si Pablo estaba hablando correctamente cuando dijo que las profecías pueden fallar, las lenguas pueden cesar, y el conocimiento pasar ([1](#)

[Corintios 13:8](#)), ¿sería muy sorprendente descubrir que los teólogos podrían estar equivocados con respecto a cosas que el ojo no ha visto ni el oído escuchado? Por lo tanto, volvamos a nuestro diagrama y comparemos cuidadosamente su revelación con aquellas cosas que nos han enseñado a creer.

El único objeto que Omra tuvo al llamar mi atención sobre este tema en este momento particular fue el de limpiar mi mente de ciertas ideas falsas que me impedían cruzar el puente. Mi propósito al registrarlo es hacerlo útil a mis lectores en un período mucho más temprano de su peregrinaje; porque me doy cuenta de la gran ayuda que habría sido si yo hubiera sido igualmente afortunado. Este es todo mi deseo. No aspiro a la dignidad de maestro o líder en el propósito que me propongo, simplemente deseo situarme en un punto algo dudoso del camino, como un poste señalizador, proclamando: *'Este es el camino'*, porque yo mismo ya he sido beneficiado por la información. Sacad vuestro Libro-Guía y vuestra brújula, estudiad el diagrama que os ofrezco a la luz de lo que profesáis creer en cuanto a las intenciones y disposición del Padre, y luego, si estáis de acuerdo conmigo en cuanto al camino, caminad por él; si no, seguid vuestra propia idea. El gran descubrimiento lo haréis muy pronto. Tenéis perfecto derecho a ejercer vuestro Libre Albedrío hasta que vuestros pies lleguen al borde del abismo donde he estado; allí encontraréis que vuestro Libre Albedrío tendrá que ser cambiado por el Debe [Must], como ha declarado el Gran Maestro: *'Tenéis que nacer de nuevo'*.

Ahora estamos en condiciones de examinar los detalles de esta mansión particular de la casa universal del Padre, en la que Aquel que ha declarado ser *'el camino, la verdad y la vida'*, ha dicho que preparará un lugar para nosotros.

La forma circular que está impresa en cada detalle de su construcción declara a la vez que su *'constructor y hacedor es Dios'*, sin principio ni fin, el emblema de la eternidad. Y, sin embargo, tiene un principio: un centro microscópico que se expande hacia una circunferencia infinita. Al contemplar el plano, la mirada se detiene inmediatamente en un grupo superior e inferior de círculos entrelazados (1 a 7), ligeramente divididos en el centro, pero que sugieren claramente la figura del 8. Si dispusiera de tiempo y espacio para extenderme sobre la razón mística del empleo de este símbolo particular en esta conexión, descubriríamos que revela algo más que una coincidencia. En el reino espiritual, los números tienen un significado y una significación que van mucho más allá de su valor científico y comercial, y sobre cuya exposición podría escribirse toda una biblioteca sin agotar el tema. No intentaré más que indicar uno de los significados de la cifra 8, tal como se sugiere aquí. No hace falta ningún argumento elaborado para demostrar que el 7 y sus múltiplos se utilizan en las Escrituras para denotar la compleción de varios ciclos: la semana y el [año jubilar](#) bastarán como ilustraciones. Pero mientras un círculo se completa así por un lado, quedan tres de los diez numerales sin emplear, antes de que el círculo de diez se complete. Al completarlo, instituímos un entrelazamiento de círculos, en el que el 8 se convierte en *'el primer día'* de la nueva semana, el día de la resurrección, cuyo símbolo en nuestro diagrama es profético, revelando un atisbo del propósito que presumiblemente yacía en la mente del Creador al poner los cimientos de la tierra y su cielo adyacente.

Fuera de este grupo central de círculos tenemos tres divisiones más grandes, curiosamente dispuestas para llenar el espacio restante en la gran circunferencia y al mismo tiempo mantener una conexión de lado a lado. Son estas divisiones las que dan el aspecto tricolor (VIII, verde; IX, gris; X, rosa) que observábamos desde la distancia.

Para evitar confusiones innecesarias, es necesario explicar aquí que el diagrama que tenemos ante nosotros no muestra ni lo Físico (excepto por la sugerencia de la posición relativa de la Tierra por el pequeño círculo punteado) ni lo Espiritual, sino simplemente la etapa Psíquica de la progresión del hombre, y para evitar cualquier confusión o incertidumbre en cuanto a mi significado en el uso de la palabra Psíquico, permíteme explicar el sentido en que la empleo.

Acepto como mi Libro-Guía —no como un manual de teología doctrinal— las Escrituras del Antiguo y del Nuevo Testamento. Lo hago porque he comprobado por larga experiencia —desde que aprendí a utilizarlas— que constituyen el directorio más útil y fiable que he encontrado hasta ahora. Me dicen que '*Dios creó al hombre a su imagen y semejanza*', un ser trino de '*cuerpo, alma y espíritu*' [[ref.](#)]. No tres personalidades en un solo ser, sino tres etapas claramente definidas en la carrera de una única persona, etapas que denominaré física, psíquica y espiritual, del mismo modo que en el mortal tenemos las correspondientes etapas de infancia, juventud y madurez. Esta idea particular es tan familiar a todo lector de las Escrituras que uno apenas puede asombrarse de que los teólogos la pongan al servicio de la doctrina aceptada de la Trinidad, pero no pido nada más de ella que lo que debe ser innegablemente evidente para toda mente imparcial: que si, en la economía de Dios, se ha hecho una provisión adecuada para las necesidades y el crecimiento de las naturalezas física y espiritual del hombre, estamos igualmente autorizados a suponer que se ha dado la misma consideración a la psíquica.

La respuesta profética de la Creación a la arrogante suposición del sacerdote, de poder abrir las puertas del reino de los cielos a quien él quisiera, y cerrarlas contra quien él no permitiera entrar, fue pronunciada desde la fundación del mundo, interponiendo Dios un estado intermedio —un estado psíquico— entre lo natural y lo espiritual, del mismo modo que colocó un amanecer entre las tinieblas y la luz, y alegóricamente, el Desierto de "Sin" entre la esclavitud egipcia y la Tierra Prometida [*Desierto o [Tierra del Sin, o Sinim](#); así llamado, el yermo interpuesto en el camino hacia la tierra prometida, siendo curiosamente que "sin" significa pecado, en inglés [[ref.](#): "The Wilderness of Sin"]*].

Examinemos ahora nuestro diagrama y veamos cómo se lee en armonía con la idea de una etapa Psíquica, o de transición, de lo Físico a lo Espiritual.

La frase inicial del Manual que estamos utilizando dice: '*En el principio creó Dios el cielo y la tierra*' ([1:1](#)), y un poco más abajo en la misma página ([1:8](#)) dice: '*Y llamó Dios al firmamento cielo*'. Hay otros cielos. Se nos dice que Pablo conoció a un hombre que fue '*arrebataado al tercer cielo*' ([2 Corintios 12:2](#)); pero ahora nos interesa el cielo particular que rodea inmediatamente la Tierra.

El pequeño círculo punteado (E) en el centro del plano marca la posición relativa que ocupa esta cuna de nuestra existencia. Nuestra entrada al nacer se produce en el punto microscópico desde el cual se traza el radio del cielo, y cada niño sube al escenario revestido con el traje de la inocencia. Esto lo tenemos por la autoridad de Aquel que se declaró como '*el camino, la verdad y la vida*'. Cuando se le interrogó sobre las condiciones para alcanzar la etapa puramente espiritual de la existencia, respondió: '*Si no os convertís y os volvéis como niños pequeños, no entraréis en el reino de los cielos*' [[ref.](#)]. Tenemos derecho, pues, a asumir que el recién nacido es el modelo de inocencia requerido para entrar en el reino espiritual, y en apoyo de esto, permíteme recordar la condición exigida a Nicodemo: '*Es necesario que nazcas de nuevo*'.

Abordaré esto con más detalle en breve, pero por el momento otro desarrollo requiere mi atención. Si, entonces, el Nazareno habla con autoridad, todo niño entra en la vida libre de la mancha de la impureza personal y conserva esa libertad hasta que tiene la edad suficiente para saber rechazar el mal y elegir el bien. En ese momento, comienza a asumir la responsabilidad de sus propias acciones y, de acuerdo con su elección, abandona la condición neutral que ha ocupado desde su nacimiento.

¡Qué decisión tan tremenda, la de depender [*rest upon*] de una balanza [*balance*] tan delicada e incompetente [*incompetent*]! ¿Lo es? Quizás sí. Pero al decir esto, ¿no estamos adoptando una visión demasiado limitada de la situación, así como olvidando también señalar la importancia de la interrelación de los círculos en el diagrama que estamos considerando? Desde ese punto central donde entramos en la etapa del ser, hasta la infinita extensión de la circunferencia de la vida, *'ninguno de nosotros vive para sí mismo, y nadie muere para sí mismo'* [[ref.](#)]. La Raza Humana es un nombre familiar que abarca a todos los habitantes de la Tierra, ya sean negros o blancos, amarillos o rojos: Dios *'ha hecho de una sola sangre todas las naciones de los hombres'* [[ref.](#)], y a cada alma se le exige que reconozca este hecho obvio y que cada una realice su papel de hermano o hermana, donde sea necesario. Si se cumpliera este deber, ¿con qué cuidado se guiaría, protegería y animaría al niño al tomar su primera decisión?

Entonces surge la pregunta: "¿Quién cargará con la culpa si el niño tropieza y cae?". Este es uno de los problemas respecto a los cuales el Maestro nos aconseja *'no juzgar'*; es una cuestión que se decidirá en un tribunal donde se impartirá justicia absoluta. Lo que debemos tener presente aquí es la advertencia que solemos descuidar: *'No os engaños; Dios no puede ser burlado; pues todo lo que el hombre siembre, eso también segará'*. Porque los hijos actuales pueden tener que soportar las cargas, los efectos y ciertas penalidades de los pecados, la negligencia y la indiferencia de sus padres, pero en el juicio, se otorgará una justa compensación al inocente que sufrió, y el culpable tendrá que expiar hasta que el último céntimo sea pagado.

Veamos qué se prevé para esto. Descartamos por el momento cualquier idea no pertinente [*extraneous*] de negligencia, y permitimos la acción deliberada del libre albedrío. El hijo elige ser desobediente. Este es el mismo pecado en el que se basa la doctrina de la Caída. Habiendo desobedecido el mandato de Dios, y viendo cómo el pecado había manchado la inocencia que lo cubría, y al oír la voz de su Creador llamándolo en el jardín, Adán, consciente de su vergüenza y culpa, por primera vez intentó esconderse de Dios.

Dado el primer paso de desobediencia, el camino descendente se vuelve fácil; el impulso aumenta, hasta que, finalmente, llega el desastre, y el imprudente hijo pródigo se encuentra arrojado entre los cerdos (el sinónimo egipcio de diablo), mancillado, sucio y revolcándose en la inmundicia de la pocilga. Yace en el infierno más profundo al que un hijo de la tierra puede llegar (1), al borde del abismo, en el camino de la muerte; pero no puede morir. Dios ha previsto y ha dispuesto en preparación para afrontar y superar tan terrible catástrofe. El pecado es grande, pero Dios es mayor —Todopoderoso— y Él, cuya palabra es inquebrantable, ha prometido: *'Los rescataré del poder del sepulcro; los libraré de la muerte'* ([Oseas 13:14](#)).

Permíteme hacer sonar este llamado de trompeta de esperanza a través de los abismos más oscuros y profundos que se encuentran en el infierno: Dios Todopoderoso, el eterno e inmutable, ha decretado que: *'Él quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad'*. La pena por la mala acción deliberada debe pagarse primero; la contumacia de la rebelión debe ser desarraigada y sus efectos reparados; la fidelidad de los regenerados debe asegurarse

satisfactoriamente y luego, el pródigo, volviendo en sí, se levantará y volverá su rostro a casa. Así como la escalera de su sueño le indicó a Jacob, el vagabundo sin hogar, el camino de la tierra al cielo, así también desde el abismo del infierno, Dios ha alzado otra escalera con los pies apoyados en la inmundicia que rodea el comedero de cerdos, para que la víctima de la tentación, al despertar del estupor de la orgía de su borrachera, pueda no obstante regresar forcejeando hacia el anillo, la túnica, el beso, la bienvenida.

Y ahora, tras vislumbrar esto —el abismo más bajo en el que un alma puede hundirse por la maldad—, veamos las diversas etapas por las que se alcanza el ascenso redentor.

Esto no nos detendrá mucho, pues descubriremos que ya hemos recorrido cada una de las demás etapas del viaje, mientras Myhanene, o uno de sus compañeros de servicio, me ha llevado de un lado a otro respondiendo a mis preguntas o para ilustrar algún punto de la instrucción recibida.

Una explicación puede ser útil para quienes ya se han familiarizado con la comunión a través de la evidencia que ofrecen las sesiones espiritistas. Este grupo de condiciones que consideramos (de la 1 a la 7 en nuestro diagrama) son las siete esferas que tan a menudo son aludidas por los diversos controles [*"controls"*, *personas desencarnadas que estarían encargadas de la sesión espiritista, creo*]. Hasta donde sé, lo que ahora propongo hacer es colocarlas por primera vez en secuencia ordenada, para que el estudiante pueda comprender claramente su disposición y relación mutua.

Abandonando su profundidad más baja —donde el alma podría hundirse en la extinción y dejar de existir, de no ser por el brazo eterno que la sostiene—, en la segunda esfera vislumbramos la lucha incesante y combativa que se libra en el esfuerzo por escapar del azote [*"scorpion-lash": latigazo como aludiendo a la picadura del escorpión*] de una conciencia [*conscience*] que despierta, donde el atento ministerio de Ladas y su grupo de ayudantes esperan para brindar la primera ayuda posible para la restauración. (*La vida elísea*, [cap. 7](#) y siguientes)

En la tercera etapa, aprendimos la historia de un caso muy típico de esta condición al escuchar el relato de Marie sobre *"la cosecha de los celos"* (*A través de las nieblas*, [cap. 9](#)), y se nos instruyó sobre los medios que se utilizan para guiar a estas almas desde la angustia de su agonía y la oscuridad de su desesperación hacia la luz de la liberación y la esperanza.

Al llegar a la cuarta esfera, emergemos de las cuevas y antros subterráneos, donde se sitúan estas escenas de la primera purificación del alma, y nos encontramos al pie del Monte en el que me detuve tan pronto después de mi llegada. No muy lejos podemos ver las Nieblas que envuelven la Tierra. Hablaré de nuestra proximidad a la Tierra cuando trate su contigüidad en relación con esta esfera y la Sección IX del plano, ya que estos tres estados están cubiertos por la misma atmósfera gris. Si hubiéramos tenido suficiente luz para ver los colores en esas cuevas que hemos dejado, podríamos haberlos visto cambiar, a medida que nos acercábamos a la suciedad fangosa de las profundidades, a través de la gama de marrones y caqui hasta llegar al gris. Desde allí, a medida que el alma se eleva en su acercamiento a lo Espiritual, el gris cambiará y se perderá en los matices prismáticos, volviéndose más claro, más brillante y luego traslúcido a medida que asciende hacia la verdadera luz de Dios.

A simple vista, esta esfera ocupa la posición central en el esquema general. Es el único miembro del grupo que presenta un modelo perfecto del diseño completo: un círculo completo, dividido en divisiones superior e inferior por un corredor, que sugiere el equilibrio alegórico de la balanza de la Justicia. Pero quizás la ilustración más adecuada para indicar sus diversas características sea la de la planta principal o baja de un edificio utilizado como aduana en la frontera entre dos reinos. Todos

los que deseen entrar deben pasar por su sala de reconocimiento para una inspección preliminar. Aquí se realiza un estricto escrutinio de las propiedades, de modo que se confiscan todos los artículos de contrabando, se visan cuidadosamente los pasaportes, se autentican las [cartas de crédito](#), se examina rigurosamente toda la moneda y, finalmente, se establece un estado de salud satisfactorio o se exige un período de cuarentena en una de las salas del sótano.

La rigurosa prueba [*ordeal*] de este escrutinio resulta sumamente aterradora para la mayoría de los inmigrantes, quienes descubren que han sido engañados, mal informados o asesorados por expertos no autorizados sobre las condiciones de entrada. Esto es especialmente cierto en relación con la ley que regula la sencillez requerida en la vestimenta. Es en este sentido donde los ricos, los orgullosos, los vanidosos y los arrogantes fracasan; mientras que los pobres, los humildes, los modestos y los tímidos pasan de largo con sorprendente consideración. Esta cuestión de la vestimenta está determinada por la ley sobre la base peculiar de lo que cada persona es en sí misma, sin la más mínima referencia a lo que posee ni a la posición que haya desempeñado en el reino del que proviene; y la naturaleza de la vestimenta que asume determina su destino actual y las condiciones bajo las cuales comienza su nueva vida. Esto constituye con frecuencia una de las sorpresas más sorprendentes de la transición del alma. A continuación, registraré un caso de este tipo. En la parte superior de esta esfera llegamos a los primeros edificios que se encuentran en las esferas: el [Hogar del Descanso](#), donde escuchamos la [Coral Magnética](#); e instituciones como el [Hogar del Asirio](#); luego, al cruzar a la quinta, llegamos a la [Ciudad de la Compensación](#).

Justo al otro lado de esta frontera llegué al [hogar](#) de mi madre, Vaone, donde, por un tiempo, encontré el gran ideal del anhelo de mi vida. Desde allí he tenido vuestra compañía, mis pacientes e indulgentes amigos, y habéis podido aprender algo de las enseñanzas que he recibido; habéis contemplado las ilustraciones que se me han presentado; os habéis sorprendido conmigo por las maravillosas revelaciones que se han hecho, al ser conducido al [Patio de las Voces](#). Ahora esperáis verme cruzar la gran brecha. Yo también anhelo liberarme de la última influencia terrenal que me lo impide. Aún no he descubierto cuál es esta debilidad [*infirmary*] en particular, pero el punto clave que anhelo grabar en vuestra consciencia es el hecho de los efectos de largo alcance, incluso de las debilidades terrenales, y la inexorable exigencia de eliminar hasta la última impureza del pecado—incluso la más mínima mancha o arruga—, antes de que se adquiera el poder de alcanzar el otro lado y el alma nazca verdaderamente al reino espiritual de Dios.

Así concluimos nuestra investigación sobre los procesos que obran bajo la provisión y ordenación de Dios para traer a las almas rebeldes de vuelta de su extravío a la herencia que Él ha reservado para nosotros. Pero el Pastor nos ha dicho: *'Tengo otras ovejas que no son de este redil; a ellas también debo traer, y oirán mi voz; y habrá un solo rebaño, y un solo Pastor'* ([Juan 10:16](#)).

Aún quedan tres secciones de nuestro plano que no hemos mencionado. Una breve consideración de ellas no solo completará el estudio del círculo, sino que reunirá a todas las demás ovejas para completar el rebaño. Hemos visto las provisiones que se han hecho para las razas civilizadas, cultas y moralmente responsables, pero Aquel que ordenó que los fragmentos se reunieran para que nada se perdiera, considera que las almas paganas, incultas y degeneradas tienen el mismo valor intrínseco que las cultas, y por lo tanto, ha dispuesto para su perfección los mismos ajustes, considerados y apropiados, que los dispuestos para las demás. Estas personas desamparadas, abandonadas y despreciadas, aunque en su depravación son "de la tierra, terrenales", en rectitud moral no son más que hijos irresponsables que desconocen cualquier norma del bien y del mal. Por lo tanto, Él ha preparado un lugar para ellos (VIII) al mismo nivel, pero libre de las influencias,

penalidades y contaminaciones de la imprudencia y la depravación cultivadas [*cultured*]. En esta reserva protegida, les ha otorgado un ministerio perfectamente adaptado a todas sus necesidades para llevarlos finalmente al rebaño único que a todos incluye.

La Sección IX, cuya posición y color corresponden a la cuarta esfera y a la Tierra, con tan solo un tenue velo separándola de ambas, es la condición en la que las almas de quienes aún viven en carne y hueso entran para recibir instrucción durante las horas de sueño. El cuerpo no puede perder la consciencia hasta que el alma lo abandona, y esta condición fue diseñada por Dios para que, mientras el cuerpo dormía, el alma pudiera continuar una comunión ininterrumpida con quienes habían asumido la inmortalidad, eliminando así cualquier sospecha de muerte ([Job 33:14-17](#)). La historia, tanto sagrada como profana, está repleta de evidencias de este hecho aparentemente extraordinario, pero organizaciones interesadas, que no podrían coexistir con una comunión tan abierta, se han reído de la idea hasta relegarla al terreno de la superstición, y la multitud regresa de su sueño con el recuerdo de su incomparable ministerio ahogado en el olvido. Pero Dios nunca se queda sin algún testigo de la verdad. He aprendido una ilustración impactante de esto en relación con mi propio intento de llevar la noticia de este hecho a la Tierra, y un poco más adelante relataré un incidente acerca de una ayuda que recibí de parte de una de mis lectoras mientras ella dormía.

La sección final del plan que ahora debo abordar (X) está diseñada para traer un mensaje de alegría y consuelo a muchos corazones afligidos. Cuántos hijos e hijas de la Tierra lamentan que su único hijo naciera muerto [*still-born*] o falleciera inmediatamente después. ¡Escuchad! '*Consolad, consolad a mi pueblo*', dice vuestro Dios [[ref.](#)]. Este último aposento que debemos examinar en relación con '*la casa terrenal de nuestro tabernáculo*' [[ref.](#)], es el rincón del cielo por el que habéis estado suspirando y buscando, así como yo busqué durante toda mi vida el amor desconocido de mi madre. Finalmente, cuando el velo se rasgó, la encontré. Buscad y hallaréis, aunque la concepción de la idea sobrepasa tanto el pensamiento y la esperanza humanos que '*no ha entrado en el corazón del hombre*' imaginar lo que Dios ha provisto en este sentido. El niño no nacido [*stillborn*] ha vivido si ha habido un movimiento separado y deliberado del feto en el vientre materno; ese fue el latido del nacimiento de la nueva alma, que nunca puede morir.

Desde esa lucha inicial hacia la vida, hasta que sabe '*rechazar el mal y elegir el bien*' mediante el ejercicio del libre albedrío, esa alma está al cuidado de un ángel en particular que ha sido designado para el oficio. Por lo tanto, dijo el Maestro: '*Cuidado con no despreciar a uno de estos pequeños; porque os digo que en los cielos sus ángeles siempre contemplan el rostro del Padre*' [[ref.](#)], '*porque de los tales es el reino de los cielos*' [[ref.](#)]. Arrastrados desde la Tierra en su estado personal inmaculado, no es apropiado ni necesario que pasen por las etapas de refinamiento, ni siquiera en las esferas superiores, por lo que la sabiduría de Dios ha provisto otra vía de ascenso en la que pueden ser instruidos y preparados para el reino Espiritual que está más allá.

¿Es posible que estas almas necesiten alguna preparación? Sí; y con esto podemos comprender algo sobre el escrupuloso rigor que se observa para asegurar la pureza del alma antes de que pueda pasar del Reino Psíquico al Espiritual. En el niño podría estar —y está— la semilla, el germen, la mancha de vicios hereditarios, o puede haber vibraciones e impresiones psicológicas recibidas de circunstancias a las que la madre ha estado sometida; éstas deben ser eliminadas por completo, y la posibilidad de cualquier efecto posterior debe ser rigurosamente prevenida. La agencia que trabaja para asegurar esto la hemos visto en más de una ocasión en nuestras visitas al hogar infantil de Cushna.

Con esto dejo nuestra revisión del gran esquema de la creación y de la sabiduría que muestra para la evolución, educación y purificación del alma durante la infancia y la niñez de su existencia. Seguramente, al reflexionar, meditar y considerar inteligentemente esta revisión, podremos retomar la declaración del salmista y decir, al menos en relación con este rincón del universo: *'Tal conocimiento es demasiado maravilloso para mí; es muy elevado; no lo puedo alcanzar'* [ref.].

Capítulo 14

Unas palabras de precaución y esperanza

Habiendo resumido —mucho más brevemente de lo que hubiera deseado o de lo que exige la importancia del tema— la nueva interpretación del cielo y la tierra que me presentó Omra, no soy tan irrazonable como para pedir que la aceptes de inmediato como cierta, en base a mi propia declaración no confirmada [unsupported]. Ninguna persona, ya sea que esté en el cuerpo físico o no lo esté, tiene derecho a exigir tal cosa, y lejos de mí está levantar siquiera la sospecha de tal proceder. Simplemente registro lo que me ha sido revelado, dado a conocer y plenamente aprobado por mí. Gracias a la luz que me ha proporcionado, he podido resolver muchos problemas, descifrar misterios hasta entonces inescrutables, comprobar el valor de muchas autoridades apremiantes, liberarme del peso de pesadas supersticiones y adquirir una idea y una concepción de Dios más nobles y coherentes. En los días de mi encarnación, yo reclamé el derecho a ejercer mi libre albedrío; podía usarlo o abusar de él, según lo descuidara o determinara, siempre sujeto a la justa penalización en que incurriera por mi acción. Tú tienes derecho a la misma libertad que yo reclamé, y yo sería el último en restringirla. En última instancia, *'Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad'* [ref.]. La pregunta que todo hombre debe considerar es: ¿Cuáles son los mejores medios para alcanzar la meta en el menor tiempo y en las condiciones más favorables? Hay muy poca, si es que hay alguna, disputa en cuanto a la calificación esencial para el éxito; toda la dificultad surge cuando llegamos a interpretar las reglas por las cuales se debe asegurar la calificación. El Libro Guía (escrituras) que tenemos a nuestra disposición para ayuda y dirección nos dice que estas reglas están expuestas de manera tan clara y sencilla en él que *'el hombre caminante, aunque sea un necio, no errará en él'* [ref.]. ¿Me preguntarías dónde se exponen estas reglas? El gran Pastor, quien se declaró el Camino, las condensó en una frase simple e inequívoca: *'Así pues, todas las cosas que queráis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos; porque esto es la ley y los profetas'* (Mateo 7:12). Una vida así vivida está ungida por el Espíritu Santo —la vida de Cristo— y no puede acercarse a la muerte. Pero para que sea así, debe vivirse con constancia, no simplemente aceptarse como una forma de creencia. El hábito de vida produce carácter cuando se despoja del manto de la carne; el carácter se manifiesta como una vestidura para el alma en gradaciones de color que van del blanco al carmesí más profundo, y cada matiz de color debe ocupar su lugar legítimo. *'El orden es la primera ley del cielo'* [ref. [2]]. No se pueden encontrar trapos ensuciados por falta de rectitud entre la multitud vestida de blanco ante el trono.

De nuevo, deseo recordarte que, aunque te hablo desde donde la fe se ha transformado en visión, no insisto en que aceptes mi palabra si no te parece convincente; pero te he sugerido, y repito mi consejo, que pienses, reflexiones y medites sobre estas cosas, y *'que cada cual esté plenamente convencido por sí mismo'* [ref.] acerca de si estoy hablando con sensatez y verdad o no, y que actúe en consecuencia. Porque —y en lo que voy a decir no hablo a la ligera ni ignoro las terribles consecuencias, sino que declaro con valentía y amor la verdad tal como me ha sido revelada y como

he hablado—, si en el asunto descubres que has cometido un error al no aceptar el consejo que te ofrezco, descubrirás que el error no es irremediable.

Debes cosechar lo que has sembrado, debes ir exactamente al lugar para el cual te has preparado, debes pagar hasta el último céntimo la penalización en que has incurrido, y te verás obligado a soportar cualquier tratamiento necesario para eliminar toda mancha y contaminación que hayas contraído; pero dondequiera que te encuentres, como ya he señalado, siempre encontrarás ministros de Dios eficientes y compasivos que te ayudarán y guiarán, siempre que, habiendo cumplido con tu responsabilidad, vuelvas tus pensamientos y deseos hacia casa. Y aunque caigas en lo más profundo —horrible pensamiento, de lo cual seas librado— recuerda que el '*hombre conforme al corazón de Dios*' [\[ref.\]](#) ha declarado: '*Si en el infierno hago mi lecho, he aquí, allí estás tú [Dios]*' [\[ref.\]](#), Dios, quien ha prometido: '*Los rescataré del poder del sepulcro; los redimiré de la muerte: ¡Oh muerte, yo seré tu plaga! ¡Oh sepulcro, yo seré tu destrucción!*' ([Oseas 13:14](#)). Y esto porque su amor es eterno, y Él '*quiere que todos los hombres sean salvos*'.

Una vez más, te invito a preguntarte si un evangelio como el que presento no apela a tus afectos y consideración, incitando al alma a responder con '*Me levantaré e iré a mi Padre*', evitando así las inevitables consecuencias de la desobediencia.

Pero también quiero que pienses por un momento en el alma que despierta demasiado tarde para escapar del castigo; o en la que se encuentra víctima de ciegos que guían a ciegos: el alma que abre los ojos para descubrir que las promesas y garantías del sacerdote profesional son peor que inútiles en la aduana del más allá. La víctima de un engaño puede no ser responsable del robo, pero tiene que sufrir por no haber tomado precauciones para no caer en la trampa que provocó su caída. Es realmente triste ver a la víctima desconcertada mientras el golpe de la desilusión cae sobre sus hombros desprotegidos, y la *conciencia* es golpeada con remordimiento al ser recordada en cuanto que una voz tierna y compasiva, que se lamenta: '*¡Cuántas veces quise... pero tú no quisiste!*' [\[ref.\]](#). Sin embargo, de los escombros surge un rayo de esperanza. No todo está perdido. El dictamen del mercenario era igualmente falso en ambos sentidos. Si no tenía autoridad para prometer una corona en falsos términos, tampoco tenía derecho a afirmar la eternidad del castigo.

Pronto, sin importar cuán profundamente el peso de la responsabilidad personal haya hundido el alma, ésta recapacitará y revisará la condición en la que su conducta culpable la ha colocado con justicia. En tal crisis, no se encontrará sola. Cerca se hallará uno de los ángeles autorizados de Dios, a quien se le ha encomendado brindar la misma ayuda que recibí yo de manos de la banda de Myhanene, la cual has podido seguir, y de cuyas instrucciones te he proporcionado una perspectiva. Después de haberme beneficiado de tal ministerio divino, nunca veo ni oigo hablar de alguien como yo, pero anhelo encontrarlo para poder contarle lo que he experimentado.

Pobre hermano peregrino, como el hombre que bajó de Jerusalén a Jericó, ciertamente has caído en manos de aventureros por el camino. Pero al fin estás en manos de verdaderos amigos. Escúchalos, contágate con ellos, acompáñalos, pues, en el espíritu del querido Maestro, harán que tu corazón arda dentro de ti. ¡Cuánto me gustaría susurrarte al oído algo del consuelo que he recibido de tal ministerio desde que, desconcertado, en las laderas, comencé a sospechar lo ocurrido cuando Helen me encontró! Omra ha dicho que el Patio de las Voces me fascinará por siempre. Puede que así sea —el hechizo que teje apenas comienza a envolverme en su maravilloso encanto, y bien puede ser que no sea capaz de formarme una opinión sobre el atractivo que ejercerá en los siglos venideros—, pero, por ahora, no puedo concebir que el cielo produzca una melodía más plena, dulce, santa o

reconfortante que la simple declaración de Helen en respuesta a la duda de si los actos de amor y compasión tenían algún valor en este mundo.

"Pues, '*Dios es amor*' -me respondió-; lo que nace del amor nace de Dios. Eso es todo lo que sabemos de Él".

En aquel momento no capté la plenitud de su música; mis oídos estaban demasiado saturados por los sonidos de la conmoción que me había derribado, como para oír algo más que palabras. Desde entonces he podido captar y escuchar el tema, y también percibir algo de la profundidad de ese evangelio, y te digo que no debes desesperar: '*aunque tus pecados sean como la grana, como la nieve serán emblanquecidos*' [[ref.](#)], aunque te veas obligado a tender tu primera cama en lo más profundo del infierno; pues Aquel que '*quiere que todos los hombres sean salvos*' es capaz de llevar a cabo su propósito hasta el extremo, ya sea que ese extremo sea de distancia, tiempo o depravación.

Puede que no sepamos cómo se logrará tu salvación, pero el Arquitecto que diseñó la casa está versado en todos los medios de comunicación, y si finalmente se descubriera que no ha logrado llevar a una sola alma a su meta designada, en ese único fracaso su omnipotencia no estaría a la altura de la perfección. Por lo tanto, ten ánimo. Has escuchado la llamada: '*¡Ven a mí!*'. Tus pecados pueden haber retrasado tu respuesta a esa llamada, pero no serás abandonado; no se te dejará solo para que encuentres tu camino. En cualquier oscuridad e incertidumbre que encuentres, tendrás la ayuda y el apoyo de una mano guía autorizada. Superarás muchas vicisitudes, puede ser, pero ten la seguridad de que al final tus pies cruzarán el umbral Paternal, y tu descanso final será en la casa de tu Padre.

Tal es la perspectiva que se extiende ante mis ojos. Tú, que aún estás en el valle, quizá no puedas verlo, pero ánimate: sube por el sendero ascendente que se encuentra a tus pies, escucha los susurros de esperanza que caen como ecos desde las cimas, pregúntate adónde van todos los que se esfuerzan por ascender, y siguiendo sus pasos pronto verás, como yo veo ahora, y oirás la música que yo oigo: la coral celestial que Helen me cantó cuando estaba donde tú estás ahora, pero que no supe apreciar entonces, como tú no entiendes el evangelio que tengo el encargo de proclamarte.

Pero permíteme una advertencia sobre un peligro en el que es posible, pero no probable, que caigas incluso ahora. No intentes calcular cuánto tiempo pasará antes de que alcances la meta que se te prometió alcanzar, justo al atravesar el velo de la muerte. Atrás queda el ayer de la carne, pero ahora te encuentras en el eterno hoy, para el cual no hay mañana. El tiempo ha dejado de existir. Y Dios, que es perfecto en todas sus obras y caminos, ahora perfeccionará lo que te concierne. En Su Cielo no puede entrar nada que contamine, y antes de cruzar su umbral debes estar sin mancha ni arruga. Al pensarlo, recuerdo aquellos [versos de Eilele](#):

¡Oh! No es como los hombres nos enseñan...
sólo un paso de la Tierra a Dios;
atravesando el valle de la muerte hacia Él,
con el vestido con el que pisábamos la Tierra;
llamados a alabarle en la fatiga,
o a cantar, mientras la voz,
con el sollozo de despedida del amor, se rompe,
¿Podríamos, apropiadamente, regocijarnos así?

¡No! Debemos esperar hasta que se borre el último rastro de una mancha de tierra, hasta que se pierda el indicio final del peso que tan fácilmente nos asedió, y el alma se vuelva tan boyante de espíritu, que pueda hollar con firme seguridad la tenue tela que cruza el abismo, y, con el paso de un héroe conquistador, alcanzar su recompensa.

Para la gran mayoría de los peregrinos, el camino que conduce a tal consumación pasa por el [valle de Hinón](#) en lugar de por la cima del Monte de los Olivos. Pero no temas: '*Si buscas a Dios con todo tu corazón y con toda tu alma*', lo encontrarás, aunque Él se vea obligado a hacerte pasar por un horno babilónico, y, cuando la liberación se haya consumado, ni siquiera se te encuentre olor a quemado.

¿Me preguntas, desde el plano terrenal, por qué debe ser así, si Dios quiere que todos los hombres se salven? Respondo: Porque Dios ha decretado que toda alma que escuche y responda a la invitación: '*Venid a mí*', entrará en el reino por la '*puerta estrecha*' que siempre está a mano, y que conduce a un camino: '*El camino de la santidad; el impuro no pasará por él*' ([Isaías 35:8](#)), el cual conduce, sin la sombra de un desvío, directamente desde el lugar donde se encuentra el peregrino, al hogar perdido hace mucho tiempo. Si el valle de Hinón se encuentra en esa línea recta, es el pecado, no Dios, a quien hay que culpar. Pero el alma peregrina no debe temer las vicisitudes del camino, pues oirá una voz apacible de amor y aliento tras ella, que le dice: '*Cuando pases por las aguas, yo estaré contigo... cuando camines por el fuego, no te quemarás; ni la llama te abrasará*' ([Isaías 43:2](#)).

Sin embargo, aunque la victoria final está asegurada, aún no se ha alcanzado, y, particularmente en las primeras etapas de la carrera redentora del alma, existen peligros que anhelo que no pasen inadvertidos. Hay leones en el camino, como vio [Bunyan](#) en su famosa alegoría, y nunca fue más necesario que ahora que un Porteador estuviera alerta para asegurar a los peregrinos no solo que los leones están encadenados, sino también para explicarles y advertirles sobre otras artimañas y obstáculos que se han colocado en el camino para desviar a otros.

Justo aquí me parece oír la voz de uno —quizás de más— de mis nerviosos lectores, que están atentos, y con razón, a cualquier señal de herejía, o quizás de pezuña hendida [[ref.](#)], en mis enseñanzas, preguntándome si he olvidado que se supone que hablo desde el otro lado del río, y si no estoy un poco confundido en mis alusiones.

Te agradezco mil veces el recordatorio, querido amigo, y te ruego que sigas ocupando la atalaya y gritando cada vez que descubras cualquier señal de peligro. De momento, todos estamos a salvo. Con tus prismáticos dogmáticos, estás fijando la vista en el espumoso y turbulento Jordán sobre el que...

... los mortales timoratos se estremecen y encogen
para cruzar, [[ref.](#)]

pero yo, en posteriores exploraciones, he encontrado el lugar donde los israelitas cruzaron en seco, hasta que todo el pueblo cruzó el Jordán ([Josué 3:17](#)). Y habiendo aprendido, en el hogar al otro lado del río seco, lo que Cristo quiso decir plenamente cuando declaró que la vida es '*eterna*', por lo tanto indivisible, da igual que los peligros y las dificultades surjan un poco antes o después: ocurren y deben ser superados.

El redescubrimiento de este paso seguro —pues ha existido desde el principio— y el restablecimiento de la comunión, que ahora está tan concluyentemente demostrado como cualquier hecho natural de

la existencia, conlleva responsabilidades muy serias para todo individuo que se aventura a aprovechar las ventajas que ofrece. El establecimiento de cualquier relación siempre exige circunspección y una garantía satisfactoria contra errores, incluso en las relaciones cotidianas de la vida comercial. Cuando la relación contemplada es más estrecha y duradera, se exige un escrutinio correspondientemente más minucioso. Pero donde estamos estableciendo una interrelación con una perspectiva que abarca la eternidad, cuán necesario es que solo nos relacionemos con aquellos cuyas credenciales sean intachables, con autoridad establecida y que, habiendo sido probados, hayan demostrado ser eficientes y confiables en todos los sentidos.

Es en relación con ponerte en manos de guías y consejeros desconocidos y voluntarios, para que te instruyan en relación con este último y más importante aspecto de la vida, que deseo ofrecerte otra advertencia.

Por favor, que se me entienda de una vez. No tengo ningún interés personal, y con toda la reverencia de la que soy capaz, digo: que Dios no permita que intente menospreciar el más insignificante esfuerzo realizado por el menor de entre los más pequeños de Dios para traer la verdad de una existencia continua a la mente del mortal más indigno, sea cual sea la forma, o lo aparentemente ridículo que ese esfuerzo pueda mostrarse en su demostración. Si el incidente se registra fielmente, el Señor de los ejércitos ha usado el aparato vocal de un asno, y en su omnipotencia ha magnificado su revelación de forma tan gloriosa como cuando decidió romper la esclavitud de Israel mediante la intervención de un ángel destructor. Por lo tanto, no tengo derecho ni deseo desmentir lo que Dios ha elegido emplear. Al mismo tiempo —y esta es la postura que deseo adoptar—, dado que Dios pudo haber usado el asno de Balaam en una ocasión extraordinaria, sería una insensatez argumentar que el rebuzno de todo asno debe aceptarse como la voz de Dios. La llave maestra del pecado es parodiar la Verdad. Por esta razón, es lógico que cada persona '*no crea a todo espíritu, sino pruebe si los espíritus son de Dios; porque muchos falsos profetas han salido al mundo*' ([1 Juan 4:1](#)), y por eso deseo ofrecer esta advertencia y explicación.

La atracción simpática es la influencia más poderosa en la vida, ya sea hacia el bien o hacia el mal, y probablemente predomina más en el ámbito del alma que en el de la carne. La oración es el anhelo incansable de la vida por el objeto de su deseo, ya sea puro o vicioso. Una petición puede disfrazarse de fórmula verbal, pero el alma instintivamente se abstendrá de apropiarse de un favor inapropiado. Por lo tanto, '*todo el que pide [de acuerdo con esta ley] recibe*'.

Cristo lo establece claramente: '*Si -nótese esta enfática condición para el éxito- si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queráis, y os será hecho*' ([Juan 15:7](#)). Por otro lado: '*Si alguno no permanece en mí, es echado fuera como pámpano y se seca; y los recogen, los echan al fuego y arden*' ([Juan 15:6](#)).

Ahora bien, la oración —o el deseo anhelante— es la conexión inalámbrica mediante la cual se realiza inicialmente la llamada a la comunión entre los estados encarnado y desencarnado del alma, y cada corazón, que es el instrumento de la comunicación —como un hombre '*piensa en su corazón, así es él*' ([Proverbios 23:7](#))—, está conectado simpáticamente con uno u otro de los dos únicos centros de intercambio existentes: el centro designado por Dios (ya sea que lo llames Cristo o por cualquier otro nombre), o el del enemigo. No puedes mantener ambas conexiones.

Por lo tanto, cuando uno decide esforzarse por establecer una conexión para comunicarse con lo desencarnado, el preludio fundamental es que la persona se examine a sí misma y llegue a una comprensión clara de la cualidad del alma que responderá a su llamado de interrelación.

No te engañes. Es de vital importancia, si deseas llegar al conocimiento de la verdad, que el hombre se subestime en esta apreciación, pues la rectitud no puede compartir las mismas condiciones con la falta de rectitud [*for righteousness cannot meet on equal terms with unrighteousness*]; la luz no establece comunión con las tinieblas; Cristo no tiene concordia con [Belial](#). La ley que rige esta falta de atracción mutua es tan certera en su funcionamiento como la que advierte contra jugar con cerillas en presencia de pólvora.

Capítulo 15

Sobre la interrelación espiritual

Es una falacia común pero muy natural que, concedido que un medio de comunicación puede ser establecido entre los llamados vivos y los muertos, sería más fácilmente logrado entre miembros de la misma familia que con extraños. Tal suposición se basa en la idea de la continuidad de la relación de sangre; pero *'la carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios'*, y la única relación que sobrevive es el vínculo sagrado del afecto puro. En el reino espiritual sólo hay una familia que abarca *'todo linaje y lengua y pueblo y nación. Uno es su Padre, Dios, y todos son hermanos'*.

Puede que esta sea una afirmación difícil de aceptar para ti, y puedes dudar de la verdad de lo que digo. Pues bien, simplemente te estoy comunicando lo que yo mismo he descubierto. Si prefieres esperar a descubrirlo, el resultado no será fatal. Todos los errores deberán ser entonces corregidos. Cualquiera que sea su naturaleza o extensión —veniales o mortales—, deben ser expiados y reparados. Pero, sin importar dónde se encuentre el pródigo cuando vuelva en sí, aprenderá que hay un camino a casa desde el suelo en el que esté, y alguien a mano para guiarle hacia ahí.

Sin embargo, no está de más un poco de reflexión y previsión sobre la cuestión de la apertura de la comunión. El hecho de que un hombre sea o no creyente en la inmortalidad del alma, realmente hace poca o ninguna diferencia en el hecho de que cuando está de pie junto a la cama de un ser querido y ve la chispa vital parpadear hasta la extinción, en lo que respecta a lo físico, se encuentra cara a cara con la experiencia más extremadamente solemne de la vida. Allí de pie, estrechando la mano que casi no responde, observando el acercamiento sigiloso y casi visible de la muerte, ¿quién no siente cuán apropiadamente podría decirse: *'Quítate los zapatos de los pies porque el lugar donde estás es tierra santa'*? [[ref.](#)] ¿Y no es la sacralidad igualmente profunda cuando, bajo el insaciable anhelo de ese corazón viudo, se está a punto de intentar tender un cable telefónico a través de la tumba y hablar una vez más con el ser amado, rompiendo así el insoportable silencio? Tennyson habló con verdadera cautela profética y consejo cuando dijo a los tales:

Cuán puro de corazón y sano de cabeza,
con qué divino afecto audaz
debiera ser el hombre cuyo pensamiento sostuviera
una hora de comunión con los muertos.

En vano tú, o cualquiera, convocará
a los espíritus desde su día dorado,
a menos que, como ellos, tú también puedas decir:
mi espíritu está en paz con todos.

Pero cuando el corazón está lleno de estruendo,
y la duda junto al portal espera,

no pueden sino quedarse escuchando ante las puertas,
y oír el jaleo doméstico dentro. [[ref.](#) [2.]]

La comunicación entre los estados físico y espiritual del ser no sólo es posible, sino natural, ininterrumpida y libre; libre como los océanos lo están para la navegación o el aire para los aviones. Las únicas limitaciones por las que estás condicionado no se encuentran en ninguna obstrucción imaginaria que se supone que bloquearía el camino, sino que todo depende del carácter y la capacidad del vehículo en el que haces el intento. Nadie intentaría cruzar el Atlántico en un bote de remos, ni pasar de Europa a América en un globo de gas. Ambos son útiles, convenientes y deseables para propósitos y necesidades locales y aisladas, pero deben necesariamente ceder el lugar a poderes mayores y más duraderos cuando se hace el esfuerzo de unir o tender un puente sobre la gran brecha que se extiende entre continente y continente.

A medida que el instinto del animal ha evolucionado hacia el poder de razonamiento del hombre, y el intelecto se ha desplegado para dar el poder superior del genio inventivo, estas imposibilidades de los antiguos se han convertido no sólo en posibles, sino en habituales. Pero por grande que sea el intelecto humano, por sugestivamente omnipotente que parezca ser, tiene sus limitaciones y fronteras más allá de las cuales no puede pasar, porque está unido a lo físico, y pronto debe llegar a un punto en el que se oye a un poder superior decir, como al mar cuando se le cierran las puertas: *'Hasta aquí llegarás, pero no más allá; y aquí se detendrán tus orgullosas olas'* ([Job 38:11](#)). El barco más poderoso que surque el océano nunca podrá cruzar la tierra, ni el avión más soberbio que el genio pueda perfeccionar tendrá poder para cruzar el vacío entre los planetas y visitar al vecino más cercano de la Tierra. Y la razón por la que puedo hablar con tanta seguridad de esto es que existe una condición entre los planetas, misteriosa, desconocida, inexplorada, no conquistada, ante la cual el intelecto, la ciencia, la sabiduría y los logros humanos son mudos e impotentes.

A medida que el intrépido aeronauta asciende, descubre que las condiciones que lo rodean se han vuelto absolutamente imposibles de soportar para la existencia física. Alcanza el límite fatal más allá del cual la carne y la sangre no pueden traspasar. En las alturas encuentra, como en las profundidades, una tumba. Y, sin embargo, esa Tierra de Nadie no es un vacío incondicionado. ¿Qué es? ¿No hay ninguna analogía en la naturaleza que nos permita vislumbrar su uso y propósito? Yo creo que sí. Volvamos de nuevo a nuestro Libro-Guía. *'Y llamó Dios a la luz día, y a las tinieblas llamó noche. Y la tarde y la mañana fueron el primer día'* ([Génesis 1:5](#)). Esto satisface todas nuestras necesidades: la tarde y la mañana, las tinieblas y la luz, en la creación; y en el hombre, lo físico y lo espiritual. Pero en la naturaleza, entre los dos estados, tenemos el crepúsculo, que sirve al propósito de entremezclar o entregar la noche al día —la oscuridad a la luz—. Así pues, el hombre es una criatura de cuerpo, alma y espíritu, y la condición Psíquica o anímica es el agente de transición entre lo Físico y lo Espiritual.

Es importante en el más alto grado para mí el señalar aquí que, aunque la línea de demarcación entre los estados físico y psíquico, o psíquico y espiritual, es muy fluida, como la marca de la marea en una playa inclinada, siempre es la condición superior la que se extiende [*reaches down*] y abraza a la inferior. Lo físico no tiene poder para invadir la esfera psíquica, ni lo psíquico puede hacer la más mínima reivindicación de traspasar la frontera de lo espiritual [*nor has the psychic the slightest claim to cross the frontier of the spiritual*]. Fue la espera para deshacerme del último rastro de lo psíquico lo que me impidió cruzar la división que me impedía llegar a la Puerta cuando la contemplé por primera vez. Aquí se hace evidente la sabiduría de Dios al diseñar el Estado de Sueño como una escuela en la que el alma transitoriamente desencarnada podría ser preparada y

calificada para alcanzar alturas más elevadas al entrar en la desencarnación, en comparación con que estuviera solamente sujeta al intelecto y a las enseñanzas disponibles en lo físico.

Esto me lleva de nuevo a la consideración de la apertura de la comunión. Ningún investigador tiene la capacidad de influir en otro que se encuentre en un plano espiritual más elevado que él. Entonces

Cuán puro de corazón y sano de cabeza,
con qué divino afecto audaz
debiera ser el hombre cuyo pensamiento sostuviera
una hora de comunión con los muertos.

¿No es el intento de acercarse a tal entrevista pisar terreno sagrado? ¿Sería de tu agrado romper el silencio de la muerte en compañía de un crítico capcioso, o de un agnóstico científico, o de un buscador ocultista, o de alguien en busca de sensaciones para el té de la tarde?

Por increíblemente sorprendente y repugnante que pueda parecer, la sesión de espiritismo ordinaria no pocas veces presenta tales características. No me malinterpretes. No me opongo a la investigación, ni te pido que creas sin la prueba más drástica. No se puede llegar al santuario interior sin atravesar primero el portal. Antes de poder entrar en la sagrada comunión que deseas restablecer, debes encontrar el alma por la que tu corazón suspira [*creo que en el sentido de conocerte bien a ti mismo, como alma, creada por Dios, vida dada por Dios, digamos*]. Debes estar completamente seguro en tu propia mente de que este camino místico no es un engaño ni una trampa. Tienes derecho a ello, es más, se exige que lo compruebes, y se ponen a tu disposición los fenómenos preliminares mediante los cuales puedes estar seguro y ser conducido hacia la revelación más profunda. 'Buscad y hallaréis'. 'No está oculto de ti, ni está lejos. No está en el cielo, para que digas: "¿Quién subirá al cielo por nosotros, y nos lo traerá, para que lo oigamos y lo pongamos por obra?". Tampoco está más allá del mar, para que digas: "¿Quién cruzará el mar por nosotros y nos la traerá para que la oigamos y la pongamos por obra?". Mas la palabra está muy cerca de ti, en tu boca y en tu corazón, para que la pongas por obra' ([Deuteronomio 30:12-14](#)). Mas lo que te aconsejo es que hagas y mantengas tu indagación preliminar como una parte sagrada de tu oración o culto privado o familiar, y la guardes tan solemnemente como lo hiciste con la separación que ahora intentas anular.

Quiero ser muy claro y enfático aquí, porque los grandes asuntos están necesariamente sujetos a riesgos igualmente grandes. Ya he señalado cuán estrechamente aliada está la cuarta esfera con lo físico en más de un aspecto; en particular, es el portal a través del cual se efectúa el pasaje. Sus ocupantes son, en su mayoría, recién llegados, y por lo tanto muy poco mejor familiarizados con la nueva vida de lo que lo estaban antes de la transición. Digo "en su mayoría" a propósito, porque los que han vuelto a esta condición después de la purgación, aunque se les preguntara, serían naturalmente muy reservados en cuanto a su experiencia; tampoco serían tan propensos a ser buscados por amigos personales como los que hubieran pasado más recientemente.

Se deduce, pues, naturalmente, que esta cuarta esfera se convierte en el gran centro de demanda y de oferta entre las sesiones públicas y las presididas por médiums profesionales, y pido a todos los que las conocen que recuerden cuántas de las respuestas a las preguntas sobre la condición de los comunicantes [*communicants*] van en este sentido: cuán raramente se trata de alguien que hable desde la quinta.

Como ejemplo de la clase de autoridad y conocimiento con que hablan, tomo una ilustración característica de un volumen escrito por una de sus más respetadas y eminentes autoridades

científicas y me abstengo de ofrecer una palabra de crítica. Tan sólo pregunto: ¿Merece la pena romper el silencio de la tumba para obtener semejante información?

Una palabra de explicación puede ser necesaria. Si el lector ha seguido cuidadosamente mi descripción del diagrama, podrá verificar la posición desde la que se da la comunicación. Procede de un soldado, muerto unas diez semanas antes, que se encuentra todavía vestido de caqui, y no habla él mismo, sino a través de "una niña india". El mensaje es para su padre, y el tema en cuestión son las casas y la ropa en el más allá. Estas cosas, se nos dice, tienen que ser fabricadas, "al igual que vosotros fabricáis las cosas sólidas". Y la pregunta es: ¿Cómo?

«... Todo lo muerto tiene olor, si os fijáis; y ahora sé que el olor es de utilidad real, porque es a partir de ese olor que somos capaces de producir duplicados de cualquiera que sea la forma que tuviera antes de convertirse en olor. Incluso la madera vieja tiene un olor diferente de la nueva; hay que tener un olfato agudo para detectar estas cosas en el plano terrestre.

»Trapos viejos -dice-, telas que se descomponen y se pudren. Los distintos tipos de tela desprenden olores diferentes: el lino podrido huele distinto de la lana podrida. Como comprenderéis, todo esto me interesa. Aparentemente, por lo que he podido averiguar, la lana podrida parece utilizarse para hacer cosas como [tweeds](#) [*tejido de lana áspera*] en nuestro lado... Mi traje, supongo, fue hecho de [lana peinada](#) descompuesta en vuestro lado». (Raymond, Sir Oliver Lodge [[ref.](#)] [2], pp. 198-9)

No critico ni niego la validez de la comunicación en sí; lo más probable es que sea perfectamente correcta en cuanto a su fuente y transmisión. Lo que quiero decir es lo siguiente: las almas que ocupan cualquier posición en la cuarta esfera, tanto si han pasado recientemente como si han atravesado por necesidad las condiciones inferiores, no se hallan en una etapa suficientemente avanzada como para hablar con algún grado de autoridad espiritual en cuanto a la vida desencarnada. Sin embargo, estas son las almas que más fácilmente atraen las sesiones de espiritismo y los médiums profesionales.

¿Empiezas a preguntarte adónde te estoy llevando? ¿Acaso me he atrevido a abrir una puerta de esperanza para que tus ojos ensombrecidos por las lágrimas vislumbren la escena que anhela tu dolorido corazón, sólo para cerrarla de nuevo y reírme de tu confiada credulidad? ¡Dios me libre! Yo he estado donde tú estás. He sentido y soportado el dolor que nubla toda tu vida. La angustiada pregunta que estás haciendo —'Si un hombre muere, ¿volverá a vivir?' [[ref.](#)]— la he repetido trabajosamente, rezando por alguna respuesta, pero todo en vano, hasta que mi cansada cabeza cayó sobre la almohada de la tumba. Sé cuán sagrada es la búsqueda, soy consciente de la terrible solemnidad del lugar cuando nos acercamos a la zarza ardiente, y no tengo otro deseo que preservar su santidad. Hay quienes, en su búsqueda de lo maravilloso y oculto, "se precipitarían donde los ángeles temen pisar". A todos ellos les diría con tristeza: "Retrocede, hermano mío, estamos a punto de entrar en el lugar secreto del Altísimo, donde te encontrarás miserablemente fuera de lugar". Pero al corazón destrozado, cansado y cargado, que busca luz en las tinieblas de la vida, el aceite de la alegría para su duelo, le tiendo la mano de la fraternidad y le digo: "Sígueme y verás que la muerte es devorada por la victoria".

A punto de abrir la puerta, permíteme recordarte de nuevo que al cruzar el umbral pasamos del reino físico al dominio de lo espiritual, y, para asegurar el éxito que buscas, se te exigirá que te coloques, en la mayor medida de tus facultades, en armonía con las condiciones de la vida espiritual. Puede que no seas puro y santo, pero la consciencia de tus defectos y la sagrada resolución de aspirar honestamente a tal condición serán aceptadas provisionalmente si se presentan adecuadamente. Por

lo tanto, ninguna alma realmente hambrienta será rechazada con las manos vacías. No es de extrañar que el desterrado Jacob, cuando se dio cuenta de todas las posibilidades y bendiciones que se extendían ante sus ojos y oídos, al cruzar este umbral, dijera: '*Ciertamente esta no es otra sino la casa de Dios, y esta es la Puerta del Cielo*' [[ref.](#)].

Ahora entremos. Y, habiendo cerrado todo contacto con lo físico, en nuestra aspiración, pongámonos en armonía con las nuevas condiciones que nos rodean. En esta luz extrañamente nueva, todos y cada uno de nosotros somos vistos y conocidos y tratados tal como somos, no como haríamos que otros piensen que somos. Aquí sólo llevamos las ropas que nuestras vidas han tejido para ocultar nuestra desnudez. Todos estamos desnudos aquí, en presencia de nuestro Padre, nuestro Dios. Nadie debe tener miedo. Sencillamente, humildemente, apenados —probablemente así será—, derramemos nuestros deseos ante Él: desnudemos la herida que la Muerte ha hecho; supliquémosle que cure la llaga abierta y restaure la comunión rota, confiados en que Él es el vencedor de la Muerte. Luego, dejando nuestra petición a Sus pies, '*descansa en el Señor, espérale pacientemente*' [[ref.](#)], y Él te concederá el deseo de tu corazón.

El camino real, natural, construido por el cielo para restablecer la comunión entre lo mortal y lo espiritual, no es por medio de la sala de sesiones y el médium; estos accesorios pueden ser y son frecuentemente empleados en ocasiones, pero deben ser considerados como excepciones e irregulares en lugar de la regla. La carretera por la que el hombre caminante no errará, ni será engañado o desviado, es a través del ministerio del hermano gemelo de la Muerte, el Sueño. Byron tenía razón cuando dijo:

El sueño baña su propio mundo,
una frontera entre las mal llamadas
Muerte y Existencia. [[ref.](#)]

Consultemos nuestro Libro Guía: '*Él da a su amado [en] el sueño*' ([Salmos 127:2](#)). '*En un sueño, en una visión de la noche, cuando el sueño profundo cae sobre los hombres, en los sopores sobre el lecho; entonces Él [Dios] abre los oídos de los hombres, y sella [confirma: "sealeth"] su instrucción, para apartar al hombre de su propósito, y ocultar el orgullo del hombre. Él guarda su alma de la fosa, y su vida de perecer a espada*' ([Job 33:15-18](#)). Los hombres se han desviado del camino y han perdido de vista ésta, la parte más preciosa de la función del sueño. Tiene un propósito mucho mayor, en la economía de Dios, que dar descanso a un cuerpo agotado. Fue utilizado desde el principio para hacer saber a Adán que él tenía una naturaleza espiritual además de física; para mostrar al proscrito Jacob el camino hacia el hogar espiritual; para revelar a José el futuro concerniente a Egipto, e instruirle al respecto; para conceder el don de la sabiduría a Salomón; para abrir la vista de las edades futuras a Daniel en Babilonia, y darle la interpretación del sueño del rey; y da la promesa de que el ministerio divino será restaurado de nuevo en los últimos días —una promesa que incluso ahora se está cumpliendo por todas partes—.

Otra mirada a nuestro diagrama mostrará que existe un corredor abierto entre la Tierra y el estado de sueño (IX), pero —y aquí radica el poder de la esclavitud en la que el hombre ha sido atrapado— si este paso libre e ininterrumpido se hubiera dejado como Dios lo había diseñado en un principio, nunca habría sido posible un culto de sacerdocio (pastores asalariados). Bajo las enseñanzas (enfáticamente plural) de la Babel de la Teología el hombre ha aprendido la triste verdad del pronunciamiento de Isaías: '*Mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos, dice el Señor*' [[ref.](#)].

Sin embargo, el camino está libre y abierto para quien tenga el valor y el deseo de utilizarlo. Si la Revelación necesitase, o le importase, pedir la confirmación de la Ciencia, sería fácilmente asequible [*procurable*] entender que el cuerpo es desocupado por el alma durante las horas del sueño. ¿Dónde, pues, va el alma? La respuesta no hay que buscarla muy lejos. Ya hemos visto que en la desencarnación cada alma va a su propio lugar. ¿Debe sorprendernos que haya un lugar preparado para los que son liberados temporalmente? ¿No es lo que podríamos esperar de un Dios perfecto en todas sus obras y caminos, que provea un lugar donde los afligidos puedan reencontrarse con los amados? Incluso el hombre permite tales entrevistas ocasionales con los prisioneros, y Dios es más misericordioso que el hombre. Así que esta escuela nocturna del alma ha sido diseñada para demostrar el hecho de que '*No hay Muerte*'.

No ha habido interrupción de su servicio desde el momento en que Adán aprendió en ella que era un ser espiritual además de físico. Pero, bajo las enseñanzas del sacerdocio, el hombre ha permitido que su memoria de las lecciones que ha recibido sea ridiculizada y olvidada. La recuperación de la facultad de la memoria es un asunto enteramente personal, que cada alma debe lograr por sí misma. Ningún tercero tiene autoridad, derecho o necesidad, para intervenir. Los apoderados, abogados o representantes están totalmente fuera de lugar cuando un niño desea admitir algo o pedir un favor a sus padres. Por lo tanto, digo, cuando busques abrir esta comunión, que es tu derecho de nacimiento, procede de acuerdo con la ley del reino, '*cuando hayas cerrado tu puerta, ora al Padre que está en secreto; y tu Padre que ve en secreto te recompensará abiertamente*' [*ref.*]. El recuerdo de la comunión con los seres queridos ausentes amanecerá en ti. Descubrirás que nunca ha cesado. Sólo tu memoria ha fallado. Simplemente has cambiado las horas de tu interrelación, de la vigilia al sueño, y ellos son mil veces más preciosos para ti ahora en su vida superior de lo que eran antes. O, si los encuentras cosechando lo que han sembrado en una esfera inferior a la terrestre, descubrirás que tu amor todavía puede serles de ayuda —un ejemplo de lo cual registraré pronto para tu instrucción—.

Pero alguien me dirá que lo que necesita es una demostración en lo objetivo y no en lo subjetivo. Esto también está previsto, y se alcanzará de forma mucho más fiable mediante el camino por el que abogo que por cualquier otro proceso ideado por el hombre.

El hombre no es una máquina compuesta de piezas estandarizadas que puedan ser intercambiadas y reemplazadas según lo requiera la ocasión. No es simplemente un bruto que se deja llevar por los impulsos del instinto. Ha sido creado a imagen de Dios, y es un ser misteriosamente complicado, accionado y dirigido de acuerdo con la obra de un Espíritu dentro de él que, hasta ahora, apenas está en condiciones de reconocer, y ciertamente no es capaz de comprender. De ahí que el mayor y más profundo misterio de la creación al que el hombre debe enfrentarse sea: él mismo. Y tampoco la solución se alcanzará del todo si el hombre no conoce a su Padre-Dios [*Nor will the solution over be reached until man knows his Father-God*]. En toda la gran familia de la humanidad no hay dos que sean idénticos en todos los aspectos; por consiguiente, lo que es bueno para uno puede ser perjudicial para otro, y esto se aplica a cada aspecto y trayecto de la existencia, así como se encuentra en su infancia o etapa física.

Aquí surge la necesidad de la escuela que Dios ha provisto en el estado de sueño, completamente equipada y provista de maestros que son competentes para enseñar y decir: '*Este es el camino*', y luego guiar a sus alumnos en el camino de vida designado. Esta "manera" se adapta con la mayor exactitud a cada necesidad individual de la vida en particular que esté bajo dirección. La sabiduría que ha dispuesto que un alma, en las horas del sueño, ascienda a la región de los desencarnados, ha

dispuesto también que sus tutores y guardianes tengan igual acceso para aconsejar y dirigir en las horas más necesitadas [*needful*] de su entorno físico. *'Pondrá a sus ángeles a cargo de ti, para que te guarden en todos tus caminos. Te sostendrán en sus manos, para que no tropieces con tu pie en piedra'* ([Salmos 91:11-12](#)). Pero las fuentes de interrelación de que disponen estos ángeles guardianes son tan variadas y numerosas como las circunstancias y necesidades que reclaman su intervención. Es una falacia de la imaginación más infantil suponer que la comunicación con el cielo se limita a las sesiones de espiritismo y a los médiums de trance. Sería como sostener que los vientos libres del cielo sólo soplan a través del fuelle de la cocina. La primera, como dijo el Maestro, *'sopla donde quiere'* [[ref.](#)], y la segunda se adapta igualmente sin restricción a la ocasión, al individuo y a la circunstancia en relación con la cual se requiere ayuda. Agar, en el desierto, necesita clarividencia para poder encontrar el agua necesaria para salvar la vida de su hijo [[ref.](#)]; Jacob aprende primero el camino al cielo desde la tierra mientras duerme, pero más tarde se le concede, no sólo ver, sino incluso luchar con un espíritu materializado [[ref.](#)]; a Moisés se le permite comulgar con la *'voz directa'*, *'cara a cara, como un hombre habla con su amigo'* [[ref.](#)]; A Abraham, tres ángeles, como hombres, se le aparecen y conversan mientras está sentado a la puerta de su tienda [[ref.](#)]; a Elías, se le concede, en respuesta a su oración, un despliegue de fuego que quema su ofrenda [[ref.](#)]; a David se le concede escribir y dibujar automáticamente; a Eliseo, resucitar a los muertos [[ref.](#)]; pero ¿para qué prolongar más la lista? Las leyes de Dios son hoy, como lo fueron en el principio, sin necesidad de cambio o corrección.

Por lo tanto, al tratar de abrir la comunicación, ¿no es mucho mejor que el aspirante "busque a su Dios" para todos sus suministros, necesidades y guía directa, en lugar de recurrir a aquellos que se erigen como intérpretes del más allá por medio de sesiones espiritistas y espíritus familiares?

Dios ha perfeccionado Su propio plan y diseño para alcanzar y dirigir a cada alma individual que viene a la existencia. Cada cual tiene su propio lugar que ocupar, que ninguna otra alma puede ocupar, y Dios tiene Su propio método designado y preparado para llevar a cada alma a su meta designada. Desde el momento en que el llamado, *'ven'*, alcanza a un hombre, se le dirige a tomar el camino recto, sin volverse ni a la derecha ni a la izquierda en su apremio hacia el hogar. Entonces, todo don espiritual que sea necesario para su ayuda y edificación le será concedido a medida que avanza. Pero que el hombre tenga cuidado; el que decide elegir por qué método o manifestación será dirigido y aconsejado, pronto se encontrará fuera del camino, y finalmente en la mazmorra de la Colosal Desesperación. El profeta del Señor que ha sido llamado a escuchar clarivamente los planes secretos del rey de Siria, hablados en la alcoba del monarca, no será instruido por medio de una [mesa giratoria](#); él, que tiene que descifrar la misteriosa escritura en la pared, no necesitará recurrir a un clarividente para su interpretación [[ref.](#)]; Daniel no necesita la ayuda de un quiromántico para leer la profecía del futuro; Pedro no necesita la asistencia de un médium en trance para liberarse de sus grilletes y pasar por la puerta abierta de su prisión. Si se buscan de acuerdo con la dirección espiritual, los dones espirituales pueden ser tan numerosos como las misericordias de Dios y pueden estar a la altura de cada ocasión y necesidad. Asegúrate de que las instrucciones sean observadas, y entonces *'todo el que pide, recibe; y el que busca, encuentra; y al que llama, se le abrirá'*.

Capítulo 16

La cuarta dimensión: "Ahí°" ["Thereth"]

Estaba solo, flotando en el mar sin orillas de una revelación sin límites. Cada soplo de viento, cada ondulación musical del mar parecía cargada de una belleza, majestuosidad y perfección cada vez más incomprensibles. La existencia no era más que un solo volumen: un poema incomparable de ritmo impecable, unidad y concepción armoniosas, nacido de un sueño de amor en el corazón de Dios y ejecutado por la pluma incomparable de la gracia Divina. Flotando en una corriente tan mística, sagrada y arrebatadora, no es de extrañar que mi alma vibrara con la música que desafiaría a los agentes de la eternidad para encontrar expresión, en color, sonido, perfume y luz, como un arcoíris de vida que rodeaba el santuario del Trono.

Estaba solo, flotando, soñando, perdido en el laberinto de la revelación que se extendía ante mí, sin importar hacia dónde volviera mis ojos, asombrados y abiertos. Cada céfiro al rozar mi mejilla, cada onda al besar la corteza de mi barca, cada sonido al acariciar mi piel, cada rocío de perfume al refrescar mi alma, se expandía en una revelación nueva y aún más maravillosa que la anterior, hasta que, finalmente, cedí y, apoyando la cabeza en el seno del éxtasis, soñaba.

Rael me despertó.

«¿Acaso te recuperaré con el grito del profeta: '*Despierta, tú que duermes*', o con la declaración del salmista: '*Cuando el Señor hizo tornar la cautividad de Sión [liberó Sión], éramos como los que sueñan*'?» [\[ref.\]](#), preguntó.

«Siento que preferiría seguir durmiendo y continuar con mi sueño», respondí.

«No me cabe duda de que sí. Dormir, sin embargo, es para los hijos de la noche; nosotros, los del día, debemos estar despiertos y activos. Omra me ha pedido que te acompañe a revivir una de las escenas que te encontraste tras tu llegada. ¿Vamos?».

«Como tú quieras. Estoy completamente en tus manos. Estoy tan abrumado por las revelaciones que me rodean que no puedo hacer otra cosa que sentirme desconcertado».

«Comprendo y empatizo perfectamente con tu dificultad. Un colegial de pueblo, repentinamente lanzado a las actividades de la ciudad, es una figura muy inadecuada para representar tu caso; no hay símil imaginable que lo pueda expresar con justicia; por eso nuestro ministerio está a tu disposición para ayudarte hasta que puedas caminar solo. ¿Vamos?».

Sin esperar mi respuesta, me puso suavemente la mano en el hombro, y en un instante, sin un esfuerzo consciente, estábamos en la cima de la colina donde conocí a Eusemos, en el centro de la creación, el centro de la cuarta esfera. Detrás de nosotros se extendía la ladera donde me encontró Helen; a nuestra derecha, el banco de niebla que crucé con Cushna en mi primer regreso a la Tierra, y ante nosotros, el paisaje prismático con su escena siempre cambiante y animada.

Hasta ahora, cuando he sido transportado de un lugar a otro por medio del vuelo, siempre he sido consciente no solo del acto de viajar, sino también de recibir la ayuda necesaria de quien me acompañaba. En esta ocasión, no tenía ni la menor impresión de ninguna de las dos cosas. Rael me tocó al preguntar: "¿Vamos?", y, como por arte de magia, llegamos a nuestro destino.

«¿Qué ha pasado?», exclamé con voz entrecortada, en cuanto pude pronunciar una palabra.

La compostura sonriente de Rael fue como un sereno '*Calla, cálmate*' [\[ref.\]](#) para mi turbación.

«Simplemente hemos dado un paso más en el camino de tu despliegue -respondió-; En vista de la cantidad de nuevos intereses y ocasiones que te rodean ahora mismo, no es de extrañar que a veces pierdas de vista que, como te dije antes, estás de lleno en el parto de tu segundo nacimiento. Esto significa que te estás liberando de las últimas influencias de los hábitos, métodos y limitaciones de lo físico para poder acceder a la herencia ilimitada e incorruptible de lo espiritual. Mientras, naturalmente, tú concentras tu atención en los aspectos externos de lo que está sucediendo, nosotros, como expertos vigilantes que asisten al nacimiento, verificamos continuamente tu progreso para lograr tu liberación lo antes posible. Este último incidente, como digo, proclama que hemos dado un paso más en la dirección deseada, y si te interesa, con gusto te daré una idea de su naturaleza y significación».

«Me interesará mucho», respondí con gran expectación, esperando que su explicación pudiera descorrer un poco el velo y permitirme vislumbrar el más allá.

«Permíteme comenzar pidiéndote que recuerdes que, en su estado encarnado, la inteligencia del hombre se limita al conocimiento de solo tres dimensiones en el espacio: longitud, anchura y altura. Dentro de estas limitaciones, toda la ciudadela de la ciencia ha establecido sus cimientos, y por muy formado o culto que sea el científico, no sabe nada acerca de lo que esté más allá de la gama de sus cinco sentidos, mientras que en cuanto al ¿por qué? y el ¿cómo? de los sentidos mismos, es tan ignorante como un niño no nacido. De la naturaleza y la fuente de toda vida y ser, que se encuentran tras el velo de los fenómenos, el hombre en lo físico desconoce todo, y uno de los problemas más grandes y profundos que aún le queda por resolver es él mismo. Si, por lo tanto, el cofre, del que se dice que contiene la gema, resiste a todos los intentos de abrirlo, ¿qué valor debe atribuirse a las opiniones, especulaciones, declaraciones y conclusiones científicas de las autoproclamadas autoridades que afirman tener competencia para valorar la joya misma?

»Aquí surge la pregunta de quienes observan la controversia entre las diversas escuelas de sabios: ¿Es cierto que existe un tesoro tan inestimable como el alma inmortal, o el hombre simplemente perece como la bestia? Es en este ambiente donde el agnosticismo alcanza una cosecha exuberante, ayudado por el formalismo frío e indiferente de iglesias igualmente ilógicas, y la corriente de la humanidad es arrastrada a través de nuestras fronteras —así como tú has arribado— para verse abrumada por las revelaciones del amor y la justicia de Dios que deberían y podrían haber conocido y practicado en la carne.

»Al seguir a estos guías ciegos, cuyo centro y circunferencia están limitados por lo físico, la humanidad ha errado, se ha extraviado y finalmente se ha perdido en el desierto del pecado y la rebelión. Ahora la recolección de la cosecha del mundo está cerca, y nosotros, los segadores del Reino, tenemos la misión de regresar para despertar a la tierra dormida con la declaración de que *'Escrito está'* que *'Dios creó al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó'*. Esa imagen del Creador no consiste en carne y sangre, huesos y tendones; de lo contrario, las bestias del campo podrían ser dioses, y quienes moldearon sus imágenes en oro, plata, bronce y madera, y luego las adoraron, podrían tener razón después de todo, y el centro y la circunferencia del filósofo se establecerían en el círculo en el que los dioses y los hombres se crean alternativamente.

»Los atributos de la Deidad son: omnipotencia, omnisciencia y omnipresencia, y estos son los sellos distintivos de la filiación que residen en la familia humana, cada uno para manifestarse a su debido tiempo. Estos atributos de Dios corresponden en número y orden de desarrollo a la triple naturaleza del hombre: cuerpo, alma y espíritu. Del primero *'está escrito'* que cuando creó al hombre, *'Dios los*

bendijo, y les dijo: Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra y sojuzgadla; señoread en los peces del mar, en las aves de los cielos y en todo lo que se mueve sobre la tierra' ([Génesis 1:28](#)). Tal es el registro del legado de lo que podríamos llamar el primer atributo —o atributo físico—, de Dios al hombre: la omnipotencia en lo terrenal. Y aunque el hombre ha demostrado ser infiel en su desobediencia, Dios ha sido indefectible [*unswerving*], de modo que quien busca con todo el corazón volver a su primer estado, aún puede encontrar que nada le será imposible.

»Que la Tierra no funcione consistente y armoniosamente bajo esta regla no respalda la hipótesis de su inexistencia. Nunca debe perderse de vista que el cuerpo no es el hombre, sino el vehículo a través del cual se expresa, y que el período de encarnación no es más que la etapa inicial de la existencia, durante la cual, para comprobar la fidelidad, se concede el ejercicio del libre albedrío, cuya responsabilidad recae en el individuo. El resultado ha sido que, engañado por la lujuria de los sentidos, el hombre ha pisoteado el tradicional 'sí' y ha incurrido en la penalización: '*Porque... has comido del árbol del cual te mandé diciendo: No comerás de él; maldita sea la tierra por tu causa [for thy sake]; con dolor comerás de ella todos los días de tu vida... Con el sudor de tu frente comerás el pan hasta que vuelvas al suelo'* [[ref.](#)]. En consonancia con esto, el ascenso hacia el dominio ha sido laborioso, doloroso y en una agonía de desastres, contiendas y derramamientos de sangre, pero Dios ha sido fiel a su dote, y el hombre ha logrado maravillas en los riesgos que ha corrido, recayendo la ventaja, sin distinción de personas, tanto en malos como en buenos. Pero la medida de conquista que se ha adquirido con tanta dificultad se ha alcanzado ilegalmente. El proceso que se ordenó fue el del seguimiento obediente, para que la humanidad pudiera crecer en el conocimiento y la semejanza de Dios, como el niño que atraviesa la infancia y la juventud hasta la edad adulta, para que pueda ser cuidadosamente establecido en cada etapa para la posición que ha de ocupar. El camino seguido fue, por instigación del enemigo de las almas, desafiar la obediencia, apoderarse de la herencia de un salto y convertirse de inmediato en dioses. La conspiración [*plot*] fracasó. Ningún ladrón puede forzar la entrada y robar los dones de Dios. Porque sus manos no han logrado empuñar el cetro codiciado, pues no pueden poner sus manos sacrílegas sobre el Rey y así deponerlo. Y como no lo pueden acusar [*arraign*] ni obligar a llegar a un acuerdo, el científico y el filósofo han acordado decir en su corazón: "No podemos encontrar a ningún Dios". Y de ahí que, '*Vanidad de vanidades, todo es vanidad'* [[ref.](#)].

»Tal es la conclusión de todo el asunto tal como se presenta a la sabiduría de los Magos, quienes se sientan bajo el '*árbol del conocimiento*' y se alimentan de su fruto en desobediencia al mandato divino, y no hacen caso de lo que está escrito en la ley. Sin embargo, nos conformaremos con tomar nota del resultado y luego retomar nuestra investigación original.

»El segundo atributo de la Deidad, accesible al hombre en virtud de su creación a imagen de Dios, es la Omnisciencia. En relación con los demás atributos, ocupa una posición correspondiente a la del alma en el hombre, que no es física ni espiritual, sino una exteriorización del cuerpo, y la morada [*tenement*] del espíritu. O, para usar otra figura, quizás más conocida, es como el crepúsculo que se superpone y funde la noche con la mañana; O, para usar otro símil bíblico, es el Desierto del Peregrinar, entre Egipto y la Tierra Prometida; o, más aún, el estado de convalecencia entre la enfermedad y la salud, una cualidad puramente psíquica. En la amplitud de su alcance, abarca, en su aproximación a lo físico, la forma más baja de clarividencia, que apenas trasciende la visión normal, y de ahí asciende hasta incluir a '*los puros de corazón que ven a Dios'* [[ref.](#)]. Para quienes aún están encarnados, esta inestimable recompensa [*guerdon*] abre las puertas a la posible entrada a los salones de comunión durante el tiempo de emancipación que el alma disfruta en las

horas del sueño. Pero aquí, de nuevo, la autoridad de la ciencia, la filosofía y la religión ha intervenido para denunciar tal superstición como "ver lo invisible" [\[ref.\]](#), para que no se ponga en peligro el dictamen de los Magos. Sobre esta base se está librando con tenacidad la batalla por la supremacía entre la carne y el espíritu, con efectos, por el momento, variables, aunque el resultado final es seguro, puesto que '*lo que es nacido de la carne, carne es, y lo que es nacido del espíritu, espíritu es*' [\[ref.\]](#); lo uno transitorio, lo otro eterno.

»Al acercarnos al tercer atributo de Dios, en cuya imagen fuimos creados —la Omnipresencia—, entramos en el reino de lo espiritual, donde '*las cosas viejas pasan y todo se hace nuevo*' [\[ref.\]](#). La verdadera luz ha llegado; las últimas sombras del crepúsculo han dado paso a la gloria de la mañana; las lujurias de la carne y la soberbia de los ojos han sido vencidas y dejadas atrás; las manchas psíquicas del pecado que desfiguraban y manchaban el alma han sido eliminadas por la purificación; el peregrino que regresa a casa ha llegado al Patio de las Voces y ha escuchado el veredicto de aceptación; desde allí, avanzando hacia la puerta del reino, se detiene inesperadamente al borde de un abismo infranqueable. ¿Habrá habido un error? No. Ese abismo abierto es el Jordán alegórico que separa lo físico de lo espiritual. Se dispone que no pasará por la puerta, al otro lado, '*nada que contamine*' y, en preparación para la entrada del alma, las huellas de su contacto con la tierra contaminada de pecado han sido removidas gradual y escrupulosamente, una a una, en su progreso a través de las esferas psíquicas, hasta que, finalmente, erradicado el último rastro de impureza de la tierra, el alma asciende a su morada espiritual. Esta ruptura con el último filamento de esclavitud física es el verdadero segundo nacimiento, tan absolutamente esencial para la admisión al reino: la libertad con la que Cristo hace libre a Su pueblo. Esa liberación es libertad de verdad. Otorga la facultad del tercer gran atributo de Dios: el poder de la Omnipresencia, en cuyo ejercicio podemos operar en la cuarta dimensión».

«¿La cuarta dimensión! ¿Qué es eso?».

«El ámbito de lo espiritual ilimitado -respondió-; Cuando Omra te llevó al borde del abismo y te invitó a cruzar, retrocediste».

«¿Era de extrañar?», pregunté.

«¡No! Fue una acción perfectamente natural. Fue el miedo —una mancha terrenal— lo que te retuvo. Omra comprendió la señal, y te llevó aparte hasta que el proceso que operaba en ti se completara».

«¿Cuánto tardará? ¿Tienes alguna idea?».

«Sí, la evidencia es demasiado tangible como para admitir la más mínima duda. Ya lo has alcanzado».

«¿Estás seguro?», pregunté con dubitativa expectación.

«Totalmente seguro -respondió con una sonrisa tranquilizadora-; La evidencia me fue dada por la forma en que me acompañaste hasta aquí».

«¿Cómo? No lo entiendo en absoluto».

«Claro que sí -y Rael no pudo evitar reírse a carcajadas ante mi desconcierto-; Eso es lo que te hizo preguntar qué había sucedido».

«¿No me lo vas a explicar?».

«Claro. Hasta ahora, cuando has hecho una visita más allá de tu propia condición —por ejemplo, a casa de Myhanene— has necesitado ayuda para llegar a tu destino».

«Sí», asentí.

«Y, por muy rápido que haya sido tu vuelo, siempre has sido consciente del hecho de que viajabas».

«Sí».

«Pero en este caso simplemente te pregunté si podíamos venir, tocándote el hombro, y aquí estábamos».

«Sí; pero ¿cómo?».

«Al haberte librado del último contacto con las influencias limitantes de la tierra, accedes a la herencia espiritual del tercer atributo de Dios: la Omnipresencia, que imparte el germen de la ubicuidad hasta la medida de pureza a la que tu alma haya adquirido la fortaleza para ascender. Pues no quiero que entiendas que ninguno de estos atributos puede aún disfrutarse en su perfección. Como todas las demás concesiones [*bestowments*] divinas, cada una se implanta en nosotros a su debido tiempo, y luego su cultivo procede según el cuidado y la atención que les dedicamos. Llevamos el esbozo de la imagen de Dios en nuestra creación; el diseño se completa y se añaden los detalles finales a medida que elegimos dedicarnos a la tarea, en nuestro ascenso de etapa en etapa en la jerarquía celestial, hasta que Lo veamos tal como Él es. En el paso que estás a punto de dar, superarás las limitaciones del tiempo y la distancia, que de ahora en adelante te resultarán inapreciables. Mil años serán para ti como un día, y un día como mil años, en cuanto a tu capacidad para lograr y experimentar cualquier cosa que emprendas. Las ideas del pasado y del futuro comenzarán a desvanecerse de tu reconocimiento, a medida que te aclimatas a tu nueva condición de esta cuarta dimensión, o dimensión espiritual, ya que desplegarás el poder de estar realmente ahí, primero en el pasado y luego en el futuro del único y eterno Ahora. Por esta razón, esta cuarta dimensión o estado solo puede expresarse con el término "*Ahí-ésimo / Ahí^o*" [*como si dijéramos el "enésimo del ahí"; creo que sería un numeral de orden (como cuando decimos "quinto" en vez de cinco), forzado en una expresión de lugar como es el adverbio "ahí" (there). La expresión sería ese adverbio "ahí" en inglés, pero puesto como numeral de orden: Thereth*]. Algunos se han aventurado a expresarlo como "*A través-ésimo*" [o "*Más-allá-ésimo / Más-allá^o*": *throughth; misma nota que antes*], pero esto es engañoso, ya que dicho término implica un reconocimiento del pasar, del paso [*del atravesamiento*], que no necesariamente se da, ya que el acto de transición puede realizarse en las alas del pensamiento, como en nuestro tránsito hasta aquí, un proceso que no admite reconocimiento: lo deseamos, y se hace».

«Es casi increíble, maravilloso. Pero ¿seré ahora realmente capaz de cruzar aquel terrible vacío?».

«Sí; pero ya no producirá la misma sensación de asombro inicial. No me sorprendería que pasaras sin darte cuenta del hecho. Pero antes de regresar, deseo que te fijas en el aspecto tan diferente que tiene esta escena respecto a cómo la viste en tu primera visita».

Capítulo 17

Un despertar temeroso

He estado repasando el relato que hice de mi estancia en ese [Monte de Dios](#) en compañía de Eusemos, y comparando el diferente aspecto que adoptó con ocasión de mi visita en compañía de Rael. Y, sin embargo, la escena en sí era prácticamente la misma; el notable cambio que se había

producido dependía enteramente de la condición del observador. Antes, mi fuerte deseo era retroceder en dirección a las nieblas, lo que, según Helen, se debía a la atracción del cuerpo; ahora, ansiaba ir en dirección contraria y cruzar el Rubicón hacia lo espiritual. En aquel entonces, observaba los variados caminos de lo que artísticamente llamé el [paisaje prismático](#), indicando el camino hacia una condición o destino vago; ahora, cada matiz individual en esa armonía sinfónica latía con vida, inspiración y revelación. Entonces, me maravilló la aparente falta de ley, orden y organización que observaba en relación con los recién llegados; Ahora, vi no solo la sabiduría, sino también la bondad amorosa que se manifestaba en esa disposición.

Al llamar mi atención sobre esto, mi guía me hizo tomar conciencia del progreso que yo había logrado bajo la dirección del ministerio de Myhanene, y al repasar esta primera escena de esta vida desencarnada, pude revivir el recuerdo de mis primeras impresiones, que fueron solo superficiales, y también leer las lecciones más profundas que desde entonces se habían abierto a mi visión espiritual.

«¡Qué comentario sobre el valor de la retrospección!», le dije a mi compañero, tras examinar y comparar pausadamente los numerosos detalles de la escena.

«Sí; hay una manera de mirar atrás que nos permite avivar nuestro entusiasmo por seguir adelante, y en esta revisión encontrarás un ejemplo contundente. Con la ayuda de la visión más clara y profunda que has adquirido, podrás penetrar en las profundidades de ciertos misterios de esta escena que antes te eran insolubles; y al regresar, con una visión aún mayor, podrás mirar aún más a fondo. Así, todas las obras y caminos de Dios vibran siempre con una revelación nueva y más profunda para quien se adentra con valentía en las profundidades».

«Si es así, ¿no se sienten, cada paso que damos, cada escena y lugar por los que pasamos en la peregrinación, infundidos con una atracción similar a la que mencionas en relación con el Patio de las Voces?».

«En cierto sentido, ¡sí! Pero cada lugar posee su propio encanto peculiar. El atractivo incomparable del Patio y sus alrededores reside en que es, para cada alma que lo ha transitado, lo que el Monte de los Olivos es para el Maestro mismo: el lugar desde donde ascendió a la gloria tras liberarse de las últimas ataduras de la carne. Es allí donde la mortalidad es finalmente devorada por la victoria».

«Ahora empiezo a comprender algo de su formidable significación -respondí, asombrado por no haberlo apreciado completamente hasta entonces-; Oh, Myhanene, qué acertado es tu conocido aforismo: "Los grandes asuntos giran en torno a puntas de diamante"».

«¿Acaso no podríamos preguntarnos si existe una tal comparación, la de entre lo grande y lo pequeño, a la luz del Reino? -preguntó Rael, y luego- ¿Pero qué tenemos aquí?».

Mientras hablaba, con un ligero gesto de la mano, me llamó la atención hacia dos personas que se acercaban desde la agitada escena del valle que se extendía a nuestros pies. Una fue identificada de inmediato como uno de los asistentes ministeriales involucrados a la manera de Eusemos, quien tan amablemente acudió en mi ayuda; el otro —no hizo falta que me lo dijeran— era un recién llegado que, por su actitud y porte, sufría la sensación de cierta injusticia, a la que se resistía enérgicamente. Aún estaba a cierta distancia de nosotros cuando se dirigió secamente a Rael:

«¿Me han informado correctamente de que usted es una de las autoridades aquí?».

«Si puedo serle útil en algo, será un placer», respondió mi compañero.

«Busco a alguien que pueda solucionar un agravio muy grave o que me indique dónde puedo solucionarlo».

«¿Puedo preguntarle sobre la naturaleza de su problema?».

«¿Podría decirme si tiene autoridad para ocuparse de ello? Deseo contactar a alguien en una posición de responsabilidad».

Si el iracundo interrogador no hubiera estado tan cegado por su pasión, seguramente la mirada de lastimera compasión con la que Rael lo miró habría suavizado su acritud.

«Todos somos responsables, no solo de prestar cualquier servicio que se nos presente, sino también de complacernos en ello», respondió.

«¿Pero su servicio es autorizado?».

«¿No me va a decir usted lo que necesita? -preguntó con amable persuasión-; y entonces, si no estoy en condiciones de ayudarle, puedo sin problemas ponerle en contacto con alguien que lo hará de inmediato».

«¿Es necesario que exprese mi agravio? Míreme -y extendió los brazos con el más dramático disgusto-, mire mi condición inmundada. ¿No se hace notar por sí misma?».

«¡Pobre alma! Sí, es demasiado penosamente notable. ¿Quién eres?».

«No pido conmiseración, joven -respondió con altiva burla-; Lo que busco es el respeto y la atención que mi posición se merece».

«Y vuelvo a preguntar: ¿Quién eres?».

«Soy el [Deán...](#)», y Rael le interrumpió.

«¿Quieres decir que *eras* el Deán?».

«Sigo siéndolo hasta que rinda cuentas de mi gestión», insistió.

«¿Pero acaso no te han destituido de ese cargo por fuerza mayor [*act of God*]?».

«Por fuerza mayor descanso de mis labores, pero sólo para recibir mi recompensa. ¿Acaso es esta vil parodia de atuendo la única recompensa de la que se me considera digno?».

Rael no se apresuró a responder, sino que miró a su desconsolado apelante con una tierna y fraternal conmiseración que jamás olvidaré; era una mirada como la que, creo, debió posarse en el rostro de Cristo al proferir aquel desgarrador lamento por Jerusalén desde la cima del Monte de los Olivos. Cuando habló, fue para formular otra pregunta a cambio, como un gemido de impotencia desde la caverna del pesar [*regret*].

«¿No está la recompensa a la altura de tus expectativas?».

El tono de la pregunta sorprendió; parecía desarmar la agresividad del suplicante, quien se quedó sin respuesta; luego, con ánimo escarmentado, respondió:

«Más que en las expectativas personales, yo me había apoyado en las promesas».

«¿Qué promesas? -la inquisitiva pregunta se formuló con el mismo espíritu de tierna consideración- ¿Y siempre suplicabas por ellas como miserable ofensor, con un corazón verdaderamente

arrepentido, o simplemente como parte de una confesión verbal genérica, sin ninguna referencia a un verdadero arrepentimiento y anhelo de remisión?».

El viejo espíritu rebelde volvió a alzar la cabeza cuando Rael insistió en su pregunta.

«¿Qué autoridad tiene para este interrogatorio?».

«La autoridad de un hermano mayor que, tras haber sido apelado, desea con gran compasión aclarar un doloroso malentendido», respondió.

«Pero no veo la relevancia de su pregunta».

«¿No la ve? Creo que puedo facilitarle eso. Me apena mucho encontrarlo vestido con estas ropas sucias, y ante su solicitud, anhelo demostrarle que no se ha cometido ningún error ni injusticia al respecto».

«Pero insisto en que es monstruoso; y exijo ver a alguien con autoridad para actuar en este asunto».

«No verá a nadie más capaz o dispuesto a ayudarle que yo, si me lo permite».

«¿Se encargará entonces de que me proporcionen ropa decente? Entonces estaré dispuesto a escuchar lo que tenga usted que decir».

Al oír esta exigencia perentoria, recordé aquel dicho trillado: "Poner a prueba la paciencia de un ángel", una operación que estaba presenciando aquí en un sentido muy literal. Pero Rael parecía volverse más tranquilo, sereno y, si cabe, más lastimosamente paciente a medida que aumentaba la demanda.

«¿No ha estado aquí lo suficiente para descubrir que la ropa que porta, por miserable que sea, forma parte de usted: tejida, proporcionada y ajustada a usted, y que nadie más que usted tiene el poder de cambiarla o quitársela?», respondió con gran persuasión.

La declaración fue recibida con una exclamación de incredulidad y desdén, y en un arrebato de ira por desacreditarla, hizo un violento esfuerzo por deshacerse de la repugnante ropa. El esfuerzo resultó ser más efectivo que cualquier argumento. En la condición del sufriente —intentar desechar lo vil para poder revestirse de lo noble— fue como desgarrarse a sí mismo, y con un grito de agonía dejó de torturarse, volviendo su rostro abatido hacia Rael en una silenciosa súplica de explicación.

«Mi pobre y desafortunado hermano -comenzó Rael-, por muy triste que sea tu condición ahora, sigues siendo miembro de la familia en la que me encuentro en una situación más feliz. Ojalá intentaras comprender esto y recordaras que siempre estaré dispuesto a ayudarte o aconsejarte cuando necesites mi ayuda. Quizá no puedas aceptar esto con la libertad y la plenitud con que te lo ofrezco, porque te resulta difícil comprender que se haga tal oferta, después de tan poco tiempo de conocernos, sin que sea una tapadera para algún motivo oculto. No tardarás mucho en descubrir que estas siniestras corrientes subterráneas de pretensión y engaño no pueden ocultarse entre nosotros. Todos somos conocidos y leídos por todos. Si hubieras sabido esto, me habrías entendido de otra manera desde el principio; habrías comprendido por qué llevas las prendas de las que tanto deseas deshacerte; habrías sentido la fuerza de mi pregunta cuando te pregunté si solías suplicar por las promesas con un corazón verdaderamente arrepentido o como una confesión verbal sin ninguna consideración de un verdadero arrepentimiento. No necesitaba preguntar; podía leerlo con demasiada claridad en tu vestimenta. Quise recordarte tu confesión habitual, hecha tan

superficialmente, cuando decías: *'Todos somos como cosa contaminada, y todas nuestras justicias como trapos de inmundicia'* [ref.], pero no me escuchaste».

«¿Olvidas nuestros sacramentos? ¿Acaso no sirven de nada? Si no, ¿qué es verdadero o eficaz?».

«Cuando cualquier don o criatura de Dios se usa legítima, fiel y reverentemente, se convierte en un sacramento: un signo externo y visible de una gracia espiritual interna. Sin embargo, el signo, símbolo o ceremonia más sagrado que el cielo pueda idear, si es empleado con sacrilegio o tergiversado a la ligera, se convierte en un despilfarro inefectivo, y en un agente activo para convertir la verdad de Dios en mentira, y en un instrumento para desviar al rebaño de Cristo hacia los senderos de la locura y de innumerables pecados. El único sacramento que Dios ha instituido para su observancia en la Tierra es el del Amor, que brilla desde el cielo como la Estrella Polar para guiar a la humanidad hacia el hogar; para luego ser reflejado de hombre a hombre, en cuanto que cada individuo recibe el mandato de comunicar la llama sagrada a la antorcha de su hermano, para la iluminación del mundo entero; y finalmente, para que la Tierra, bautizada con la gloria del Esplendor Divino, devuelva su abundante cosecha para llenar el granero de la casa del Padre con una raza de hijos que fueron engendrados, alimentados, educados y perfeccionados a imagen del Amor del que surgieron.

»Pero este sacramento de Dios, simple, natural y completamente suficiente, no convenció a los sabios de la Universidad de Babel, quienes, para engrandecer su culto, inventaron una serie de sacramentos ficticios y falsificados —eclesiásticos, ritualistas y teológicos—, a través de cuyo laberíntico misterio ni siquiera las más grandes autoridades logran descubrir un camino claro y definido. El sistema les atrajo la denuncia de Cristo: *'¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas!, porque cerráis el reino de los cielos delante de los hombres; pues ni entráis vosotros, ni dejáis entrar a los que están entrando'* [ref.]. Esta engañosa falacia de una teología construida sobre la filosofía de los hombres, en lugar de la revelación de Dios, no solo ha sobrevivido al anatema de Cristo, sino que desde entonces se ha ramificado en una multitud de escuelas rivales hasta que la confusión se ha vuelto aún más frustrante, y el nombre del Príncipe de la Paz se usa como grito de guerra para una masacre inhumana.

»Los Magos han reproducido con tanto éxito la engañosa tragedia alegórica del Edén en el hipnótico templo de Babel, donde la cizaña fue sembrada con tanta ingeniosidad entre el trigo, que se ha vuelto una tarea vana separarla antes de que la guadaña de la Muerte convierta la tarea en una triste, aunque fácil. Entonces llega el brusco despertar cuando la mano de la Verdad despierta al durmiente: *'¡Levántate y mira!'*. Esta es la sorprendente revelación bajo cuya asombrosa influencia me has suplicado. Y ahora -aquí la voz de Rael adquirió un tono más profundo y, si cabe, más tierno que nunca-, ¿qué podría decir, qué puedo hacer para ayudarte? ¿Por qué estabas tan ciego y sordo? ¿Por qué te engañaste tanto como para no saber que el Maestro hablaba tanto para ti como para aquellos a quienes te dirigías al leer sus palabras: ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! Porque sois como sepulcros blanqueados, que en verdad parecen hermosos por fuera, pero por dentro están llenos de huesos de muertos y de toda inmundicia? Ahora tienes ante ti tu casa, no solo desolada, sino lamentablemente ruinosa. Con demasiada ligereza, tomaste la responsabilidad de ocupar una posición sagrada que no comprendías; de cumplir un deber espiritual al que no fuiste llamado; de declarar los designios de Dios que no te habían sido revelados; de guiar las almas de los hombres por un camino que tú mismo ignorabas; de declarar un camino de salvación cuyos principios básicos desconocías; y ahora debes cosechar los frutos de tu audacia; ahora tienes que

pagar el precio de tu incompetencia hasta el último céntimo de la justa exigencia que se te impone. Y no hay escapatoria».

Mientras Rael se expresaba con calma y compasión, el espíritu altivo del clérigo dio paso gradualmente a una creciente sensación de seria aprensión, y al concluir, con unas maneras muy apacibles, la interrogación fue formulada:

«Pero aunque yo sea el único ofensor al que usted señala, ¿acaso no soy también una víctima? No soy el creador del sistema que usted proclama, sino que lo acepté y lo abracé por el valor que mis antepasados le dieron. ¿Acaso no tengo derecho a una consideración mitigante por esto?».

«Sí, mi hasta ahora descarriado hermano, tienes derecho a recibir consideración, y la recibirás ahora que has caído en manos de Dios; no del Dios que se te ha autorizado a presentar ante tus semejantes como figura central en un sistema teológico artificial, sino del Dios que se manifestó en la vida, la enseñanza y la obra de su ungido, quien *'quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad'*, y de cuyo irresistible amor ya no podrás escapar cuando, de una vez, como el desdichado hijo pródigo, despiertes y recuperes el sentido.

»Sentémonos un momento mientras te cuento algo de la bondad amorosa del Padre con quien ahora tienes que tratar», y los cuatro nos lanzamos a la cima de la ladera mientras Rael derramaba su alma en un planteamiento del evangelio que era antiguo y no obstante fascinantemente nuevo por la forma en que se presentaba.

«El epítome de toda vida que el mundo haya conocido y pueda conocer -comenzó-, se encuentra en conexión con los relatos de la vida de Jesús; los comentarios y detalles, si acaso son esenciales, se exponen en las demás partes de las Escrituras. La ley y los profetas no son códigos doctrinales, filosóficos y científicos, puestos en manos de sacerdotes para el gobierno del pueblo; son alegorías, dadas a los niños para que los mayores enseñen a los pequeños las sencillas historias de amor que el Padre ha escrito para despertar y estimular el amor de sus amados. Pero como la variedad de tiempo, lugar, circunstancia, posición, capacidad mental y herencia cultural se combinan para producir una innumerable diversidad de personalidades, mientras que con frecuencia grandes grupos se mantienen unidos por uno u otro rasgo distintivo, tan entrelazadamente como para conservar la unión de toda la familia, las historias no se cuentan en capítulos consecutivos y volúmenes completos, sino que las alegorías se engarzan, como joyas en la historia de hombres, familias o naciones, para que el hijo o la hija que juega al escondite pueda buscar y encontrar, y, aprendiendo a encajar cada lección según su propia concepción de la imagen de su Padre, pueda presentar su propia idea del retrato de su Padre invisible en la vida que él o ella construya.

»Quizás te sea útil si presento ante ti tu propia historia según este esquema, tal como la veo reflejada en las Escrituras, tal como la presentaría si predicara el evangelio desde la perspectiva que ahora contemplamos. Encontraría el esbozo cristiano de esto en la hermosa historia que muestra el ministerio del buen samaritano. Ocupas el lugar de la víctima que, atraída por algunas ventajas no especificadas que ofrecía Jericó, e ignorante de la maldición regia que antiguamente se había pronunciado sobre la ciudad ([Josué 6:26](#)), sin ser supersticioso, le dio la espalda a la ciudad del gran Rey, siguió el camino de los pecadores y cayó víctima de ladrones que lo golpearon y despojaron.

»La concisa descripción, "dejándolo medio muerto", junto con el resto de la alegoría, muestra la elocuente maestría del orador al revelar tantas cosas en los silencios, para aquellos cuyos oídos y ojos espirituales están abiertos: las vías por las que Dios realiza sus significativas revelaciones. ¿Cómo podría describirse mejor la situación en la que te encuentro que con las palabras "dejándolo

medio muerto"? Despojado de todos los accesorios de tu orgullosa profesión, incluso del cuerpo que adornabas con las insignias de las que tu exaltado cargo alardeaba, de modo que ni siquiera una mirada casual del sacerdote y el levita que pasaban por allí reconocería tu dignidad, ¿acaso podría emplearse una frase más breve e indiferente [*noncommittal*] para expresar la situación?

»Y, sin embargo, solo has soportado la mitad de la muerte: el camino de Jerusalén a Jericó es el camino de la muerte, pero la ciudad de la alegoría fue destruida, de modo que quien pudiera escapar de los ladrones que infestan el camino y llegar al lugar, no encontraría ciudad allí —el Rey eterno ha declarado que '*La muerte es devorada por la victoria*' [[ref.](#)]—; y tú, cuando ahora llegas a lo más extremo del vagabundeo, llegas casi al extremo de lo eterno, y la circunferencia toma su giro hacia arriba. No puedes asfixiarte en la inmundicia del pesebre, pues hay un brazo eterno incluso por debajo del lodazal, para levantar la cabeza, hasta que el más vil pródigo despierte con la latente determinación de escapar.

»No digo que tengas que alcanzar este límite —lejos de mí—. Ahora estás en el reino de la ley y la justicia, no administradas como en un tribunal terrenal, sino de acuerdo con la inviolable rectitud de Dios. No serás arrastrado ni escoltado a ningún lugar para el cual te hubieras preparado, mas cuando te dejemos, nuestro hermano Eldare puede ahorrarte muchos problemas —quizás también dolor— al señalarte el camino hacia donde se encuentra tu propio lugar; luego podrás encontrarlo por ti mismo, y cuando lo elijas, nadie intentará discutir tu elección.

»Pero aunque no te verás obligado a la hora de elegir tu primera morada, estoy seguro de dónde recaerá tu elección».

«¿Tendrías la amabilidad de decírmelo? -suplicó con un ánimo aún más sereno-; ¿Será con otros clérigos, ya que dices que cada uno va a su lugar?».

Rael respondió a la mirada expectante con la que se hacía la súplica con una mirada de lastimera conmiseración y no se apresuró a responder. Luego, con marcada deliberación, dijo:

«Aquí no hay clérigos. Tales distinciones, con todos esos accesorios de la Feria de las Vanidades, yacen allí -señalando a lo lejos, hacia los grandes bancos de niebla-; Todas las pompas y vanidades de los seductores ensueños de la carne yacen enterradas con el cuerpo. No pueden resurgir. Para ti, esa Feria ha terminado; su atractivo drama ha terminado; los aplausos de los entretenidos han cesado; el telón ha caído; las vestiduras con las que elegiste pavonearte en el escenario se han quitado; y tengo ante mí no al héroe popular de las candilejas, sino al miserable actor que busca un refugio donde reposar la cabeza, un amigo que le dé el pan que anhela. Con mucho gusto te daría de comer, pero en tu pasión por tu artificio has debilitado tanto tu constitución que darte alimento sólido sólo aumentaría tu sufrimiento. Necesitas del más hábil y cuidadoso tratamiento para asegurar tu recuperación. Al principio será doloroso, debido a tu descuido en cuanto a tomar precauciones en el pasado. Aspiraste a la fama y la alcanzaste; pero en tu victoria perdiste la salud de tu alma; ahora tienes que librar una batalla más dura para recuperarla. Pero no desesperes. Por drástico que sea tu tratamiento, deja que esto te ayude a soportarlo; no puede terminar fatalmente. Ni se te dejará soportarlo sin supervisión. Quizás tengas que pasar por un horno babilónico en tu camino; pero no temas, el fuego es sólo un agente de purificación para arrastrar y eliminar la inmundicia; no puede destruir la vida; y aunque en los dolores de la prueba no seas consciente de ello, en medio del horno estará contigo alguien a semejanza del Hijo del Hombre, para velar y liberarte cuando el efecto purificador esté asegurado. Quizás sea necesario el crisol para eliminar la escoria que envenena tu vida; si es así, el refinador estará a tu lado constantemente; y cuando, por

fin, pueda ver claramente su propia imagen reflejada en tu interior, te traerá de vuelta al punto donde nos encontramos ahora.

«Cuando, por la providencia de Dios, puedas hacer esto, serás un hombre completamente distinto: tus ojos se abrirán, tu entendimiento se ampliará y, al repasar toda tu trayectoria, te llenarás de asombro y sorpresa ante la tierna bondad del Padre que se te ha manifestado. Ojalá pudiera salvarte de todo lo que te espera —entre el momento de ahora y aquel— en el doloroso proceso de purificación, pero la semilla ya está sembrada y la cosecha debe ser recogida; mas en la cosecha encontrarás la bendición que enriquece, y cuando nos volvamos a encontrar me dirás que la ganancia ha sido mucho mayor que el costo».

Con esto lo despedimos.

Puede que me equivoque al evaluar la comparación, pero al recordar este incidente, no recuerdo una experiencia que me llenara de un mayor anhelo de hacer algo para aliviar sus consecuencias que el caso que dejábamos atrás. Varias veces volví la cabeza y miré con melancólico deseo a aquella alma sufriente. Finalmente, mi compasión se volvió insoportable, así que le supliqué a Rael:

«¿No podemos hacer algo para ayudarlo?».

«Nada más», respondió lacónicamente, pero el gesto compasivo de negar con la cabeza delataba todo un volumen de profundo significado.

«Me parece casi criminal dejarlo solo, tal como está», respondí.

«Su caso no es exactamente como se lo parece a tus ojos inexpertos -respondió-; Intentar hacer más ahora no solo sería imprudente, sino perjudicial. Eldare es mucho más competente que tú o que yo para brindarle la ayuda que él necesita, y por mucho que cualquiera de nosotros estaría encantado de ayudarlo, después de lo logrado debemos conformarnos con dejarle, hasta que un ulterior tratamiento le resulte beneficioso en lugar de lo contrario».

«Disculpa la presunción de mi ignorancia, Rael -supliqué en mi importunidad-, pero si nos quedáramos cerca, ¿no podríamos ayudarlo con mayor facilidad cuando realmente lo necesitara?».

Había más elogio que reproche en la mirada que me dirigió al preguntar:

«¿Y sugerirías que descuidemos otros deberes legítimos mientras esperamos a que solicite ayuda, para luego descubrir que se habían designado otros más cualificados que nosotros para tal propósito?».

«Ah, amigo mío, perdóname, me siento bien amonestado. En mi ignorancia, no sabía qué pedía; es sólo que, compadecido del sufrimiento, quise extender una mano para ayudar».

«No hay nada de qué arrepentirse ni de qué ser perdonado en lo que has hecho, hermano mío -respondió, con el rostro radiante de elogio-; Hasta donde se me permite leerlo, todo este incidente ha tenido, como uno de sus propósitos, el presentarte esta prueba: determinar si, en el instante en que pudieras poner en funcionamiento tu recién descubierto poder del 'allí', estarías dispuesto, ante la llamada del deber, a renunciar a tu gratificación personal para poder desempeñar un dudoso ministerio. Tu respuesta ha sido el equivalente a haber prestado con éxito el servicio que pediste, y la recompensa será tuya».

«¡Oh, Rael! -exclamé, casi temblando de gratitud ante el poder protector que se me había otorgado en la prueba-; ¡qué clase de hombres debemos ser al desplazarnos de aquí para allá entre estas oportunidades entrelazadas de la Providencia!».

«Ahora te acercas a esa actitud de alma que es necesario alcanzar en la Tierra para evitar catástrofes como la que acabamos de vivir».

«¿Me equivocaría -me aventuré a preguntar con cautela- si preguntara la naturaleza del pecado al que se debió su caída?».

«No; yo podía leer su historial como en un libro abierto, por lo abigarrado [*motley*] de su vestimenta, y tú pronto podrás hacerlo igualmente, pero no es necesario ni aconsejable practicar un escrutinio demasiado minucioso. No somos jueces, sino ministros. No es parte de nuestro trabajo examinar y descubrir si se ha pagado hasta el último céntimo de la pena, sino más bien intentar anticipar la redención, impartiendo la fortaleza que podamos impartir para liberar de la esclavitud lo antes posible. Sin embargo, conviene que quienes entran en contacto con el caso se familiaricen con los aspectos y síntomas generales del mismo, para ser más eficientes en su tratamiento. En cuanto a sus características principales, esta es una muy común: se trata de una petrificación espiritual derivada de un formalismo mecánico e insincero, sin ningún enfoque de la verdadera vida espiritual que la controle».

«¿No se debe esto en gran parte, primero, a las manchas que recibimos de nuestros padres; y luego, como niños, a la observancia; y finalmente, a los maestros espirituales que afirman tener la autoridad para enseñarnos?».

«Admitimos eso, quizás con mayor claridad de la que podrías estar inclinado a reconocer. Por eso he dicho: "no somos jueces". Al mismo tiempo, puedo referirme a ti mismo para respaldar mi afirmación de que un hombre tiene poder, si decide usarlo, en la mayoría de los casos, para liberarse de estas influencias restrictivas y adorar a Dios en la belleza de la santidad, a pesar de cualquier telaraña, ya sea de ciencia, filosofía o teología, que cualquier organización, o combinación de ellas, pueda intentar tenderle. El criterio de juicio por el que se juzga a un alma al llegar aquí no es la perfección —ningún hombre es perfecto, ni puede serlo, hasta que se pierde en su unión con Dios—, sino el acercamiento a la perfección que él, personalmente, haya sido capaz de alcanzar. Una forma ejemplar de ello lo dio el propio Maestro en el caso de la mujer que rompió la caja de ungüento costoso sobre su cabeza [*ref.*]. Él no expresó ninguna opinión respecto al acto en sí, si fue o no fue discreto —dejó ver tanto como que sí pudo haberlo sido como que no—, sino del motivo que lo impulsó. Y dijo: '*Ella hizo lo que pudo*'. Tal es el criterio del juicio que se emite aquí, y no mediante el veredicto de ningún individuo, sino por la revelación de la vida que ha pasado por la dura prueba escrutadora. Dios exige saber cómo se encuentra nuestra administración con respecto al alma que nos ha confiado. Debemos encontrarnos con Él con la recompensa de nuestro trato con nuestros semejantes; si hemos sido perezosos o hemos enterrado nuestros talentos, no hay acceso a Su presencia hasta que hayamos corregido nuestra insensatez, a menos que deseemos ser condenados. Pero habiendo descubierto este hecho al llegar aquí, se exige que nos pongamos a corregir nuestro error de inmediato para que todos estemos listos para presentarnos en el día en que Él forje Sus joyas».

Capítulo 18

Cruzando el puente

Estábamos de vuelta en aquella fascinante zona de arbustos, de la que anteriormente Omra me había sacado, secuestrándome.

Al plantear nuestro regreso, Rael me desafió con humor a observar y descubrir algo del proceso por el cual se había realizado el tránsito.

«Lo haré... -iba a decir-, haré todo lo posible por descubrirlo», pero apenas había empezado a hablar cuando ya era un hecho consumado, y Rael, muy divertido por mi desconcierto, preguntó:

«¿No sería mejor que lo describas enseguida, antes de que la memoria de los detalles se te escape?».

Omra se unió a nosotros mientras Rael hablaba, y no se quedó ni un ápice atrás del orador en su disfrute de la broma.

«Podríamos haber regresado de una manera mucho más pausada -procedió a explicar Rael-, sólo que la repetición del plan anterior abrió la puerta a la oportunidad de que yo señalara un asunto que en algún momento será valioso para ti en tu ministerio».

«Si puedes hacer eso, te perdonaré de buena gana esto, el haberte aprovechado de mí», respondí.

«Es generoso por tu parte, Aphraar; al mismo tiempo, debes permitirme que piense que fue una lástima que Rael se aprovechara de tu situación embarazosa», observó Omra en tono jocoso.

«Si ese provecho hubiera sido para el bienestar común -replicó Rael con la misma tranquilidad-, me imagino que incluso el tranquilo Omra, si hubiera estado allí y hubiera visto la cara de Aphraar, mientras clamaba: "¿Qué ha pasado?", se habría aventurado a repetir el experimento, con la esperanza de ver una repetición del asombro».

«Pero, ¿no es seguro que una repetición está siempre despojada de la sorpresa inicial? Sin embargo, continúa con la lección que estás ansioso por alcanzar».

«Sí, tras la música de la Sonrisa sentémonos de nuevo a los pies del Deber. Al hacerlo, deseo llevarte de nuevo a lo que he dicho en relación con la cuarta dimensión, porque, aunque en realidad está más allá de la comprensión del hombre en estado físico, hay una ilustración de ella que puede ser utilizada con gran provecho ocasionalmente en tu ministerio».

«Si es así, indícamelo por todos los medios -le imploré-, pues, en todas las cosas, yo sería aquello que Pablo exhortó a Timoteo a ser: *'un obrero que no tiene de qué avergonzarse, que reparte rectamente la palabra de verdad'* [\[ref.\]](#)».

«Mi referencia es sobre el tema de la Oración».

«Un tema muy importante -intervino Omra-, uno sobre el cual ya le he dicho algo a Aphraar; toma tu propio camino, Rael».

«Es una cuestión en la que no puede haber diferencias entre nosotros, así que procederé sin hacer referencia a lo que hayas dicho. No me ocuparé de ofrecer una definición de la oración, ni en general de intentar una respuesta a la pregunta: "¿Responde Dios a la oración?". Quiero más bien dirigir tu atención a una engañosa objeción pseudofilosófica a la oración que ejerce considerable influencia en muchas mentes debido a su apariencia de base lógica. El argumento puede formularse de diversas maneras según el orador y la necesidad particular del momento; yo lo expondré a mi

manera: "La idea de que el hecho de que la oración pueda servir para contribuir a detener, cambiar u obviar los asuntos contemporáneos, no sólo es falaz, sino absolutamente imposible. Veamos una premisa muy necesaria que debemos sentar como base sobre la que trabajar: ¿Qué distancia debe recorrer la petición desde el peticionario antes de llegar al oído de Dios? Y a continuación: ¿A qué velocidad se envía la petición? Supongamos, en aras del argumento, que el trono de Dios está situado en una de las estrellas fijas más cercanas a la Tierra —Sirio— y que la plegaria viaja a la inconcebible velocidad de la luz —186.000 millas por segundo—. La petición tardará más de ocho años en llegar a su destino. En tales circunstancias, ¿cómo es posible que la oración sirva para influir en los acontecimientos pasajeros? Basta exponer el caso para refutarlo con sorna".

»Eso parece. Pero las cosas no son exactamente lo que parecen. '*¿Quién es este que oscurece el consejo con palabras sin conocimiento?* [ref.] *¿No has sabido, no has oído?*', que Dios '*prende a los sabios en su propia astucia*'? [ref.] El argumento que acabamos de exponer sale de los labios de un filósofo cuyo conocimiento está circunscrito a las limitaciones de las tres dimensiones conocidas por lo físico, mientras que la oración es una facultad espiritual y opera en una región que no es visible, tangible ni comprendida en lo físico. La velocidad a la que la luz atraviesa el espacio en comparación con la de la oración es apenas la del antiguo lacayo a pie comparada con la del moderno telégrafo sin hilos. Mientras la luz se prepara para formar su primera ondulación, la oración, en las alas del deseo, está en su destino, y espera, con entusiasta prisa, para traer su respuesta de vuelta. El penitente de corazón quebrantado clama: '*Dios, sé misericordioso*', y volviendo a casa —mientras el fariseo filantrópico continúa con su arenga autoelogiosa—, encuentra que la respuesta a su oración ya atestigua de su justificación [*la justificación de él, del "penitente de corazón"*]. '*Id y aprended lo que eso significa*' [ref.]: el espíritu no conoce tiempo ni distancia cuando se encuentra a la luz de Dios».

«¡Ah! ¡Ah! -clamó Omra-, acabas de terminar tu discurso a tiempo, pues aquí viene Myhanene con nuestra hermana Zisvené».

«¿Quién es Zisvené? -pregunté-; No me he encontrado con ella antes».

«¿No la conoces? -fue la asombrada respuesta de Omra-; Te resultará especialmente interesante».

«¡Claro! ¿En qué sentido?».

«Creo que Myhanene nos diría que ella es, en realidad, los primeros frutos de tu ministerio en la Tierra».

«¡Mi ministerio en la Tierra! ¿Cómo es que está aquí? Seguramente te equivocas», exclamé.

«Verás que no me equivoco, pero el de Zisvené es un caso excepcional, te lo aseguro. Era una ferviente e infatigable buscadora de la verdad. No pudiendo satisfacerse con cáscaras teológicas y dogmas superficialmente aceptados, a través de diversas vicisitudes siguió adelante segura de que el pan vivo que su alma ansiaba se encontraría en alguna parte. Oyó tu voz mientras vagaba por el desierto. Se vio atraída por ella; te siguió. Tu evangelio sobre las posibilidades de la vida del sueño la encantó. Rezó para que la guiaras y, en respuesta, encontró su camino a través de la frontera, y ahora pasa casi toda su vida de sueño en el trabajo misionero con nosotros. Pero debes escuchar la historia como ella te la contará».

«Omra, me sorprendes. ¡Parece cosa increíble!».

«¿No es casi ya hora de que dejes de hablar de lo increíble? -preguntó con su sonrisa alentadora-; Todo el libro del Apocalipsis, que acabas de empezar a leer, está escrito para registrar aquellas cosas de las que habló Pablo cuando dijo: *'Ni ojo vio, ni oído oyó, ni ha sido concebidas en el corazón del hombre, las cosas que Dios ha preparado para los que lo aman'*. Puedes estar seguro de que en el vientre del infinito se están gestando revelaciones cuyo nacimiento dejará mudos de asombro a los arcángeles. Deja, pues, de hablar de lo increíble. Prepárate a cada paso para penetrar más en el Siempre Más, y a medida que tus ojos se abran a cada visión sucesiva, adora con reverencia y con sobrecogimiento. Pero Zisvené ya está aquí».

Así fue como Omra abrió otra puerta en el cielo a través de la cual pude obtener una visión todavía diferente de la extensión del infinito. No tuve entonces oportunidad de entrar en una contemplación de la visión, pero mientras la miraba de reojo, pasó por mi mente la abrumadora convicción del salmista: *'Tal conocimiento es demasiado maravilloso para mí. Es elevado, no puedo alcanzarlo'*. Zisvené se adelantó y me saludó como a un viejo y comprobado amigo.

«No necesitamos presentación, Aphraar; tus libros ya te han hecho alguien bien conocido para mí, y con toda mi alma quiero agradecerte por la bendición incalculable que han sido para mí».

Ella se volvió para caminar conmigo mientras hablaba. Myhanene se unió a Omra y Rael, que se habían quedado atrás, y así continuamos nuestro camino.

«¿Por qué deberías agradecerme? -respondí en cuanto pude recuperarme de la sorpresa que me causó su cálido saludo-; ¿No debería todo el agradecimiento recaer en Aquel que hizo posible semejante ministerio? ¿No es el honor de que se me permita participar en una misión tan gloriosa, no sólo una recompensa, sino una alegría sobreabundante, que no permite pensar en trabajo, en relación con ella? ¡Piensa en el trascendente honor que conlleva! Llamado a ser un colaborador de Dios en la salvación de aunque sólo sea una simple alma, un alma que es tan intrínsecamente valiosa para Él, que toda la creación inanimada no es más que una burbuja de aire en comparación. Y lo que es más, tener la certeza de que lo he conseguido, ¡y por Él! ¡Piénsalo! ¿Crees que necesito recibir agradecimiento? ¿No debería más bien, con una alegría desgarrada en el corazón, dar gracias a Dios, a través de ti, por el inestimable honor que me ha concedido?».

«Puedo entender todo lo que dices, así como algo de lo que sientes. El agua de una nueva vida que he podido beber ha sido inexpresablemente dulce, vivificante, dadora de vida, y estoy indeciblemente agradecida a la fuente y al Dador de la corriente de la que se me ha permitido beber; aun así, no puedo dejar de tener presente el canal por el que ha sido llevada hasta mí. ¿Te gusta la música?».

«Apasionadamente», respondí.

«¿Nunca has escuchado a un gran maestro tocar el rey de los instrumentos, el violín, hasta que, en el abrazo del alma de la música, te has sentido transportado a un elíseo de armonía, en el que todo, dentro, fuera y alrededor, se mezclaba en un océano de melodía, y no existía nada más que la música, en la que tu alma había encontrado su ideal del cielo en un sueño arrebatador?».

«¡Cómo no! ¡Oh, cuántas veces me he prestado al dichoso encanto!».

«Y cuando el sueño terminó —cuando despertaste para encontrarte de nuevo en la Tierra—, ¿nunca pensaste en la belleza del instrumento a través del cual el alma del violinista te había influido tan maravillosamente?».

«Creo que nunca se me ocurrió separar una cosa de la otra, estaban tan entremezcladas en mi mente que haberlo hecho habría sido arruinar el sueño; o así es como ahora imagino que habría sido».

«Lo mismo ocurriría conmigo, mi querido Aphraar, si tratara de dissociarte del Gran Padre, en la inestimable bendición que he recibido a través de tu ministerio. He podido, por fin, llegar hasta ti —una bendición muchas veces anhelada cuando derramaba mi alma ante Él en el santuario de la oración—, y ¿olvidaré ahora la deuda que tengo? ¿No le enviaré de nuevo, a través del canal que Él ha ordenado usar para otorgar Su bendición, otro reconocimiento de mi gratitud y amor?».

«Sí, ciertamente, en todas las cosas debemos dar a Dios la gloria; pero después de eso hay otro a quien se debe todo lo que queda de reconocimiento antes de que yo pueda reclamar la más mínima consideración».

«¿Y quién puede ser?», preguntó ella alerta.

«¡Myhanene! Si no hubiera sido por la ayuda fraternal que me prestó, nunca habrías oído hablar de mí».

«Creo que te ha sido de mucha ayuda. Era justo lo que cabía esperar de su alma generosa. Rebuscando en los trasteros de la Tierra para ver qué tesoros descuidados del Maestro yacían allí en el olvido, dio con ellos y se propuso restaurarte [*reinstate*]: estaba decidido a devolver el favorito perdido al corazón que anhelaba la restitución del ser amado. Eso es propio de Myhanene, y recibirá el debido reconocimiento por el descubrimiento; pero Myhanene sería el último en atribuirse algo más que eso, ni yo le olvidaré en ese sentido. Pero después de que hayamos dado a Myhanene su merecido reconocimiento por todo lo que ha hecho, tú sigues siendo el instrumento que el Maestro ha elegido emplear para sacarme de mi vagabundeo y atraer mi alma a Su abrazo; ¿por qué, pues, habrías de negarme que te ofrezca la gratitud que siento?».

¿Por qué tenía yo que insistir más en el punto, cuando veía con qué firmeza estaba resuelta a llevar a cabo su propósito? Yo no deseaba el menor reconocimiento. Cuando repasaba mis experiencias, la enorme cantidad de cuidados y atenciones que se me habían dispensado, los privilegios excepcionales que se me habían concedido, y luego los comparaba con el magro y del todo indigno historial de lo que yo había hecho —no voluntariamente, sino bajo las exigencias de mis debilidades [*infirmities*]—, me sonrojaba al pensar en aceptar cualquier tipo de felicitación. Pero Zisvené miraba mi obra desde otro punto de vista muy diferente. Miraba con otros ojos, oía con otros oídos, basaba sus conclusiones en pruebas que yo no podía entender, como tampoco ella podía comprender la deficiencia de la que yo era tan sensiblemente consciente. Cuando se reconoció y se tuvo en cuenta la diferencia de puntos de vista, ¿no estaba su conclusión tan bien fundada como la mía? No había ninguna cuestión de principio en que yo cediera a su deseo; tal vez mi negativa a hacerlo podría interponer algún obstáculo en su camino, y ante tal pensamiento mi resistencia se derrumbó.

Mientras reflexionaba de este modo, el silencio se hizo mas largo, durante el cual capté sus elocuentes ojos azules y grises lanzando furtivas pero seguras miradas a mi irresolución, hasta que al final, con un intento de gravedad que no pudo disimular, preguntó:

«¿Ha sido la derrota tan aplastante que te ha dejado sin habla?».

«No es ninguna sensación de derrota; más bien, lo que me silencia, es el conocimiento de cómo, personalmente, me hago digno de tu elogio».

«Bien, ese es un punto que no necesitamos empezar a discutir ahora; pero ¿me permitirás ser generosa y sugerirte una posible manera de tomarte tu venganza?».

«¿Intentas tender otra trampa a mis incautos pies?».

«Ahora, mírame a la cara y dime si crees que realmente podría hacer tal cosa».

«Tu presencia aquí es prueba suficiente de que no lo harías tan vilmente, pero hay un brillo de jugueteo en tus ojos delatores que me dice: "Cuidado". Aun así, me gustaría escuchar tu sugerencia».

«Me preguntaba que, si tuviéramos la oportunidad de encontrarnos y trabajar juntos [*crossing lances*] en mi estado de vigilia, podría ser que no fueras capaz de recuperarte. Estaría encantada de comprobarlo, si pudieras convencer a tu Receptor para que me haga una visita».

«Eso debe reservarse para una mayor consideración. Los arreglos en ese sentido los decidirá Myhanene. Mientras tanto, me encantaría hablar contigo de tus experiencias en la vida del sueño. Tal vez puedas ayudarme en una tarea que quiero acometer».

«Si en algún momento hay algo que pueda hacer a cambio de la obligación que tengo contigo, sólo tienes que nombrarlo. Pero debes recordar que sólo estoy aquí de favor».

»¿No estamos todos en igualdad de condiciones en ese sentido?».

«En cierta medida es así. Pero mi caso es muy particular, creo que casi único, por lo que no debes esperar demasiado de mí. Te prometo que, si puedo ayudarte de alguna manera, puedes estar seguro de que el servicio me proporcionará más placer del que puedo expresar. Ahora permíteme llamar tu atención sobre la vista que nos rodea».

Zisvené había captado tanto mi interés con su conversación que había dejado de fijarme en otra cosa que no fuera la absorbente fascinación de su personalidad y su discurso. Cuando, por fin, me hizo fijarme en lo que nos rodeaba, di un grito de sorpresa involuntaria —casi de consternación— al encontrarme de pie en el centro mismo de aquel impresionante puente, con el profundo abismo hundiéndose en el seno de la insondable negrura bajo nuestros pies.

Hablaba entrecortadamente al mirar, y me di cuenta del paso que había dado inconscientemente; pero mi confianza no me abandonó, pues no me dejaron afrontar la prueba solo —excepto por Zisvené [*creo que puede querer decir que ella ya no está*]—. A mi alrededor estaban reunidos no sólo Omra, Rael y Myhanene, sino también Walloo-Malie, Avita, Rhamya, con el resto de los amigos que había dejado en el Patio de las Voces, y una gran compañía de otros, entre los cuales reconocí a muchos que había conocido en la vida inferior, junto con otros a quienes había conocido bien en el ministerio de guía y protección.

¡Qué reunión! ¿Cómo podía temer por la seguridad de la estructura sobre la que descansábamos? Mis ojos recorrieron aquella multitud de rostros en cada uno de los cuales leí una nota tácita de bienvenida en aquel himno sagrado y silencioso, demasiado dulce, demasiado musical para sonar, y mi alma se llenó de una alegría inexpressable, a excepción de aquel susurro de: '*Paz; quédate en calma*' [*except in the breathing of "Peace - be still."*]. Con un impulso instintivo, todas las cabezas se inclinaron para recibir la bendición mística, después de lo cual Walloo-Malie me habló.

«En esa sublime alegoría de un alma errante y su regreso a la casa del Padre, contada por el Maestro a aquellos que se agarraban a su enseñanza, Él da a la expresión verbal un lugar muy exiguo. Las

palabras, en el mejor de los casos, no son más que burdas sugerencias de ideales intangibles, que pueblan el santuario interior del alma. Si quisiéramos comprender su verdadero valor, su poesía y su belleza, deberíamos ser capaces de entrar en el santuario y, mezclándonos con el alma en que fueron concebidas, hundirnos y perdernos en el espíritu donde moran, conocerlas como realmente son. Esta es una bendición [*boon*], un poder que sólo Dios posee. Por eso, en su parábola, el Maestro sólo introduce el lenguaje para dar una orden, sin intentar expresar los sentimientos del Padre: '*Sacad el mejor vestido y ponédselo; ponedle un anillo en la mano y calzado en los pies; traed el ternero cebado y matadlo; comamos y alegrémonos, porque este, mi hijo, estaba muerto y ha vuelto a la vida; se había perdido y ha sido hallado*'.

»Siguiendo ese augusto ejemplo, en realidad sólo hay dos palabras que deban pronunciarse mientras nos encontramos aquí en los límites de dos mundos: el físico y el espiritual. A ti, en la providencia de Dios, te ha llegado la hora de lo glorioso: el eterno amanecer, en el que toda sombra debe desaparecer; y tú, en consecuencia, debes decir Adiós al ayer que se va en este nuevo nacimiento; y a nosotros, que estamos aquí como respuesta a tu pregunta repetida a menudo,

¿Habrá alguien allí, en la hermosa puerta,
esperándome y velando por mí? [[ref.](#)]

se nos concede el gran privilegio de pronunciar esa segunda palabra: '*Bienvenido*'.

»Es una palabra familiar, una que has oído a menudo antes; a veces con una entonación profunda, clara, dulce y vibrante, que sonaba a Hogar; otras, con una descarada, áspera y hueca ligereza, que despertaba sombras de sospecha en tu mente, y tus oídos se apresuraban a captar el eco susurrado: Ten cuidado. Se me ha pedido que te diga nuestra palabra de Bienvenida cuando cruces nuestro umbral, y mientras lo hago, con la batuta de mi lengua llamando a la orquesta del cielo a una pronta atención, hacemos sonar la nota clave de un himno de paz y buena voluntad que reverberará a través de tu alma, en una música siempre creciente hasta que Dios deje de ser [*in ever-increasing music till God shall cease to be*] [*quizá se refiere a que, como está en una especie de "segundo parto", va a pasar hasta a una inconsciencia de Dios mismo, ya que en realidad estará en unidad de amor con Dios a partir del segundo nacimiento*].

»¿No puedes comprenderlo? ¡No! No esperamos que lo hagas antes de que tus ojos hayan contemplado la gloria. Aún no comprendes los sonidos que oyes en la palabra con que te saludamos. Esta no es más que tu hora natal. Aún no has cruzado el umbral de tu nuevo nacimiento. ¿Cómo puedes comprender? Pero tus ojos pueden ver; Dios ha soplado en tu alma el aliento de una vida más santa, y en ese acto ha sintonizado tu vida para vibrar en armonía con lo que ha de ser. Deja que tus ojos que se abren miren nuestros rostros; deja que los primeros sonidos que caigan sobre tus oídos sean melodiosos con tonos que sigan cadencias tranquilizadoras, y cortejen la sagrada confianza del amor recién nacido dentro de ti. No tenemos aquí hermanos mayores que alberguen resentimiento contra el regreso del perdido; no hay hombros fríos; no hay miradas inquisitivas; no hay insinuaciones veladas; no se toman las túnicas para apartarlas; no hay autocracia; no hay aduladores ni bonachones; la sombra de todo ello ha desaparecido incluso de donde ahora estamos, y sus sustancias temen intentar el paso del puente. Por lo tanto, '*Entra, bendito del Señor*' [[ref.](#)], ¡te damos la '*bienvenida a casa*'! » [[ref.](#) [2.]].

Capítulo 19

En el jardín de la puerta

Se necesitarían no solo uno, sino varios volúmenes para registrar todo lo ocurrido en aquella memorable reunión en el Puente. Viejas amistades renovadas y nuevas forjadas; dulces y amargos recuerdos de luchas, conquistas y derrotas del pasado, recordados; el desarrollo de la corriente de esperanzas y temores hasta que vimos la maravillosa expansión en el océano de un amor y un propósito divinos; la revisión de los diversos caminos que guiaron a los peregrinos, a través de múltiples vicisitudes, hasta el encuentro alcanzado; la comparación entre las experiencias de los recién llegados y las de los pioneros que se afanaron en su regreso a casa a través de las ininterrumpidas extensiones de siglos anteriores: estos, y mil y un apasionantes temas de interés, podrían enumerarse y discutirse con fines útiles, cada uno de los cuales serviría para arrojar su especial rayo de luz en el camino de quienes nos siguen.

No es que rehúya la tarea de recopilar el registro, sino que debo recordar las limitaciones que restringen a quienes me suceden —una esclavitud de la que ahora me siento felizmente libre—. Por lo tanto, debo contentarme con esparcir fragmentos, no volúmenes, para marcar el camino que sigo, con la esperanza de que, en las futuras reuniones en la casa del Padre, en las que todos participaremos, todos los detalles de la accidentada peregrinación terrenal se completen y comprendan bajo la luz del amor y la misericordia más divinos.

Mientras todo esto sucedía, perdí de vista a Zisvené varias veces. No me perturbó notarlo —sabía que podría reencontrarme con ella con la ayuda de Myhanene—, pero deseaba, sin demoras innecesarias, hablar con ella sobre sus experiencias en el sueño, con la esperanza de que pudiera ayudarme en un proyecto que tenía en mente.

En ese momento, alguien me puso una mano compasiva en el hombro y, al girarme, la vi detrás de mí.

«¿No sientes que te resulta casi imposible apartarte?», preguntó.

«Sí que lo siento», respondí con énfasis.

«La tuya no es una experiencia aislada. Me han dicho que le pasa a todo el que se ve expuesto a este entorno. Para mí es como una tierra encantada, y aun así debemos irnos, porque en el jardín que tenemos ante nosotros nos espera el banquete de tu bienvenida».

Cuando Zisvené me hizo saber así de su presencia, debí de haber estado absorto durante un tiempo en el despliegue de un asunto de lo más trivial, y del que me había olvidado por completo hasta que me lo mencionó el desconocido que me habló de su asombrosa secuela. Me gustaría contar la historia, pero por maravillosa que resultara, es una de las omisiones que me veo obligado a hacer. Baste decir que me quedé tan absorbido por la narración que no me di cuenta de que nuestros amigos se habían ido retirando gradualmente en la dirección indicada, hasta que Myhanene y media docena de sus compañeros particulares fueron los únicos que quedaban para esperarme.

No me arriesgaré al desastre intentando una descripción imposible de la extensión del jardín que se extendía ante mí, delimitado por la columnata abierta en forma de medialuna de lo que, visto de cerca, parecía una especie de alabastro rosado, sobre el cual se extendía la diáfana pantalla de una magnífica enredadera floral. En el centro de la arquería se alzaban unas torres delicadamente artísticas y suntuosas, que sostenían un puente de volátil belleza, en sintonía con el tema

arquitectónico de la columnata; y bajo el puente se balanceaban las puertas opalescentes, joya y corona de la incomparable escena.

Dentro de la vasta área así definida, se extendía una imagen caleidoscópica de una tierra angélica [*angel-land*], cuya representación desafía la idealización más perfecta. Y aquí, con una perfecta armonía hasta en el más mínimo detalle de forma, color, perfume y sonido, se encontraban exquisitos puestos de alimento angelical así como fuentes de dulce refresco. De modo que mientras nos movíamos en la comunión sin sombras, podíamos tomar, comer, y beber, y así vivir, en el verdadero paraíso de Dios.

Nuestro pequeño grupo se acercaba lentamente al pie del puente, mientras mis ojos vagaban de un lado a otro contemplando la escena apacible e inspiradora. De pronto, Myhanene alargó su brazo sobre mi hombro con su familiar abrazo fraternal y me preguntó:

«¿Recuerdas el relato del regreso de Jacob a casa, Aphraar?».

«¿A qué regreso en particular te refieres?», pregunté.

«La vez que luchó con el ángel junto al Jaboc», respondió [[ref.](#)].

«¿Quién podría olvidar eso? Esto me recuerda, Myhanene, que a menudo me he preguntado quién era ese ángel. ¿Crees que era el Salvador, como algunos han supuesto?», pregunté con vehemencia, con la esperanza de disipar una de mis viejas incertidumbres.

«Quizás Walloo-Malie pueda decir más sobre eso que yo -respondió-; Lleva aquí mucho más tiempo que yo. Pero ahora no me interesa tanto quién era, sino algo que él hizo».

«¿Qué? ¿La contracción del tendón del muslo de Jacob?».

«No; ni siquiera eso. ¿Qué más hizo?», y me dirigió esa peculiar mirada juguetona que a todos los que lo conocen les encanta ver en el rostro de Myhanene.

«Me temo que no te seré de mucha ayuda en tu investigación -respondí-; Quizás mi memoria falla, lo cual puede ser perdonable dadas las circunstancias, y nunca fui un experto en leer el pensamiento. ¿No me vas a decir lo que él hizo?».

Y otro destello de diversión [*amusement*] me invadió.

«¿No le preguntó al patriarca su nombre?».

«Claro que sí. ¿Cómo pude ser tan estúpido como para olvidarlo? ¿Pero por qué iba a preguntárselo, si ya lo sabía?».

«Para enfatizar lo que vendría después -respondió-; Los nombres bíblicos no solían otorgarse ni adoptarse sin expresar alguna referencia característica de su poseedor, y cuando un hombre cambiaba de posición o de carácter, no era raro que también cambiara de nombre. Jacob había pasado una crisis en su carrera durante esa noche de lucha. Su contienda con un ángel lo había convertido en otro hombre. De ahí en adelante, el nombre Jacob —suplantador— sería inapropiado, y debía cruzar el río hacia su patria bajo el nuevo nombre: Israel, '*porque como príncipe tienes poder con Dios y con los hombres, y has prevalecido*' [[ref.](#)]. Aphraar -y mientras Myhanene pronunciaba el nombre con su tono más tierno y ferviente, se detuvo; tan sólo otro paso, y el puente quedaría atrás-; Tú también has superado la gran crisis de tu carrera; solo un paso más y pisarás la patria: la patria desde la cual el Maestro, hablando con su amado Juan, les prometió otorgar a todos los que la ganen

un nuevo nombre al llegar al mismo lugar. Esta es una parte necesaria de la bienvenida que nos complace darte. Aphraar —"el buscador"— ya no es aplicable, pues tu búsqueda ha sido recompensada. Ahora, como Astroel —"una estrella de Dios"— te invitamos a entrar en el descanso que permanece -y mientras hablaba me atrajo hacia adelante y puse mis pies en la Patria-; Avanza, de fuerza en fuerza, de gloria en gloria, hasta que tus pies pisen las calles sagradas de la Ciudad de nuestro Dios».

Así fue mi recibimiento y entrada en el Jardín de la Puerta.

Mientras me movía entre aquella multitud —donde todos buscaban la oportunidad de hablar, aunque solo fuera una palabra de reconocimiento, felicitación, bienvenida o elogio—, deseaba asegurarme de si en algún lugar o momento, desde mi primer encuentro con Helen hasta mi llegada aquí, me había sentido alguna vez un extraño. En el sentido de no estar familiarizado con mi entorno, lo había sentido, naturalmente; pero en cuanto a sentirme fuera de lugar o como un intruso, la idea nunca se me había pasado por la cabeza, que yo recordara, y una sensación así es difícil de olvidar. Y mientras buscaba en mi memoria, me vinieron a la mente dos o tres palabras que salieron de los labios de Walloo-Malie: "Las sombras huyen". "Sí", continué, "empiezo a darme cuenta de lo que eso significa: incluso el más mínimo indicio de extrañeza, y la mera familiaridad, desaparecen de esta morada de amor. Hay un alma de bienvenida, de descanso, de deseo de permanecer, en la atmósfera, que me acaricia y me incita a permanecer: que me atrae [*appeals to me*] como una parte de mí que nunca había conocido ni descubierto hasta ahora. ¿Será el recuerdo de un sueño esquivo que ha regresado? ¿Acaso he regresado a los suburbios de esa [Ciudad de la Compensación](#) a la que Cushna me introdujo hace mucho tiempo?"

Me retiré y caminé por una zona tranquila de la columnata mientras meditaba; entonces mi mente vagó de vuelta a la vida anterior, y me vi a mí mismo alejándome del círculo familiar para poder estar solo, en mi anhelo por algo que no entendía, algo vago que no podía tocar. Estaba reviviendo aquella escena que esbocé en *La vida elísea* ([cap. 1](#)): releía la revista que había tomado de la mesa de la biblioteca. Releí de nuevo el poema que tanto me había conmovido, y de nuevo me detuve en la última estrofa:

*¡Cómo rezo mientras las cuerdas de mi corazón se rompen,
cómo cuento todos los días a medida que llegan!
Vigilo en sueños por mi madre,
en mis sueños suspiro por su hogar;
Dos palabras, ¡oh, qué dulces! ¡Tierra, Tierra, déjame ir!
En su música está el cielo —todo el que yo pueda conocer.*

Esa llave abrió la puerta a una visión del misterio que me había llevado a buscar el aislamiento y la reflexión. Cuando Myhanene me animó a dar ese paso desde el puente, dijo: "Un solo paso y estarás en la Patria"; pero las palabras no tenían ninguna significación especial para mí conforme las escuchaba, ya que nunca había conocido la dichosa sacralidad de la vida en el Hogar. ¡Por fin se había levantado el velo! Al pronunciar Myhanene esas palabras, sentí la emoción mística que hay en la mano de un hermano, de una hermana; mis oídos se abrieron para responder a la música de la palabra 'Hogar'; mis ojos captaron la verdadera expresión de una sonrisa fraternal; arriba, abajo, a mi alrededor, un torrente de revelación se desataba sobre mí, ¡más dulce, más santo y más deslumbrante que cualquier otro que hubiera contemplado hasta entonces! ¡Oh, Jacob! En la gloria celestial de este nuevo amanecer, ¡puedo leer en tu lucha un significado más profundo que jamás

había soñado! ¡No me extraña que no soltaras al Ángel! Si yo lo hubiera tomado, y al amanecer hubiera captado un solo rayo de la gloria que ahora veo, habría seguido abrazándolo —aunque mil tendones se hubieran contraído— hasta que el sol hubiera salido en la gloria plena de los cielos y toda mi alma se hubiera inundado de la luz celestial.

Finalmente —incluso mucho después de que se cerrara el capítulo de mi vida física— a mis oídos se les había permitido escuchar la música a todo volumen, mis ojos habían contemplado el resplandor de la gloria, mi mente había sido capaz de concebir el ideal, mi alma se había expandido lo suficiente como para abrazar y apropiarse de algo de lo que Dios ha preparado para la humanidad en aquello que tan monótonamente resuena como "El Hogar". Se trata de la nota clave del gran himno triunfal: el Cielo.

En el goce de mi meditación, había estado vagando en compañía de la soledad. Tal soledad solo se encuentra en las alturas alpinas del Cielo, donde el alma encuentra alimento que no se encuentra en el valle. ¿A solas? ¡No! ¡Uno siempre está en el corazón mismo de la vida —la metrópolis del ser— cuando está con Dios! Solo, en medio de una multitud de revelaciones, mientras los sellos se rompían. ¿Quién no disfrutaría, como Juan, de tal soledad? ¿Quién estaría impaciente al estar apartado?

Walloo-Malie, Rael, Omra, Myhanene y Zisvené no estaban conmigo. Otra Voz, una incluso más dulce, me había llamado aparte, y, por el momento, yo había olvidado la existencia de todos los demás.

Dracine fue la primera de mis amigas conocidas en encontrarme al regresar al jardín después de mi aislamiento temporal.

«Ven, Astroel, y dime -fue su alegre saludo-, ¿no te parece bien estar aquí?».

«¿Bien? Mi querida hermana, ahora siento como que me gustaría ver a Myhanene».

«¿Quieres regañarlo?», preguntó con picardía.

«Vaya, ¿crees que debería?».

«Yo simplemente hice la pregunta», respondió con modestia.

«Ni hablar; pero me gustaría preguntarle si no hemos superado ya su afirmación favorita de que "es mejor que antes" [*It is better on before*]».

Mi compañera rió con una genuina oleada de alegría infantil.

«Puedo decirte cómo te respondería él», dijo.

«Dime; y luego, cuando lo haya visto, te diré si me respondiste correctamente».

«Bueno -comenzó con un tono muy solemne-; se colocará frente a ti, así -adaptando la acción a la palabra-, te agarrará así -agarrando mi túnica con ambas manos a cada lado de mi pecho-, te mirará directamente a los ojos con su mirada serena y firme; negará lentamente con la cabeza y dirá: "No, hermano mío, porque para esa aseveración no hay límites; es una de las infinitas"».

Y cuando ella se hubo expresado así, preguntó despreocupadamente: «Ahora bien, ¿no crees que soy una buena representante [*proxy*] del joven y sabio gobernante?».

«Excelente, en tono y modales -respondí-, pero no estoy tan seguro sobre el fondo».

«Por supuesto, eso lo tienes que descubrir», respondió ella con desenfado.

«Me pregunto si podría encontrar a Zisvené», aventuré.

«Es dudoso -dijo-; Verás, Zisvené es un ave de paso frecuente; solo está presente con nosotros mientras el cuerpo duerme. Es una *rara avis* en ese sentido; de hecho, que yo sepa, es única. Sí: es como pensaba, ha sido llamada [*creo que quiere decir que volvió al cuerpo físico ya: "Yes; it is as I thought - she has been recalled"*]».

«Es sobre esas experiencias del sueño que deseo hablar con ella. He oído algo al respecto, pero hay mucho más que quiero saber».

«No me sorprende oírte decir eso. No solo es un tema interesantísimo, sino uno de los más importantes, en muchos aspectos, por lo que sé. Zisvené, por supuesto, podrá contarte sus experiencias personales, pero si quieres comprender su propósito, funcionamiento, alcance y posibilidades, te recomendaría que consultes, por ejemplo, a Cushna, Myhanene o Rhamya».

«Tanto Cushna como Myhanene ya me han dado una buena introducción al tema, y estoy deseando verlo en su funcionamiento, con la esperanza de que una observación práctica me permita comprender mejor la teoría sobre ello. Además, estoy muy interesado en un caso particular para el que me gustaría obtener ayuda, a modo de conmemoración de agradecimiento [*thanksgiving memorial*] por mi llegada aquí».

«En esas circunstancias -respondió-, iría a ver a Myhanene de inmediato, o quizás te convenga más ver a Walloo-Malie, quien, por lo que veo, aún está con nosotros», dijo, tras haberlo visto de reojo mientras ella hablaba.

«¡Ah! -exclamé, encantado con la idea-, Walloo-Malie conoce el caso del que hablo, y sería un plan genial conseguir su ayuda».

Y de inmediato buscamos a mi ilustre amigo.

Capítulo 20

Omnipotencia insignificante

¡Omnipotencia insignificante! ¡Qué calificación tan escandalosamente absurda para combinar, con semejante potencialidad! ¿Lo es? Tal vez. Pero me inclino a pensar que un poco de serena reflexión corregirá el error de la primera impresión. Permíteme hacer la pregunta: "¿Dónde estaría la gran circunferencia sin la mota casi invisible de la que parte su trazado? ¿O dónde estarían los Alpes o el Himalaya si no hubiera existido el electrón?". Creo que estarás de acuerdo conmigo no sólo en que no existirían, sino en que en absoluto podrían existir. Por lo tanto, ¡qué majestuosas potencialidades pueden estar almacenadas para nosotros en los archivos no descubiertos de lo Invisible!

Pero incluso cuando cruzamos el rubicón y entramos en la órbita de lo visible, descubrimos lo escasas que son nuestras facultades de observación. No me olvido de la ventaja que tengo a este respecto sobre mis lectores; más bien deseo acentuar el punto, porque quiero marcar la frontera más allá de la cual no se encuentran estas limitaciones, y dejar caer una palabra de insinuación en cuanto a las facultades que ascienden para desbancar a otras. Tomemos, por ejemplo, el órgano de la visión: el ojo sin ayuda es incapaz de notar la ondulación de las ondas de luz, y sin embargo sus ondas se mueven tan incesantemente como las olas del mar. El hecho de que este fracaso se deba a la inconcebible velocidad a la que se mueven las ondas luminosas no hace sino confirmar la

limitación que he mencionado. Pero si volvemos nuestros ojos en otra dirección, y tratamos de observar los cambios que van cubriendo a nuestro amigo más íntimo desde la juventud hasta la vejez, de nuevo fracasamos en captar el paso de los cambios individuales, hora a hora, y sólo lo reconocemos comparando etapa con etapa, porque en cuanto al período, el proceso es demasiado lento.

El germen de la consciencia de una tal reflexión se imprimió en mí con la espontaneidad con que Dracine y yo descubrimos el paradero de Walloo-Malie, pero el pleno desarrollo de la misma vino después. Por el momento estaba a punto de sumergirme en una vorágine de revelaciones de las que me gustaría esbozar alguna vaga indicación, pero casi temo hacer el intento debido a las numerosas limitaciones que me rodean.

Soy como un prisionero que, a través de los barrotes de su celda, mira hacia una tierra desconocida más allá de la cual se encuentra la libertad. Rompo los barrotes y gano mi libertad, y luego anho grito la noticia a los que me siguen, para que ellos también se abran paso hacia la libertad que yo he conquistado. No tengo ni camino, ni brújula, ni carta de navegación, ni sol que me guíe, sólo mi anhelo de prestar un servicio necesario a mis compañeros peregrinos. Si hago todo lo que puedo y no consigo que se me entienda tan claramente como quisiera, perdonadme. Otros vendrán después de mí, y ellos pueden dejar un camino claramente marcado por el cual el fin deseado puede ser alcanzado más tarde.

Habiendo visto a Walloo-Malie en la distancia, Dracine y yo parecimos proyectarnos hacia él. No fue una transición similar a la que experimenté con Rael, sino una instancia de extender [*an outreach*] nuestros seres invisibles, de lo cual él se dio cuenta al instante, y aunque no se pronunciaron palabras ni hubo reconocimiento, supimos que comprendía nuestro propósito y que vendría a nuestro encuentro; lo que ciertamente hizo, y en seguida se despidió del amigo con el que estaba conversando. Al mismo tiempo volvimos sobre nuestros pasos y salimos a su encuentro.

Aquel insignificante incidente, que, a falta de un nombre mejor, he denominado "extendernos" [*outreaching*], despertó de inmediato mi curiosidad e interés, pero, en lo sucesivo, resultó ser mucho más importante de lo que imaginaba. De hecho, se trataba de aquella insignificante omnipotencia de mi reflexión anterior: la ruptura de los sellos y la apertura del volumen de la revelación de una vida tal como esa de la que Pablo habla cuando dice: *'Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni que hayan sido concebidas en el corazón de un hombre, son las que Dios ha preparado para quienes lo aman'* ([1 Corintios 2:9](#)).

Apenas nos habíamos puesto en marcha para llevar a cabo nuestra intención, cuando perdí completamente de vista mi entorno, y me encontré siguiendo alguna guía invisible por un pasillo escasamente iluminado que conducía a una cueva, donde fui llevado a la negrura de sus tinieblas y dejado solo en el imponente silencio. No tenía miedo; tampoco hablé ni hice ruido alguno, pues el recuerdo vino a apoyarme con el susurro: *'El Señor dice que habitaría en la densa oscuridad'* ([1 Reyes 8:12](#)). Así que esperé pacientemente hasta que llegara la luz de la guía. Pareció demorarse durante un tiempo de pruebas extenuantes, en las que me mantuve confiado, sin un pensamiento de duda o vacilación; mantuve una confianza inviolable, incluso hasta el punto de preguntarme cómo podía hacerlo. Entonces una voz, suave, musical y clara, irrumpió en mi consciencia en un susurro lejano. Si hablaba desde dentro o desde fuera es uno de los problemas que tal vez nunca podré resolver. A la luz de la experiencia al completo, cuando miro hacia atrás, es incluso dudoso que hubiera un dentro o un afuera que pudiera diferenciarse. Me llegó con la autoridad tranquilizadora

de la voz que me había hablado en el Patio. Al oírla por primera vez, comprendí claro, y con toda mi alma ansiosa escuché para no perderme ni una palabra:

«Hija del Infinito, recién llegada de los Jardines del Señor, te damos la bienvenida a la cueva del Misterio de Dios, el taller del Creador, cuya mano te ha guiado, dirigido y protegido; cuyo amor te ha velado, provisto y amparado a lo largo de la peregrinación de la Tierra de las Sombras, mediante el ministerio del ángel misteriosamente velado: la Fe. Ese ministerio terminó cuando saliste del Puente hacia el Jardín, donde la Fe te hizo avanzar hacia la revelada comunión de la Visión [*Sight*]. Habiendo terminado el cansancio, la agonía y la carga de la cruz de la noche, te has afanado en el crepúsculo matutino hasta que ha salido el sol; ahora, cuando el Sol de la Rectitud se eleva sobre el horizonte del día eterno, se te llama a '*Venir y mirar*'. De ahora en adelante vas a conocer como serás conocido; los sellos del Libro de la Vida —que a la Fe no se le permite leer, siendo incapaz de comprender— serán ahora rotos; los velos del misterio serán quitados, los enigmas resueltos; los lugares ásperos de la vida serán aclarados, sus detalles explicados, sus filosofías interpretadas, sus limitaciones señaladas, sus penas y castigos serán iluminados y el procedimiento Divino será aclarado, junto con su armoniosa amalgama [*combination*], que ha sido anulada para traerte aquí [*which has been overruled to bring you hither*].

»Las puertas de la oportunidad están ahora abiertas de par en par, y se te invita a entrar, contemplar y ver, y al ver, tan grande será la luz que estará a tu disposición, que entenderás, comprenderás y sabrás. Los planes, procesos, esquemas, diseños, leyes y propósitos de la creación quedarán al descubierto para tu estudio e investigación. Las influencias frustrantes que han actuado estarán igualmente abiertas a tu inspección y estudio, así como todas las ramas de la investigación que tu alma desee sondear. Desde la concepción de la creación hasta su perfeccionamiento, puedes examinarla y familiarizarte con ella; desde las lecciones más insignificantes de sus escuelas elementales, hasta los niveles superiores, colegios, universidades, talleres, laboratorios, estudios, bibliotecas, museos; luego, la gran multitud de mentes maestras que han pasado antes que tú, y las apretadas filas de los Hijos de Dios, que observaron y cantaron el gran himno de bienvenida en el Nacimiento de la Creación. Que este sea tu empleo hasta que, contemplando la obra del Padre Eterno, reflejes la gloria que Él ha impreso sobre ella, y alimentándote de la sabiduría de la que se nutrirá tu alma, te perfeccionarás a Su sagrada semejanza, y así Le verás tal como Él es».

Mientras la voz hablaba, se apoderó de mí una curiosa e indefinible consciencia de que, en la oscuridad que me envolvía, comenzaban a obrar silenciosas y secretas actividades. Cuando cesó la voz, la oscuridad se disipó lo suficiente como para que mis ojos, que observaban con agudeza, descubrieran un movimiento como el de cúmulos de nubes que se contraen ante el avance de la luz. Poco a poco amaneció, los velos de la noche se retiraron, las puertas del día se abrieron de par en par, y ante mí se extendió un panorama sobrecogedor e indescriptible de —hasta donde yo podía ver— infinita revelación. Y en aquel círculo sublimemente majestuoso yo estaba como su insignificante centro.

De pie en ese Taller del Infinito, con los accesorios de creación y de sustento presentes en ordenada disposición para llevar a cabo el propósito Divino con minuciosa e impecable precisión, no necesitaba moverme para hacer el escrutinio que mi alma deseaba, ni necesitaba un guía que me hablara del uso, el propósito o el poder de nada. La distancia no existía, pues ¿no tenía yo el don de la extensión [*outreach*]? Con la oscuridad había desaparecido la ignorancia, y en la nueva luz que brillaba, todo estaba para ser sabido, entendido, comprendido.

Me perdí en el asombro y la admiración sin palabras ante la luz gloriosa de aquella visión inefable. Tan vastos, tan innumerables, tan cautivadores eran los encantos, que siglos y milenios parecían deslizarse ante mí mientras me deleitaba en las exploraciones y descubrimientos, y apenas había entrado en la plenitud de su éxtasis cuando una mano se posó sobre mí y, con un sobresalto de consternación, me desperté al descubrir que nos habíamos encontrado con Walloo-Malie.

La mirada que me dirigió reveló que la situación era tan clara para él como, en cierto sentido, confusa para mí, y al instante me alivió con un comentario lleno de tacto:

«Deseas pedirme consejo y dirección, Astroel; ¿hace falta que te diga cuánto me complacerá ayudarte? -luego añadió, a modo de acotación, como si de repente se hubiera dado cuenta de mi perturbación-; Pero, ¿por qué este desconcierto? ¿Te has encontrado con una sorpresa aún mayor que la que te presentó Rael?».

Intenté responderle, pero me resultaba imposible. Tranquilamente me tomó las manos en un estrecho y fraternal gesto, y me dirigió una mirada que me cobijó y abarcó como una fortaleza de refugio, y luego prosiguió:

«¡Lo sé, lo comprendo! Las perlas del silencio son siempre el mejor adorno de la Sabiduría en tales crisis. Permíteme que te explique brevemente lo que ha ocurrido, y cuando hayas recobrado la quietud para poder comprender más claramente lo que tengo que decirte, te ayudaré a entender el episodio más completamente».

«¿Lo harás?», inquirí, asiendo con avidez su oferta inesperadamente generosa. Myhanene u Omra ciertamente habrían acudido en mi ayuda en mi dilema, pero que Walloo-Malie lo hiciera estaba mucho más allá de lo que me atrevía a esperar.

«¿Lo haré? Por supuesto que lo haré. Si al Maestro le valió la pena hablar con el capcioso Nicodemo, ¿debería yo negar mi ayuda a uno de los hermanos del Maestro? Creo que no. Por lo tanto, permíteme explicarte que esta desconcertante perplejidad que experimentas es común a todas las almas que atraviesan la crisis que tú vives ahora».

«¿Crisis?», exclamé con aprensión.

«Sí, porque la experiencia por la que acabas de pasar fue el punto culminante del nacimiento místico, cuya importancia suprema Cristo declaró en la afirmación: *'El que no nazca de nuevo no puede ver el Reino de Dios'* ([Juan 3:3](#)). En la mente del hombre carnal, tal afirmación suscita inmediatamente la despectiva pregunta: *¿Cómo puede ser tal cosa; puede un hombre entrar por segunda vez en el vientre de su madre, y nacer?*', porque el hombre carnal no puede comprender el hecho de que *'lo que es nacido de la carne, carne es, y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es'*, pero es así, y este último hecho es tan clara y definitivamente demostrativo como el primero. El mismo Nicodemo es testigo de la verdad de esto, pues aunque era uno de los maestros en Israel, cuando discutió la cuestión con el Cristo, preguntó: *'¿Cómo pueden ser estas cosas?'*. Su ojo, su cerebro y su mente, nacidos de la carne, eran incapaces de comprender lo que se quería decir. Hasta que el aliento de Dios no haya soplado sobre el hombre, despertándolo [*quickening*] en la imagen potencial de su Creador, es tan ciego a la existencia del espíritu como un elefante es ciego a la realidad de un microbio, un átomo o un electrón.

»Pero tú, mi amado Astroel, has sentido este aliento vivificante, y bajo su influencia energizante has sido conducido desde los antros de un Egipto carnal, a través del desierto errante, hacia la Tierra Prometida. En el período de tu gestación espiritual —pasando de la muerte a la vida— has atravesado

las antecámaras del desnudamiento del alma, donde, uno a uno, los defectos de la tierra han sido removidos en la purificación de tu alma, hasta que, finalmente, tus pies alcanzaron el Patio de las Voces, donde contemplaste el juicio de las balanzas. En ese Tribunal, una serie de influencias superiores a las que habías conocido antes comenzaron a actuar sobre ti. Te preguntaste por qué no se había pronunciado ningún veredicto, y Omra tuvo que explicártelo. Cuando llegaste al pie del puente y viste el sobrecogedor abismo que había bajo él, rehusaste intentar el cruce. Sin tratar de persuadirte para que cambiaras de opinión, Omra te llevó a los arbustos y te mostró la visión de la Tierra incrustada en su entorno psíquico, a través del cual habías pasado bajo la dirección de Myhanene y sus amigos. Luego Rael, por ese misterioso tránsito, te llevó al Monte, permitiéndote darte cuenta del cambio que había tenido lugar en tus poderes de observación y condición, durante tu progreso a través de las Esferas. En todo esto sospechaste muy poco que cada detalle del programa había sido diseñado, ordenado, y que se estaba llevando a cabo con una precisión cuidadosamente guardada, a fin de asegurar un propósito definido. Ni soñabas que, a cada movimiento que dabas, se te liberaba de alguna limitación nacida en la Tierra, o se te añadía alguna nueva expansión espiritual; que tus ojos, hasta entonces ciegos, se abrían, que tus oídos sordos se desatascaban, que se avivaban poderes a la actividad, que se despertaban facultades y capacidades dentro de ti que habían estado mucho tiempo ocultas en las bóvedas secretas de tu oscura ignorancia, pero que ahora iban a responder a la llamada de la Voz que despertaría incluso a los muertos en su orden de '*¡Salid!*'.

»Paso a paso, primero Omra, luego Rael, te condujeron por este camino de preparación desde el Patio de las Voces, observando con agudo y nunca errante escrutinio cada trivial cambio en tu condición, hasta que tu alma en lucha se balanceó en la balanza de la consumación, y sólo necesitó el peso de la pluma de esa influencia que Zisvené fue capaz de arrojar en la balanza para llevarte al centro del Puente, y tu nacimiento pudo ser anunciado en el primer cielo.

»Allí se me permitió darte la bienvenida a la casa de nuestro Padre: tu herencia espiritual como hijo de Dios, un alma inmortal, de la que por fin se había desprendido la última fibra de la influencia terrestre. Al pie del Puente, conforme entrabas en la patria, Myhanene te dio tu nuevo nombre de Astroel, y en el Jardín comiste y bebiste tu primera comunión con la familia redimida en la que habías nacido, y en cuyo seno despertaste al reconocimiento de la dulce música que siempre resuena en el Hogar del Alma.

»Es en el extraño contraste que presentan la paz reposada y la armonía de tu nuevo entorno con las dobles incertidumbres y distracciones del pasado, donde surge la confusión que te ha estado desconcertando. Aún no has aprendido a manejar con soltura tus recién adquiridas facultades. Ni esperamos que lo hagas. No has sido admitido en una comunidad irracional, sino superracional. Comprendemos que, al menos por el momento, el aliento natal no te ha capacitado para competir con el atleta victorioso; el forcejeo del parto no te ha dejado sentado en la silla del filósofo.

»Permitiendo el intervalo necesario para la comunión, los saludos y la reflexión natural que necesitarías, he estado esperando tu llamada para poder cumplir esta última parte del deber que me ha sido confiado. Y habiendo indicado hasta aquí cuál ha sido la tendencia y el propósito de los acontecimientos, permíteme ahora felicitarte por el esfuerzo inicial que has hecho para emplear tu recién adquirida facultad».

«Discúlpame -le interrumpí para preguntarle-, pero en este momento apenas tengo la compostura suficiente para aprehender claramente tu referencia».

«Tal vez no -contestó con un brillo indulgentemente paciente, que bañaba no sólo su rostro sino toda su personalidad: era como si hubiera esperado la oportunidad de cubrir mi perturbación con un manto de reposo, lo que logró antes de continuar diciendo-, pero si me permites cambiar de figura, te estaba recordando que no esperaba que el ala sin plumas te llevara tan lejos como al sol, cuando la abriste por primera vez. Permíteme que te diga también —pues te ayudará en lo que aún tengo que decirte— que me gustaría que te percales de la exactitud con que me doy cuenta de todo lo que ha ocurrido, porque estoy al corriente de ello por el ejercicio de la facultad de la que voy a hablar.

»La facultad a la que me he referido especialmente —aquella por la que estoy informado, y que todavía no has comprendido— es una que ya te ha sido mencionada bajo el nombre de “Ahí”. Es un término algo torpe, pero por esa misma razón es apropiado en su relación con lo físico —y no quiero que olvides que estamos en el umbral de los dos estados por el momento—, pues lo físico se ríe de la idea de un espacio de cuarta dimensión como una especie de monstruosidad inimaginable. Comprenderás mejor y simpatizarás con esta actitud mental pronto, cuando llegues a reconocer cuán absolutamente este poder de la “Ubicuidad” —término que prefiero con mucho— es una función espiritual. En la condición física es la Causa misteriosamente oculta que yace en el fondo de todos los fenómenos; en el plano psíquico se hace patente como un premio a alcanzar cuando se consigue una meta definida; pero entrando en lo espiritual nacemos de nuevo con la imagen de Dios, que es Espíritu, y todas las cosas se convierten en nuestras como coherederos con Cristo».

«¿Y ahora...?», pregunté, pero me encontré con una repentina e incómoda pausa en la ansiosa pregunta que deseaba hacer. Sabía que él tenía algo más que decir, y yo anhelaba oírlo, pero mi lengua parecía paralizada, y mi petición tuvo que ser presentada a través de mis ojos. Aun así, recibió una amable respuesta: “¿Acaso no es una ley inviolable del reino en el que acabo de ser admitido que *'todo el que pide, recibe'*»?

«Y ahora -reanudó, adoptando las palabras de mi propia súplica-, volveré a lo que estaba diciendo en referencia a tu intento de usar tu recién adquirido poder y venir con nuestra hermana Dracine cuando ella deseaba hablar conmigo. Cuando seas capaz, con serena introspección, de repasar esta fase de tu carrera, descubrirás el importante avance que habías realizado desde que entraste en el jardín para permitirte ese acercamiento con tanta naturalidad. Pero aún quedaba un paso más —un paso que tenías que dar solo y sin supervisión— antes de que la crisis suprema se completara con éxito. Ya se ha dado [*negotiated now: ya se ha sorteado, se ha salvado tal cosa... tal paso*], y es en explicación de esta última —y con mucho tu más asombrosa— revelación, que deseo decirte una palabra.

»La confusión a la que te llevé cuando nos conocimos se debió a un ahogado grito de asombro ante el fracaso instantáneo de reconciliar los dos aspectos de una situación de lo más singular. Cuando viniste a mi encuentro, tus pies cruzaron la frontera donde lo finito se funde con lo infinito. Mediante un tránsito más grandioso que el que hiciste con Omra o Rael, atravesaste la puerta de la Omnipresencia, y te detuviste en el taller de la Creación, envuelto en la negrura de la luz increada, donde está Dios. Te situaste en el lugar de nacimiento de la Creación, en la fuente [*fountain-head*] de la Causa, donde la Omnisciencia yacía en el seno de la Omnipotencia, y del éxtasis de su [*their*] amor fue concebida la Sabiduría. El resplandor de los ojos del Amor rompió la densidad de la oscuridad, hasta que viste levantarse gradualmente los velos del Misterio, y fuiste capacitado para contemplar, y contemplando, viste; y viendo, comprendiste. No hubo necesidad de que nadie interpretara, describiera o explicara. En esa luz viste luz, y todos los misterios se aclararon. Estabas en el depósito en el que se reunían las fibras con las que se tejió la Creación, y en la fibra reside el

germen del proceso y la consumación de la vida y del existir [*being*]. Las limitaciones desaparecieron, las fronteras se desvanecieron, los fracasos no se conocían, las imposibilidades no podían existir.

»Toda la familia del Tiempo —pasado, futuro, principio, fin, primero, último, joven y viejo— dormía plácidamente en los brazos del Eterno Ahora. Y al igual que con el Tiempo, lo mismo ocurría con la Distancia, el Conocimiento, la Sabiduría y todas las demás facultades del alma: tú estabas allí, en la fuente y manantial de todo ello. Cada riachuelo de la Inteligencia nacía en una fuente aparentemente insignificante de Omnipotencia oculta, que brotaba a tus pies, y, en esa luz radiante, observabas cómo cada corriente realizaba su curso y su círculo, hasta que llegaba y se vaciaba de nuevo en la fuente de la que había brotado. En una palabra: En las Visiones de Dios fuiste llevado al centro desde el cual se dibuja la circunferencia de toda existencia, ya sea física, psíquica o espiritual, y en ese gran laboratorio, en la luz verdadera y sin sombras, que está allí sola, bajo el microscopio del Espíritu, se te permitió dirigir tu recién adquirido poder a un análisis de ese electrón central. ¿Qué reveló tu estudio? La bellota encierra en su seno mil bosques potenciales de robles, pero en el átomo, mucho más insignificante, encontraste encerrado, no un mundo potencial, ni un sistema familiar de mundos, sino todo un universo de sistemas, convergentes en una minúscula mota, y esa mota invisible es: Dios.

»No tienes por qué asombrarte de que épocas y eones parecieran pasar ante ti en tu estudio; esa visión, vista desde el centro en el que te encontrabas, era profética del divino curso de aproximación [*approach*] que tienes ante ti, a medida que viajas desde ese centro hacia la circunferencia en toda la belleza, majestad y gloria de la imagen de Dios.

»Tal vez no te sorprenda la confusión que experimentaste cuando, con el toque de mi mano, te devolví repentinamente a la consciencia de este entorno a medio camino».

Capítulo 21

Clarice

Mientras Walloo-Malie terminaba de hablar, descubrí que Dracine se había marchado; pero su explicación había sido de un interés tan absorbente que no me daba cuenta de nada más que del gran tema de su discurso. En su preciada exposición, repasé de nuevo cada paso que había dado desde que llegué al Patio de las Voces, escuchando y observando, a medida que él captaba cada uno de los detalles integrándolos en una secuencia ordenada, y luego proyectando sobre ellos la luz de Su [*His*] más clara iluminación, para que yo pudiera comprender plenamente la naturaleza, el propósito y el diseño de cada uno. Y el mayor encanto del servicio que él prestó residía en el espíritu de amor fraternal con el que envolvió nuestra comunión.

Al terminar, me di cuenta de que caminábamos por un sendero cubierto de una enredadera floral que poseía un perfume dulce y reconfortante, y de que Myhanene y Omra estaban a punto de encontrarnos.

«Bien, Astroel -fue el alegre saludo de Myhanene-, ¿qué opinas de las fortificaciones invisibles que nos protegen de invasiones indeseables?».

«Esa no es una pregunta que deba responderse a la ligera ni apresuradamente -respondí con cautela-; por el momento, permíteme contentarme con decir que creo que Isaías tenía toda la razón al declarar sobre la morada de la iglesia de Dios que *‘ninguna arma forjada contra ti prosperará’* [[ref.](#)].».

«Bien hecho, Astroel -fue el rápido y generoso elogio de Walloo-Malie, expresado con una mirada de agradable animación que me sorprendió un poco ver en él-; Tal discreción es sumamente loable. Nunca es prudente emitir una opinión judicial sobre un incidente revelado en un rayo de destello; espera a que hayas tomado el control del fluido eléctrico [*electric fluid*] y puedas confluir con él; y entonces, tras investigar con calma, podrás hablar con mayor confianza».

«Ese fue un hábito profesional que adquiriré en lo físico, y aún no veo razón para abandonarlo -respondí, feliz de encontrar algo de mi antigua vida que todavía pudiera trasladar-; Pero, cambiando de tema, si me lo permites, ¿puedo pedirte consejo sobre un asunto que tenía en mente cuando Dracine y yo nos encontramos contigo?».

«Por supuesto, dime en qué puedo ayudarte».

«No sé cómo expresarlo -comencé con insegura timidez-, pero desde que mencionaste por primera vez el caso de Clarice, me he preguntado mucho sobre ella: dónde está, cómo se encuentra y si puedo hacer algo para ayudarla, si lo necesitara. Con la esperanza de poder ayudarla, me enteré del trabajo que Zisvené está realizando en la vida de sueño; al poco tiempo la conocí y, si se le permite, estoy seguro de que estará encantada de acompañarme. De nuevo, si me lo permites, quisiera expresar mi infinita gratitud a Dios por la gran misericordia que he recibido en el ejercicio de Su rebosante amor, y no se me ocurre nada que me parezca más apropiado, como expresión de lo que siento, que intentar ayudar a la pobre Clarice. ¿Crees que podría hacerlo, y se le permitiría a Zisvené acompañarme?».

Seguíamos de pie donde Myhanene y Omra nos recibieron, y mientras hablaba, leí no solo la aprobación de mi propuesta, sino también el gran placer que especialmente Myhanene sintió al oírme hacerla. Walloo-Malie me dirigió una mirada serena y velada con la que me auscultaba profundamente, y luego preguntó deliberadamente:

«¿Puedes perdonarla por lo que hizo?».

«No tengo nada que perdonar por mi parte -respondí-; Su pérdida me causó una herida que habría sido fatal si tú no la hubieras vendado, pero no mató mi amor por ella; el amor verdadero no puede morir, ¿acaso no es de Dios, eterno? Desde que te conocí y supe la maravillosa historia de tu intercesión en mi favor, ese amor ha sido resucitado, fortalecido, embellecido, purificado, y siento como si no pudiera seguir adelante hasta que ella se reúna conmigo. ¿No podría recibir la mejor ayuda que el cielo me pueda brindar y hacer por ella lo que tantos han hecho por mí?».

«¡Sí! Con la fuerza de ese amor puedes hacerlo, y lo encontrarás omnipotente para salvar; pero en cuanto a si Zisvené es la mejor opción para acompañarte, mejor consulta con Myhanene».

«En lo que respecta a Zisvené, no habrá ninguna dificultad ni por su parte ni por la mía -nos aseguró Myhanene enseguida-; Debemos averiguar dónde se encuentra Clarice».

Con las facultades y la experiencia en su uso que poseía cada uno de mis compañeros, recibí la información en menos tiempo del que se requiere para escribirla. Clarice se encontraba en una condición muy similar a la que Cushna encontró inicialmente a Marie. Myhanene explicó que Zisvené ya había prestado un buen servicio a alguien que estaba incluso en una condición inferior, y confiaba en que, en su afán por ayudar a los caídos, estaría encantada de ayudarme en mi tarea.

«¿Estás seguro de que todas las circunstancias son favorables para el éxito?», preguntó Walloo-Malie.

Era una pregunta velada, formulada con cautela para evitar incluso una pizca de inquietud en la superficie de mi ardiente deseo. Descubrí su compasiva intención antes de desentrañar el significado más intenso de su profundidad. Una privó a lo otro de lo que podría haber sido una punzada de temor, y Walloo-Malie comprendió el agradecimiento que yo le brindaba con mi mirada silenciosa.

Myhanene sonrió con optimismo y confianza en el éxito de nuestra propuesta de misión. Podríamos encontrarnos con algunas dificultades iniciales, pero Zisvené ya había demostrado cierta habilidad para superarlas, y él también había notado que ella, al ser una visitante del sueño, ocasionalmente podía ejercer una influencia más persuasiva sobre las almas atadas a la Tierra, gracias a su mayor empatía física, que era mayor que la que él encontraba en los ministrantes habituales. Este inesperado cambio en su servicio ocasional lo había impulsado a observar su progreso con interés, como si posiblemente abriera una nueva avenida para que la vida del sueño pudiera entrelazarse más estrechamente con la espiritual.

Walloo-Malie quedó tan impresionado con el entusiasmo de Myhanene que enseguida fue acordado que Cushna nos acompañara en nuestra visita, si Zisvené accedía, y el resultado debía ser reportado finalmente a Walloo-Malie.

En la siguiente visita de Zisvené, el plan se confirmó al instante, y bajo la guía y el control de Cushna, los tres nos encontramos de nuevo en el Monte, camino a mi primera misión práctica de misericordia.

No es mi deseo ni mi propósito detenerme en los sufrimientos de los frágiles desafortunados que, cediendo a la tentación, han buscado refugio y olvido en la oscura caverna del alma mientras pagan la penalización y soportan la purificación de sus pecados. Ya lo he hecho suficientemente al describir la cosecha de los celos (*A través de las nieblas*, [cap. 9](#)).

Insisto, estamos involucrados en la recuperación, así que sigamos.

A la entrada de la caverna —por cuyo laberinto tuvimos que abrirnos paso en busca de Clarice—, Cushna y yo experimentamos ese cambio de vestimenta que permite a los ministros de alto rango encontrarse con los de bajo rango en igualdad de condiciones; en cuanto a Zisvené, su vestido del sueño ya era de un gris neutro, cuyo brillo desapareció naturalmente a medida que nos adentrábamos en la oscuridad, donde llevábamos la luz justa para orientarnos a través de los aparentemente interminables recovecos.

Cushna nos guiaba, permitiéndonos, gracias a su luz, seguir con relativa seguridad; pero aun así, nos estremecimos al pensar en quienes no solo tenían que encontrar su camino, sino más aún, en quienes se veían obligados a vivir en los horrores de semejante lugar. No podría decir si nos cruzamos con alguien que se escondiera de nosotros al pasar, pero nadie respondía al frecuente llamado de Cushna: "Clarice", y tampoco, mientras escuchábamos, oímos el más mínimo sonido de respuesta.

Enseguida, el tosco pasadizo se abrió en una cueva de considerables proporciones, a cuya entrada se detuvo Cushna, y lo vimos levantar la mano pidiendo silencio.

«Está aquí», dijo con calma, tras una cuidadosa inspección.

«¿Dónde? Déjame ir con ella», y solté la mano de Zisvené para apresurarme. Pero Cushna me detuvo.

«Debes ser cauteloso y paciente, o se escapará -dijo-; En un lugar como este, la confianza y la seguridad son unas desconocidas. Primero tenemos que descubrir si está de humor violento o sumiso, y actuar en consecuencia».

Pero no tuvimos que esperar mucho para oír un agudo desafío antagónico:

«¿Quién anda ahí?... ¿Qué quieres?... ¿No he sufrido ya bastante?... ¡No te he hecho daño!... ¿Por qué quieres atormentarme más aún?».

La intensa agonía de la súplica final fue terrible, pero Cushna se mantuvo firme en su exigencia de silencio, hasta que se aseguró de que su invectiva había terminado. Entonces, tras un breve silencio, susurró:

«Ahora, habla suave y serenamente, pon toda la ternura y compasión que puedas concentrar en la palabra, y di su nombre».

«¡Clarice!», Y todo mi anhelo se desbordó en la prolongada pronunciación de ese nombre tan querido como la vida.

Hubo un silencio como de muerte... Luego, ¿fue un sollozo o un despectivo "¡Tú!", seguido de otro silencio? Luego, ante una segunda señal de Cushna:

«¡Clarice!».

¿Cuál sería la respuesta esta vez? ¿Confirmaría el sollozo o la interjección? ¿Cómo puedo registrar la intensa ansiedad con la que esperé esa respuesta que no llegaba? Entonces, por tercera vez:

«¡Clarice! ¿No me oyes?».

Silencio de nuevo, y luego, con una mueca desdeñosa, gruñendo.

«¿Te oigo? ¡Sí! Y también sé quién eres... y si no lo eres...», evidentemente, se había resbalado o caído, dando un gemido. Cushna me sujetó con firmeza cuando yo iba a correr hacia adelante; y cuando todo volvió a la calma, pregunté, tal como me sugirió él:

«¿Olvidas...?», y ella me interrumpió ahí con:

«¿Olvidar? ¡Oh! ¿Quién me enseñará a cómo olvidar, cómo recordar?».

«Esa es una de las razones por las que te hemos buscado y encontrado -respondió Zisvené al instante, a sugerencia de Cushna-; ¿No vendrás con nosotros o nos dejarás llegar a ti y ayudarte?».

«¿Quién eres y qué quieres?».

«Somos amigos, y uno es...».

«Mientes -susurró-; Ningún amigo puede venir aquí. Este es el hogar de los apestados demonios. ¡Vete! Tu compañía solo aumentaría mis torturas».

«Clarice, ¿te olvidas de Fred [*Don Fred*]?», pregunté, y mientras hablaba, Cushna condujo a Zisvené hacia donde ella se escondía en la oscuridad.

«¿Fred? ¡Bah! ¿No os dije que habíais venido a aumentar mi tortura? ¿Acaso el tormento del infierno no es lo suficientemente fuerte como para que vengáis a darle otra vuelta de tuerca?».

Mientras Clarice hablaba así, Zisvené, guiada por Cushna, se había acercado y llegado hasta ella. Fue Zisvené quien respondió a la pregunta.

«Le daría otra vuelta, un giro hacia atrás, si me lo permites -dijo con calma y compasión fraternal-; ¿No es cierto que ya has sido suficientemente destrozada y mutilada? ¿No es cierto que has pagado con creces el castigo por los errores que has cometido y que ha llegado la hora de tu redención? -mientras hablaba, se acercaba gradualmente, intentando rodear a la pobre sufriente con un brazo, un esfuerzo que al principio fue rechazado, pero luego hoscamente permitido mientras Zisvené continuaba-; No has sido olvidada en tu soledad y desolación, sino que has sido custodiada con amor, y...».

«¡Alto! -gritó Clarice, mientras se apartaba salvajemente-; No vuelvas a mencionar esa maldita palabra en mi presencia. ¿Acaso los tigres aman conforme arrancan la carne temblorosa de los huesos de sus víctimas indefensas? ¡Amor... sí, sí, por supuesto! ¡Entonces, por compasión, muéstrame cómo es el odio!».

«Entiendo todo lo que quieres decir, con los tigres y las víctimas, hermana mía -respondió Zisvené con dulzura mientras avanzaba con cautela-, Pero como algunos espíritus malignos imploran... [*But because some ghouls pray upon...*]».

«¡Atrás! ¡Atrás! -gritó Clarice, alarmada-; Pues cuando el fuego de este recuerdo se enciende, me enfurezco. ¡No dejes que te alcance, porque cada nervio torturado de mi cuerpo clama venganza!».

«Creo que será mejor que la dejemos», sugirió Cushna.

«Todavía no, papi [*Daddie*] -suplicó Zisvené-; Estoy segura de que pronto se verá persuadida».

«Espero que sí, pero temo que no lo haga [*I fear it*]», respondió él, accediendo a su súplica.

De nuevo, Zisvené se dirigió a la angustiada.

«Clarice, ¿podrías escucharme un momento e intentar tranquilizarte, mientras...».

«¿Calmarme? -intervino irónicamente-; ¿Podrías mantener la calma en el curso de una avalancha? ¿Podrías mantener la calma en el abrazo de un horno?».

«Me temo que no -admitió Zisvené-; pero permíteme que te suplique que escuches lo que te quiero decir, aunque rechaces lo que Fred quiere decirte».

«Sé todo lo que él tiene para decirme -respondió con mordaz desdén-; Es un hombre, que querría enmendarse hablando de nuevo sobre el amor. ¡Bah! -y estalló en una carcajada histérica-; ¡Él!, que me amó tan fielmente que, cuando lo dejé, pudo arrojararse de inmediato a los brazos de un...».

«¡Alto! -grité, pues ni siquiera por Cushna yo podía seguir callando-; No conviertas tu alma en perjurá, con acusaciones infundadas, Clarice. Mi amor por ti nunca ha flaqueado ni ha sido tratado a la ligera, sino que es tan puro y sagrado ahora como cuando por primera vez lo deposité a tus pies. Cuando el golpe de tu partida me azotó, perdí la fe en las mujeres, como tú has llegado a repudiarla en los hombres. Durante años esperé, vigilé, anhelé y recé con cansancio por tu regreso, y si te hubiera encontrado —sin importar cómo ni dónde— te habría acogido de vuelta en mi corazón, te habría protegido y defendido del mundo. Pero acabo de saber de ti de labios de alguien que me salvó de quitarme la vida ante el pensamiento de perderte. Lo que él me reveló reavivó la esperanza que subsistía; apelé a él por ayuda para poder encontrarte y salvarte. Hemos venido para eso, y sólo para eso; porque te amo tanto que no puedo entrar al cielo y dejarte aquí, ahora que te he encontrado».

Si fue el aguijón de su falsa acusación, o si fue el apasionado anhelo de mi alma por asegurar su libertad, no lo sé —quizás nunca lo sepa—, pero conforme empecé a hablar, algo detuvo, y luego sofocó, su frenesí histérico, y con un silencio extraño, casi ominoso, escuchó hasta que, en la intensidad de mis sentimientos, me quedé sin palabras, y de repente paré. Luego vino un silencio breve, problemático y doloroso, antes de que ella respondiera con una voz tan tranquila y serena como furiosa había sido hasta entonces, pero con un sarcasmo agudo y amargo:

«Fue un acto de genio convertirte en abogado. ¡Cómo debe envidiar Lucifer tu mágico poder para hacer que lo negro parezca blanco, tu poética habilidad para manipular la mentira! Es una desgracia para mí haberte conocido antes, y conocer tu arte, pues si no podrías imponerte sobre mí y atraparme en la red que tu lengua mentirosa extiende con tanta gracia. ¡Vete! ¡Déjame! Será mejor que soporte mi tortura actual antes que dejar que me lleves a algo peor», y el escalofrío que acompañaba su decisión nos recorrió en una gélida sacudida.

De nuevo, Zisvené intervino con la sugerencia:

«Pero no me conoces. ¿No me permitirías intentar ayudarte?».

«Que no nos hayamos conocido antes puede o no ser mi desgracia -fue su respuesta rápida y cortante-; Los desconocidos deben conformarse con ser juzgados por la compañía que frecuentan. Tu compañía puede ser tu desgracia en esta ocasión, y no quiero saber nada de ella».

Pero Zisvené insistió con persuasión y cariño.

«¿Estás completamente segura de que no te equivocas respecto a la conducta de Fred para contigo? ¿No es posible que le estés haciendo una injusticia y, al mismo tiempo, un terrible agravio a ti misma al albergar estos sentimientos contra él? Cuando lo conociste, valorabas su compañía y esperabas casarte con él, ¿sabías que era el hombre que ahora te imaginas que es? ¿Habrías puesto en peligro tu buen nombre relacionándote con él, si hubieras pensado que los demás lo veían tal como ahora lo acusas de haber sido? -mientras hablaba, Zisvené se acercó, la tocó, luego le tomó la mano, y un brazo comprensivo rodeó su cintura sin resistencia conforme le seguía hablando con una ternura cada vez mayor en la voz-; Te pido, no por mí, querida, ni por Fred, sino por tu propio bien, que consideres lo que te sugiero. Tú lo conocías íntimamente —yo no lo conocía, y no lo conozco—. Soy igualmente una desconocida para ambos; pero soy una mujer, con un corazón de mujer, con compasión de mujer por quienes sufren, y el deseo de una mujer de ayudar a una hermana que ha sufrido una desgracia».

La reconfortante súplica de Zisvené conmovió y conquistó de inmediato el casi extinto o descuidado sentido de justicia de la víctima. La tormenta de resentimiento y humillación culpable al ser descubierta en tal condición se detuvo, y un breve período de dudosa incertidumbre se tambaleó en la balanza mientras Zisvené continuaba. Al reconocer ser una desconocida para ambos por igual, Clarice se sobresaltó perceptiblemente, y cuando la oradora se detuvo, preguntó con ansiedad:

«¿De verdad eres tan desconocida para él como para mí?».

«Sí; casi igual. Lo conocía, pero solo nos vimos una vez, antes de que me hablara de ti y me dijera lo ansioso que estaba por encontrarte y ayudarte. Entonces le pedí que me permitiera ir con él. ¿Tienes curiosidad por saber por qué? Te lo diré -Zisvené ya había adoptado un tono y una actitud casi maternales hacia la medio desconfiada y medio esperanzada desafortunada-; Pronto me conocerás mejor; entonces descubrirás cuánto sufro al ver o pensar siquiera en un animal sufriendo. Los amo tanto que la imagen de una rienda en un caballo, el uso de un látigo, una carga pesada o un

paso desconsiderado cuesta arriba me atormenta durante horas; y si siento lo mismo por esa bestia muda, ¿es extraño que sienta aún más por los niños y mis hermanas? Así que cuando Aph... -se detuvo y se corrigió-, Fred, habló de venir a buscarte, no te puedes imaginar cuánto deseaba venir con él. No te conocía, no sabía nada de ti, salvo que eras una vieja amiga suya, pero supe que estabas en apuros y quise ayudarte. Así es como vine y ese es el motivo de que esté aquí. Y ahora que estoy, ¿no me dejarás ayudarte?».

«No, no me conoces -respondió Clarice con una tristeza casi desesperada-; si me conocieras, no querrías tocarme. Déjame contarte lo que he sido y lo que he hecho».

«Eso no cambiaría nada, ni es para nada necesario que yo lo sepa. Me basta con que necesites ayuda y compasión. Puede que estés incluso peor de lo que quisieras confesar. Si es así, necesitas aún más del ministerio, a la manera de Cristo, que te diría: *'Yo no te condeno; ve y no peques más'*. He venido a ti, con ese mismo espíritu, para decirte que si reconoces que te has equivocado, no hay necesidad de que sigas así. Nadie quiere que te escondas aquí. ¿No recuerdas cómo solías oír: *'Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad'*? [[ref.](#)] Estas eran poco más que palabras para nosotras en los días de insensatez del pasado, pero ahora tienen un significado de vida o muerte. He sentido su importancia; tú has aprendido la terrible verdad que se desprende al no prestarles atención. Pero siguen siendo ciertas. Ahora quieres hablarme de lo que has sido y has hecho; pero ¿por qué deberías? Él, Aquel que lee el corazón, con el deseo de decírmelo, escucha y conoce tu confesión completa, y ya nos ha enviado para guiarte desde esta vil oscuridad hacia Su maravillosa luz. ¿No quieres venir? ¿Tanto es, este horrible lugar, tu ideal de felicidad, que desees quedarte? ¿Has perdido todo deseo por los placeres inocentes e inmaculados de la vida? ¿No anhelas reencontrarte con los amigos del pasado, antes de caer en manos del tentador? Mirando atrás desde este lugar donde tu alma sensible se estremece en aborrecible agonía, ¿acaso el glorioso y desaparecido pasado no te atrae en absoluto? Queremos guiarte de regreso. Y puedes venir. ¿Verdad? Has estado aquí, sola, demasiado tiempo. ¿No quieres regresar? ¡Ven! Conocemos el camino y te acompañaremos».

Mientras Zisvené suplicaba así, con ternura y paciencia, a Clarice, que absorbía atentamente sus persuasivos argumentos, me dejé llevar y volví a contemplar el maravilloso milagro de la Coral Magnética, con los ojos ahora abiertos para contemplar su místico significado interior. Mientras Clarice caía cada vez más bajo el hechizo de las súplicas de Zisvené, vi un halo de esa compasión vivificante que comenzaba a temblar alrededor de la oradora, el mismo que había visto por primera vez derramarse para llenar ese gran templo de amor que sería usado por la mano y la voluntad de Siamedes para bañar y liberar las formas retorcidas de quienes habían estado sometidos a esclavitud.

En este caso, no fue un himno el que resonó en una armonía conmovedora mientras el milagro del amor continuaba, sino que mis sentidos, agudizados, captaron los efectos solistas de luz, sonido y perfume, mientras el sacrificio fraternal se depositaba sobre el altar del afecto. ¡Oh, con qué suspiros reprimidos de gratitud observé el progreso del ministerio, el gradual chasquido de las cuerdas del resentimiento, el asombro suscitado por la tierna y apasionada súplica, la cautelosa respuesta cediendo, el nacimiento de la confianza y la esperanza, el primer escalofrío de la respuesta compasiva: entonces, la fuente del sentimiento brotó, y Clarice cayó en un paroxismo de arrepentimiento en los brazos de su hermana recién encontrada.

Lo que experimentara en ese terrible espasmo, ninguno de los tres que observaban pudo conjeturarlo. Eso solo lo pueden saber la víctima y Dios. Pero, afortunadamente, duró poco, mas pagó el resto de la penalización. Al poco tiempo, la tormenta comenzó a amainar; Cushna vio que no había necesidad de continuar oculto, y la cueva se iluminó suavemente de inmediato con la luz natural que poseíamos; los brazos que se aferraban con tanta tenacidad a los de Zisvené se relajaron; el rostro azotado por la tormenta se alzó, y con ojos maravillosamente perplejos, Clarice contempló la escena.

«Ven, querida -suplicó Zisvené-; déjanos sacarte de esta horrible guarida».

«No puedes, no hay salida», sollozó.

«¿Estás segura, querida? Ven y déjanos ver si no podemos encontrar alguna».

«No... no quise decir eso -respondió con la voz aún entrecortada por los sollozos-; hay un camino... en algún lugar... pero a nadie... se le permite pasar».

«¿Quién o qué nos lo impide?».

«¿No son suficientes la oscuridad, los innumerables recovecos, las muchas trampas -se estremeció-, y las torturas del camino para impedirnos escapar?».

«No cuando tienes una luz que te guía; y la luz del amor que ahora brilla sobre ti nos acompañará hasta el final. Ven, vámonos».

«No puedo, no me atrevo; por mucho que anhele irme. Si supieras la agonía de la tortura que sufriría, no me lo pedirías», y temblaba como con una fiebre de pavor al pensarlo.

«¿No puede venir, Cushna? -preguntó Zisvené-; Has estado en estas misiones muchas veces. ¿Acaso ella no puede venir?».

«Por eso nos han enviado para ayudarla. Ven, hermana mía, te guiaremos. No hay nada que te retenga ni te detenga más que tu propia negativa».

Había algo en el tono y el porte de Cushna que pareció despertar en ella cierto grado de confianza. Dio un paso al frente, mientras despertaba, se pasó la mano por los ojos, se estremeció ligeramente y miró a su alrededor, intentando comprender lo que realmente estaba sucediendo.

«¡Oh! ¡Dios mío! ¡Dios mío! -gimió mientras se soltaba del brazo de Zisvené y permanecía inmóvil-; ¡Si tan solo pudiera atreverme! Pero no soy capaz de correr el riesgo, de soportar la luz».

«Deja que Zisvené y yo te guiemos y apoyemos -dije-; Y la luz llegará tan gradualmente que apenas notarás cómo la oscuridad suelta lentamente su agarre. Te sostendremos mientras tus pasos se fortalecen y se vuelven seguros. A medida que avancemos, recuperarás la confianza, los terrores de estas cuevas serán superados, el miedo quedará atrás, tu soledad habrá pasado, y nuestro querido amigo, Cushna, nos mostrará dónde puedes descansar en paz y consuelo, lejos del alcance de este infierno de tortura».

Mientras yo hablaba, Zisvené y yo la sujetamos por ambos lados, Cushna iba delante. Y así avanzamos lentamente. De vez en cuando ella nos detenía, pues una duda recurrente la hacía vacilar. Pero la paciencia triunfó. Cada paso que dábamos sin que nuestro progreso fuera cuestionado ni sufriera ningún desastre, tendía a estimular la débil confianza que nuestra compasión

había inspirado, y, pronto, a cada paso, una señal de luz comenzó a hacerse presente y a crecer imperceptiblemente.

A medida que la luz crecía, su coraje se fortalecía, la esperanza comenzaba a surgir, las dudas y los temores se replegaban en la penumbra. Al ver su camino, se liberó gradualmente de nuestro apoyo, aunque se aferraba tímidamente al toque de amistad y compasión a cada lado. No hablaba, pero un suspiro ocasional, a medias reprimido, revelaba más de lo que las palabras podían expresar. Y así pudimos traerla de vuelta de su prisión al refugio de paz que Cushna conocía, donde podría recuperarse, familiarizarse con entornos más saludables, recibir nuestras frecuentes visitas, conocer nuevos amigos y gradualmente adaptarse a los modos y hábitos de la vida que conduce desde la oscuridad del infierno, a través del amanecer de la esperanza, hasta el despejado mediodía del día eterno que constituye el verdadero hogar del alma.

Capítulo 22

Una charla con Eilele

Después de aquel episodio para nunca olvidar en la cueva —aquella extraña mezcla de tristeza y alegría, aquel amanecer que irrumpió de la penumbra de medianoche—, regresé solo al jardín. Zisvené nos dejó repentinamente cuando nos acercábamos a la entrada; se estaba despertando de su sueño y debía hacerse cargo de su cuerpo para su ronda diaria de deberes. Cushna, acostumbrado a atender el tipo de necesidades que Clarice en seguida tuvo, prefirió quedarse a solas con ella. Clarice me suplicó entre lágrimas que no la dejara, temerosa, debido a su conocimiento del pasado, de que mi marcha presagiara otra larga y agonizante reparación. Pero Cushna disipó sus temores, persuadiéndola de que confiara en él, y con la promesa de que yo pronto volvería a verla nos separamos.

Quedé así solo, libre para reflexionar sobre la maravilla cada vez mayor y la plenitud diversificada de la vida en la que había entrado. Era la tercera vez que contemplaba aquel fascinante paisaje prismático, e inmediatamente me puse a comparar y contrastar los incidentes especiales relacionados con cada visita. En referencia a la primera y a la tercera, qué contraste se presentaba para mi estudio entre mi primera experiencia de la entrada de aquella pobre mujer y la salida de Clarice; y luego, mi propio cambio de punto de vista, debido a la luz que había recibido desde mi propia llegada. De pie allí, en la gloria de esa luz que proporciona una luz verdadera, me impresionó el pensamiento: "Qué providencia sería si el ojo ignorantemente cegado pudiera estar siempre unido a una lengua muda". Cuánto mejor sería la circunstancia de la humanidad si tal unión pudiera llevarse a cabo. Miré, y di gracias al Padre por la luz del conocimiento que había amanecido en mí, y por las manos restrictivas que me habían guiado tan cuidadosamente a través de la penumbra de la ignorancia.

Luego me preguntaba: si estaba solo, ¿debería, sin compañía, aventurarme a probar el nuevo poder con el que había sido dotado? Dudaba, esperé por si la Voz hablara y me aconsejara. Pero todo estaba en silencio. Seguí esperando. ¿Era un estímulo, o una tentación, lo que ahora parpadeaba dubitativamente en un inaudible "Pruébalo"? No estaba seguro. La balanza oscilaba con delicada indecisión. Mientras esperaba, una nueva experiencia se apoderó de mí: por primera vez, que yo recuerde, sentí el paso de una suave brisa. Me levantó, me llevó lejos. Me encontraba en un monte junto al mar, y en la llanura, al pie de la colina, una nación se hallaba en una indecisión que la dejaba sin aliento. Cerca de mí, en la ladera de la montaña, había dos altares, alrededor de uno de los cuales una multitud de sacerdotes frenéticos danzaba con furia sangrante, aullando por una señal

de reconocimiento de su Dios sordo, ausente o mítico. Junto al otro altar había un peregrino tranquilo, manchado por el viaje y toscamente ataviado, ordinario en sus modales así como poco oficial en su indumentaria, con una sonrisa desdeñosa en su rostro rugoso y los ojos encendidos por la confianza de su propósito. Había esperado desde la mañana hasta la puesta del sol la respuesta de Baal, que no llegaba, y, agotada su paciencia, se volvió hacia la multitud, extendió las manos y clamó:

'¿Cuánto tiempo vacilaréis entre dos opiniones?' [[ref.](#)]. El desafío me despertó. ¿No era esa la respuesta que yo había esperado? Los que son de Dios le sirven honrándole. Y al instante estaba de nuevo en el Jardín, junto a Eilele, que también parecía perdida en uno de sus vuelos de meditación.

«¡Ah! Astroel -fue su tranquilo saludo al despertar-; Espero no haberte hecho esperar; pero estaba lejos, vagando con el Rey pastor de Israel por los campos poéticos de su salmo veintitrés [[ref.](#)]».

«¿Estabas? -pregunté-; Qué extraño que nos hayamos encontrado, pues acabo de llegar de Elías en el Carmelo».

«Entonces no estábamos muy lejos, ¿verdad? Tú oíste al pueblo gritar: '*El Señor, Él es Dios*' [[ref.](#)], y yo hice la solemne declaración: '*Habitaré en la casa del Señor para siempre*' [[ref.](#)]. ¿Seguiremos hablando de Él, pues hace mucho tiempo que anhele el momento de encontrarme contigo aquí? Te has encontrado con muchas experiencias, has aprendido muchas verdades, has visto muchos desarrollos de la amorosa bondad del Padre desde la primera vez que te vi».

«Así es -le respondí-, y la última ha sido la más extraña y maravillosa de todas».

Todo su ser —no sólo su rostro— pareció impregnarse de un suave resplandor de gloria, mientras escuchaba mis palabras.

«Así será siempre, así debe ser siempre -respondió, mientras sus ojos viajaban hacia la lejanía familiar-; Siempre más y más, cada vez más alto, gloria sobre gloria, y sin embargo nunca podremos traspasar el umbral del Eterno. Dime cuál ha sido esta nueva maravilla».

Hay algo tan irresistiblemente encantador en la serena confianza de Eilele: su alcance es tan lejano, y su asidero a lo invisible es tan firme, que siempre que estoy en su compañía, me parece que al instante soy transportado al seno mismo del cielo interior donde está Dios mismo, y la atmósfera es la de la vasta Paz primigenia. Ella me conoce y me conduce al hábitat secreto de la Confianza, a través de los cielos azules por los que aún no se ha sabido que pase ninguna nube de Duda —el Descanso que aún no se ha roto ni sacudido—, donde la Omnipotencia es gentil y tierna, y lo Maravilloso es natural, ingenuo y cándido. Puedo hablar con ella con más facilidad y libertad que con Myhanene, con la perfecta seguridad de que, con ella, no es posible que me malinterpreten o me interpreten dubitativamente. Así que, en respuesta a su invitación, abrí de par en par las compuertas de mi alma y vertí mis sentimientos reprimidos en el relato completo de mi visita a Clarice y del éxito con que había sido coronada.

Ella escuchó con esa abstracción tranquila y meditativa que tan bien estoy empezando a conocer, sin hacer una pregunta ni un comentario hasta que terminé. Entonces, sin que la menor señal de sorpresa o animación alterase su actitud, respondió plácidamente:

«Sí, así es como espero que el Padre responda a tu aspiración. '*Él da a todos abundantemente y sin reproche*' [[ref.](#)], aunque la petición se haga en nombre de uno que está en el infierno. Incluso allí el alma se encuentra todavía en el dominio donde '*todo es posible*' [[ref.](#)], estando aún dentro de los

límites de lo sumo. En ese paroxismo de llanto penitencial viste una de las más gloriosas providencias de Dios en acción —si es que existe algo así como una providencia más grande que otra—; viste donde, en la divina sabiduría y justicia, una sola punzada o espasmo de remordimiento es capaz de saldar la penalización de ciertos grandes pecados, donde un instante de intensidad es aceptado como equivalente a un período de duración. El justo peso del sufrimiento ha sido asegurado, y al mismo tiempo, la petición concedida. Sin embargo, la ley de Dios es perfecta, porque la oración de fe tuvo el efecto de poner en funcionamiento una disposición de la providencia que había sido dispuesta para hacer frente a la contingencia. '*La oración de fe salvará al enfermo*' ([Santiago 5:15](#)); por eso te llevaste a Clarice contigo».

«¡Pero Eilele! ¡Piensa en lo maravilloso que es esto!», exclamé, maravillado por la placidez con que hablaba de ello.

«Dios mismo es maravilloso, ¿por qué, entonces, habría de perturbarme y sorprenderme cuando veo la cualidad desplegada? Si no la viera, más bien me sentiría movida a preguntar; mientras que, al mismo tiempo, puedo sentir la más profunda simpatía por la... ¿debo decir 'consternación'?, la consternación que experimentas al contemplar por primera vez las variadas demostraciones? Tus ojos se están abriendo ahora para comprender lo que tanto te sorprendió oírme decir la primera vez que nos vimos: que entonces te encontrabas en el umbral del vestíbulo del cielo, y así como ahora estás descubriendo cuán ciertas eran entonces mis palabras, así llegarás a reconocer que ahora tus ojos sólo se están abriendo al comienzo de las revelaciones que la eternidad aún te reserva».

«Sí, ahora, y sólo ahora, empiezo a comprender lo que quisiste expresar cuando dijiste:

Oh, la visión nos subyugaría
si se diera de repente,
así que esperamos, en preparación,
en el vestíbulo del cielo. [[ref.](#)]

Pero si todo lo que he visto, oído y aprendido es sólo el principio, ¿cuál será la plenitud, la gloria, la extensión y el conocimiento del final?».

«¡Dios! En toda la perfección del esplendor que comenzó a revelársenos en Jesucristo», respondió ella, mientras su rostro brillaba con el reflejo de la visión que su alma contemplaba en la lejanía.

«¿Pero no era el Cristo la '*plenitud de la Deidad [Godhead] corporalmente*'? [[ref.](#)]», pregunté.

«Sí, corporalmente; no la plenitud de la Deidad perfecta, sino la medida de la plenitud que podía manifestarse a través de la capacidad limitada del cuerpo terrenal. Él era uno con Dios, tal como una palabra es una con el que la pronuncia; pero, como el que la pronuncia es más grande que la palabra, Él dijo: '*Mi Padre es más grande que yo*' [[ref.](#)]. Cuál sea el alcance de esa grandeza sólo la eternidad lo revelará, y para llegar a conocerla tenemos que ascender de altura en altura, de santidad en santidad, de purificación en purificación, hasta que por una septenaria santificación seamos capaces de reflejar Su lustre sin mácula, y podamos soportar el resplandor de verle tal como es».

«¿Y es realmente alcanzable tal meta? La perspectiva que abres se eleva a tal altura que me parece imposible alcanzarla jamás».

Ella me dirigió una sonrisa benévola mientras contestaba en voz baja.

«Justo tan imposible como a un niño le parece poder llegar a ser como su padre. Si hubieras traído directamente a Clarice aquí, desde su oscura morada, ella habría dicho lo mismo en relación con

que alguna vez pudiera llegar a este punto donde nos encontramos, pero tú quebrantarías su duda diciéndole cómo tú mismo has hecho realmente el viaje, paso a paso, desde donde ahora la has dejado; y por el mismo camino la conducirás y guiarás, no sólo hasta donde nos encontramos, sino todavía más adelante, a través y más allá de la puerta, por la escalera celestial donde Myhanene te señaló hacia el hogar de Omra, a la gloria sobre gloria que aún no has contemplado. El cielo de Dios, como cualquier otro logro, ya sea del cuerpo, del alma o del espíritu, no puede ser alcanzado por un salto único y repentino, sino por el proceso pacientemente ordenado de '*línea por línea*' [ref.]. Como las gotas de agua que se agregan llenarán el lecho de un océano, o los átomos de materia acabarán por construir un continente, así la santa aspiración nos permitirá alcanzar el pináculo de la perfección divina a la que estamos llamados, y tenemos una eternidad por delante para alcanzar la meta».

«¿Perfección divina?», pregunté dubitativo, pensando que había cometido un desliz involuntario. Pero Eilele respondió a mi inquieto recordatorio con una carcajada.

«Mi querido Astroel -replicó-; si los mortales se arrogan el derecho de llamarse “divinos”, seguramente no es presuntuoso aplicar el término al rango más alto en la jerarquía del cielo: la posición que ocupan los hijos de Dios, a cuya dignidad todos estamos llamados —la meta que todos debemos alcanzar en última instancia en virtud de esa llamada—».

«Cuando me abres tales perspectivas de lo que hay más allá de nosotros, me recuerda que... ¿no fue Pablo quien dijo: '*Aún no se ha manifestado lo que seremos*'?».

«No; fue el amado Juan quien dijo eso [ref.], él, que contempló la puerta abierta en el cielo permitiéndole contemplar algo de la gloria del reino en el que ahora estás a punto de entrar, un reino que fue establecido en la Tierra, aunque ésta, por la desobediencia del hombre, haya sido colocada temporalmente bajo el dominio del pecado. Pero, incluso en la Tierra, el reino será restaurado, porque habrá un '*cielo nuevo y una tierra nueva en los que habite...*' -hizo una pausa como con incertidumbre por un momento, y luego añadió- '*lo correcto*' [rightness] [ref.]. Sí, esa me gusta más que "rectitud" [righteousness], dadas las circunstancias. El significado es el mismo, pero la forma menos familiar le da un énfasis que no notamos en la forma más antigua. Uno se detiene en la innovación para preguntarse si es correcta: ¿"Lo correcto"? [rightness] ¿Es realmente así? Un cielo y una tierra nuevos, en los que habite lo correcto. Curiosa idea; sin embargo, cuando se piensa en ella, no es más que una nueva configuración de una vieja idea. Sin embargo, la forma renovada transmite una sugerencia que no resulta tan cómoda como la palabra a la que estamos acostumbrados. Ahí radica el valor del cambio: los hombres se han familiarizado tanto con la confesión de que '*todas nuestras rectitudes*' ["obras justas", justicias] *son como trapos de inmundicia*' [ref.], que se ha vaciado de todo significado en su automatismo mecánico, hasta que el alma se despierta con sorpresa al descubrir que esos '*trapos de inmundicia*' de justicia indiferente se han convertido en un abismo infranqueable que se abre entre ella y el reino.

»El mar de cristal es un mar sin mareas [ref.]; ni tiene corriente ni brisa favorable que lleve a las almas apáticas y fantasiosas [dreamy] al pie del trono».

«Siempre es más que un placer para mí oírte hablar -aproveché la oportunidad para decir, cuando ella se detuvo un momento en su ensueño-; Cada frase que pronuncias me sugiere una nueva retahíla de preguntas a las que me gustaría oírte responder; pero permíteme que te haga sólo esta: ¿Crees que habrá realmente un cielo nuevo y una tierra nueva, o sólo debe considerarse como una metáfora?».

«Por lo que me ha sido revelado -respondió ella con cautelosa deliberación-, tiene tanto de literal como de metafórico, algo así como el crepúsculo es una mezcla de luz y oscuridad: es ambas cosas, y no obstante no es ninguna de ellas. Antiguamente, no era raro renovar y dar la vuelta a una prenda vieja y, como solíamos decir, *'hacerla nueva'* en el proceso. Es un cambio como este el que anticipo cuando el amado Maestro restablezca Su Reino sobre la tierra. Y así como el momento de renovar y reconstruir una prenda de vestir depende de la decisión de su dueño, así el momento de establecer el Reino depende de la decisión de Dios, puesto que *'del Señor es la tierra y su plenitud, el mundo y los que en él habitan'* [[ref.](#)]. Cuando el Elegido del Señor fue a establecer el Reino mediante la predicación de lo correcto, los suyos no lo recibieron; Roma se burló de Él y lo crucificó, y las naciones gritaron: *'No permitiremos que este reine sobre nosotros'* [[ref.](#)]. La segunda vez no regresará con un disfraz tan sencillo; las circunstancias de su advenimiento estarán de acuerdo con el segundo Salmo [[ref.](#)]: *'El que está sentado en los cielos se reirá; el Señor se burlará de ellos (de los reyes de la Tierra)... Los quebrará con vara de hierro; los desmenuzará como vasija de alfarero'*.

»Entonces ya no será una cuestión de libre albedrío: Él someterá a las naciones y las pondrá en sujeción a Su dictamen [[rule](#)]. *'Entonces (cuando haya logrado esto) también el Hijo mismo se someterá al que sometió todas las cosas, para que Dios sea todo en todo'* [[ref.](#)]. Con esto el mundo entero se despertará al descubrimiento de que el [Sermón de la Montaña](#) no es un idealismo imposible, sino que se ha convertido en una fuerza viva real en el nuevo Reino, en el que la regla de oro se verá en funcionamiento y la voluntad de Dios se hará en la tierra como se hace en el cielo. Las diversas experiencias que has conocido aquí, Astroel, deberían ayudarte a comprender cuán factible es que esto se cumpla por decreto Divino, y el resultado sería, prácticamente, una nueva tierra en la que habite lo correcto».

«Sí, las ventajas que ya he obtenido desde el punto de vista de esta vida superior son casi incalculables, pero donde las perspectivas son tan vastas, tan infinitas en todas direcciones, todavía no he adquirido la suficiente confianza como para confiar en la fiabilidad de mi nuevo poder de visión, así que me apoyo en un conocimiento más maduro, y recojo fuerzas y aliento cuando te oigo hablar de las maravillosas revelaciones de Dios. ¿No es mejor que lo haga así?».

«Mucho mejor, hermano mío; si los hombres se aseguraran de su suelo, sus pies resbalarían más raramente».

«Gracias; ¿puedo entonces hacerte otra pregunta?».

«Sí; diez si lo deseas».

«Habiendo obtenido ahora la clave de tu idea de una nueva tierra —por lo que deseo darte las gracias—, me gustaría saber por qué se consideras necesario un nuevo cielo. ¿No es el cielo mismo la perfección de la santidad?».

Eilele parecía haberse anticipado a la naturaleza de mi pregunta, y apenas había empezado a formular mi petición cuando la vi entrar en ese reino de ensueño en el que tan fervientemente deseaba poder seguirla y contemplar las visiones que sus ojos embelesados contemplaban mientras su lengua daba una expresión semiconsciente a su interpretación de la inspiración.

«Sería absolutamente imposible -comenzó en su soñadora indecisión- que alguien cuya vida hubiera transcurrido en un valle alpino concibiera una idea correcta del aspecto de una pradera americana; o que el muchacho, cuya concepción de un lago se ha basado en las dimensiones de un estanque de

pueblo, imaginara el contorno del océano Atlántico. De la misma manera, el mortal, limitado por el ambiente de lo finito, no podría comprender la verdadera belleza y perfección del Infinito. Pocos son, en verdad, los que tienen el privilegio de tener sus oídos tan afinados como Isaías, a quien se le permitió oír y registrar la música de la Voz que dijo: *'Mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni mis caminos vuestros caminos... Porque como los cielos son más altos que la tierra, así mis caminos son más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos más que vuestros pensamientos'* [[ref.](#)].

»Él, siendo el Señor, *'es un gran Dios, y un gran Rey sobre todos los dioses, perfecto en todas sus obras y caminos'* [[ref.](#)]. Es en la luz gloriosa de esta perfección suprema donde nuestros ojos se ciegan al tratar de mirarla, y nos perdemos en un esplendor mayor que el del sol del mediodía. *'Como los cielos son más altos que la tierra...'* -y sus ojos se alzaban, subiendo, subiendo, más y más alto aún, hasta que el vuelo de su alma se agotó, y de mala gana sacudió la cabeza mientras añadía-... ¿quién puede alcanzarlos? *'Perfecto en todos sus caminos'* [[ref.](#)]. Y así, conociendo el fin desde el principio, cuando creó la Tierra la dotó de todos los requisitos, hasta el más mínimo detalle, que serían necesarios para cumplir todo Su perfecto propósito. En la fuerza de su omnipotencia podría haberlo ordenado, y una Tierra perfeccionada habría surgido ordenadamente a su palabra. Pero estaba construyendo un aula para una raza de hijos que habían de llevar Su propia imagen —ser a Su semejanza— para entrar en la herencia de Su propia perfección, a la que necesariamente debían ser llevados por la disciplina del sufrimiento ([Hebreos 2:10](#))».

«¿Por qué es eso necesario?», pregunté.

«Para que fueran probados, mostrados, confirmados, purificados, santificados y encontrados dignos de ocupar la posición elevada y santa a la que serían llamados como hijos de Dios. Para ello debían ser preparados mediante un curso de sujeción y obediencia a la autoridad paterna. Pero si bien la futura herencia exigía como requisito una pureza sin grano ni arruga, sin impureza ni mancha, Dios conocía la debilidad y la fragilidad de la carne en la que el germen espiritual tenía que echar sus raíces. Sabía también, y recordaba, que Él había establecido esta ley por la cual la Tierra debía producir su fruto, *'primero la brizna, luego la espiga, después el grano lleno en la espiga'* [[ref.](#)]. Si tal duración de tiempo, y sucesión de estaciones, eran necesarias para la producción del pan que debía nutrir la carne, ¿podrían el amor y la sabiduría exigir que el alma alcanzara su norma divina de un solo salto? Por lo tanto, en el principio, cuando Dios creó la Tierra, equipada en todos los aspectos para el sustento y los requisitos de la carne, de acuerdo con Sus propias riquezas en gloria, también creó un cielo anexo a la tierra ([Génesis 1:1-8](#)), igualmente provisto según fuera necesario, como guardería, aula escolar, hospital o pabellón de convalecencia, para todas y cada una de las almas que se encontraban en necesidad de sus variados ministerios. Tú mismo has experimentado, con asombro y sorpresa, cuán hermosa y perfectamente varios de sus departamentos están adaptados a las necesidades particulares del individuo; también se te ha permitido ver el inesperado alcance del amor que ayuda en la recuperación y restauración de aquellos que han errado y se han extraviado; y finalmente has descubierto cuán absolutamente imposible es para cualquier alma cruzar esa gran división mientras todavía una mancha de impureza o de pecado la contamine. Piensa en esto, y entonces comprenderás la necesidad de la purificación por el sufrimiento.

»Sin embargo, cuando la nueva tierra llegue a existir por el establecimiento del reino, y la rectitud cubra la tierra como las aguas el mar, entonces la necesidad del cielo inferior habrá terminado, y el Paraíso de Dios tocará de nuevo la Tierra. Oh, que pudiéramos verlo ahora, que Dios pudiera en verdad ser todo en todos.

»Pero aquí viene nuestra hermana Dracine con el Jardinero, y seguro que querrá mostraros algunos de los parajes hermosos que nos rodean».

Capítulo 23

El héroe de Bosrá

¿Quién puede imaginar el efecto deslumbrante, asombroso y paralizante que experimentaría el mundo si una mañana despertara con una clara comprensión de la declaración de Isaías: *'Mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos, dice el Señor'*? ¡Qué revolución inconcebible se experimentaría de repente! El frenético impulso del egoísmo se detendría; con qué temblorosa ansiedad se abandonarían el orgullo, la arrogancia y la opresiva prosperidad; qué multitud se esforzaría en la fuente de la pureza hipócrita para lavarse la cabeza, las manos y los pies —la parte exterior de la bandeja— con la esperanza de que el ojo que todo lo ve no notara la plaga en el corazón.

Bien podía el Maestro, en lo profundo de su dolor ante la ceguera de la perversidad humana, exclamar: *'¡Oh, necios y tardos de corazón para creer todo lo que dijeron los profetas!'* [\[ref.\]](#). Los mensajeros de Dios no siempre viajan con vestiduras regias en carros de oro, para ser vistos y saludados por los hombres. Se cuenta que uno, con los pies doloridos y cansado, caminó y subió las colinas y recorrió las llanuras de su esfera misionera; que al mediodía, desmayado, se acercó a un pozo y le pidió agua a una mujer demasiado plebeya para que sus vecinos se juntaran con ella; un hombre que no tenía dónde reposar la cabeza por la noche, que era despreciado y rechazado por sus semejantes, *'varón de dolores y experimentado en quebranto'* [\[ref.\]](#). Si esto es así, Isaías tenía razón. Los mensajeros de Dios, como el Dios al que sirven, buscan ser conocidos por lo que son, no por lo que los hombres juzgan que son. Que todos los hombres sean sabios y cuidadosos con quienes acogen.

Un pensamiento similar me vino a la mente al ver a Dracine acercarse acompañada de un extraño. Si Eilele no hubiera hablado de él como de alguien con un cargo, no lo habría tratado con distinción, ya que no llevaba vestimenta ni marca que lo indicara: ni cadena de alcalde, ni insignias diplomáticas, ni toga de juez, ni peluca de abogado, ni delantal de obispo, ni polainas de deán, ni estola de médico, ni alzacuellos. Como ministro en la casa de Dios, vestía el uniforme de su Rey, y era conocido como uno de los discípulos por el amor que manifestaba a sus semejantes. No era único en este aspecto; es la regla familiar establecida por el Maestro: *'En esto reconocerán todos que sois mis discípulos, si tenéis amor los unos con los otros'* [\[ref.\]](#). De ahí el cambio que traería el reconocimiento de esta ley.

Pero ahora que estaba a punto de conocerlo, estaba contento de poder saber algo de él.

«¿Dijiste el Jardinero?», pregunté.

«Sí. ¿Por qué? ¿Te sorprende?», respondió ella.

«No estoy seguro -dudé-; Me parece un poco extraño pensar en la jardinería aquí».

El rostro de Eilele brilló momentáneamente con una sonrisa divertida y compasiva.

«Quizás sí; pero por alguna razón que no puedo explicar, lo he llamado habitualmente así, ya que la esfera especial de su ministerio está aquí, y me encanta pensar que estoy plantada en el jardín del Señor, y de esa manera conservo un derecho que me gusta sentir que tengo sobre Voormere».

«Gracias; eso me permite comprender parte de la dificultad -respondí reflexivamente-, pero no me satisface del todo. Quizás todavía no lo tengo lo suficientemente claro como para entenderlo».

«Entonces, déjame intentar ayudarte. ¿Cuál es el punto en particular que no tienes claro?».

«Es mi incapacidad para armonizar estos puestos, lo que podría llamar puestos localizados, con la idea de las infinitas oportunidades que he estado contemplando últimamente. ¿Entiendes lo que quiero decir?».

«Perfectamente. La confusión surge al considerar como nombramiento definitivo lo que es un ministerio voluntario. Todos somos ahora colaboradores con Dios, con un intenso deseo de encontrar nuestro lugar y rendirle nuestro mayor servicio. Respondiste al mismo impulso cuando quisiste ir a ver a Clarice. Ese servicio no te ha obstaculizado en absoluto a la hora de cruzar la puerta, sino que más bien te ha ayudado, pues tu acción fue a la manera de Cristo, y ya ha recibido cierta recompensa, aunque sólo la eternidad revelará la verdadera magnitud de lo que lograste. Dios a menudo oculta resultados infinitos en la semilla de mostaza de un acto trivial. De esta manera, Voormere encuentra que sus servicios actuales se prestan mejor aquí, pero pronto oírás un llamado más elevado, y entonces responderá con prontitud».

Pude discernir fácilmente que se estaba preparando para otro vuelo, pero Dracine y Voormere estaban cerca y ella se vio obligada a contenerse.

«¿Se nos considerará intrusos?», preguntó Dracine con picardía.

«Añadir Amor y Sabiduría nunca podría ser una intrusión», respondió Eilele mientras le hacía espacio a Dracine a su lado.

«Como no soy ninguna de las virtudes que mencionas, dejaré que Voormere lleve la doble corona», respondió Dracine, tomando el asiento que le ofrecían.

«En cuanto a mí, si tan solo tuviera sabiduría para amar y amor suficiente para servir, estaría muy satisfecho», respondió hábilmente Voormere.

«He estado intentando satisfacer el deseo de Astroel de correlacionar y armonizar las diferentes experiencias por las que él está pasando», explicó Eilele.

«Mi sugerencia sería posponer cualquier intento de este tipo por el momento. Naturalmente, se irán ordenando enseguida, pero hasta que no comprendas la relación entre las partes, ¿cómo podrás reconstruir el conjunto? Permíteme ilustrar lo que quiero decir, planteando un caso en tu antigua profesión. En ausencia de un reclamante legítimo, un representante de la corona ha administrado una vasta propiedad durante tres generaciones. Un día, un simple trabajador te visita y presenta credenciales que parecen establecer la evidencia suficiente como para aceptar la causa, y finalmente tú fundamentas la reclamación. Cuando logras el fallo, ¿acaso ese hijo del trabajo esforzado, cuyo pasado ha sido una larga lucha para ganarse la vida y vivir honestamente ante sus compañeros, comprende de inmediato todo lo que la decisión del tribunal significa para él: el título nobiliario, la extensión de sus tierras, el registro de rentas, los derechos mineros, las residencias en la ciudad y el campo, las inversiones extranjeras y el capital acumulado en los registros bancarios?».

«Gracias. Ya lo veo. Hasta ahora solo he estado recopilando pruebas para sustentar mi reclamación, y al llegar al Patio de las Voces la fundamenté [*substantiated*]. No me extraña que esté confundido.

»E incluso ahora -continuó Voormere-, tienes solo una idea muy limitada y parcial de la herencia que estás adquiriendo. ¿Se te ha ocurrido alguna vez que, aunque hayas visto la puerta muchas veces, nunca has ni siquiera vislumbrado lo que hay más allá?».

Su mención del hecho me impactó con una fuerza asombrosa. Puede que la imaginación hubiera llenado el trasfondo de la perspectiva, pero al repasar mi visión con calma, no podía recordar nada de lo que hubiera más allá del portal. Puede que se debiera al olvido.

«¡No! Nunca se me ocurrió, pero así es».

«Y si continuaras tu exploración con calma, harías otro descubrimiento asombroso. En las visiones y revisiones que has recibido desde que pasaste por el Patio de las Voces, la nueva luz que se te ha concedido hasta ahora te ha hecho sentir que todo velo de misterio se había desvanecido y que contemplabas las cosas sin una sola nube de por medio; pero te pido de nuevo, desde donde nos encontramos ahora, que vuelvas a fijar tu atención en cualquier rasgo, y ahora descubrirás que, aunque ciertos velos se habían levantado, permitiéndote ver lo que hasta ahora había estado oculto, aún quedan velos por retirar antes de que tus ojos puedan mirar hacia el infinito. Puede que hayas tenido destellos, pero aún no has contemplado la gloria. El destello pasa y se desvanece; la visión es la luz eterna, que nunca falla ni se desvanece. Hasta ahora ves, sabes, entiendes y comprendes en partes, mientras contemplas este jardín; pero cuando, con el tiempo, te encuentres en la torre sobre la puerta, podrás ver más allá de la columnata que ahora limita tu visión y trazar, no solo todo el camino que has recorrido en la carne y más allá de ella, sino también la gestación psíquica que te condujo al segundo nacimiento, el cual ahora has logrado. Luego, girando, mirarás hacia el sendero de la luz brillante, en su gloria para siempre rebosante, hasta que alcances la aureola de la visión hermosa. Ni siquiera la has visto aún, por lo tanto, no es de extrañar que tu mente esté confusa. Eres como el otrora mísero reclamante, que tan solo se encuentra en el umbral de la herencia. Permíteme pedirte que me acompañes en la búsqueda de un ejemplo en el jardín del valor del punto de vista en relación con el conocimiento. Nos reuniremos con nuestra hermana enseguida».

Al terminar de hablar, sin esperar respuesta, se giró y comenzó a llevar a cabo su sugerencia. Cruzamos la columnata, atravesamos la cortina de enredaderas que cubría los arcos y enseguida entramos en una zona de arbustos más encantadora y hermosa que la que había atravesado con Omra al cruzar el desfiladero. Con esa discreta consideración a la que tantas veces he aludido, mi compañero no intentó entablar conversación conmigo, pues yo ya estaba demasiado absorto en la indescriptible atracción floral del paisaje que atravesábamos como para prestar la más mínima atención a lo que pudiera haber dicho. Era una sinfonía de colorido éxtasis en una composición abigarrada, que ninguna tierra de ensueño podría imitar; y, sin embargo, no era más que el preludio de lo que contemplamos al entrar en una llanura a la que llegamos a través de un estrecho desfiladero en una cadena de colinas que hasta entonces no había observado.

Su forma era ligeramente rectangular en lugar de cuadrada, delimitada en tres de sus lados por la cadena de colinas por la que nos habíamos acercado, y en el cuarto por el abismo. De ancho, debía de medir quizás media milla, con un poco más de longitud, con una amplia franja de césped incomparable que rodeaba su gran elemento central, hacia el cual Voormere hizo un gesto con la mano y dijo:

«Esa es la ilustración de la que hablé».

«¿Qué es y qué significa?», pregunté tras contemplar en silencio la masa de floraciones más curiosa, compacta y hermosa que jamás había tenido la fortuna de contemplar.

«Es una imagen alegórica tejida en la urdimbre y trama de la jardinería de mosaico, para disipar confusiones como la que has experimentado. Tenemos muchas de ellas en la frontera del cielo, escritas en el idioma original de tus Escrituras: elocuentes con poesía, fragantes con inspiración, brillantes con revelación, melodiosas con amor y atractivas con una belleza irresistible, una vez que el alma ha descubierto el punto necesario para estudiarlas bajo la verdadera luz. Pero al no encontrar ese punto místico para la contemplación, el ojo puede ver, pero la mente no percibe nada más que un motín de color confuso, carente de cualquier diseño, sugerencia, armonía, equilibrio, gusto o cualquier otra característica artística».

«Entonces es evidente que aún no hemos alcanzado la perspectiva necesaria», aventuré, mientras mis ojos vagaban por la poco atractiva confusión.

«¡No! El enfoque ha sido especialmente diseñado para enfatizar el contraste del que he hablado. Al estar donde estamos ahora, y contemplar esta gran alegoría por primera vez, se despierta en tu mente algo similar a la confusión que experimentaste al tener tu primer contacto con las nuevas facultades y poderes que estás descubriendo en ti mismo, de los que hablaba Eilele. Para ti, en ambos casos, la perspectiva es caótica, pero para mí, conociendo el detalle de cada parte, allá donde ves confusión yo puedo reconocer los trazos y matices de color necesarios que contribuyen a la soberbia belleza de la imagen tal como pronto la contemplarás. No podrías quitar ni cambiar la posición de una sola flor, por muy fuera de lugar que algunas te parezcan estar aquí, sin que el efecto fuera perceptible y la perfección del diseño se viera afectada. Tal es la diferencia y la gran importancia de un punto de vista correcto, no solo en las imágenes, sino por igual en todos los asuntos de la vida, como ahora te mostraré».

Se giró y subimos una de las colinas que delimitaban el paso por el que habíamos entrado al recinto.

Solo hay un Artista capaz de esbozar la visión perfecta del ideal del alma; solo un Químico que haya descubierto el secreto de la atracción del perfume de la rosa; un solo Poeta que pueda cantar correctamente la canción del éxtasis; solo un Psicólogo que haya sido capaz de analizar y declarar la pureza del amor: sólo Uno. Ese Uno ha tomado de la esencia de cada elemento y ha compuesto, para la acidez de Emaús [*Emmaus heartburn (ver nota al final*)*], un bálsamo: un festín en el que el alma afligida puede sentarse, comer y vivir para siempre. Voormere no era ese Uno, pero de alguna manera, en algún lugar, en algún momento, el manto de ese Uno debió de caer sobre, o tocar, los hombros de Voormere, pues nunca había caminado bajo la influencia de un hechizo tan sagrado como el que experimenté en esa ascensión inolvidable. Myhanene, Rhamya, Omra e incluso Walloo-Malie, no fueron recordados en comparación con la música conmovedora con la que Voormere mantuvo cautivadas todas mis facultades. No fue la visión que el criado de Eliseo tuvo alrededor del monte de Dotán la que Voormere me reveló; ni la que los tres favorecidos contemplaron en el Tabor durante la Transfiguración; ni la de los setenta en la cima del Monte de los Olivos, cuando el Señor ascendiendo pasó a los cielos; ni la de Pablo en el tercer cielo; ni la de Juan cuando la gran revelación se desplegó ante él. Para mí fue más que ninguna, más que todas estas, aunque todas se combinaran en una sola, tan grande que no me atrevo a ponerla en palabras —no las encuentro— para siquiera comenzar a describirla. Esa es una de las cosas que la necesidad ordena que permanezcan hasta que tú, mi lector, agotado por los esfuerzos, llegues al mismo punto o a uno similar en tu peregrinación; entonces, si tienes la bendición de la compañía de Voormere o de un amigo afín, también comprenderás cómo ardía mi corazón mientras escuchaba su discurso, hasta que se volvió y me invitó a sentarme.

Entonces contemplé la imagen, en la que ahora mis ojos quedaban cautivados en la belleza de su perfección. Quedé tan sobrecogido por la visión, al posar la vista en ella, que me quedé sin aliento, pero me faltó la fuerza para exclamar.

¡Me habían aconsejado sentarme antes de que la mano de mi compañero me desviara la atención de su discurso a la escena! Estudié larga y silenciosamente su tema, composición, detalles y su elocuencia muda. Ahora comprendí lo que Voormere quería decir cuando, allá abajo, había dicho que ni una sola flor podía ser cambiada o quitada sin alterar notablemente algún detalle. Cuánto me regocijaba ahora por la bendición que me había concedido su presencia restrictiva.

¡Oh, cuán inestimables son las consideradas anticipaciones del cielo! Nuestra conversación, por cierto, me había llevado a un estado contemplativo, y, ahora, sentado, me dejaron a solas para leer la historia de la alegoría tal como debía ser desplegada según mis necesidades particulares. La importancia del punto de vista quedó clara de inmediato. Pronto, al comenzar a surgir la pregunta sobre el tema, oí una voz, como proveniente del Patio al otro lado del abismo, que me hablaba, y que, en el lenguaje de aquel Isaías de lengua de plata, me ofreció toda la explicación necesaria:

'¿Quién es este que viene de Edom, con vestiduras magníficas, desde Bosrá? ¿Este que se viste de gloria, que marcha con la grandeza de su poder?' [\[ref.\]](#) ["Edom": [\[ref.\]](#); "Bosrá": [\[ref.\]](#) [\[1.\]](#) [\[2.\]](#)]

La respuesta llegó como el toque de un gran órgano escondido en algún lugar del corazón del jardín; la música exhalaba también una llama perfumada que añadía otro rayo de gloria a la escena.

'Yo, que hablo en justicia, poderoso para salvar'.

De nuevo, la pregunta llegó:

'¿Por qué te pones rojo en tu ropa, y vistes como aquel que pisa en el lagar?' [\[ref.\]](#).

Entonces llegó la leve respuesta de infinita ternura del alma del órgano, transformándose en un grito de ataque mientras el héroe sentía que sus poderes lo fortalecían para la victoria:

'He pisado el lagar solo; y del pueblo no había nadie conmigo... y ha llegado el año de mi redención. Miré, y no había nadie que me ayudara; y me asombraba que nadie me diera apoyo; por eso mi propio brazo me trajo la salvación; y mi furia me sostuvo' [\[ref.\]](#).

Cuántas veces me había detenido en esa imagen fascinantemente mística, pero insatisfactoria, de Isaías 63. Siempre atractiva en su forma, pero vaga e inconexa en su sustancia —al menos así me parecía en los viejos tiempos—. Sin embargo, desde mi nueva posición, toda esta incertidumbre se desvaneció, y la alegoría divina se desplegó ante mí de una forma inconfundible. El Pastor regio, tras haber perdido una de Sus cien ovejas, se había despojado de Su manto de rey y se había aventurado en las fauces del abismo donde el cabrero Edom tenía su guarida, decidido a encontrar y recuperar a la perdida. El trabajo, el dolor, la agonía y el peligro que enfrentó estaban claramente escritos en la imagen que tenía ante mí. Pero la victoria estaba con Él en Su búsqueda. Había encontrado a la perdida, y colocándola sobre Sus fornidos hombros, había regresado del abismo al umbral del cielo con un cántico triunfal de gratitud y acción de gracias en el que convocó a todos Sus amigos a unirse.

Al contemplar los rasgos cuidadosamente delineados del Pastor, lo reconocí, aunque desconocía si nos habíamos visto antes. Suyo era el amor más grande en busca del cual había dejado a mi madre y viajado lejos; y el descubrimiento abrió de par en par las puertas del cielo para mi entrada. Entonces se abrieron las fuentes de las profundidades, y su caudal me arrastró.

Mi alma se desbordó. Caí de rodillas e incliné la cabeza en adoración. No lloré, no podía llorar. El arroyo de la nueva fuente había lavado todas mis lágrimas, que habían sido reemplazadas por una alegría perenne. Voormere me había dejado, ¡y sin embargo no estaba solo! Otra mano invisible surgió de la gloria circundante para levantarme de nuevo. Otra voz, más suave, dulce y autorizada, me habló:

"Sube más alto. Alégrate conmigo, porque he encontrado la que estaba perdida". [[ref.](#)]

Miré, pero no pude ver a quien me hablaba, y toda la escena había cambiado. Rodeado de una multitud de amigos, conocidos y desconocidos, me encontraba al interior de la puerta, que no se puede cerrar de día, pero no hay *ninguna* noche —aquí—.

FIN

[* Nota: "la acidez de Emaús". Recordamos que en la Biblia es relatado que, de camino a Emaús [[ref.](#)], Jesús se apareció a dos jóvenes, y luego comieron juntos. Tras la comida, en general, a veces tenemos "acidez de estómago", y quizá aquí está queriendo decir, entonces, que el hecho de que los jóvenes se dieran cuenta, por ejemplo, de la "oportunidad perdida" en ese encuentro (o de su falta de sensibilidad, etc.), constituiría algo así como un pesaroso "mal trago", y esto requeriría para esos dos jóvenes —y en general para nosotros— de un bálsamo contra la "acidez" de tal remordimiento o pesar —una "acidez", digamos, derivada de nuestras heridas emocionales... y, más general y fundamentalmente, proveniente del rechazo del amor personal de nuestro Padre-Madre Infinito, Dios—.]